

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE FARMACIA



TESIS DOCTORAL

**Ciencia y Farmacia en la obra de Teresa de Cepeda y
Ahumada (1515-1582)**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

José María Martín del Castillo

DIRECTOR

Antonio González Bueno

Madrid

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
Facultad de Farmacia



Tesis doctoral

José María Martín del Castillo

**Ciencia y Farmacia en la obra de Teresa de
Cepeda y Ahumada (1515-1582)**

Madrid, 2019

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Facultad de Farmacia

**Ciencia y Farmacia en la obra de Teresa de
Cepeda y Ahumada (1515-1582)**

Memoria presentada por José María
Martín del Castillo, licenciado en Farmacia,
para optar al grado de Doctor

Dirigida por Antonio González Bueno

Madrid, 2019



Antonio González Bueno, Catedrático de Historia de la Farmacia y Legislación farmacéutica, adscrito al Departamento de Farmacia Galénica y Tecnología Alimentaria de la Universidad Complutense de Madrid

INFORMA:

Que el trabajo de investigación titulado “Ciencia y Farmacia en la obra de Teresa de Cepeda y Ahumada (1515-1582)” realizado, bajo mi dirección, por D. José María Martín del Castillo, constituye un trabajo original de investigación y reúne los requisitos exigidos como memoria de tesis doctoral, por lo que autorizo su presentación para que sea admitido a trámite y juzgado por el tribunal que se designe.

En Madrid, a 30 de mayo de 2019

Antonio González Bueno

A mis padres y a la tia Ángeles (*in memoriam*)

Agradecimientos

Mi más sincero agradecimiento al profesor Dr. D. Antonio González Bueno, director de esta tesis, por su ayuda, sus consejos, siempre oportunos y acertados, y por su paciencia. De otra manera no hubiera sido posible.

Gracias a todos cuantos me han apoyado, de una u otra manera, y animado para desarrollar este trabajo, que han sido muchos: los profesores Dres. D. Javier Puerto Sarmiento, D. Francisco Zaragoza y D. Raúl Rodríguez Nozal; la familia, que al final han conseguido lo que desde hace tiempo venían 'exigiéndome', en particular Pedro, mi hermano; y por último, dado que no puedo escribir sino unos tras otros, a los amigos, en especial por su contento que han sabido transmitirme desde que supieron que abordaba este trabajo, hasta el punto de que, por momentos, he llegado a pensar que estaban más entusiasmados que yo mismo. Particular mención merece Francisco Ramos Díaz, 'sabueso' eficaz, como él solo, en la búsqueda y localización de documentación, a quien debo el conocimiento y consulta de una parte de la empleada para la redacción de estas páginas.

Pero han sido muchos los que no solamente me han animado, sino que incluso me han acompañado en la elaboración de estas páginas y que no cito por prolijo y para no caer en el error, involuntario, del olvido.

*... dudo padre, si hay cuerpo humano hoy vivo que
tanto mal haya padecido como este mío.*

Testimonio de Diego de Yáguas
Proceso de Piedrahita. 1595

*Pues como me vi tan tullida y en tan poca edad
Y cual me habían parado los médicos de la tierra...
Otras veces tenía males corporales más graves,
Y como no tenía los del alma, los pasaba con mucha alegría*

Teresa de Ávila. *Vida*.



Teresa de Jesús (1515-1582)

Óleo de fray Juan de la Miseria [Jan Narduck / Narduch] (Casarciprano, Nápoles, 1526 – Pastrana, España, 1616), pintado, con más voluntad que dotes artísticas, por encargo del padre Jerónimo Gracián, en los postreros días de la estancia de Teresa en Sevilla, a comienzos del mes de junio de 1576, cuando ella tenía 61 años. Presenta a la Santa de medio cuerpo, con el hábito y capa del Carmelo con que iba a aparecer después en la mayoría de las obras de su iconografía; en la parte superior izquierda hay un rompiente de luz, desde el que la ilumina el Espíritu Santo; en una leyenda que rodea su cabeza, está escrita la frase del salmo 88: *Misericordias Domini in aeternum cantabo*

Monasterio de las Carmelitas Descalzas de Sevilla

Índice

Resumen / Summary	013
1. Introducción	017
1.1. Objetivos	018
1.2. Material y método	023
2. Aspectos biográficos: una mala salud de hierro	029
2.1. Caminos y Fundaciones	078
3. Producción literaria: una pluma a la tenue luz de las velas	091
4. Ciencia y terapéutica a través de Teresa de Ávila	119
4.1. La ciencia renacentista	119
4.2. La terapéutica renacentista	123
4.2.1. Práctica profesional	130
4.2.2. Los personajes	135
4.2.3. Los remedios medicinales	138
5. <i>Regimen Sanitatis</i> colectivo en la obra de Teresa de Jesús	169
5.1. Salud y enfermedad	169
5.2. Alimento y bebida	182
6. Corolario	219
7. Conclusiones	231
8. Abreviaturas y bibliografía	233
8.1. Abreviaturas empleadas	233
8.2. Bibliografía	234

Resumen

Teresa sufrió, a los veintitrés años, una infección crónica, cuyo periodo más intenso o crítico duró entre quince meses y dos años, iniciándose con una pericarditis infecciosa crónica, caracterizada por dolor cardíaco -que trataba con agua de azahar-, síncope o vahídos y calentura o fiebre permanente, en general bien tolerada y en ocasiones de tipo ondulante, que comenzó a cursar el 15 de agosto de 1539 con una incuestionable meningoencefalitis, a la que siguió un estado de coma profundo, precedido de un episodio de convulsiones sintomáticas, con mordedura de la lengua, seguido de posición en ovillo, con las piernas flexionadas sobre la pelvis -una actitud antiálgica, típica de la meningitis-, síntomas postcomatosos, excesiva irritabilidad y dolor al simple contacto (hiperestesia), faringoesofagitis, dolores radicales y parálisis. A poco de cumplidos los cincuenta años, desarrollo una parálisis agitante (parkinsonismo postencefálico o una enfermedad de parkinson), con frecuentes cefaleas, ruidos en la cabeza y acentuada debilidad. Teresa de Ávila padeció, muy probablemente, un cuadro de neurobrucelosis, una infección crónica del sistema nervioso central.

Resulta evidente que la salud de Teresa de Ávila supuso para ella un auténtico calvario: sufrió una grave infección crónica acompañada de fiebre -al menos- durante dos años, tuvo un estado de coma durante casi cuatro días y estuvieron a punto de enterrarla viva, quedó durante ocho meses tullida o parálítica total y tres años parálítica parcial; tuvo flemones de muelas muy recurrentes y dolorosos, una afectación hepática que casi le causó la muerte. Padeció de vómitos por las mañanas durante veinte años, fiebres frecuentes, anemia ferropénica constante por las frecuentes sangrías, agravada por la deficiente alimentación y, finalmente, hemorragias masivas probablemente debidas a un cáncer de endometrio que le causó la muerte.

Sin embargo, hizo todo lo que estuvo en su mano para tratar de recuperar y conservar la salud corporal. Consideró la enfermedad como un verdadero estímulo para desplegar la libertad interior, conociendo, por experiencia propia, que todos somos libres para elegir la actitud con la que queremos reaccionar ante la enfermedad, y demostró, con su vida, que la enfermedad puede transformarse en una ocasión de crecimiento personal y espiritual.

En este texto analizamos, a través de los escritos que han llegado hasta nosotros, tanto los redactados por su mano como los testimonios procedentes de sus procesos de beatificación y canonización, el pensamiento y la experiencia de Teresa de Cepeda y Ahumada frente a la ciencia y a la terapéutica del momento histórico que le tocó vivir; en especial el modo de conllevar sus dolorosas enfermedades, así como la tortura inmisericorde a la que la sometieron las curanderas y los médicos de su tiempo que le tocaron en suerte, armados casi exclusivamente de sangrías y ventosas para extraer la sangre y de pócimas de hierbas y sustancias extrañas para purgar o para provocar vómitos; sin olvidar aquellas drogas que procedentes de las Indias Occidentales se iban incorporando al uso terapéutico del aquel entonces sobre las que Teresa tiene palabras de encomio, excepto para la celeberrima zarzaparrilla.

También nos ocupamos, en las páginas que siguen, de los conceptos de salud y enfermedad en los textos teresianos y de sus teorías y prácticas sobre el alimento y la bebida, un *Regimen Sanitatis* que responde, a la par, a la concepción mística y, sobre todo, humanitaria, que caracterizó a santa Teresa.

Summary

Teresa suffered, at the age of twenty-three years old, a chronic infection, whose most intense or critical period lasted between fifteen months and two years, starting with a chronic infectious pericarditis, characterized by heart pain, which she treated with orange blossom water, syncopes or dizziness and beginning fever or permanent fever, generally well tolerated and sometimes of undulating type, which began to take place on August 15, 1539 with an unquestionable meningoencephalitis, followed by a state of deep coma, preceded by an episode of symptomatic convulsions, with tongue bite, followed by ball position, with legs bent over the pelvis - an antalgic attitude, typical of meningitis- postcomatose symptoms, excessive irritability and pain at simple contact (hyperesthesia), pharyngoesophagitis, radicular pains and paralysis. Shortly after his fiftieth birthday, he developed agitated paralysis (postencephalic parkinsonism or parkinson's disease), with frequent headaches, noises in the head and severe weakness. Teresa de Ávila suffered, most likely, a picture of neurobrucellosis, a chronic infection of the central nervous system.

It is obvious that the health of Teresa de Ávila was a real ordeal for her: she suffered a serious chronic infection accompanied by a fever -at least- for two years, she had a coma for almost four days and was about to bury her alive; for eight months total she was crippled or paralytic and she had three years of partial paralytic. She had very recurrent and painful phlegmon of the teeth, a liver disease that almost caused her death. She suffered vomiting in the mornings for twenty years, frequent fevers, constant iron deficiency anemia due to frequent bleeding, aggravated by poor diet and, finally, massive hemorrhages, probably due to endometrial cancer that caused his death.

However, she did everything in her own to try to recover and maintain good physical health. She considered the disease as a true stimulus to unfold inner freedom, knowing, from his own experience, that we are all free to choose the attitude with which we want to react to the disease, and demonstrated, with her life, that a disease may be transformed into an occasion for personal and spiritual growth.

In this text we analyze, through the writings that have been found, both those written by his hand and the testimonies from his processes of beatification and canonization, the thought and experience of Teresa de Cepeda y Ahumada about science and the therapeutic of the historical moment that she had to live; especially how to deal with their painful illnesses, as well as the merciless torture to which the healers and the doctors of their time who fell on their luck subjected them, armed almost exclusively with blood and suckers to draw blood and herbal potions and foreign substances to purge or to cause vomiting; not forgetting those drugs from the West Indies incorporated into the therapeutic use of them on which Teresa has words of praise, except for the famous sarsaparilla.

We also deal, in the pages that follow, with the concepts of health and illness in the Teresian texts and their theories and practices on food and drink, a *Regimen Sanitatis* that responds, at the same time, to the mystical conception and, above all, humanitarian, which characterized St. Teresa.

1. INTRODUCCIÓN

A Teresa de Cepeda y Ahumada (1515-1582) se le han atribuido imposturas, lacras y simplezas que se vienen repitiendo como un mantra a lo largo de todo este tiempo, desfigurando su personalidad y su misión, a veces por desconocimiento y otras con la torticera intención de arrimar cada cual el ‘ascua a su sardina’. Los aspectos necesarios para valorar al personaje son pasados por alto demasiadas veces a la hora de abordar su extraordinaria personalidad. A Teresa se la suele juzgar bajo juicios comparativos, midiendo su valía personal con criterios actuales. Esta lógica, de lamentable anacronismo, conduce a apreciaciones erróneas y de ínfima consideración hacia su obra; y se ha llegado a adornarla con atribuciones culturales y filosóficas casi grotescas con más imaginación que cuando se hace psico-historia, apreciaciones que suelen llevar a sus detractores a contradicciones dentro de la propia valoración que hacen de ella. Nada más lejos del objetivo de esta tesis que, si bien no aborda la globalidad del personaje, si se va a ocupar de uno de los aspectos -entendemos- fundamentales, dado que los santos, a diferencia de los ángeles, tienen cuerpo y, por tanto, están sometidos a las mismas circunstancias vitales que cualquier humano y, por supuesto, huye de la tentación de juzgar al personaje, labor diametralmente ajena al cometido de la historia.

Durante su vida se sucedieron en España dos regencias, la de Fernando ‘el Católico’ y la del cardenal Cisneros, y transcurrió todo el reinado de Carlos I y una gran parte del de su hijo Felipe II. Por tanto, vivió una época muy interesante, incluso esplendorosa, pero complicada y conflictiva (KAMEN, 1995)¹. Ella misma escribe: “...que andaban los tiempos recios” (V. 33.5)². Teresa conoció de cerca, en sus largos viajes de fundación, la miseria de los más humildes y la riqueza de los poderosos; la repercusión en el pueblo de las subidas de impuestos, que llegaron a ser opresivos, y una inflación galopante, incluso dos de los tres decretos de bancarrota³ dictados bajo el reinado de Felipe II, el de 1557 y el de 1575⁴; la irrupción del protestantismo, la Inquisición, los

¹ De la misma opinión son otros autores, como Juan José IGLESIAS RODRÍGUEZ (2012), quien considera la violencia como una manifestación de la conflictividad, siendo el perfil más acentuado de la Edad Moderna el de una época conflictiva y no el de una etapa genuinamente violenta.

² Cuando nos referimos a las obras de Teresa de Cepeda y Ahumada lo hacemos utilizando las siglas habitualmente adoptadas: A. *Apuntaciones...*; Av. *Avisos...*; CC. *Cuentas de conciencia...*; CE. *Camino de perfección...* [códice de El Escorial]; CT. *Camino de perfección...* [códice de Toledo]; CV. *Camino de perfección...* [códice de Valladolid]; Cst. *Constituciones...*; Carta *Carta...*; D. *Desafío espiritual...*; E. *Exclamaciones...*; F. *Fundaciones...*; M. *Moradas del Castillo Interior...*; Me. *Memoriales...*; MC. *Meditaciones sobre los Cantares...*; P. *Poesías...*; V. *Vida...*; Vd. *Visita de Descalzas...*; Vej. *Vejamen...*

³ Recientemente, algunos de los estudiosos de la historia económica de España, han matizado las situaciones concretas y encuentran que el término ‘bancarrota’ es desajustado, debiendo considerarse más propiamente como ‘suspensiones de pago’ las decretadas por Felipe II (COMÍN, HERNÁNDEZ, LLOPIS, 2018: 77).

⁴ Estaba claro que de poco servían el gran caudal de oro y plata que llegaba de las Indias, la escasa capacidad competitiva de la industria castellana traía consigo el fuerte desnivel de la balanza de pagos en el comercio exterior, con la consiguiente fuga de dinero al extranjero. En este sentido, la visión de Luis de Ortiz expresada en su memorial era clara: se vendía materia prima de gran estima por valor de uno y se compraban productos manufacturados -hechos precisamente con esa materia prima- por valor de diez, de veinte e incluso de más. El remedio podía parecer sencillo: un estricto control

descubrimientos en las Indias Occidentales, el mayor secreto geográfico hasta entonces guardado⁵, y la lucha contra los turcos.

A mediados del siglo XVI era una necesidad urgente el llevar a cabo la reforma de la Iglesia, de manera que nuestra protagonista escribió desde el más profundo convencimiento:

“¡Oh grandísimo mal, grandísimo mal de religiosos -no digo ahora más mujeres que hombres- adonde no se guarda religión! (...) Y no sé de qué nos espantamos haya tantos males en la Iglesia, pues los que habían de ser los dechados para que todos sacasen virtudes, tienen tan barrada la labor que el espíritu de los santos pasados dejaron en la religiones. Plega la Divina Majestad ponga remedio en ello, como ve que es menester” (V. 7.5)

En estas circunstancias, Teresa demostró poseer una extraordinaria energía creadora y una humildad heroica. En ella se puso de manifiesto la fuerza paradójica de la obediencia, pero una obediencia que supo armonizar la humildad con la conciencia de sí misma y de su misión, siendo lo más característico de la carmelita, y lo más importante para la Iglesia, su mística; la mística que ella logró inculcar, cubierta de alegría, a su Orden.

1.1. Objetivos

Fue Teresa una mujer de salud esquivada pero de firme voluntad que logró lo que parecía imposible en su siglo; en un mundo dominado por hombres, que mantenían una fuerte segregación sobre la mujer -más acentuada en el entorno eclesial-, lo cual impedía que pudieran mostrar su valía personal en prácticamente todos los terrenos. Teresa de Ávila, la monja carmelita, con tesón, paciencia, humildad e ingenio venció

aduanero, prohibiendo a la vez la salida de esas materias primas -fuera lana, seda o hierro- y la entrada de los productos extranjeros. Pero, para lograrlo, era preciso producir más, cosa harto difícil, por no decir imposible, si antes no se cambiaba esa mentalidad nobiliaria, por la cual los oficios mecánicos estaban tan menospreciados. Un escollo que no era fácil de salvar mediante una legislación, por bien ordenada que fuese, y faltaba -además- la voluntad del legislador para proclamarla. (FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, 1999: 174)

Además, la inclusión de los reinos ibéricos en el sistema patrimonial de los Austrias contribuyó a multiplicar los frentes de conflicto que, a la postre, habían de pesar en sus economías. El constante enfrentamiento con Francia, la contención de los otomanos en el Mediterráneo y en el Continente, las guerras religiosas, la rebelión de los Países Bajos y la guerra con Inglaterra constituyeron una fuente de exigencias financieras nunca antes imaginadas. Desconocemos a cuánto ascendían las necesidades de la monarquía en su conjunto, ni podremos saberlo, pues el mismo gasto es difícil de calcular. Todo ello coincidía, además, con el arranque de lo que algunos historiadores han dado en denominar la ‘revolución militar’; concepto no pacífico que, en todo caso, nos remite a gastos crecientes en armamento, sistemas logísticos o tropas sobre el terreno, intendencia, etc.

⁵ Tal fue el impacto de aquel descubrimiento que el soriano Francisco López de Gomara (1510- c. 1564), capellán de Hernán Cortés, siendo éste ya Marqués del Valle, cuando redactó su *Historia General de las Indias*, repetidas veces editada, escribió: “La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias” (LÓPEZ DE GOMARA, 1922: 4-5 [dedicatoria]). Tan es así que, entre las lecturas que Carlos I tenía en su retiro de Yuste, figuraban dos ejemplares del libro “Diferentes órdenes e yervas, Hombres y otras cosas de las Yndias” y otro sobre “Diferentes yervas”, todos ellos de clara temática indiana (GARCÍA HERRANZ, 2017: 24).

todas las trabas mientras vivió y en todo este tiempo transcurrido, más de quinientos años desde su nacimiento, no ha dejado de crecer.

Es difícil, incluso imposible, conocer a nuestra egregia protagonista sin considerar la tradición judeo-conversa y greco-latina en que estaba inmersa, su ubicación en nuestro Siglo de Oro, en pleno Renacimiento cultural y en los inicios del Barroco, el descubrimiento de las Indias Occidentales, la Reforma y Contrarreforma, la Inquisición, el Concilio de Trento y otros hechos extraordinarios de aquel siglo XVI en el que vivió. También la propia situación de la medicina en aquel tiempo, que porfiaba por salir de unas pretendidas nebulosas tinieblas de la Edad Media, de la todavía concepción galénica de los cuatro humores, por medio de la cual se trataba de explicar y tratar las enfermedades para las que había pocos remedios, procedentes en su mayoría del reino vegetal, más allá de purgas y sangrías, muy utilizadas y a la que todos los autores que se tuvieran por doctos dedicaron sus comentarios, puesto que la enfermedad consistía en un desequilibrio de los humores, en especial por una mayor presencia de alguno de ellos, lo lógico era aplicar un remedio evacuativo, dependiendo del tipo de humor y de su ubicación.

Sobre Teresa de Jesús se ha escrito mucho, y se seguirá escribiendo, pues el pasado está sin cerrar, se reescribe una y otra vez sin que haga falta descubrir nada nuevo, algo que no se puede descartar, que venga a aportar nuevos datos. Basta con que lo observemos con una mirada distinta.

Mujer contemplativa, sin duda, pero también activa, a pesar, como se ha dicho, de su huidiza salud; actividad que la permitió llevar a cabo la obra empezada en 1562 con la primera de sus fundaciones, a los cuarenta y siete años de edad, hasta la última de ellas en 1582, meses antes de abandonar este mundo, pasando por la separación en provincias diferentes de Calzados y Descalzos, lo que supuso la consolidación de su reforma. Su actividad influyó menos en el mundo de la alta política que en el ámbito espiritual y cultural, actividad que, en un principio, no encontró acogida, como tampoco una oposición tranquila y razonada, sino resistencia, en la que emplearon todos los medios de la intriga y la calumnia, e incluso los malos tratos, como el caso de la prisión de san Juan de la Cruz⁶.

* * *

Es en este siglo XVI en el que se desarrolló la existencia de nuestra protagonista, cuando puede decirse que las ciencias fueron adquiriendo su mayoría de edad. En él los naturalistas españoles se centraron básicamente en el conocimiento de la Botánica. Su estudio era importante en tanto que constituía un elemento necesario para el ejercicio y desarrollo de la actividad médica y farmacéutica, casi circunscrita en aquel momento a las cuestiones de la sinonimia, por tener que trabajar con tres lenguas de culturas tan dispares representadas por el latín, el griego y el árabe, sin olvidar la creciente influencia del descubrimiento de América, hasta el punto de que gran número de las obras que vieron la luz en nuestro país se ocupaban de las Indias

⁶ La Reforma, en España, no transcurrió pacíficamente; fue empresa dura y salpicada de enfrentamientos entre diversos bandos de religiosos que no tenían inconveniente en recurrir a la violencia cuando se trataba de defender intereses amenazados. Hubo abundante sufrimiento (SUÁREZ, 2005: 328). Esta Reforma tuvo una culminación en el siglo XVI, cuando logró incorporar a los Descalzos del Carmelo.

Occidentales, pues trataron de reunir y compendiar lo que vieron, a menudo, con gran acierto (VERNET, 1976).

La terapéutica se orientaba hacia el mundo vegetal y se hacía imprescindible conocer las plantas, identificarlas, saber cuándo y cómo recolectarlas y conservarlas, describir sus características y sus aplicaciones terapéuticas, así como la forma de empleo. La Botánica se orienta hacia la Farmacia y surgen los tratados de materia médica.

El uso de los remedios naturales con que contaban en este momento eran, en su mayoría, de un evidente origen empírico y es en este siglo cuando comenzaron a publicarse obras sobre materia médica maduras, reflexivas y puestas al día según se iba implantando el humanismo científico, puesta al día necesaria por el mero hecho de que todas ellas tenían un mismo punto de partida, el 'Dioscórides', donde se recogía la botánica médica mediterránea, único mundo hasta entonces conocido. Esta doctrina terapéutica subyace en aquellos autores cuando explican -o tratan de explicar- los usos de los primeros productos procedentes del Nuevo Mundo, que se irán incorporando hasta engrosar sensiblemente sus listas de medicamentos.

Sin embargo, esto debe ser matizado. Los galenos recurrían frecuentemente a sustancias cuyo uso venía avalado por la experiencia, sin conocer aún la explicación científica del fenómeno e, incluso, se daban claras situaciones de contradicción con las doctrinas del momento sobre su acción farmacológica, así fueron incorporando productos que oyeron o vieron usar a los indígenas cuyo fundamento nada tenía que ver con la medicina occidental vigente. Por otra parte, parece ampliamente demostrado que el conocimiento sobre la terapéutica que poseían aquellos aborígenes sorprendió notablemente a los europeos, quienes al inicio de la colonización, a falta de médicos y de remedios propios, no dudaron en poner en práctica los efectos de algunas hierbas afamadas entre los indios, cuyos chamanes conocían y empleaban, dejando a un lado los productos de procedencia animal o mineral. A ella también tuvieron acceso los españoles según iban llegando, junto a otras descubiertas y experimentadas por los que allí ya se habían trasladado.

Ahora bien, salta a la vista la diferencia existente entre autores como Andrés Laguna, cuya información es confusa y que conocen los productos tan solo parcialmente, frente a aquellos como Juan Fragoso que, después de estudiar a fondo la obra de Nicolás Monardes y la de los cronistas, muestran un conocimiento más exacto, conocen directamente las plantas, porque algunas de ellas ya se cultivaban en España, y experimentan sus efectos; y otros como Pedro Arias de Benavides que, después de ejercer en América y observar los tratamientos que los indígenas aplicaban a los enfermos, aculturaban sus drogas así como los procedimientos curativos.

A partir de 1477, para los físicos, cirujanos, ensalmadores, boticarios, especieros, herbolarios y las personas que, en todo o en parte, usaban de estos oficios, era necesario pasar por un examen y tener la aprobación del Real Tribunal del Protomedicato. Justo es decir que también en aquella sociedad ejercían una medicina empírica los hernistas y sacadores de la piedra, los algebristas, los batidores de cataratas u oculistas, los sacamuelas y las parteras. Entre estos y los profesionales con título universitarios, se situaban los barberos y sangradores (CAMPOS DÍEZ, 1999).

Tras el redescubrimiento de los autores antiguos, Europa adquiere el sentimiento de haber logrado, de un golpe, el mayor grado de cultura jamás alcanzado en Occidente, olvidando frecuentemente que el Renacimiento es deudor de una Edad Media a la que desprecia. El descubrimiento de un Mundo Nuevo, la invención de la imprenta y el convencimiento de contar con la verdad evangélica, la persuaden de que ya está más avanzada que los maestros que admira; de manera que hacia mediados del siglo XVI puede hablarse de un Renacimiento triunfante, una vez vencido definitivamente el monofisismo, que legará a la posteridad la imagen que de sí mismo se ha hecho. La evolución que se produce se caracteriza por una recuperación de los textos griegos, iniciadores del racionalismo, y su adaptación a un entorno donde, el individuo, a través de la experiencia, toma conciencia de su protagonismo. Así se va abriendo paso el tránsito del racionalismo al individualismo, de manera que las reflexiones de naturaleza abstracta van perdiendo importancia frente a la experiencia inmediata e individual de las cosas, individualismo que concede la primacía a la experiencia personal, a la verdad de los sentidos en oposición a la verdad de los libros y la intuición inmediata, dando lugar al encuentro directo con lo real y concreto. Es preferible la sensación y la acción al conocimiento racional, sin llegar a romper definitivamente con el pasado, por lo que seguiremos encontrándonos autores que habiendo salido a estudiar o completar su formación en otras universidades, o haber ejercido profesionalmente en otros países, siguen triunfantes los cuatro elementos: fuego, aire, agua y tierra, y las antiguas cualidades elementales: frío, seco, cálido y húmedo.

Los cuatro elementos se encuentran en el organismo, donde son vehiculados por su humor correspondiente, portador de las cuatro cualidades que son distribuidas por el cuerpo, donde circulan y se mezclan. El predominio de uno u otro humor nos lleva a las complexiones o temperamentos; por lo que la construcción fisiopatológica hacía necesaria una farmacología que indicase las cualidades de los simples y de los medicamentos y su grado, con el fin de corregir unos trastornos que en última instancia se reducen a una graduación de las cualidades elementales.

Con la llegada del Renacimiento se produce una lucha o confrontación entre el prejuicio adquirido y el juicio propio, como señala Julio REY PASTOR (1970: 15), ante el deseo y la dificultad de poner en conexión los hechos observados con la autoridad de los antiguos, cuya creencia ciega conducirá, en muchos casos, a la trabazón de la ciencia, impidiendo su necesario desarrollo, y en otros casos supuso el inevitable desasimiento del lastre que esto pudiera representar, sin que tuviera que producirse necesariamente una ruptura total, lo que permitió avanzar en el conocimiento de la realidad, para lo cual fue necesario dejar a un lado el marcado respeto ciego, rayano a veces en la veneración, que se venía profesando a los autores clásicos, desapareciendo de esta manera las trabas o barreras que dificultaban el progreso de la ciencia en general, y de la medicina en particular. Esto fue lo que, en definitiva, hizo posible el advenimiento de la ciencia moderna, libre de los prejuicios heredados de la autoridad representada por los clásicos.

Este criterio de autoridad atribuido a los clásicos fue sustituida por el de la experiencia, la observación directa de los hechos, etc. sin querer con ello decir que antes no existiera; pero es ahora cuando el empirismo empieza a tomar carta de naturaleza y pasa a constituirse en la base sobre la que se sustentarán los criterios que

revolucionarán el conocimiento. Pero debemos tener en cuenta y no perder de vista que es éste un periodo de transición entre el Medievo y la Modernidad, en el que nos encontramos mezclados unos elementos novedosos y otros tradicionales provenientes de una herencia medieval; por lo que el proceso de renovación no fue ni tan brusco ni tan revolucionario como a veces se ha querido creer, sino que se llevó a cabo de una manera gradual y paulatina.

Es necesario considerar el impacto provocado por el descubrimiento de América en la Europa de comienzos de la Edad Moderna y de España en particular, en sus distintos aspectos, lo que no es fácil plasmar en pocas palabras: nuevas tierras, nuevas gentes, nuevos productos y un prometedor campo de expansión, de manera que John H. Elliot escribe:

“Todo lo que pudiera saberse sobre América debía tener su lugar en el esquema universal. El conocimiento de las nuevas tierras y de las nuevas gentes podía, como sugirió el padre Acosta, contribuir a la gran tarea de la evangelización del género humano. El conocimiento de su infinita diversidad, que proclamaban con espanto y admiración Fernández de Oviedo y de Las Casas entre otros muchos, solo podía servir para aumentar la capacidad del hombre para darse cuenta de la omnipresencia de su divino creador. El conocimiento de las propiedades medicinales y terapéuticas de sus hierbas y plantas era una prueba más del cuidado de Dios en el bienestar de sus hijos...” (ELLIOT, 2011: 51).

No echemos en el olvido que, en aquel entonces, era creencia generalizada que del mundo animal procedían los alimentos, del mineral los venenos y del vegetal los medicamentos.

Entre tanto ¿cuál era la situación de las Indias? En pocas palabras: inmensidad y asombro son la primera reflexión que nos provoca el hecho americano ante el despliegue llevado a cabo: fundación de ciudades, preparación de caminos, explotación de minas, transmisión de la educación y el Evangelio a miles de indígenas, creación de un importante entramado administrativo: Virreinos, Audiencias, Gobernaciones, Corregimientos, etc. Es en esta época cuando se pasa de la fase de conquista al de colonización.

Son frecuentes en la época las obras de distinta índole que, con ironía y mejor o peor acierto, se burlan de la figura del médico y del boticario (GIL DE SOTO, 2009). Joseph PÉREZ (2000) se pregunta si es justo el descrédito que nos merecen los médicos de aquel tiempo y si eran tan ignorantes como se afirma. Cabe decir que, entonces, en Castilla, la profesión médica estaba controlada por el Real Tribunal del Protomedicato, creado en el siglo anterior, hacia 1477; él estaba encargado del gobierno de la medicina en diversos aspectos: enseñanza, examen de los sanitarios, persecución del intrusismo, vigilancia del ejercicio profesional, administración de justicia, etc. Pues el Protomedicato disponía de la jurisdicción privativa de todas las causas y negocios pertenecientes, por razón de oficio, tanto a las profesiones propiamente sanitarias como subalternas, así como todo lo que, en relación y en dependencia con ellas, tuviera que ver.

Fue Felipe II quien propició una labor racionalizadora y sistematizadora del trabajo de este Real Tribunal, de modo que en 1563 se establecieron las condiciones

necesarias a médicos, cirujanos y boticarios para pasar el examen ante el Protomedicato. Los primeros debían ser bachilleres en artes, habían de emplear cuatro años en el estudio universitario de la Medicina y dos de práctica con un médico aprobado antes de pasar examen. Los segundos estaban obligados a la práctica durante cuatro años con un cirujano y los terceros el mismo tiempo en una botica, además de demostrar el conocimiento del latín. A todos se les exigía la demostración de la limpieza de su sangre. En 1588, ya fallecida la Santa, propició una gran reforma del Tribunal que reestructuró mediante una Pragmática de 2 de agosto en 1593.

Podía estudiarse Medicina en las Universidades de Salamanca, Valladolid y en la recién creada de Alcalá de Henares; en Sevilla, Granada, Santiago de Compostela, Barcelona, Lérida, Zaragoza, Huesca, Valencia y en las denominadas ‘universidades menores’ como las de Toledo, Sigüenza, Osuna, Gandía, Orihuela, Almagro, Irache, Estella y Oñate (PUERTO, 1999).

1.2. Material y método

Hay que agradecer, sin más dilación, a Teresa de Cepeda y Ahumada la cantidad de información que dejó plasmada en sus escritos y de los que fundamentalmente nos hemos servido para redactar estos comentarios, sobre todo en el *Libro de la Vida*, en el de las *Fundaciones* y en el *Epistolario* que, desgraciadamente, nos ha llegado muy incompleto. Sobre ellos se ha basado la redacción de estas páginas en las que comentamos los avatares y peripecias de la vida de nuestro personaje que le llevaron a socavar paulatinamente su ya endeble salud debido a una infección crónica que la dejó marcada para toda la vida⁷, pero que no afectó a su entereza, fortaleza y firmeza de ánimo, no solo para superar todos los obstáculos y dificultades que encontró, si no para llevar pacientemente sus enfermedades y el ‘castigo’ que, sin consideración ni misericordia alguna, la infligieron los médicos de la época y, sobre todo, las curanderas.

A ellos se ha añadido, en segundo lugar, las relaciones biográficas inéditas publicadas por José GÓMEZ CENTURIÓN (1916) y, en tercer lugar, los testimonios de los religiosos que la acompañaron y de otras personas contemporáneas, manifestados en los procesos de beatificación y canonización (SOBRINO, 2008; SILVERIO DE SANTA TERESA, 1934-1935).

Las obras de Teresa nos van a permitir apreciar los síntomas o manifestaciones de sus enfermedades, su postura ante las mismas y su apuesta por la salud; llamando poderosamente la atención el que nuestra protagonista, a pesar de todas sus dolencias, de los severos tratamientos que le aplicaron y de las secuelas que de alguna de ellas le quedaron, mantuviera la entereza y la disposición de ánimo que la caracterizó. Así pues, vemos como ella se vio inmersa, a causa de sus dolencias y padecimientos, en el ambiente médico, y lo sabemos porque ella misma lo comenta:

“Púsele mis enfermedades por inconveniente, que aunque sané de aquella tan grave, siempre hasta ahora las he tenido y tengo bien grandes -

⁷ “Con ser su natural delicado y congojoso”. Declaración de María de San Francisco. Proceso de Alba. 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 3: 217. 1935).

aunque de poco acá no con tanta reciedumbre, mas no se quitan- de muchas maneras" (V. 7.11)

A los sesenta años de edad se confiesa cansada, pero no como lo pudiera estar durante su priorato en la Encarnación, ejercido por mandato del padre visitador, donde tuvo que hacer frente a situaciones delicadas como el rechazo a su llegada y ocuparse de enderezar aquella macrocomunidad de monjas, primero dándoles de comer y edificándolas espiritualmente, para lo que contó con la valiosa colaboración de san Juan de la Cruz; si no agotada y con deseo de abandonar este valle de lágrimas:

"... que estoy vieja y cansada; aún el cansancio que pasé en la Encarnación, todo no se me hace nada. Nunca tengo salud ni gana de haberla tuve; deseo grande ya de haber salido de este destierro si tengo" (Carta 83.7, Sevilla, 18/06/1575, al padre Juan Bautista Rubeo, en Piacenza).

Gracias a lo que Teresa de Cepeda dejó escrito nos podemos acercar a los hombres de aquel tiempo e intuir otra forma de sentir y percibir cada momento histórico. Ella misma nos dice que llevaba cuarenta años que no se le pasaba día sin dolores, de manera que no teniendo más que los habituales, se sentía bien y confiesa: "...dudo, Padre, si hay cuerpo humano hoy vivo que tanto mal haya padecido como éste mío"⁸. Sin embargo, son padecimientos y achaques que llevó con buen ánimo, con paciencia, aceptación y serenidad, de forma que siempre procuró no dar por ellos pesadumbre a los demás.

La andadora, nuestra protagonista, empieza a escribir por obediencia y gracias a esta actitud, que estuvo siempre presente en su vida, le debemos mucha información, no solo sobre su relación con Dios que hizo de ella la mística de renombre universal, beatificada por el papa Paulo V el 24 de abril de 1614, canonizada por el pontífice Gregorio XV el 12 de marzo de 1622, primera doctora 'honoris causa' por la Universidad de Salamanca el 4 de marzo de 1922 y hecha doctora de la Iglesia durante el papado de Pablo VI, el 27 de septiembre de 1970; sino también del medio en el que vivió, en el que implantó la reforma del Carmelo y de su desarrollo en las circunstancias más variadas que podamos imaginar.

Voces muy autorizadas son las de aquellos que vivieron con ella aquellos hechos, fundamentalmente dos de ellos: Julián de Ávila (1527-1605), escudero de la Santa y confesor en el conventito de San José de Ávila, cuyo relato, en su libro sobre la vida de la fundadora, es material de gran importancia para el objetivo pretendido (ÁVILA, 1881), junto con el testimonio de quien fuera su secretaria y enfermera, en especial por lo que se refiere a los últimos años, la toledana Ana de San Bartolomé (1549-1626) (URKIZA, 1998); sin olvidar las declaraciones depositadas en los procesos de beatificación y canonización hechas por personas de su entorno, que la conocieron y trabaron relación directa con ella.

Nos hemos servido también de numerosas obras escritas en aquel tiempo y las redactadas posteriormente que se ocupan de aquellos años, con el fin de hacernos una idea del espacio y del tiempo en el que se desarrollaron los hechos, buscando con ello la necesaria complementariedad; de manera que, si bien por un lado los

⁸ Declaración del padre Diego de Yanguas (O.P.) Proceso de Piedrahita. 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 239. 1934).

conocimientos de la época nos permiten comprender mejor a la madre Teresa, su testimonio nos ayuda a conocer de primera mano aquella aventura emprendida por obediencia.

Hemos hecho referencia, en las líneas que anteceden, a su epistolario, correspondencia que, a falta de otro medio de comunicación, mantuvo con sus conventos y monjas, eclesiásticos, aristócratas, incluso el Rey, mercaderes, familiares y amigos; labor que le quitaba horas de reposo en detrimento de su precaria salud, hasta el punto de que los galenos en algún momento le prohibieron que lo hiciera, por lo que tuvo que echar mano de amanuenses que colaboraran en tan considerable tarea, pues aprovechaba ese momento para despachar cartas, de manera que podemos decir que de correos lo sabía todo: lo que costaba cada envío, cuál era el medio mejor, más rápido y seguro en cada momento y en cada ciudad. Unas veces utilizaba el arriero, o el recuero o, y este era el medio más seguro, al amigo de confianza que va de camino para aquella ciudad o pasara por aquel convento. Cuando tiene la ocasión de aprovechar los servicios de un buen 'correo mayor' de absoluta confianza, escribe con la seguridad de que las cartas llegarán a su destino. En sus últimos años se intensificó de modo evidente la correspondencia: sobre todo entre 1576 a 1581, en los que los problemas de sus fundaciones, especialmente la sevillana, fueron tantos que podría venirse todo abajo. La fundadora no cede: dirige sus monasterios y resuelve sus problemas por medio de la correspondencia frecuente y detallada, desde los asuntos más graves y delicados hasta las recomendaciones cotidianas, en apariencia triviales, que ponen de manifiesto su desvelo por sus monjas.

Aunque hoy pueda parecer inconcebible, a la vista de las dificultades, de sus múltiples quehaceres y de su escasa salud, nunca renunció a tan ardua labor, para fortuna de las generaciones posteriores, que tenemos en sus epístolas una fuente histórica aún no considerada en su justo valor, con honrosas excepciones⁹. Cuando escribe lo hace con el habla de los castellanos en el siglo XVI, con su marcado carácter castizo, con su llaneza y con su peculiar gracejo. Además, añadiremos, que en sus obras destaca su feminidad en una sociedad misógina, una sociedad singularizada por la marginación de la mujer en un mundo dominado por los varones; pero dado su temperamento resuelto y su decisión, no se amilanó y dejó constancia de los acontecimientos que se encontró y que tuvo que afrontar. A veces, como el que no quiere la cosa, deja caer algunas alusiones reveladoras que aclaran determinados aspectos de aquella sociedad, tal y como la sintió una observadora humanamente desapasionada, como lo fue ella.

Así, describe sus síntomas orgánicos, gracias a lo cual podemos deducir algunos datos sobre el estado de los conocimientos médicos y farmacéuticos de la decimosexta centuria, época sobre la que existe bastante literatura al respecto, pero son obras escritas por médicos, boticarios o, en general, personas relacionadas con estas actividades sanitarias, sin dejar en el olvido a los llamados 'historiadores de Indias' que, al describir los territorios que van conociendo en el Nuevo Mundo, también nos fueron dejando noticias valiosas sobre estas cuestiones (GONZÁLEZ BUENO, 2007). Tratamos ahora de ver esa misma parcela de la vida humana a través de las obras de

⁹ El historiador Manuel FERNÁNDEZ ÁLVAREZ (1999: 23) constituye una de las escasas excepciones que cabe citar en cuanto al aprovechamiento de la información que la obra de Teresa de Cepeda aporta al conocimiento histórico de aquella época.

una persona que nada tuvo que ver con estas actividades, aunque siempre estuvo preocupada por la salud de sus monjas y la de las personas con las que trató en su vida, y cuyos conocimientos al respecto, a tenor de lo que entonces se sabía, constituye una fuente indirecta de información que nos puede orientar sobre ciertos aspectos humanos acerca de lo que su experiencia la enseñó; de manera que podemos pensar en un empirismo personal fundamentado en la percepción de lo concreto probado, de forma que nos dejó abundantes noticias sobre medicina debido a que ella dejó traslucir en sus escritos detalles de los padecimientos que sufrió a lo largo de su vida, mientras que sobre los remedios utilizados para el alivio o, en su caso, curación, no es tanta la información¹⁰. Su salud que desde bien pronto, en la adolescencia, se mostró frágil y quebradiza, unido a su preocupación por la salud de cuantos la rodean y los remedios a utilizar para recuperarla, constituye el corpus de estas líneas; con esto pretendemos aclarar que, en este texto, se esquivarán otros aspectos de su personalidad. Padecimientos y achaques que llevó con paciencia, aceptación y serenidad.

Sobre la base de este empirismo personal y, en alguna ocasión, de algún allegado, normalmente sus monjas, va describiendo cómo hacer frente a la enfermedad, qué utilizar y cuándo. Por ello no deja de ser interesante su total y más completo rechazo al uso de la zarzaparrilla cuando ésta se encontraba en su apogeo terapéutico, por lo que nos inclinamos a pensar que debió tener una mala experiencia con ella, que no describe.

Nos relata sus trabajos y penalidades, pero en sus obras no encontramos palabras de lamento por ello. Puede dejar constancia de calamidades en sus desplazamientos en los que, en alguna ocasión, se dieron situaciones críticas, de sed o de hambre por no tener nada que llevarse a la boca; pero siempre son datos lo que nos ofrece, nunca lágrimas. Cuando habla de sí misma lo hace como si se mirara desde fuera, como si ella fuese un dato, un personaje más que forma parte del relato.

Hacer una anamnesis quinientos años después sobre la base de las descripciones que la propia interesada hace de sus enfermedades, completada de alguna manera por los testimonios que dejaron los que con ella convivieron, no es tarea fácil, por lo que solo puede tratarse de una aproximación, tanto más cercana a lo que pudo ser si se tienen en cuenta todos los factores.

Como texto de partida hemos manejado la octava edición de las *Obras completas* de Santa Teresa realizada por Efrén de la Madre de Dios (O.C.D.) y Otger Steggink (O.C.), editada por la Biblioteca de Autores Cristianos en 1986 (TERESA DE JESÚS, 1986); son los propios autores los que indican que, con esta edición, han buscado renovar su lozanía y la fidelidad a los textos originales, de forma que pueda seguir siendo siempre un 'texto documental'. No seguimos esta edición para el epistolario, pues en este caso se ha empleado una edición más moderna por entender que en ella se han incorporado nuevas cartas localizadas con posterioridad a 1986; nos estamos

¹⁰ Tampoco lo son sus más allegados cuando hablan de este tema, por ejemplo, cuando en Sevilla llamaron al galeno y al barbero -suponemos que pensando en que se aplicaría la universal solución de la sangría- para atender a una de las monjas: "... vino el médico y barbero y gastose aquella noche en hacerle algunos remedios..." (MARÍA DE SAN JOSÉ, 1919: recreación IX)

refiriendo a las *Cartas de Santa Teresa* en su cuarta edición, publicada por la Editorial Monte Carmelo en 1997 y preparada por Tomás Álvarez (TERESA DE JESÚS, 1997)¹¹.

En relación con los conocimientos terapéuticos de Teresa de Ávila, adquiridos sin duda por puro empirismo¹², se han contrastado con los de conocidos y renombrados médicos de la época, cuyas obras fueron publicadas durante la vida de ella, así Andrés Fernández Velázquez Laguna (c. 1510-1559), cuyos comentarios al 'Dioscórides' fueron publicado en la Salamanca de 1566 (DIOSCÓRIDES, 1566); Nicolás Monardes (c. 1508-1588) que vio editada su *Historia Medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales* en 1580 (MONARDES, 1580), Juan Fragoso (c. 1530-1597) que, en 1572, dio a las prensas sus *Discursos de las cosas aromáticas, árboles y frutales, y de otras muchas medicinas simples que se traen de la India Oriental, y sirven al uso de la medicina* (FRAGOSO, 1572), Pedro Arias de Benavides (fl. 1567), único entre éstos que estuvo y ejerció como cirujano en las Indias, autor de unos *Secretos de Chirurgia* en 1567 o Luis Lobera de Ávila (c. 1480-1551) autor de un *Vanquete de Nobles Cavalleros*, aparecido en 1530 (LOBERA DE ÁVILA, 1530) y sendos textos, *Libro de las quatro enfermedades cortesanas* (LOBERA DE ÁVILA, 1544) y *Libro de experiencias de medicina* (LOBERA DE ÁVILA, 1544) salidos, casi coetáneamente, de los tórculos toledanos de Juan de Ayala.

¹¹ Esto nos lleva de la mano a hacer la siguiente advertencia sobre lo que se percibirá de inmediato: las diferencias ortográficas. No es la misma la empleada en la edición de Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink, respetuosa con la empleada por nuestra protagonista, que la de la publicación de Tomás Álvarez, actualizada. Cuando se hace mención a las cartas no solo se indica su número y el del párrafo o párrafos de las mismas, pues estos pueden variar si se maneja una edición diferente a la empleada en este trabajo, por lo que se ha optado, para facilitar su consulta a quien así lo desee, por indicar también la fecha, dónde la escribió, el lugar de destino y a quién iba dirigida.

¹² Dada la base terapéutica de los remedios más utilizados, que no era otra que la procedente del reino vegetal, estaban muy extendidos el conocimiento de su aplicación en distintas situaciones, así, María de San José, con lenguaje poético, escribió: "... Aquí hallan los ciervos heridos de las ponzoñosas arañas las hierbas litamo y celedonia; aquí se halla con que las golondrinas, anunciadoras del verano, curan los ojos de sus ciegos hijos; también hay salvia para los tocados de la perlesía o perlacia, que para esta enfermedad hay grandes remedios en nuestro monte. Hay agárico y pitiminí, y otras cosas contra los malos humores; hay mirra, bálsamo e incienso" (MARÍA DE SAN JOSÉ, 1919: recreación VII)

Sin embargo, con haber padecido Teresa de perlesía, no tenemos constancia de que le administraran algún remedio con salvia.

2. Aspectos biográficos: una mala salud de hierro

Quien entró en religión para servir a Dios y movida por ello buscó la perfección, creyó, muy probablemente, que alcanzaba sus expectativas con erigir una comunidad reducida de monjas, a tenor de lo considerado por el Concilio de Trento¹³, y conforme a la regla primitiva¹⁴, en su convento abulense de San José, donde había encontrado no solo el ideal anhelado sino también el sosiego y la quietud, en definitiva la paz, para entregarse a la oración y contemplación. Sin embargo, se vio destinada a convertirse en fundadora de más conventos donde se viviera en las condiciones del avileño, ampliando su reforma¹⁵ por Castilla, desarrollándola y afianzándola, lo que no fue fácil,

¹³ Como consecuencia de las constituciones conciliares, los religiosos debían ajustar su vida a los cánones de la reforma que se venía produciendo, adoptando los varones las formas consagradas de vida religiosa de observantes, descalzos o recoletos, y las mujeres a la clausura estricta que les prohíbe la mendicidad y les obliga a ajustar su número a los recursos económicos disponibles para que no se dieran situaciones como las vividas en el convento de la Encarnación de donde ella misma procedía. Al respecto resultan ilustrativas las obras de Nicolás GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ (1996; 2011) y los numerosos testimonios recogidos por Otger STEGGINK (1993).

Así, en una de las primeras cartas que se conservan, datada a finales de 1561 escribe: "...que es hacer un monasterio, donde ha de haber solas quince, sin poder crecer el número, con grandísimo encerramiento, así de nunca salir, como de no ver si no han velo delante del rostro, fundadas en oración y mortificación..." (Carta 2.3. Avila, 23/12/1561, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Quito), escrita antes de su primera fundación, que tendrá lugar ocho meses después.

Solo quince moradoras fue su primer proyecto, pues después quedó reducido al modelo del colegio apostólico, como se lo transmite años después al mismo destinatario: "En teniendo una oración, no quiere otra cosa sino estas casas, a manera de decir, y no es el número más de trece en todas... no se sufre ser muchas" (Carta 24.18. Toledo, 17/01/1570, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Quito). En esta línea se mantiene, así en el *Códice del El Escorial* dice: "Pues hacer mucho ruido al caerse el de doce pobrecillas..." (CE 2.10) y en el *Códice de Valladolid* se aprecia una diferencia, pues remite a trece: "Pues hacer mucho ruido a el caerse casa de trece pobrecillas..." (CV 2.10), que queda establecido y así confirmado en *Visita de Descalzas*: "Siempre se había de procurar en cada casa no se hinchese el número de las monjas" (VD 28).

¹⁴ La Regla del Carmen es un breve código estatutario que, desde los orígenes de la Orden Carmelita, inspiró y codificó la vida de los ermitaños del Monte Carmelo en Israel y de sus sucesores. Data de la primera década del siglo XIII y fue escrita por el Patriarca latino de Jerusalén Alberto Avogadro y posteriormente aprobada por el papa Inocencio IV en 1547.

¹⁵ Cuando en la historia de la espiritualidad se alude a las reformas, no se trata tanto de implantar ninguna novedad, sino de restablecer el primitivo espíritu de los fundadores: de volver a las fuentes de la espiritualidad deformada por la debilidad humana. Lo cierto es que el nivel moral e intelectual de buena parte del estamento eclesiástico no vivía sus mejores momentos, lo que venía exigiendo una perentoria reforma que revitalizase los valores antiguos; que fue anterior en el tiempo a la reforma protestante y -al chocar con ella- dio pie a una actitud contrarreformista espontánea.

La Reforma iniciada en España precedió, en más de cincuenta años, a la Contrarreforma de Trento. La Iglesia necesitaba un cambio que se venía produciendo en Castilla desde mediados del siglo XV, siendo protagonistas de su largo y tortuoso recorrido, en primer término, las mismas instituciones religiosas en las que nació y se encauzó el proceso, pero también lo fue una conciencia política mantenida en las autoridades públicas e impulsadas sobre todo desde la Corona, representada por Isabel y Fernando, que no se contentó con apadrinar la reforma eclesiástica, sino que aspiró constantemente a dirigirla y convertirla en un instrumento de acción político-religiosa, pues los Reyes actuaron tanto por móviles de personal convicción religiosa como por razones de Estado, y parece ser que fue Isabel quien promovió la mayor parte de las iniciativas, rodeada siempre de consejeros

pues aunque no le faltaron apoyos, muchos más abundantes -en número e intensidad- fueron los inconvenientes con los que se encontró y las trabas que le pusieron.

Teresa conoció de cerca la realidad de aquella España en sus largos viajes de fundación que la valieron el calificativo por parte del nuncio Felipe Segá (1537-1596) de 'inquieta y andariega'¹⁶, lo que le permitió recoger en sus escritos lo que aquella sociedad era, cómo vivían, cómo se comunicaban, cómo era la religiosidad popular, la situación de la Iglesia, la situación socio-política, la división estamental, etc.

Dentro de este marco y de lo esbozado en la introducción sobre la realidad histórica vivida por ella, recogemos a continuación algunos datos biográficos con interés directo al objeto de esta memoria:

1515. El 28 de marzo nació en Ávila Teresa de Cepeda y Ahumada, hija habida en el segundo matrimonio de Alonso Sánchez de Cepeda con Beatriz de Ahumada; bautizada en la parroquia de San Juan el 4 de abril siguiente¹⁷.

En la evolución sufrida por la sociedad, en concreto en lo que se refiere a la distribución de la población en aquel tiempo, se consolida el auge de lo urbano sobre lo rural, aunque siempre existió una simbiosis entre ambos¹⁸. Así, la ciudad pasa a ser el

eclesiásticos de fuerte personalidad y gran altura profesional como Pedro de Mendoza, Hernando de Talavera y Jiménez Cisneros; labor que fue continuada por Carlos I y concluida por Felipe II.

Hay que tratar ahora, inaplazablemente, de continuidad durante el reinado de Carlos I, que tuvo que ocuparse ineludiblemente de problemas que requerían prioritariamente toda su atención, problemas tan graves como los acontecimientos germánicos y la situación geo-política y estratégica en el Mediterráneo, pero a pesar de ello no supuso un empantanamiento de la iniciativa reformista puesta en marcha en España y, además, favoreció con su apoyo la celebración del Concilio de Trento en sus dos primeras etapas, desde su apertura en 1545 siendo papa Paulo III hasta 1547, y en 1551 siendo pontífice Julio III hasta 1552.

Sin embargo, la intervención de Felipe II supuso una reforma a la española, marchando más allá de lo dispuesto en el Concilio. Modificó el ritmo y el alcance de esta reforma en la vida de las instituciones religiosas dentro de las más estricta y absoluta de las observancias, lo que inevitablemente provocó tensiones entre los criterios romanos y los españoles, que desaparecieron con la llegada al papado de Pío V (1566-1572).

¹⁶ Estos calificativos hoy son conocidos hasta el punto de que se emplean como identificadores de nuestra protagonista, sobre todo el de 'andariega', pues su inquietud por ir difundiendo la reforma de los Carmelitas con su vuelta a los inicios y regla primera la llevo a fundar 'palomarcicos' por Castilla, Andalucía y Extremadura. Sin embargo, no fue esta la intención del nuncio boloñés Felipe Segá al atribuírselos, sino todo lo contrario, pues se los echó en cara, como defectos imperdonables en una monja de clausura. Tengamos en consideración que Segá llegó a España predispuesto contra los Descalzos, actitud que tardó tiempo en ir suavizándose con el conocimiento de los hechos reales y no sólo por los comentarios torticeros vertidos en su oído por elementos de la Orden contrarios a la reforma teresiana.

¹⁷ Alonso Sánchez había contraído previamente nupcias con Catalina del Peso y Henao, con quien tuvo tres hijos. De su segunda mujer, Beatriz, fueron doce. El uso de los apellidos, por parte de Teresa y sus hermanos, es conforme a la costumbre de la época, en la que todavía se aplicaba indistintamente a los hijos el de cualquiera de sus ascendientes, sin atenderse a la filiación de la línea paterna, siendo muy común hallar hermanos, hijos de los mismos padres, usando apellidos diferentes.

¹⁸ Como consecuencia de los nuevos descubrimientos Europa atravesó un notable crecimiento de la población, pasando de unos 80 millones de habitantes a principio de siglo (1500) a más de 105 millones en 1600. Este crecimiento no fue debido a la introducción de innovaciones tecnológicas esenciales, sino que en buena medida fue extensivo, basado en mayores aportes de trabajo, capital o recursos naturales, sin incrementos significativos, o incluso con reducción, del propio producto *per*

ente que garantice unas condiciones que harán posible el bienestar de sus habitantes; y lo que ofrecía era, nada más y nada menos, que unas garantías, no absolutas ni totales, pero si relativas al menos, en materia de alimentación, abundancia y diversidad de placeres festivos, tales como los juegos, los toros, el teatro, los autos sacramentales, las danzas, las mascaradas o las celebraciones de faustos acontecimientos; así como la convivencia en el seno de cofradías creadas bajo diferentes advocaciones, que en muchos casos darán lugar a los gremios, pasando de la parroquia a la profesión; mayores posibilidades de acceder al conocimiento por la vía de la alfabetización y del libro; y las fundaciones caritativas que ofrecían a los más pobres y marginados la posibilidad de sobrevivir, así como la oportunidad de la salvación eterna en numerosas iglesias, atendidas por una abundante clerecía, aunque no siempre con la debida formación.

La distribución dentro de la estructura social en ciudades y pueblos dependía fundamentalmente de su base económica, su localización geográfica, su papel en el comercio y si servía o no de centro para estos intercambios a distintos niveles: regional, nacional o internacional. El tamaño de su territorio, incluyendo algunos pueblos bajo su jurisdicción, variaba según las circunstancias históricas. La ciudad de Ávila, por ejemplo, ejercía su señorío sobre un amplio alfoz a pesar de no ser un ente urbano importante, ni por su tamaño, ni como punto central de comercio, ni por su población.

Una sociedad donde la inclinación y tendencia a la violencia quedaba puesta de manifiesto por la inseguridad de los caminos y demás lacras heredadas de la Baja Edad Media, pero que no constituyó un freno al desarrollo cultural, lo que a su vez favoreció la profundización en la fe, y en un aumento considerable de la alfabetización a todos los niveles, no sólo en el estamento de la baja nobleza, caballeros e hidalgos, sino también -y esto es importante- en el de los labradores y los jornaleros, aunque entre estos últimos en menor medida y, de manera menos acusada, también en el de los artesanos.

Entre los años 1540 y 1600 se observa un progresivo aumento de la tasa de alfabetización entre artesanos, tenderos y labradores, por supuesto entre los hombres, pero no así entre las mujeres, que al tratar de la formación e instrucción en tiempos de Teresa de Ávila nos recordará la dificultad que representaba para ellas el acceso a la cultura escrita, como no fuera a través de las lecturas colectivas. Así en Toledo, por aquel entonces, el 87% de las mujeres interrogadas por el tribunal de la Inquisición se confesaron analfabetas.

Por lo tanto, hay que remarcar que esta mejora de la tasa de alfabetización correspondió, casi en exclusiva, a la población masculina, pues la dificultad que presentaba para las mujeres el acceso a la cultura escrita en tiempos de Teresa era real (BENASSAR, 2010: 132), y no un mito ni una leyenda.

1528. En noviembre, a los trece años, quedó huérfana de madre.

capita, con una economía que descansaba sobre la tierra, lo que limitaba el volumen de alimentos. Crecimiento de población no tan marcado en la Península Ibérica como en otros países europeos, pero que paso de 11 habitantes por kilómetro cuadrado en 1500 a 14 en 1600, con un aumento paralelo de la población urbana, que era del 18'4% en 1500 a 21'3% en 1600, refiriéndonos en este caso a núcleos con poblaciones superiores a 5.000 habitantes (MOLS, 1981).

1531. Al casarse su hermana mayor, María de Cepeda, hija del primer matrimonio de su padre con Catalina del Peso y Henao, éste decidió confiarla a las monjas agustinas de Santa María de Gracia.

1532. Se vio resentida su salud; salió, en otoño de este año, del monasterio de las madres agustinas a reponerse en Castellanos de la Cañada, aldea de no más de diez vecinos, donde residía su hermana María y su marido Martín de Guzmán y Barrientos, haciendo alto en el camino en casa de un tío suyo, de nombre Pedro de Cepeda, residente en Hortigosa¹⁹. Es la primera noticia que tenemos de que padeciera una enfermedad, de aquí en adelante serán muchas las que aparezcan. Sin duda las tuvo antes, como cualquier otro niño, pero nadie ha dejado constancia de ello.

Tenía diecisiete años cuando empezó a mostrar síntomas de debilidad que se fueron acentuando hasta llegar al punto de tener serias dificultades para mantenerse erguida. Su poca salud, posiblemente flojedad, astenia, es bien sintomático de la enfermedad que se le supone. Ella lo recogió así: “En este tiempo (...) diome una gran enfermedad, que huve de tornar a casa de mi padre” (V.3.3), pues don Alonso se llevó a su hija a su casa y, cuando hubo mejorado, pensó en que pasara la convalecencia en el campo, en casa de su hermana María, hasta su completa recuperación:

“En estando buena, lleváronme en casa de mi hermana -que residía en una aldea- para verla, que era extremo el amor que me tenía y, a su querer, no saliera yo de con ella; y su marido también me amava mucho, al menos mostrávame todo regalo” (V. 3.3).

1535. El 2 de noviembre salió con otro hermano suyo de casa de su padre para dirigirse al monasterio de la Encarnación, mientras que él lo hizo hacia el convento de los dominicos, donde no llegó a profesar²⁰.

1536. Teresa tomó el hábito el 2 de noviembre. Poco tiempo después de profesar perdió de nuevo la salud:

“La mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño a la salud; que, aunque el contento era mucho, no bastó. Comenzáronme a crecer los desmayos, y diome un mal de corazón tan grandísimo que ponía espanto en quien lo veía, y otros muchos males juntos. Y así pasé el primer año con harta mala salud...” (V. 4,5).

1538. A causa de su maltrecha salud, en otoño salió del convento de la Encarnación. Fue tratada por los médicos de la ciudad sin que acertaran con el diagnóstico y cuyos tratamientos, que imaginamos que no fueron otros que los al uso en aquella época: purgas y sangrías, de nada sirvieron²¹. Debieron visitarla hombres doctos solemnemente revestidos de togas y birretes, con los escritos de Galeno en una

¹⁹ Hortigosa de Rialmar, perteneciente a la collación de Majalbálago, en plena sierra, a unas cinco leguas de la capital.

²⁰ En cual de los hermanos fue no se ponen de acuerdo los hagiógrafos de Teresa. Se trata de Antonio, según el padre MIR (1912) y, al parecer del padre EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y de Otger STEGGINK (1996), se trata de Juan. Fuera cual fuese de los dos, no llegó a profesar.

²¹ Contaba Ávila por aquellas fechas con cinco médicos, además de cirujanos, boticarios y barberos, para una población de 3.156 vecinos (utilizando un factor de conversión de 4'5, algo más de 14.000 habitantes) (FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, 1982: 96-98).

mano y el imprescindible bacín en la otra. De acuerdo con los métodos prevalecientes de diagnóstico le tomarían el pulso y examinarían la orina con docta pedantería, pues los cambios en el ritmo del primero y el aspecto en la segunda eran tenidos como signos de enfermedad y constituían dos elementos básicos y fundamentales del diagnóstico, y sobre ambos existían también sus contradicciones entre los autores y escuelas de la época, hasta el punto de que el reputado médico Francisco Vallés (1524-1592) dedica una parte importante de su obra al estudio de ambos (LÓPEZ PIÑERO, CALERO, 1988).

El caso es que ninguno de aquellos médicos supo darle remedio y es que como Juan Méndez Nieto, bachiller en Medicina, aseguraba: “basta con un solo médico que te entienda” (RICO-AVELLO, 1974: 86). Parece evidente que podría tratarse de un caso no previsto en los tratados de Medicina al uso, por lo que las recomendaciones que el examen silogístico de los galenos aconsejaba no supusieron ninguna mejoría para la paciente que, cada día que pasaba, mostraba un mayor decaimiento (MARTÍN DEL CASTILLO, 1983).

Es la segunda ocasión en que nos han llegado noticias sobre su salud. De aquí en adelante, serán abundantes las referencias que a la falta de ella nos encontraremos, fundamentalmente, es sus tres escritos de mayor carácter histórico: el *Libro de la Vida*, en el de las *Fundaciones* y en su rico y variado *Epistolario*.

Su padre, preocupado, decidió recurrir a una curandera, una de esas personas que aún subsisten por doquier, de quien se decía tenía habilidad para ello y que contaba con cierto renombre en la comarca. Teresa nos lo relata así:

“Y como era el mal tan grave, que casi me privava del sentido siempre -y algunas veces del todo quedava sin él-, era grande la diligencia que traía mi padre para buscar remedio; y como no le dieron los médicos de aquí, procuró llevarme a un lugar [Becedas] adonde había mucha fama de que sanavan allí otras enfermedades, y ansí dijeron harían la mía (...) Estuve casi un año por allá, y los tres meses de él padeciendo tan grandísimo tormento en las curas que me hicieron tan recias, que yo no sé cómo las pude sufrir; y en fin, aunque las sufrí, no las pudo sufrir mi sujeto” (V. 4.5).

Claro mensaje de que su cuerpo quedó maltrecho como consecuencia de aquel despropósito de tratamiento y su organismo se resintió, dejándole para toda la vida secuelas.

Nos preguntamos cómo tuvo conocimiento el solar de don Alonso de la existencia de este personaje becedano que todo lo curaba, cuya fama trascendió la distancia entre las dos localidades, que si bien hoy pueden parecernos no tan alejadas si lo estaban entonces al tener en cuenta los caminos y el modo de transporte de una comitiva y su impedimenta. La respuesta la encontramos en el proceso de Salamanca, iniciado en 1591, en el que aparece la siguiente declaración de Ana de la Encarnación (Tapia), hecha el 3 de enero de 1592, prima hermana de Teresa como hija que fue de Francisco de Cepeda, quien depuso:

“Antes que esta testigo estuviese en su compañía oyó decir que su padre de la madre Teresa de Jesús, como la amaba tanto, dióle gran pena verla tan enferma, y procuró que los prelados diesen licencia para sacarla del monasterio a curar, así con los mejores médicos de la ciudad de Ávila como

fuera de ella. Llevola un cuñado suyo a un lugar donde él estaba y su mujer, porque allí cerca había una mujer que tenía gran fama que curaba de todas enfermedades, y eran tantas las bebidas que le dio y otras cosas que hacía, que antes le hizo daño a la salud que provecho...”²².

Testimonio clarificante en varios aspectos el de su prima Ana quien en su domicilio familiar de la ciudad del Adaja oyó referir los avatares de su tío Alonso causados por su filial preocupación por la salud de Teresa, quien al tener noticia a través de su yerno Martín de Guzmán y Barrientos, casado con María, la hermana mayor de Teresa, que tenían casa en Becedas, de la existencia de la curandera, dispuso la caravana con la esperanza de ver a su hija recuperar la salud, si bien, como ya sabemos, con nefastos resultados a pesar de las “bebidas que le dio y otras cosas que hacía”. Es fácil suponer que esas bebidas no fueron otras cosas que brebajes elaborados a base de plantas, fundamentalmente purgantes; pero respecto a las “otras cosas que hacía”, al no disponer de ninguna otra información al respecto, ni siquiera aproximativa, pertenecen al mundo de la elucubración y, por lo tanto, ajeno a los objetivos de estas líneas.

Salieron, pues, de Ávila en el otoño de 1538 y tuvo que esperar para comenzar la cura hasta principios de verano del año siguiente, tiempo que -como sabemos- permaneció en casa de su hermana María de Cepeda, en Castellanos de la Cañada, donde el remedio fue peor que la enfermedad, pues la curandera se limitó a aplicarle purgantes y preparados a base de hierbas aromáticas que para nada sirvieron, incrementándose exponencialmente sus dolores y debilitamiento.

De esta manera, en aquel otoño, haciendo alto en el camino, primero en Hortigosa en casa de su tío Pedro y después en casa de su hermana María en Castellanos de la Cañada, la llevó a Becedas²³, pero hubo de quedarse unos meses con su hermana pues había que esperar a la primavera, cuando las plantas empiezan a manifestarse en todo su esplendor:

“Havía de comenzarse la cura en el principio del verano, y yo fui en el principio del invierno. Todo este tiempo estuve en casa de la hermana que he dicho estaba en la aldea, esperando el mes de abril, porque estaba cerca, y no andar yendo y viniendo” (V. 4.6).

Por lo que en casa de su hermana permaneció el invierno en espera de la llegada de la primavera en la que las plantas ya estuvieran brotando para poder ser empleadas.

1539. En la primavera, en plena juventud, cuando contaba veinticuatro años, comenzaba el tratamiento:

“Venido el tiempo que estaba aguardando en el lugar que digo que estaba con mi hermana para curarme, lleváronme con harto cuidado de mi

²² Declaración de Ana de la Encarnación. Proceso de Salamanca, 1591 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 22. 1934).

²³ Lugar sito a catorce leguas (algo más de 78 km) de Ávila. En el año 1502 fue incluida en la provincia de Salamanca hasta 1833 que, con la reorganización provincial llevada a cabo por Javier de Burgos, entonces Ministro de Fomento, pasó a la provincia de Ávila. Constituyó, sin embargo, la primera salida de Teresa al mundo desde su ingreso en el convento.

regalo mi padre, hermana, y aquella monja mi amiga que había salido conmigo, que era muy mucho lo que me quería” (V. 5.3)²⁴.

El tratamiento constituyó un auténtico calvario que terminó de minar su ya endeble salud, de modo que no tardaron en aparecer síntomas verdaderamente preocupantes, de manera que su padre decidió traerla de vuelta a Ávila cuanto antes y acudir allí a otros médicos. Era pleno verano, a mediados de julio, sin que hubiera ninguna evolución favorable, por lo que todos se temieron lo peor. Ella lo describe así:

“Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fue más recia que pedía mi complexión. A los dos meses, a poder de medicinas, me tenía acabada la vida; y el rigor del mal de corazón de que me fui a curar, era mucho más recio, que algunas veces me parecía con dientes agudos me asían de él, tanto que se temió era rabia. Con la falta grande de virtud - porque ninguna cosa podía comer sino era bebida, de gran hastío-, calentura muy continua y tan gastada, porque casi un mes me había dado una purga diaria, estaba tan abrasada que se me empezaron a encoger los nervios con dolores tan insoportables, que día y noche ningún sosiego podía tener; una tristeza muy profunda” (V.5.7).

Por lo que no es de sorprender que se quejara de que a base de medicinas habían acabado con ella²⁵, pues se sintió agotada. Debió sentirse fatigada, al borde de la extenuación, que es lo que cabía esperar tras ser tratada con una purga diaria y sin comer, ingiriendo solamente bebidas.

El tratamiento fue más largo de lo previsto, más duro, brutal. El diagnóstico anduvo errado de principio a fin, pues la trataron de mal de corazón. La curandera, cuyo nombre se desconoce, debió ensayar sin escrúpulos las recetas que tuvo a bien y sin titubear un momento, y los efectos fueron terribles:

“Estuve padeciendo tan grandísimo tormento en las curas que me hicieron tan recias y yo no sé cómo las pude sufrir y, en fin, aunque las sufrí, no las pudo sufrir mi sujeto” (V. 4.6)²⁶.

Con esta cura, que de nada le sirvió si no fue para complicar la situación y poner en riesgo no solo su salud sino hasta su propia existencia, pues no le aportó ninguna mejora o beneficio, nos comenta con fina ironía:

“Con esta ganancia me tornó a traer mi padre a donde tornaron a verme médicos. Todos me desahuciaron, que decían sobre todo este mal, decían estaba hética²⁷...” (V. 5.8).

²⁴ La Santa no especifica cuál de las monjas del monasterio abulense de la Encarnación la acompañaba, pero podemos aventurar -sin mucho temor a equivocarnos- que se trataba de Juana Suárez, la que la esperaba en el citado monasterio cuando Teresa ingresó.

²⁵ El bachiller en medicina Juan Méndez Nieto se lamenta amargamente del abuso de medicamentos drásticos que, por aquel entonces, sin temor, aplicaban algunos galenos (RICO-AVELLO, 1974: 86); y no galenos, deberíamos añadir nosotros.

²⁶ Cuanto se ha escrito de la curandera, de las terribles dolencias allí sufridas, de los recios y drásticos tratamientos a los que fue sometida, queda constancia en el ramo que en las fiestas becedanas, el 28 de agosto, se recuerda: “Aquí te martirizó / la celebre curandera / que logró curarte mucho / pero no ponerte buena” (GÓMEZ BLÁZQUEZ, 2015: 130).

La curandera, con su tratamiento, bien pudo haberla quitado la vida. Purgas diarias, terapia tenida por útil para todo, a las que se vio sometida por espacio de un mes, sin que ingiriese alimento salvo alguna cosa bebida y esto con dificultad; lo que vino a aumentar -en progresión geométrica- su estado de agotamiento, debilidad, flaqueza y desnutrición, por lo que debió sobrevenirle una deshidratación, con una seria alteración de las proteínas plasmáticas, intensificándose los dolores, presentándose dificultades de deglución hasta el extremo de rozar la imposibilidad de deglutir nada que le diesen, la aparición de fiebres continuas que cabe suponer tuvo desde un principio, astenia, flojedad y pérdida de peso como consecuencia de las purgas frecuentes y una tristeza profunda, acrecentada tal vez por la obnubilación febril.

Se trata de fiebres que padece desde hace meses antes y que la provocarían un estado de confusión que ella nos describe como tristeza, a pesar de la alegría de estar en el Convento: "... aunque con el gran contento que tenía de ser monja todo lo pasava" (V. 5.1).

Estar contenta y triste al mismo tiempo no puede ser, constituye en sí mismo una contradicción, por lo que bien pudiera tratarse de un estado de obnubilación febril lo que ella describe como tristeza, lo cual no sorprende en la medida en que la obnubilación representa una disminución del nivel de conciencia caracterizada por la existencia de confusión, torpeza de movimientos, ligera desorientación, lentitud psíquica y disminución de la atención y de la percepción. Es un estado menos severo que el estupor, en el que la persona puede llevar una vida normal pero responde con lentitud y fatigosamente a cualquier estímulo; y aquí lo confunde con la tristeza en tanto que no tiene ánimo, ha perdido la alegría y la ilusión, y se manifiesta con pesar.

Era verano cuando, hecha una verdadera ruina humana, regresaba de nuevo al hogar paterno, a la que había sido su casa y el 15 de agosto cayó en coma profundo, hasta el punto de que la dieron por muerta, por lo que pusieron cera en sus párpados, como era costumbre por aquel entonces, la amortajaron y la velaron, mientras que en el Monasterio, donde la esperaban, ya tenía abierta la sepultura. Sin embargo, inesperadamente despertó, pero quedó inmóvil, hecha un ovillo y con hipersensibilidad dolorosa por contacto (hiperestesia).

De la recogida de datos o anamnesis sabemos que su padre la llevó al monasterio de las madres agustinas de Santa María de Gracia, donde sufrió episodios de fiebre y desmayos que motivaron su salida del mencionado monasterio para reponerse en casa de su padre y después en casa de su hermana María:

"Havíanme dado, con unas calenturas, unos grandes desmayos, que siempre tenía bien poca salud" (V.3.7).

Posteriormente ingresa en el monasterio de la Encarnación donde realmente empieza a manifestarse claramente su principal enfermedad, que ella atribuía intuitivamente a su cambio de vida y sobre todo de alimentación:

²⁷ Sebastián de COVARRUBIAS (1611: fol. 299v-300r) aclara, en la segunda acepción que otorga a la palabra 'ética': "Llamaron los médicos ética la calentura arraigada continua, haciendo della tres especies, y la que es confirmada en tercera especie la tienen por mortal y desesperada, por estar arraigada en las venas".

“La mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño a la salud, que aunque el contento era mucho, no bastó. Comenzáronme a crecer los desmayos, y diome un mal de corazón tan grandísimo que ponía espanto a quien lo veía, y otros muchos males juntos, y así pase el primer año con harto mala salud” (V. 4.4).

Hace mención expresa a la ‘mudanza de los manjares’; lo que nos hace pensar que tanto en casa de su hermana María como en el convento de la Encarnación se consumía leche y queso procedente de ovinos, que sería la causa de una infección por *Brucella* spp, es decir, contrajo una brucelosis²⁸, enfermedad infecciosa crónica común a los animales y al hombre, donde los ovinos, junto con otros animales, constituyen su reservorio, habiéndose producido la infección por el consumo de leche cruda y de quesos poco ácidos que son los vectores de transmisión indirecta de la infección²⁹ lo que induce a Avelino SENRA VARELA (1995) a diagnosticar un proceso febril prolongado en el tiempo que puede dar lugar a esas situaciones de mareos y dolor precordial, sobre todo si, como parece muy probable, tuvo una pericarditis. Esta última posibilidad está avalada por la cicatriz que se observa en la superficie de su corazón, posible secuela de haber pasado dicha enfermedad.

Ante esta situación febril, provocada por un microorganismo patógeno, y dados los conocimientos médico-terapéuticos de aquel momento, los galenos pusieron de manifiesto su poca o nula eficacia, resultando incapaces de entender su enfermedad, ni siquiera de aliviarla; por lo que su padre buscó como último remedio acudir a la conocida curandera.

En su descripción (V. 5.7), además del dolor de corazón, nos habla de sus dificultades para comer sólido, solo si era bebida, es decir, de su disfagia posiblemente debida a la faringo-esofagitis que le causaron las pótimas de la curandera, y de su fiebre continua que indica inequívocamente la existencia de una infección general. El encogimiento de los nervios y los dolores insoportables parecen indicar una polineuritis o polirradiculitis de los nervios sensitivos, y la tristeza profunda no es más que la expresión del abatimiento al que le había llevado la enfermedad y al estado de obnubilación provocado por la fiebre.

Ante el desarrollo de la situación volvió su padre a traerla a Ávila donde los galenos la desahuciaron por hética, pero a ella lo que la preocupaba era el dolor de nervios, por la polineuritis o la polirradiculitis porque “eran en un ser” (V. 5.8.), desde los pies hasta la cabeza, es decir, continuos, ininterrumpidos y en todo su cuerpo, e insoportables; para narrarnos poco después la mayor complicación de su enfermedad infecciosa.

²⁸ También conocida como fiebres de Malta, fiebre mediterránea, fiebre ondulante o enfermedad de Bang.

²⁹ La brucelosis está hoy erradicada en la mayoría de los países desarrollados; en España, desde 1943, es exclusivamente una enfermedad profesional de declaración obligatoria. Fue endémica en Castilla y, particularmente, en la provincia de Avila donde siempre ha existido una nutrida población de ovinos. Por lo que parece sensato pensar que, aunque en aquel tiempo no se conociera la brucelosis, esta enfermedad existiera, incluso con mucha mayor incidencia que la actual, dado que entonces nadie consideraba necesario hervir la leche, ni -obviamente- se conocían pruebas diagnósticas para su detección.

A mediados de agosto perdió el conocimiento: “Diome aquella noche un parajismo [paroxismo], que me duró estar sin ningún sentido cuatro días, poco menos” (V. 5.9). Se trataba de un estado comatoso con pérdida no solo de la consciencia, sino de la motilidad y de los reflejos. Es un hecho tan objetivo que no despertó ni con la cera derretida que la vertieron sobre los párpados, ni tampoco con el humo y el calor que se formó en su habitación cuando se declaró en la misma un incendio, provocado por los cirios que ardían en la estancia mientras la velaban, y estos dos hechos excluyen totalmente el diagnóstico de ataque histérico. El estado de coma prolongado se debió al mismo proceso infeccioso causante de la fiebre y que termino por afectar al cerebro: neurobrucelosis (SENRA VALERA, 1995) o meningotuberculosis (IZQUIERDO HERNÁNDEZ, 1963) que suele aparecer de un modo tardío en personas con defensas inmunológicas deplecionadas, en este caso, por el prolongado y drástico tratamiento con purgantes a la que la sometió la curandera de Becedas. Evidentemente, un tumor cerebral, un traumatismo craneal o una intoxicación pueden provocar un estado comatoso y lo mismo un accidente vascular cerebral; pero no tenemos una sola razón para pensar en ellos en este caso. El signo clínico que nos describe con las palabras ‘encogida como un ovillo’ es una prueba convincente de que la causa del coma fue una meningoencefalitis infecciosa; ya que es un típico síntoma de este tipo de afectaciones.

Por lo que se refiere a la parálisis total y los dolores generalizados, merece un comentario especial la persistencia de la invalidez por un periodo de tres años, lo cual se explica por la recuperación natural de la enfermedad, por la falta de tratamientos específicos y sintomáticos y por la gravedad y extensión de las lesiones. Fue el resultado de la caquexia originada por el contundente y prolongado tratamiento con purgantes al que la sometieron, por lo que no es de extrañar que se sintiera descoyuntada y cuando dice “toda encogida, hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días”, no hay duda de que la posición en ovillo con flexión del tronco y de las rodillas sobre el abdomen es característica de la meningitis aguda.

Cuando comenta que se encontraba “sin poderme menear, ni brazo, ni pie, ni mano; ni cabeza, mas que si estuviera muerta, sino me meneaban, solo un dedo me parece podía menear de la mano derecha” (V. 6.1), nos está dando a entender, con estos síntomas, que sufrió una parálisis por afectación de los nervios motores periféricos, pudiéndose tratar, como ya se ha apuntado, de una polineuritis o una polirradiculitis generalizada. Nos relata, además, los fuertes dolores que tenía debidos a esa neuritis, que incluso se le desencadenaban con solo tocar su cuerpo:

“Pues llegar a mi no había cómo, porque todo estaba tan lastimado que no lo podía sufrir. En una sábana, una de un cabo y otra de otro, me meneaban” (V. 6.1).

La infección había afectado de forma muy concreta al sistema nervioso central, produciéndose el episodio convulsivo y el coma, y al sistema nervioso periférico por lo que ella se quejaba de hiperestesia. Esta enfermedad le dejó secuelas que la acompañaron toda la vida, de forma que escribe:

“Púsele mis enfermedades por inconveniente, que, aunque sané de aquella tan grave, siempre hasta ahora las he tenido y tengo bien graves - aunque de poco acá no con tanta reciedumbre, mas no se quitan- de muchas maneras (...) y casi nunca estoy, a mi parecer, sin muchos dolores y algunas

veces bien graves, en especial en el corazón; aunque el mal que me tomava muy continuo es muy de tarde en tarde; perlesía recia y otras enfermedades de calenturas que solía tener muchas veces, me hallo buena ocho años ha. De estos males me da ya tan poco que muchas veces me huelgo” (V. 7.11).

Secuelas que fueron de lo más variadas. Frecuentes cefaleas, ruidos y flaqueza en la cabeza (debilidad, falta de vigor o tono, extenuación) seguramente por la anemia hipocrómica que le ocasionaban las sangrías frecuentes a las que le sometieron y por una desnutrición provocada por los purgantes y la imposibilidad de ingerir alimentos sólidos. Dolores articulares y polineuríticos de diversa localización. Perlesía de forma habitual. Molestias o dolor en la zona cardíaca y de forma muy genérica o inespecífica mal de corazón. Fiebre o calenturas. Esquinancia o anginas. Dolores dentales, etc. Así, en sus *Relaciones* escribe:

“Apriétanme los males corporales en junto; turbáseme el entendimiento, que ninguna cosa de Dios puedo pensar (...) Si lo leo no lo entiendo; paréceme estoy llena de faltas, sin ningún ánimo para la virtud, y el grande ánimo que suelo tener queda en esto (...) Ofréceseme entonces que no soy para nada, que quién me mete más de lo en común; tengo tristeza; paréceme tengo engañados a todos los que tienen algún crédito en mí; querríame esconder donde nadie me viese (...) Una cosa me espanta, que estando de esta suerte, una sola palabra de las que suelo entender, o una visión, o un poco de recogimiento, que dure un Avemaría, o en llegándome a comulgar, queda el alma y el cuerpo quieto, tan sano y tan claro el entendimiento, con toda la fortaleza y deseos que suelo” (CC. 1, 30-31).

1540. El 28 de marzo, día de su vigésimo quinto cumpleaños, aparecía una leve mejoría; pero tres años más tarde no podía aún andar, desplazándose a gatas.

1560. En otoño se planteó el llevar a cabo una fundación al estilo de los conventos que fundaba fray Pedro de Alcántara (1499-1562), contando para ello con el patrocinio de Guiomar de Ulloa y su madre, Aldonza de Guzmán.

1561. En las Navidades salió de Ávila para Toledo por orden del provincial, Ángel de Salazar, a fin de consolar a Luisa de la Cerda que había enviudado recientemente de Antonio Arias Pardo. En la imperial ciudad, que ese mismo año dejó de ser la capital del reino al decidir Felipe II el traslado de la Corte a Madrid, empezó a escribir, por orden de su confesor, el padre dominico García de Toledo³⁰, la primera redacción de su *Vida*, que concluyó al año siguiente.

1562. Fue en el mes de junio cuando salía de Toledo para llegar, a finales de ese mes a Ávila, tras recibir un comunicado del Provincial intimándole a que regresara a su Convento para la elección de priora. El mismo día de su llegada recibió el breve para la

³⁰ García de Toledo, nacido en Oropesa, al parecer, el mismo año que Teresa, 1515, y fallecido en Toledo en 1590, a los setenta y cinco años de edad. Era familia de los condes de Oropesa. Teresa siempre le estuvo agradecida y a él se refiere repetidas veces en el libro de su *Vida*, con respeto y admiración, hasta el punto de que cuando el dominico partió para Lima acompañando a Francisco de Toledo, nombrado virrey del Perú, escribió a su hermano Lorenzo para que tratara con él: “Con el padre Fray García de Toledo, que es sobrino del virrey, persona que yo echo harto menos para mis negocios, podrá vuestra merced tratar” (Carta 24.14. Toledo, 17/01/1570, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Quito).

fundación del nuevo monasterio que se traía entre manos, fechado el 7 de febrero anterior; de manera que en la madrugada del lunes 24 de agosto, día de san Bartolomé, se dijo la primera misa por el maestro Gaspar Daza, delegado del obispo, y la fundación fue llamada de 'San Josef'³¹. Este mismo año comenzó a escribir *Camino de Perfección*.

1563. Escribió las *Constituciones*.

1566. Escribe la primera redacción de las *Meditaciones sobre el Cantar de los Cantares*, también conocido como *Conceptos del Amor de Dios*.

1567. Este año se presentó en Ávila el General de la Orden, fray Juan Bautista Rubeo Ravena, quien quedó impresionado por la labor de Teresa y le otorgó una primera patente, el 27 de abril, para que fundase cuantos conventos pudiese. El 16 de mayo siguiente extendió una segunda patente aclarando que la licencia dada para fundar excluye la región de Andalucía y, el 16 de agosto de este mismo año, emitió una nueva patente permitiendo la fundación de dos conventos de frailes contemplativos, con tal que no fuese en Andalucía. Un día antes, el 15 de agosto, festividad de la Virgen, se erigió el convento de Medina del Campo³², donde las monjas fundadoras estuvieron "bien malas"³³. De esta manera, la que era su fundación pasó a ser la primera de diecisiete carmelos femeninos, contando con el de Pastrana que fue desalojado cinco años después de su erección; pero fueron más, bastante más, los que pudo haber fundado a juzgar por las solicitudes que distintos personajes y desde diferentes lugares le dirigieron, algunos de los cuales se hicieron realidad poco después de su muerte.

³¹ Cuando esto ocurría no había pensado nunca antes en que fuera a constituir la primera de toda una serie, y fue una fundación que, por otro lado, los vecinos de Ávila no apreciaron en un principio, pues ya contaban con una nutrida población de monjas, con más que suficientes instituciones y pobres para tener que ocuparse además de un convento nuevo erigido sin renta y, por si era poco, de mujeres, tanto más peligroso en cuanto se encuadraba dentro del sector alfabetizado y del mundo de los espirituales. Sin embargo, lo que nació como una experiencia, pasaría a convertirse en un vigoroso movimiento de reforma.

Este estilo de vida fue el que convenció al General de la Orden, el padre Rubeo [Juan Bautista Rossi, nacido en Rávena (Italia) en 1507, nombrado General de la Orden en 1564 y fallecido en Roma en 1578], para autorizar a Teresa a seguir fundando conventos.

³² Centro demográfico y económico importante, donde entró en contacto con el prior de los Carmelitas conventuales, el padre Antonio Heredia [Antonio de Jesús (Heredia), natural de Requena (Valencia), cinco años mayor que la Santa, pues nació en 1510 y fallecido en Málaga en 1601, diecinueve años después que Teresa. Estudió en Salamanca y fue prior en varios conventos: Requena, Toledo, Ávila, Medina. Siendo prior en Medina apoyó a Teresa en su segunda fundación y se ofreció a colaborar en la de los Descalzos con san Juan de la Cruz en Duruelo años más tarde. Fundador del convento de Almodovar del Campo (Ciudad Real) en 1575. Asistió a la Santa en su lecho de muerte y después a san Juan de la Cruz en Úbeda, en 1591] y con un joven estudiante de Salamanca, recién ordenado sacerdote que regresaba a Medina, fray Juan de Santo Matía [San Juan de la Cruz, que abrazó la reforma tras la fundación de Duruelo, primer convento masculino de Carmelitas Descalzos. Nació en Fontiveros (Ávila) en 1542. Estudió en Medina del Campo y Salamanca. Fue un excelente colaborador de la Santa, que no tiene más que elogios para él vertidos a lo largo de su epistolario], quienes se ofrecieron a emprender la misma reforma en el Carmelo masculino.

³³ El grupo de monjas estaba constituido por Isabel Arias, Teresa de Quesada, sus familiares Inés y Ana de Tapia, Ana de los Ángeles, María Bautista, la postulante Isabel de Jesús y ella misma. (RIBERA, 1590: 245).

1568. El 11 de abril fundó el convento de Malagón, a instancias de Luisa de la Cerda. El 15 de agosto de este mismo año, el de Valladolid³⁴ y el 28 de noviembre se inauguró el convento de frailes contemplativos en Duruelo.

En mayo cogió una pulmonía, quejándose de dolor de espalda, la cual trataron con sangrías y purgas, terapias ambas de uso común y creídas válidas para todo. El 18 de este mes salió a lomos de mula de Malagón, con dirección a Toledo y el fuerte sol de la meseta castellana la dañó; se restableció en casa de Luisa de la Cerda y, de su natural agradecido, así lo expresa más adelante:

“La mía [salud] ha sido harto ruin estos días. A no hallar el regalo que vuestra señoría tenía mandado en esta casa, fuera peor. Y ha sido menester, porque, con el sol del camino, el dolor que tenía cuando vuestra señoría estaba en Malagón me creció de suerte que, cuando llegué a Toledo, me hubieron luego de sangrar dos veces, que no me podía menear en la cama según tenía el dolor de espalda hasta el cerebro, y otro día purgar; y así me he detenido ocho días aquí -que mañana los hará, que vine viernes- y me parto bien desflaquecida (porque me sacaron mucha sangre), mas buena” (Carta 8.3. Toledo, 27/05/1568, a Luisa de la Cerda, en Antequera).

Desde seis años antes en que llegó por primera vez a Toledo Teresa era conocida en toda la ciudad que se conmovía con su presencia, de manera que podemos leer: “Válgame Dios ¿qué es esto? que en Toledo entran cada día tan grandes señores, y no se hace caso de ellos, y que entre una pobrecita monja, y por escondida que sea, andan por todo Toledo de unos en otros: ya es venida Teresa de Jesús”³⁵.

Las cefaleas serán un síntoma muy continuo, especialmente en los últimos años de su vida y, a veces, este trastorno fue la causa de tener que retrasar la salida del mensajero con la correspondencia, siendo en ese momento una rémora a la hora de tener que escribir tanto, para atender al abundante epistolario. Las primeras noticias corresponden a este año de 1568; entonces comenzó a dar información sobre sus dolores de cabeza que le acompañarán el resto de sus días y que, a menudo, fueron consecuencia de impedirle llevar a cabo sus ocupaciones, incluso la de escribir, como es en este caso:

³⁴ Aquí el grupo de monjas fundadoras se hospedó en casa de María de Mendoza, hermana del fundador, Bernardino de Mendoza, y de Alvaro de Mendoza, obispo de Ávila y después de Palencia, que “dio de comer al convento hasta que murió (...) y en su testamento dexo ocho mil ducados para hacer la capilla mayor y echar en renta” (EFREN, STEGGINK, 1996: 394) y en su casa se puso mala Teresa hasta el punto de que llegaron a pensar que se moría: “Cuando llevó las reliquias a su casa la S^{ra}. D^a M^a de Mendoza, estuvo tan mala la santa madre que pensaron que se muriera. Y con ser el mal tan recio no quería tomar cosa de alivio, que aún unos jarros que la dieron, con tener una sed grandísima, no los quiso tener, diciendo que era pobreza y perfección tener tanto regalo” (Declaración de Francisca de Jesús. Proceso de Valladolid, 1595. Cf. SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 33. 1935). La Madre estaba desfallecida: “Ni lugar ni fuerza tengo para escribir mucho, porque a pocas personas escribo a hora de mi letra (...) Yo me estoy harto ruin” (Carta 16.1. Valladolid, 13/12/1568, a Luisa de la Cerda, en Toledo), a pesar de las atenciones que le prodigaba María de Mendoza, que ella recoge de forma agradecida: “Estaba en la fundación de Valladolid, que me mataban los regalos de la señora doña María de Mendoza” (Carta 24.4. Toledo, 17/01/1570, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Quito).

³⁵ Declaración de Isabel de Jesús. Proceso de Salamanca, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 3: 131. 1935).

“A Antonia [Antonia del Espíritu Santo] he dicho escriba a vuestra señoría todo lo que pasa, así de mi poca salud como lo demás, por tener yo tal la cabeza” (Carta 14.1. Valladolid, 2/11/1568, a Luisa de la Cerda, en Toledo).

Hasta el punto de que, en sus *Cuentas de Conciencia* escribe: “Cuando empecé a tener oración estaba con tan gran dolor de cabeza, que parecía casi imposible poderla tener” (CC. 26^a.2).

1569. Habiendo terminado en Valladolid, Teresa fue requerida en Toledo y Pastrana para fundar, y antes hubiera partido si la enfermedad se lo hubiese permitido, pero hasta primeros de 1569 no se había visto libre de cuartanas, por lo que su viaje se demoró, pero hizo una firme declaración de trasladarse a la Ciudad Imperial tan pronto como dejase asentada la fundación vallisoletana, dejando a un lado sus achaques:

“Es nuestro Señor servido que me han faltado las calenturas. Yo me doy toda la prisa que puedo a dejar esto a mi contento, y pienso con el favor de nuestro Señor se acabará con brevedad. Y yo prometo a vuestra merced no perder tiempo ni hacer caso de mi mal, aunque tornasen las calenturas, para dejar de ir luego; que razón es, pues vuestra merced lo hace todo, haga yo de mi parte lo que es nada, que es tomar trabajo alguno, pues no habíamos de procurar otra cosa los que pretendemos seguir a quien, tan sin merecerlo, siempre vivió en ellos” (Carta 17.2. Valladolid, 09/01/1569, a Diego Ortiz, en Toledo).

Y así fue, salieron de Valladolid y llegaron a la casa-palacio de Luisa de la Cerda, hoy conocido como Palacio de Mesa, actual sede de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, de donde salieron el 13 de mayo tres mujeres cubiertas con mantos, un albañil y dos hombres cargados con cuadros de Cristo que la Santa había adquirido en un mercadillo. Curioso cortejo.

El 14 de mayo tuvo lugar la fundación en Toledo, donde era inevitable que así sucediera dada la relación de ella con la ciudad desde que llegó allí por primera vez a finales de 1561³⁶, y el 22 de junio el de monjas en Pastrana³⁷ y el 10 de julio siguiente, en el mismo lugar, el de frailes.

³⁶ Posiblemente fue la experiencia más dramática que Teresa vivió más directamente en relación con el rechazo al linaje (CC. 6^a) (*vide infra*).

³⁷ Es procedente detenerse en la efímera vida del convento de Carmelitas Descalzas de Pastrana, precisamente por esta razón, su corta existencia de un lustro a causa de las veleidades que tras el fallecimiento de su marido, Ruy Gómez de Silva, empezó a mostar la princesa viuda, Ana de Mendoza y de la Cerda, prima de Luisa de la Cerda, que dieron pie a numerosos y serios altercados con las monjas del convento, lo que ya veía venir la priora, la madre Isabel de Santo Domingo, cuando la anunciaron la llegada de doña Ana como monja, que la llevó a exclamar: “¿La princesa monja? Yo doy la casa por deshecha” (MURO, 1877: 31) y así ocurrió, pues en 1574 la madre Teresa la dejó con su convento y se llevó a todas las monjas al recién fundado Monasterio de Segovia.

Teresa y la Princesa eran don mujeres singulares, de distinta índole evidentemente, y la confrontación tenía que llegar, más tarde o más temprano, a pesar de que al principio Teresa fue muy bien acogida por los príncipes de Éboli, pues el buen juicio de don Ruy supo allanar con prudencia las dificultades que se presentaban y se fundaron no uno, sino dos conventos, uno de monjas y otro de frailes; pero la Princesa quiso convertir el monasterio femenino en la prolongación de su palacio, dando al traste con las Constituciones del mismo. Las relaciones entre la madre Teresa y Ana de Mendoza

Este mismo año escribió las *Exclamaciones* y estuvo enferma de cuartanas³⁸, como queda dicho y refiere en su correspondencia; fiebres que repetían el ciclo febricitante cada cuatro días, como su nombre indica. Para los conocimientos médicos de aquel momento, de los siete tipos de fiebre que llegaban a diferenciar los galenos de acuerdo con las enseñanzas de Hipócrates, las cuartanas no eran ni las más fuertes ni las más agudas, pero sí las más molestas y desagradables, pues causaban en el paciente un temperamento morbífico, en el sentido de que lleva consigo el germen de la enfermedad, debilidad, decaimiento, inapetencia, fastidio y desazón para todo. Eran las cuartanas una discrasia o intemperie de la sangre, melancólica, serosa, fría o tibia, y poco espiritosa.

1570. A los cincuenta y cinco años de edad nos deja la primera referencia a unos dolores dentales que debieron ser importantes, pues no la permitían escribir:

“Yo no lo estoy ahora mucho, que me ha dado un mal de quijadas y se me ha hinchado un poco el rostro, y por esta ocasión no va ésta de mi letra. No creo será nada” (Carta 29.1. Ávila, 31/10/1570, a Catalina Hurtado, en Toledo).

El 1 de noviembre llevó a cabo la fundación de Salamanca.

1571. El 25 de enero fundó en Alba de Tormes. Más adelante, el 6 de abril, el padre Rubeo extendió una nueva patente para que Teresa siguiera fundando.

1572. Durante su priorato en el Convento de la Encarnación padeció de garganta, encontrándonos de nuevo con la omnipresencia de los remedios universales en terapéutica: sangrar y purgar

“Antes de Navidad me dieron unas calenturas y estuve de mal de garganta, sangrada dos veces y purgada” (Carta 39.1. Ávila, 04/02/1572, a su hermana Juana de Ahumada, en Galinduste³⁹).

De fiebres, calenturas y cuartanas también se queja en muchos escritos, empezando por esta carta, cuando estaba en el Monasterio de la Encarnación, donde fue priora, en la que las describe y comenta, al mismo tiempo que continuaba con sus obligaciones:

“Desde antes de los Reyes tengo cuartanas, aunque no con hastío, ni dejo de andar con todas, el día que no la tengo, a coro, y a refitorio algunas veces; creo no han de durar (...) esfuérzome a no estar en la cama sino con la calentura, que es toda la noche. El frío comienza desde las dos, mas no es recio. Bien va en lo demás con ocupaciones y trabajos, que no sé cómo se puede

nunca fueron buenas, y así lo dejó escrito la fundadora cuando dice: “Estaría allí tres meses, adonde se pasaron hartos trabajos por pedirme algunas cosas la princesa que no convenía a nuestra religión, y así me determiné a venir de allí sin fundar antes que hacerlo. El príncipe Ruy Gómez con su cordura -que lo era mucho- y llegado a razón hizo a su mujer que se allanase” (F. 17.13).

El episodio de la salida de las monjas también es referido por Nacho ARES (2005: 124) pero este autor comete un lapsus: no fue fray Juan de Ávila a quien envió la madre Teresa a buscar a sus monjas, sino a Julián de Ávila.

³⁸ “Habrá un año tuve unas cuartanas...” (Carta 24.4. Toledo, 17/01/1570, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Quito).

³⁹ Pueblecito del partido de Alba de Tormes, donde Juan de Ovalle, cuñado de la Santa, tenía algunas tierras y solían pasar allí el invierno.

llevar. El mayor es de cartas. Para las Indias he escrito cuatro veces, que se va la armada” (Carta 39.1. Ávila, 04/02/1572, a su hermana Juana de Ahumada, en Galinduste).

La tiene preocupada “Un dolor de quijadas, que ha cerca de mes y medio que tengo, me da más pena” (Carta 41.1. Ávila, 07/03/1572, a María de Mendoza, en Valladolid), el cual debió de sufrir repetidamente pues, escribe, “tengo harta experiencia”; lo que la permite expresarse de esta manera. Sobre su mal de muelas deja también constancia el padre Yepes, quien al referirse a ella dice: “los dientes gastados y negros” y, sin embargo, “a ella le olía la boca como almizcle”⁴⁰.

Desde que llegó a hacerse cargo del priorato señala que, a pesar de haber nacido en esa tierra, no recuerda haber tenido mes y medio de salud al principio y deja constancia de sus dolencias que la hacen exclamar que estaba cansada ya de tantos padecimientos y se ve ‘perdida’, ella que tanto tenía que hacer:

“Yo no entiendo sino en regalarme, en especial tres semanas ha, que sobre las calenturas me dio dolor de un lado y esquinancia”⁴¹. El uno de estos males bastaba para matar, si Dios fuera servido, mas no parece le ha de haber que llegue a hacerme ese bien. Con tres sangrías estoy mejor. Quitáronseme las cuartanas; mas las calenturas nunca se quitan, y así me purgo mañana. Estoy ya enfadada de verme tan perdida, que si no es a misa no salgo de un rincón, ni puedo” (Carta 41.1. Ávila, 07/03/1572, a María de Mendoza, en Valladolid).

En septiembre de este año escribió el *Desafío Espiritual*.

1573. El 25 de agosto, por orden del padre jesuita Jerónimo Ripalda, empezó a escribir el *Libro de las Fundaciones*.

1574. En los comienzos de este año vuelve a contraer cuartanas que afronta con optimismo y buen humor:

“Y siento un poco de frío, que es día de cuartana. Habíanme faltado, o medio faltado, dos; mas como no me torna el dolor que solía, es todo nada” (Carta 58.1, desde Salamanca, [principios]/01/1574, al padre Domingo Báñez, en Valladolid).

El 19 de marzo fundó en Segovia y escribió la segunda redacción de las *Meditaciones sobre el Cantar de los Cantares*.

En Segovia enfermó con graves achaques de ojos y cabeza; y melancolía, pero se recuperó, al parecer gracias a un jarabe que tan bien le fue que se lo recomienda al padre Báñez, pero, como siempre, desconocemos sus ingredientes:

“Ya estoy casi buena, que el jarabe que escribo a nuestro padre [Domingo Báñez] me ha quitado aquel tormento de melancolía [bilis], y aun creo la calentura del todo” (Carta 63.1. Segovia, 14/05/1574, a la madre María Bautista, en Valladolid).

⁴⁰ Declaración de fray Diego de Yepes. Proceso de Madrid, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 286. 1934).

⁴¹ “... enfermedad que da a la garganta (...) angina” *fide* Sebastián de COVARRUBIAS (1611: 381r).

Es en este año cuando nos ofrece la primera noticia sobre su estragado estómago, pues padeció de vómitos que sufrió diariamente por espacio de veinte años:

“Estos días traigo un relajamiento de estómago, que vinieron bien las nueces, aunque de las que aquí me han enviado, aún había; muy buenas están” (Carta 70.3. Segovia, 16/07/1574, a la madre María Bautista, en Valladolid).

Y sus monjas fueron testigo de ello: “...porque para esto [comulgar] la impedían unos vómitos de cólera [bilis] que tenía, los mudó haciéndose violencia y los pasó a las noches y le duraron al parecer de esta testigo más de veinte años”⁴². Otra declarante depone otra versión sobre este proceso: “Y en aquel tiempo la conoció que tenía de ordinario dos vómitos cada día, el uno por la mañana, y el otro por la noche; y así lo vio esta declarante diversas veces. Y después que la santa Madre comenzó con más fervor la frecuencia del Santísimo Sacramento y a comulgar, como cada día comulgaba, fue Dios servido por su misericordia de quitarla el vómito de por la mañana, aunque le quedó el de la noche”⁴³.

La propia Teresa de Cepeda nos ofrece el siguiente relato:

“...que aunque sané de aquella tan grave, siempre hasta ahora las he tenido y tengo bien grandes -aunque de poco acá no con tanta reciedumbre, mas no se quitan- de muchas maneras. En especial tuve veinte años vómitos por las mañanas, que hasta más de mediodía me acaecía no poder desayunarme, algunas veces más tarde. Después acá que frecuento más a menudo las comuniones, es a la noche antes que me acueste, con mucha más pena, que tengo yo de procurarle con plumas u otras cosas; porque si lo deajo, es mucho el mal que siento...” (V. 7.11).

Son los vómitos que la acompañaron prácticamente toda su vida:

“Estaba una vez en oración y vino la hora de ir a dormir, y yo estaba con hartos dolores y había de tener el vómito ordinario” (V. 40.20).

El hecho de provocárselos ella misma parece significativo de una retención gástrica, posiblemente debida a una úlcera duodenal con la consiguiente periduodenitis, situación que fue mejorando, pero no desaparecieron del todo los vómitos que, con el paso del tiempo, mucho tiempo, terminaron por desaparecer; aunque no debió padecer de hiperclorhidria, pues las nueces le sentaban bien.

También en este año aparece en su correspondencia la primera referencia a los catarros nasales o romadizos:

“He tenido tres semanas ha un romadizo terrible con hartas indisposiciones. Ya estoy mejor, aunque no quitado” (Carta 68.2. Segovia, [final]/06/1574, a la madre María Bautista, en Valladolid).

Y, como hemos apuntado, sus cefaleas no le permitían atender la correspondencia tan presto como quería: “...y así no se podrá despachar hasta mañana

⁴² Declaración de María Bautista. Proceso de Valladolid, 1595/96 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 46. 1935).

⁴³ Declaración de Ana María de Jesús. Proceso de Ávila, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 450. 1935).

al mediodía, porque mis ojos ni cabeza no están para ello...” (Carta 63.1. Segovia, 14/05/1574, a la madre María Bautista, en Valladolid).

1575. El 24 de febrero fundó en Beas⁴⁴. Camino de la fundación de Sevilla Teresa sufrió de fiebre altísima y el 29 de mayo fundaba en la antigua Híspalis, donde chocó con el carácter andaluz⁴⁵.

1576. El 1 de enero se llevó a cabo la fundación de Caravaca, por Ana de San Alberto. El 6 de febrero escribió el *Vejamen*. El 26 de mayo el padre Gracián, en Toledo, la ordena que escriba *Las Moradas*, lo cual empezó a hacer el 2 de junio y las concluyó, en Ávila, el 29 de noviembre. En agosto escribió *Visita de Descalzas*.

Durante los comienzos de septiembre tornaron a ella las fiebres: “Ya estoy buena, gloria a Dios, que las calenturas pararon en un gran romadizo” (Carta 120.1. Toledo, 07/09/1576, a la madre María de San José, en Sevilla). Cuando se refiere a un romadizo, éste no es otra cosa que un catarro que cursa con irritación de la mucosa pituitaria, hoy diríamos que se trataba de un catarro nasal, con abundante producción de mucosidad, que bien pudiera deberse a algún tipo de alergia, cuestión ésta que *a priori* no procede descartar. Meses más tarde escribe:

“Yo -con haber tan poca ocasión- he pasado en esto [calentura] mucho. El remedio eran unos sahumeros con erbatum y culantro y cáscaras de huevo y un poco de aceite y poquito romero y un poco de alhucema, estando en la cama (...) Casi ocho meses tuve calenturas una vez y con esto se me quitó” (Carta 163.1. Toledo, 13/12/1576, a la madre María de San José, en Sevilla).

En noviembre terminó el capítulo XXVII de *Las Fundaciones*, con la habida en Caravaca.

El día de Nochebuena cayó por las escaleras del Convento de San José y se rompió el brazo izquierdo; transcurridos dos meses ella escribe:

“... que después que tengo este brazo así (...) Todavía está hinchado y la mano, y con un socrocio que parece arnés, y así me aprovecho poco de él” (Carta 230.1. Ávila, 16/02/1578, al padre Jerónimo Gracián, en Pastrana).

El socrocio es un emplasto, en el que entraba a formar parte el azafrán, utilizado a modo de sujeción o inmovilización del brazo con el fin de facilitar la

⁴⁴ Sobre esta fundación y su ubicación geográfica, la Santa escribe: “Que cuando fui a Veas, si entendiera que era provincia de Andalucía, en ninguna manera fuera, y fue el engaño que la tierra aún no es de Andalucía –de creo cuatro o cinco leguas adelante comienza-, más la provincia sí” (F. 24.4). La villa de Beas de Segura dependía, en lo civil, de la Cancillería de Castilla, y en lo eclesiástico pertenecía a la diócesis de Cartagena, que comprendía territorios andaluces. Beas no era Andalucía en lo civil, pero sí en lo eclesiástico.

⁴⁵ “Porque no me entiendo con la gente de Andalucía” (Carta 102.14. Sevilla, [01-02]/1576, al padre Juan Bautista Rubeo, en Cremona); lo que no debe sorprender dada las diferencias entre la concepción castellana de la vida, incluida la religión, y el barroquismo andaluz; y sigue diciendo meses después: “Las injusticias que se guardan en esta tierra es extraña, la poca verdad, y las dobleces. Yo le digo que con razón tiene la fama que tiene. Bendito sea el Señor que de todo saca bien (...) Yo confieso que esta gente de esta tierra no es para mí, y que me deseo ya ver en la de promisión, si Dios es servido (...) aunque la abominación de pecados que hay por acá son para afligir harto; espantarse hían” (Carta 105.2/12. Sevilla, 29/04/1576, a la madre María Bautista, en Valladolid).

soldadura de los huesos. Lo que la llevó, por segunda vez, a ponerse en manos de otra curandera.



Vista parcial de la escalera del diablo. Convento de San José. Ávila

1577. A principio de año señala que, con los fríos del invierno, teme que le afecte a los riñones:

“... que aún ahora con todos los hielos que ha hecho, no he podido traer otra cosa [se refiere al hábito, que era de jerguilla] por los riñones, que temo mucho este mal” (Carta 175.9. Toledo, 09/01/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

Comentario que nos lleva a pensar que debió de padecer de riñón y no se le había olvidado lo doloroso que puede llegar a ser.

Los fríos de Toledo siguen siendo intensos, de manera que este mismo mes de enero, a la misma destinataria, le dice que padecía de reuma y se trató con resinas traídas de las Indias Occidentales:

“Del ánimo también se tomó un poco, que se lo quería yo enviar a pedir, que hacen unas pastillas con ello de azúcar rosado que me hacen muy gran provecho a las reumas” (Carta 180.10. Toledo, 26/01/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

El frío acrecienta sus dolores de muelas, al menos así parece desprenderse del comentario a su hermano Lorenzo:

“... y mire no sufrir mucho frío, que para ese mal de ijada no conviene” (Carta 172.6. Toledo, 02/01/1577, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Ávila).

Y aumentan sus padecimientos cefálicos: “...y está la cabeza cual la mala ventura” (Carta 178.1. Toledo, 17/01/1577, a María de San José, en Sevilla). Cansancio de cabeza que pronto le dará un serio disgusto, cabría decir que le procura quebraderos de cabeza:

“Sepa tengo harto mejor la cabeza que cuando comencé la carta; no sé si lo hace lo que huelgo de hablar con vuestra merced” (Carta 182.14. Toledo, 10/02/1577, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Ávila).

Pues la Santa había tenido, por exceso de trabajo, una grave crisis de salud, de manera que los galenos le habían prohibido escribir de su propia mano y ella teme que Lorenzo se alarme, por lo que termina desdramatizando la situación; además, la prohibición de escribir de su puño y letra no la respetará escrupulosamente en el carteo con su hermano, pues le escribe: “Creo me hizo daño comenzar a ayunar la cuaresma, que no era sólo la cabeza...” (Carta 185.2. Toledo, 27-28/02/1577, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Ávila), y sigue escribiendo, en este caso a otro destinatario, que solo si su estado se agudizara dejaría de escribir personalmente:

“Sepa, mi padre, que han parado las muchas cartas y ocupaciones mías tan a solas en darme un ruido y flaqueza de cabeza, y mándanme que si no fuere muy necesario no escriba de mi letra...” (Carta 187.5. Toledo, 28/02/1577, al padre Ambrosio Mariano, en Madrid).

Y días más tarde:

“...el trabajo de este invierno de cartas ha venido a enflaquecer la cabeza de suerte, que he estado bien mala (...)Mucho le pidan se sirva de quitarme esto de la cabeza” (Carta 188.1-3. Toledo, 01-02/03/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

Ella sigue agotada como consecuencia del achaque sufrido a primeros de mes, en los días 6 y 7 de febrero, que la dejó inhabilitada para escribir de su propia mano, y así continua:

“...que aunque estoy algunos días harto mejor de la cabeza, ninguno sin harto ruido, y háceme mucho mal escribir” (Carta 193.8. Toledo, 06/05/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

Desde las fechas citadas sigue con la misma dolencia: “... y que por tener mala la cabeza no le escribo, que todavía me la tengo bien ruin” (Carta 194.6. Toledo, 09/05/1577, al padre Ambrosio Mariano, en Madrid), por lo que se ve obligada a dictar las cartas:

“Yo me estoy ruin de mi cabeza (...) El de mi cabeza, lo que tengo de mejoría es no tener tanta flaqueza, que puedo escribir y trabajar con ella más que suelo; mas el ruido está en su ser y harto penoso, y así escribo de mano ajena, si no es cosa secreta, o forzosas cartas con quien he de cumplir. Por eso tenga paciencia, como con todo lo demás” (Carta 198.2/3. Toledo, 28/06/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

Estos son los achaques a los que se refiere en el prólogo de *Las Moradas*, escrito el 2 de junio de 1577: “...por tener la cabeza tres meses ha con un ruido y flaqueza tan grande que aun los negocios forzosos escribo con pena” (M. Prólogo 1), y más adelante describe cómo son:

“Escribiendo esto estoy considerando lo que pasa en mi cabeza del gran ruido de ella. Que dije al principio [en el prólogo], por donde casi se me hizo imposible poder hacer lo que mandavan de escribir. No parece sino que están en ella muchos ríos caudalosos y por otra parte que esta agua se despeña,

muchos pajarillos y silbos, y no en los oídos, sino en lo superior de la cabeza...” (M. 1.10).

En estos primeros días de 1577, Teresa de Cepeda tomó unas purgas, sobre las que escribe:

“... y después, pareciéndome que tenía mucha cólera [bilis], con miedo de estar con ocasión de cuaresma para no ayunar, tomé una purga, y aquel día fueron tantas las cartas y negocios, que estuve escribiendo hasta las dos, e hízome tanto daño a la cabeza, que creo ha de ser para provecho; porque me ha mandado el doctor que no escriba jamás sino hasta las doce, y algunas veces no de mi letra (...) Aunque este día de esta purga ha sido notable el mal, mas parece que voy mejorando” (Carta 182.1/2. Toledo, 10/02/1577, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Ávila).

Como se desprende, la purga no ayudó, sino que por el contrario la sentó mal y lo vuelve a recordar más adelante en la misma carta: “...y así fue la noche que me hizo mal de la purga” (Carta 182.1/2. Toledo, 10/02/1577, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Ávila).

Muy frecuentes, por no decir que incesantes, fueron los problemas cardiacos, de los que empieza a escribir a partir del mes de febrero de este año:

“Creo me hizo daño comenzar a ayunar la Cuaresma que no era solo la cabeza, que me daba en el corazón” (Carta 185.2. Toledo, 27-28/02/1577, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Ávila).

“Con el mal de brazo traigo el corazón harto malo algunos días” (Carta 237.5. Ávila, 28/03/1578, a la madre María de San José, en Sevilla).

En mayo la curandera venida de Medina ajustó el brazo roto. Cinco meses después de la caída, por lo que es fácil imaginar los dolores que debió padecer. Tal retraso parece que se debió a que esta mujer estaba mala y, en este interin, fue indicando que le aplicasen remedios, de manera que -cuando quiso llegar- tuvo que empezar por romper las callosidades formadas durante el tiempo transcurrido:

“La mujer vino a curarme el brazo, que lo hizo muy bien la priora de Medina en enviarla [la mujer, cuyo nombre se desconoce, era una curandera de Medina, enviada por Inés de Jesús] que no le costó poco ni a mí el curarme. Tenía perdida la muñeca, y así fue terrible el dolor y trabajo, como había tanto que caí [algo más de cuatro meses] (...) Parece que quedo curada, aunque ahora con el tormento poco se puede entender si lo está del todo (...) Crea vuestra paternidad que, si tardara un poco más, quedaba manca” (Carta 244.4. Ávila, 07/05/1578, al padre Jerónimo Gracián, en Alcalá de Henares).

De este brazo no volvió a servirse, pero nos fue dejando noticias sobre él:

“Fue Dios servido que no fue el brazo derecho el trabajado. Y así puedo hacer esto” (Carta 235.1. Ávila, 03/1578, a Luis de Cepeda, en Torrijos).

“Yo estoy como suelo, el brazo harto ruin y la cabeza también; no sé qué rezan” (Carta 237.1. Ávila, 28/03/1578, a la madre María de San José, en Sevilla).

“Yo estoy mejor y el brazo lo está” (Carta 247.1. Ávila, 22/05/1578, al padre Jerónimo Gracián, en Alcalá de Henares).

“El brazo va mejorando, aunque no de manera que me pueda vestir; dicen que presto, con la más calor, estará bueno” (Carta 248.2. Ávila, 04/06/1578, a la madre María de San José, en Sevilla)

“Yo, razonable de salud; aunque el brazo se está ruin, que no me puedo vestir, va mejorando...” (Carta 250.5. Ávila, 28/07/1578, al padre Domingo Báñez, en Salamanca).

Ilustrativa es la descripción que del hecho hizo su primer biógrafo, que dejó escrito:

“Iba la Madre a completas con su luz en la mano, y después de haber subido toda la escalera, estando para entrar en el coro, quedó de presto como desatinada de la cabeza, y volvió atrás, y cayó, y quebróse el brazo izquierdo. Fue grande el dolor que tuvo de presente, y mayor el que tuvo después en la cura; porque pasó mucho tiempo sin haber quien se le concertase, por estar a la sazón mala una mujer de cerca de Medina, que tenía esta gracia. Y como no pudo venir, envió a decir que la pusiesen algunas cosas, entretanto que ella iba. Y cuando fue estaba el brazo anudado y manco. Y con todo eso se puso en sus manos, para que hiciese lo que quisiese (...) y quedose a sola con la mujer, y con otra labradora su compañera. Las dos, que eran grandes y de muchas fuerzas, comenzaron a tirarla fuertemente del brazo hasta hacer dar un estallido a la choquezuela del hombro, como estaba ya el brazo anudado, e hiciéronla pasar intolerables dolores (...) Duróle harto tiempo, que casi no le pudo menear, y en fin, quedó manca de él, y en toda su vida pudo vestirse ni desnudarse, ni ponerse un velo sobre la cabeza” (RIBERA, 1590: 556-557).

Como es de suponer, debió fracturarse el cuarto distal del radio al querer parar el golpe con la mano, cuando había cumplido los sesenta y dos años, y muy probablemente a esa edad tuviera osteoporosis, pues este tipo de fracturas es muy frecuente en mujeres climatéricas, con huesos que han perdido consistencia, con baja densitometría ósea, por lo que se tornan frágiles. Salta a la vista que el hueso soldó mal y la curandera de Medina seguramente tuvo primeramente que romper de nuevo el hueso y la dejó manca de por vida, siendo ahora comprensibles los dolores y tormentos que debió padecer y que refiere al padre Gracián.

Escribió con simplicidad profunda sobre la enfermedad melancólica, hoy clasificada entre las maniaco-depresiones⁴⁶. Estaba preocupada por las enfermas de melancolía, por lo que de perturbación conllevaba para la convivencia en sus ‘palomarcitos’, poniendo en riesgo el desarrollo cotidiano de la actividad de los mismos, pudiendo dar al traste con lo pretendido en sus fundaciones, siendo una enfermedad que no se manifiesta con fiebres o síntomas típicos de otras afecciones, de donde radica su peligrosidad, pues perjudica el interior de la persona y afecta negativamente a quienes la rodean, pues este ‘humor’ hace mal a sí y a todos: por eso escribió:

“Ahora hablé a nuestro padre sobre la monja del arzobispo [Cristóbal de Rojas], que me tiene bien disgustada ver lo que ponen en importunarle y lo

⁴⁶ Hemos de tener en cuenta que fue por aquel entonces cuando se esparcían por Europa las ideas de Paracelso [Theophrastus Phillippus Aureolus Bombastus von Hohenheim (1493-1541)] sobre las enfermedades mentales.

poco que a él le va. Dice nuestro padre que piensa es una beata melancólica -de lo que habíamos de estar escarmentadas-, y será peor echarla después. Que procure hablarla algunas veces y entender que cosa es; y, si ve que no es para nosotras, no me parece sería malo que hable el padre Nicolau [Nicolás Doria] al arzobispo y le diga la mala dicha que tenemos con estas beatas” (Carta 202.7. Toledo, 11/07/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

Acababa de pasar por una desagradable experiencia por esta causa en la fundación de Sevilla, que colocó a Teresa y a aquella comunidad en una situación enojosa que bien pudiera haber acabado con el proyecto de nuestra protagonista. Muestra indudable de su preocupación es que le dedica un capítulo completo del libro de *Las Fundaciones*, el capítulo VII, y se extiende ampliamente sobre esta cuestión en una carta dirigida a la priora hispalense⁴⁷, y es que ella tenía conocimiento de los trastornos psíquicos como demuestra en los dos escritos citados, en los que plasma, sobre todo en el primero, las características que reunían las enfermas de melancolía, enfermas de bilis negra o humor de melancolía como la llamaba Lobera de Ávila, médico de cámara de Carlos I⁴⁸, apuntando al mismo tiempo sus consecuencias y la forma de tratarlas vigente en aquellos momentos.

Según la teoría de los humores, la melancolía o bilis negra era fría y seca, abarcaba casi todo lo referente a cualquier desequilibrio mental, y quienes la padecían presentaban un comportamiento obsesivo y antisocial, se le asociaba otra variedad de alteraciones psicológicas o fisiológicas; de manera que la melancolía abarcaba desde el gesto mustio hasta la locura más completa.

Sebastián de Covarrubias, al ocuparse de la melancolía, la describe como: “Enfermedad conocida y pasión muy ordinaria donde hay poco contento y gusto (...) Pero no cualquiera tristeza se puede llamar melancolía en este rigor; aunque decimos estar uno melancólico cuando está triste y pensativo de alguna cosa que le da pesadumbre”. COVARRUBIAS, 1611: fol. 106v),

La melancolía es un trastorno depresivo, independiente de motivaciones y causas orgánicas conocidas, grave y de origen ignorado aunque se la supone alguna alteración orgánica, sobre todo biodinámica: serotonina, noradrenalina, dopamina, etc. Debemos tener en cuenta que el concepto que se tenía entonces de la melancolía era muy difuso, ya que su etiología radicaría en un aumento de la ‘bilis negra’ que predominaría sobre los otros humores, siguiendo así la teoría de tradición hipocrática sobre el temperamento y las enfermedades, basada en una discrasia o desequilibrio patológico de los humores o líquidos del cuerpo: sangre, flema o pituita, bilis amarilla y bilis negra o atrabilis; se incluirían en este concepto, tan impreciso, no sólo la depresión endógena sino también otros trastornos mentales como las obsesiones, los de la personalidad e incluso algunas formas de esquizofrenia.

⁴⁷ Carta 248. Ávila, 04/06/1578, a la madre María de San José, en Sevilla.

⁴⁸ Jesús SÁNCHEZ-CARO (2017: 133) señala la posibilidad de que Teresa adquiriera este conocimiento con la lectura de un texto de Luis LOBERA DE ÁVILA (1542). Cronológicamente es posible (*vide infra*) pero poco probable, pues nos hubiera dejado constancia de ello con lo meticulosa que ella era, sobre todo, si tenemos en cuenta que, en sus escritos sí cita a varios galenos, aunque a ninguno de ellos por haber leído sus obras, si es que escribieron alguna, cosa muy dudosa.

Teresa de Cepeda siempre ponía mucha atención en no aceptar el ingreso de postulantes con este mal, no por su enfermedad, sino por las graves alteraciones y alboroto que podían ocasionar, convencida de que una hermana con ‘humor melancólico’ bastaba para traer de cabeza a todo un monasterio; pero aun así se dieron varios casos en los que recomienda terapia ocupacional y laborterapia, de manera que estuvieran distraídas; y distinguía entre las beatas melancólicas, cuyo riesgo estiva no en lo que pudiera haber de enfermedad, sino de actitud, y la melancolía-enfermedad⁴⁹, indicando la necesidad de tratar de forma individualizada cada caso, siempre que fuera posible. Tanta es su preocupación por esta cuestión de las ‘monjas melancólicas’ que dedica también a ellas el apartado 17 de *Visita de Descalzas*⁵⁰.

Robert Burton (1547-1640) distinguía, en 1621, entre melancolía de disposición o de hábito, siendo la primera de carácter transitorio, mientras que la segunda se presentaba cuando la primera dejaba de ser coyuntural para instalarse definitivamente, haciéndose eco de los riesgos que entraña la ociosidad para el melancólico, así como la soledad, rechazando el consumo de leche, de entre las aves el pavo, los pichones y todas aquellas que habitan en zonas pantanosas, oponiéndose al consumo de pescado y desechando entre los vegetales las calabazas, pepinos, berzas, melones y especialmente el repollo, excepto la borraja, el hinojo, perejil, eneldo, melisa y achicoria, afirmando que todas las legumbres son malas, descartando el pan de avena o centeno, etc. (BURTON, 1621).

Sabemos que nada más llegar a Valladolid cogió un ‘catarro universal’ pero para el otoño se encontraba mejor y había recobrado el apetito, por lo que va recuperando fuerza y desapareciendo la debilidad, lo que le permite ver las cosas de otra manera, a su más puro estilo, pues con salud sus obligaciones se le hacen más llevaderas.

En el otoño vuelven a incordiarle las cefaleas: “Yo me ando ruin de la cabeza” (Carta 211.2. Ávila, 22/10/1577, a la madre María de San José, en Sevilla). A finales de año las cosas seguían así:

⁴⁹ Teresa no ignora la existencia de la melancolía como enfermedad; para ella reclama remedios dietéticos y terapéuticos y -sobre todo- mucha comprensión. He aquí los dos polos del ‘humor melancólico’ entre los que se debate, por un lado las ‘beatas melancólicas’ y la melancolía enfermedad “Y dejo unos trabajos (...) y de las que tienen melancolía y otras enfermedades” (M.3.1,6): “... sino que se llame enfermedad grave, ¡y cuánto lo es!, y se cure como tal, que a tiempos es muy necesario adelgazar el humor con alguna cosa de medicina para poderse sufrir, y estese en la enfermería...” (F.7.8), pero distingue entre un disturbio endógeno y la melancolía como crisis afectiva, en tanto que reacción a un conflicto (LÓPEZ IBOR, 1963).

⁵⁰ También el padre Jerónimo Gracián se ocupó de este tema, escribiendo un tratado de melancolía, al que tituló abreviadamente *El Cerro*; de manera que la primera página del manuscrito lleva como título: *Capítulo Provincial del Zerro, que trata de las imperfecciones y faltas de los melancólicos, que nacen de la tristeza, ira, amargura de corazón, desobediencia, desabrimiento y dañado spiritu*. La redacción es un tanto irónica, cuando no mordaz, pues el autor, tomando de mira la tendencia morbosa de los melancólicos hacia la propia libertad, manda todo al revés, para que desobedeciendo se acierte. Bastará practicar lo contrario de lo establecido en el Capítulo del Cerro, para curar toda suerte de melancolía; así, el libro, al mismo tiempo que ofrece un remedio para los melancólicos, servirá de recreación y examen de conciencia de los sanos. Este librito pone de manifiesto el conocimiento que el padre Gracián tenía de la psicología humana y religiosa (MORIONES DE LA VISITACIÓN, 1965).

“... siempre me diga vuestra merced si tiene salud. Contento me ha dado en parte de verle sin cuidado. Eso no estoy yo, sino que no sé cómo tengo sosiego y -gloria a Dios- ninguna cosa me lo quita. Este ruido de cabeza me pena, que es ordinario” (Carta 219.10. Ávila, 07/12/1577, al padre Gaspar de Salazar, en Granada).

Y continua desgranando: “Yo estoy harto ruin de esta cabeza, y tantos trabajos juntos que me tienen cansada a ratos...” (Carta 222.6. Ávila, 19/12/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

1578. Los escritos que Teresa de Cepeda dirige a sus próximos insisten en sus padecimientos habituales: “... y como era después el escribir del vómito, todo se juntaba” (Carta 182.2. Toledo, 10/02/1578, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Ávila). “Me ha cargado un gran romadizo que tenía” (Carta 246.1. Ávila, 14/05/1578, al padre Jerónimo Gracián, en Alcalá?). “Y mi cabeza se cansa...” (Carta 248.12. Ávila, 4/06/1578, a la madre María de San José, en Sevilla).

1579. El 6 de junio, víspera de Pentecostés, terminó de escribir sus *Cuatro Avisos para los frailes Descalzos*.

1580. El 25 de febrero fundó en Villanueva de la Jara⁵¹ y el 18 de marzo se lastimó de nuevo el brazo ya dañado mientras se ocupaba de las obras del nuevo edificio para albergar a sus monjas en Malagón, el único que se construyó para ello; pues en los demás casos se aprovecharon espacios ya existentes que se fueron adecuando como se pudo, por eso nos atrevemos a afirmar que San José no fue, en este sentido, un convento cualquiera, sino que fue construido de cero, con la participación directa de Teresa en su diseño, el resultado es tan austero y funcional como el espíritu de la reforma.

En Malagón volvieron a repetirse sus dolores de corazón y para remediarlos empleó azahar: “... y oler lo de azahar provecho al corazón, más no beberlo” (Carta 331.4. Malagón, 8-9/02/1580, a la madre María de San José, en Sevilla).

El 20 de marzo regresaba a Toledo procedente de Malagón, enfermando de gravedad el 31 de ese mes de perlesía y corazón. Debió de ser muy serio a juzgar por lo que escribe catorce días después, sin que pudiera rasguear la misiva de su puño y letra:

“Bien puede creer que me holgara de estar para escribirla muy largo, mas ando estos días con muy poca salud. Parece que pago lo que he estado buena en Malagón y Villanueva y por los caminos [desde mediados de febrero había viajado de Malagón a la Roda, Villanueva de la Jara y Toledo, donde llegó el 26 de marzo, ocho días antes de la fecha de esta carta], que ha muchos días y aun creo años que no me hallé con tanta salud. Desde el Jueves de la Cena [Jueves Santo, 31/03] me dio un accidente de los graves que he tenido en mi vida, de perlesía y corazón. Dejome hasta ahora (que no se me ha quitado),

⁵¹ Villanueva de la Jara (Cuenca) era uno de los lugares donde mil influjos había tenido Catalina Carmona, amiga de rigores extremados, pues endémicos eran los rigores en aquel ambiente de reforma que impregnaba todo el siglo XVI, de forma que las titánicas mortificaciones de la citada Catalina la hicieron famosa, hasta el punto de que algunos frailes de por allí la propusieron nada menos que como alternativa fundadora de la humanista Teresa.

calentura y con tal disposición y flaqueza...” (Carta 335.1/2. Toledo, 03/04/1580, a la madre María de San José, en Sevilla).

“... y ha sido tan poca mi salud que desde el Jueves de la Cena [Jueves Santo, 31/03] no se me ha quitado calentura hasta ahora ocho días. Y tenerla era el mejor mal, según lo que he pasado. Decían los médicos se hacía un postema en el hígado; con sangrías y purgas ha sido Dios servido de dejarme en este piélago de trabajos” (Carta 342.1. Toledo, 8/05/1580, a María Enríquez, duquesa, en Alba).

Testimonia que anduvo con calenturas un mes, diagnosticando los galenos que se hacía una apostema -que algunos llamaban postema-, “hinchazón que suele criar materia, abrirse y hacer llaga” (COVARRUBIAS, 1611: fol. 593v), lo cual revela que dicha glándula estaba inflamada o la vesícula biliar, origen de la fiebre y los dolores; cuadro que permite diagnosticar una colecistitis (IZQUIERDO, 1963: 85) dada la evolución favorable, ya que de haberse tratado de un absceso hepático la cuestión se hubiese desarrollado de otra manera muy diferente, como es de presumir. Llama la atención, una vez más, que no guardara Teresa cama durante el tiempo que duró el padecimiento.

Y aunque fue lentamente mejorando dejó escrito en el *Libro de la Vida*: “... aunque el mal que me tomaba muy continuo es muy de tarde en tarde; perlesía recia y otras enfermedades de calenturas...” (V. 7.11).

Perlesía se equipara con parálisis (COVARRUBIAS, 1611), en el *Diccionario de autoridades* se indica que perlático es el “adjetivo que se aplica al sujeto o parte que padece de perlesía. En latín es lo mismo que ‘paralyticus’, siendo perlesía la “resolución o relajación de los nervios, en que pierden su vigor y se impide su movimiento y sensación” ([REAL ACADEMIA ESPAÑOLA], 1726-1739). Esta perlesía que ella nos refiere corresponde a lo que se ha dado en denominar parálisis agitante o parkinsonismo postencefálico; pero hay que admitir que a su edad, sesenta y cinco años, podría tratarse también de un proceso idiopático o enfermedad de Parkinson⁵². Manifestación convulsivante conocida como mioclonia, especialmente el que padeció en un brazo, que le hacía dar golpes con él estando en el coro. En agosto de este año refiere:

“Téngola [la salud] yo mucho más que por allá [Ávila], aunque con los achaques ordinarios, en especial de la perlesía; mas, como no hay calentura y el hastío que en Segovia, es estar buena” (Carta 352.2. Valladolid, 08/08/1580, a Gaspar Daza, en Ávila).

Abundan, en el padecimiento de este mal por Teresa de Ávila, las declaraciones de Jerónima del Espíritu Santo y Ana de la Trinidad en los procesos abiertos tras su fallecimiento con el propósito de su beatificación primero y de su canonización después:

⁵² Tal vez proceda recordar que la enfermedad de Parkinson, descrita en 1817 con el nombre de parálisis agitante por James Parkinson (1755-1824), se caracteriza, entre otros síntomas, por los cuatro siguientes: temblor espontáneo que comienza en las manos y después se extiende a los pies, a las piernas, a los brazos, la mandíbula y la cara y a otras partes del cuerpo; rigidez muscular; disminución de la movilidad, llegando a producirse una inmovilidad similar a la de la parálisis en fases avanzadas e inestabilidad postural.

“Estando en Ávila para ir a Toledo, habiendo de partir otro día, le dio una perlesía y mal de corazón tan grande, que porque la sintiesen las hermanas que daba muchos golpes y no la estorbasen el camino, mandó a Ana de San Bartolomé le cerrase la puerta. Y luego a otro día se pusieron en camino”⁵³.

“Y cuando estaba en la perlesía algunas veces llegó esta testigo a la dicha Madre a quererla tener y ayudar, la cual le decía: déjeme, hija, que este cuerpo así lo ha de pasar”⁵⁴.

En el mes de abril escribió una epístola muy ilustrativa sobre el devenir de su salud y esclarecedora sobre la causa que terminaría, más adelante, con su vida:

“... que aunque la calentura es poca, los accidentes del corazón y de la madre son muchos. Quizás no será nada” (Carta 355.8. Toledo, 03/04/1580, a la madre María de San José, en Sevilla).

Carta que resultará premonitoria de lo que iba a producirse, a pesar de su inquebrantable optimismo. Si dice que tiene síntomas es porque padece una enfermedad.

Algún cambio favorable debió producirse, pues días más adelante escribió: “Mejor estoy que he estado; en fin, todo debe ser reliquias de males viejos y no hay que espantar; más lo estoy de no estar peor. Creo me daba por allá salud estar sin tantas cartas y negocios” (Carta 338.2. Toledo, 15/04/1580, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en La Serna, Ávila). Carta muy significativa a raíz de lo dicho anteriormente, son males que vienen de atrás, consecuencia de la gran enfermedad sufrida en los comienzos de su estancia en el convento abulense de La Encarnación, a los que parece haberse habituado, pues dice que no estando peor está bien.

Para el mes de mayo parece que había mejorado, aunque lentamente; se encuentra débil, cansada y agotada, por lo que pierde las ganas de escribir. Su falta de salud no la deja:

“Por haber estado mala muchos días ha, he dejado de hacer esto, aunque tengo harto deseo de saber de la salud de vuestra merced. Yo, gloria a Dios, voy ya de mejoría aunque estoy flaca y con muy ruin cabeza, y así no va esta de mi mano” (Carta 341.1. Toledo, 06/05/1580, a Pedro de Casademonte, en Medina del Campo).

La mejoría continuaría en Segovia:

“Yo estoy muy mejor después que estoy en este lugar, y se me han quitado las calenturillas que tenía” (Carta 346.2. Segovia, 19/06/1580, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en La Serna, Ávila).

“... estoy ya buena del mal que he tenido, aunque con los achaques ordinarios, en especial el de la cabeza” (Carta 347.6. Segovia, 04/07/1580, a la madre María de San José, en Sevilla).

⁵³ Declaración de Jerónima del Espíritu Santo. Proceso de Madrid, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 293. 1934).

⁵⁴ Declaración de Ana de la Trinidad. Proceso de Zaragoza, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 125. 1935).

El 8 de agosto llegó a Valladolid y volvió a enfermar de gravedad, lo que supuso un deterioro de su estado general y tuvo que dictar parte de la carta a su secretaria, de manera que ella declaró que quedaba aviejada:

“Yo estoy ya, podemos decir, buena y como mejor, y de la flaqueza también lo estoy, que voy tomando alguna fuerza, aunque no oso escribir de mi mano. Poco a poco estaré buena (...) Ya que estoy mejor, no me darán tanta pena las cosas, que la enfermedad mucho debe enflaquecer el corazón, en especial quien lo tiene como yo” (Carta 355.2/4. Valladolid, 04/10/1580, al padre Jerónimo Gracián, en Medina del Campo).

“Esta ha sido la causa de no la haber escrito. Todavía estoy tan flaca que no sé cuando podré escribir de mi letra; mas la secretaria [Ana de San Bartolomé] es tal que podré fiar lo que de mí. Sepa que el mal ha sido tanto que no pensaron que viviera (...) La cabeza está tan flaca que aún de notar [*sic* por dictar] me canso, porque no ha sido ésta hoy sola. Fue tan grande el hastio, que me enflaquecía más que las calenturas” (Carta 357.2. Valladolid, 25/10/1580, a la madre María de San José, en Sevilla).

“Mi cabeza no da lugar a escribirle [al padre Rodrigálvarez]” (Carta 360.6. Valladolid, 21/11/1580, a la madre María de San José, en Sevilla).

“Harto le tenía no fuera ésta de mi mano; más mi cabeza y las muchas ocupaciones que tengo, por andar de partida para la fundación de Palencia, no dan lugar (...) según lo que por acá ha pasado y cuan largas han sido las enfermedades. Aún yo nunca he acabado de volver en mí del todo” (Carta 364.1/7. Valladolid, 28/12/1580, a la madre María de San José, en Sevilla).

El 29 de diciembre fundó en Palencia, en donde era obispo Álvaro de Mendoza, quien antes lo fue de Ávila, conocido y amigo de Teresa desde su fundación en esta ciudad en 1562.

1581. Camino de su último año de existencia terrenal, los achaques de la mística doctora fueron en aumento, y la situación era muy distinta respecto de cuando comenzó de la reforma:

“... sino que me canso (...) Yo no estoy ya para nada sino sólo para el ruido que hace Teresa de Jesús [su sobrina, hija de su hermano Lorenzo]” (Carta 365.8/9. Palencia, 04/01/1581, al padre Juan de Jesús Roca, en Pastrana).

Como cabe esperar de cabeza tan lúcida, era muy consciente de la situación y no se engañaba a sí misma, de modo que, dirigiéndose a sus monjas hispalenses, escribe:

“... y así les pido y les ruego no rueguen ni pidan mi vida, sino que me vaya a descansar, pues ya no les soy de provecho” (Carta 385. Palencia, [finales]/03/1581, a la madre María de San José, en Sevilla)

E insiste: “En todas no puedo ya lo que solía, porque van las cosas por sus propios votos” (Carta 386,6. Palencia, 28/03/1581, a Antonio Gaytán, en Alba de Tormes), para terminar declarando al padre Gracián “que ya parece comienzo a cansarme (...) y bien disgustado se me ha de hacer todo...” y también “... todo la cansa” (Cartas 390.1/2 y 390.6. Palencia, [22-23]/05/1581, al padre Jerónimo Gracián, en Salamanca).

Y por si no fuera suficiente, en el *Libro de las Fundaciones* deja el siguiente testimonio durante la constitución palentina: “Quedé tan desgana y tan fuera de parecerme podría hacer nada...” (F. 29.1), y esta otra después, durante la fundación burgalesa, donde se aprecia el cansancio acumulado con los años y la presencia declarada de la enfermedad que la iba carcomiendo a dentelladas “... no entiendo la causa de tanta desgana como yo entonces tenía...” (F. 31.4).

El 3 de junio de 1581 fundaba en Soria a petición de su obispo, el doctor Velázquez, que antes había sido canónigo y catedrático en Toledo, donde se conocieron.

Tras la fundación de Soria retornará a Ávila por Villacastín, Teresa de Cepeda es consciente de su deterioro a pesar de que habrá relativas mejorías a lo largo de este periodo, pero no se deja engañar:

“Yo llegué aquí a Segovia víspera de San Bartolomé [23/08], buena, gloria a Dios, aunque harto cansada, por ser malo el camino...” (Carta 404.1. Segovia, 26/08/1581, a su hermana Juana de Ahumada, en Alba de Tormes).

Lo mismo comunica a la priora de Sevilla días después, harta de andar, pues tras descansar en Segovia siguió camino hacia Villacastín:

“Hartos trabajos y peligros nos han acaecido. Con todo vengo buena, gloria a Dios...” (Carta 405.1. Villacastín, 05/09/1581, a la madre María de San José, en Sevilla).

Al llegar a su ‘palomarcito’ de Ávila iba con fiebre y no encontró el reposo que necesitaba por la marabunta de visitas que tenía que atender:

“Llegué aquí no buena, con una calenturilla que había causado cierta ocasión. Ya estoy buena (...) Como ha poco que vine no faltan visitas, y así hay poco lugar de tomar alivio con hacer esto” (Carta 406.2/4. Ávila, 09/09/1581, a Jerónimo Reinoso, en Palencia).

Sobre sus calenturas declararon María del Nacimiento: “que una vez estando con grandísima calentura y sed, la dicha Madre la sufrió mucho tiempo, de manera que se le puso la lengua gruesa”⁵⁵, e Isabel de Santo Domingo: “... y que en los últimos años de su vida padeció muchas cuartanas, particularmente como cuatro o cinco años”⁵⁶.

A la vista de tantas referencias a las cuartanas, lo que en un principio cabe plantearse es si nuestra protagonista padeció o no de paludismo. Casi puede afirmarse que sí, pues en aquella época rara era la persona que no lo contraía una o varias veces a lo largo de su vida, lo cual ella misma confirma, pues la elevación de la temperatura en las tercianas y cuartanas es intermitente⁵⁷.

⁵⁵ Declaración de María del Nacimiento. Proceso de Madrid, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 308. 1934).

⁵⁶ Declaración de Isabel de Santo Domingo. Proceso de Zaragoza, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 93. 1935).

⁵⁷ Contemporáneo de la Santa fue el ya mencionado Juan Mendez Nieto, con quien seguramente coincidió en Salamanca, aunque no sabemos si llegó a tratarla. Era este hombre conocido como ‘el médico de las cuartanas’, las cuales combatía con jarabe de palomillas, agua de borrajas, sangrías, purgas de cañafístula y sen, rábanos salados, ‘bocado de Alderete’, polvo de eléboro blanco, así como un electuario magistral hecho de limaduras de hierro (RICO-AVELLO, 1974: 61).

Debió mantenerse bien hasta después del mes de octubre:

“Yo ando mejor; para el año que tuve el pasado puedo decir estoy buena, aunque pocos ratos sin padecer...” (Carta 409.5. Ávila, 09/10/1581, a Sancho Dávila, en Alba de Tormes).

Entre sus dolencias, un pertinaz dolor de muelas, del que nos ofrece una reflexión que, como poco, sorprende:

“Del [mal] que tiene vuestra merced de muelas me pesa mucho, porque tengo harta experiencia de cuán sensible dolor es. Si tiene vuestra merced alguna dañada, suelen parecer lo están todas, digo el dolor. Yo no hallaba mejor remedio que sacarla, aunque si son reumas no aprovecha” (Carta 409.3. Ávila, 09/10/1581, a Sancho Dávila, en Alba de Tormes).

Durante los últimos meses de éste 1581 su salud mejora, aunque siguen persistiendo los dolores habituales de cefaleas y vómitos:

“... como me acosté a las dos y me levanté de mañana, está la cabeza cual la mala ventura” (Carta 421.7. Ávila, 29/11/1581, al padre Jerónimo Gracián, en Salamanca).

“... y así ando mejor mucho, aunque buena nunca, y con los vómitos y otros achaques” (Carta 412.5. Ávila, 08/11/1581, a la madre María de San José, en Sevilla).

1582. Salió de Ávila el 2 de enero, con agua y nieve, camino de la fundación burgalesa, a pesar de la opinión en contrario del padre Gracián: “He respondido al obispo [Álvaro de Mendoza, obispo de Palencia que ha mediado ante el de Burgos, Cristóbal Vela, a favor de la fundación proyectada] que vuestra reverencia me ha mandado que no vaya a Burgos en tiempo que haya de estar el invierno, por mis enfermedades –como una vez me lo escribió vuestra reverencia...” (Carta 402.5. Soria, 14/07/1581, al padre Jerónimo Gracián, en Valladolid).

Isabel Bautista recordaba que llegó al convento de Medina del Campo “muy fatigada y enferma y con una llaga en la garganta. Comía solamente un poco de carnero guisado con sal y agua, que la aderezó esta declarante”⁵⁸ y “La más parte de este día que partió de aquí, le llevaron de agua y nieve, donde fue causa de comenzarle la perlesía, que este mal le apretaba algunas veces; y así llegamos a Medina con harto trabajo por pasarse casi todo el camino lloviéndose. Detúvose en esta casa tres días”, según relata su enfermera (URKIZA, 1998: 56).

Partieron de Medina el 9 de enero, hacía Valladolid, con unas condiciones climatológicas penosas. A la Madre se le agravó su mal, tanto que “la dijeron los médicos que si no salía luego de allí la cargaría una enfermedad que no sería posible salir tan aína” según Ana de San Bartolomé (URKIZA, 1998: 56) y, de acuerdo con el padre Gracián, se le trabó la lengua “de manera que apenas se entendía lo que hablaba” (EFRÉN, STEGGNIK, 1996: 871). Tanto es así que también las humedades la obligaron a dejar Valladolid, pues iba con fiebre y una importante irritación de garganta que la impedía poder comer.

El 20 de enero se llevó a cabo la fundación de las Descalzas de Granada por Ana de Jesús y San Juan de la Cruz.

⁵⁸ Decalación de María Bautista. Proceso de Avila, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 528. 1935)

En febrero se acatarró en el camino hacia la fundación de Burgos, nada improbable por haberlo emprendido a primeros del mes de enero como queda dicho, en pleno y crudo invierno meseteño:

“En el camino se nos ofrecieron hartos peligros, porque hacía el tiempo tan recio que iban los arroyos y ríos que eran temeridad. A mí me debía hacer algún daño, que desde Valladolid vine con un mal de garganta (y me le tengo) harto malo, que aunque me han hecho remedios no se acaba de quitar. Ya estoy mejor, mas no se puede comer cosa mazcada” (Carta 432.5. Burgos, 06/02/1582, a la madre María de San José, en Sevilla), pero no da, una vez más, detalles sobre los remedios que la aplicaron.

El sábado 13 de febrero llegó a Palencia sin que su salud mejorara, de lo que informará Ana de San Bartolomé: “Los días que estuvimos en esta casa, estuvo nuestra santa Madre harto mala y el tiempo hizo muy recio de muchas aguas (...) iba tan mala nuestra santa Madre y tan trabada la lengua de perlesía, que era lástima de verla” (URKIZA, 1998: 58).

Perlético su cuerpo, la garganta en carne viva y trabada la lengua, era un presagio del final. Este estado no la permitió disfrutar de los acontecimientos de este viaje; y todo ello le duró hasta finales del mes de junio; así lo relata al describir la última de sus fundaciones:

“Yo iba con un mal de garganta bien apretado que me dio camino en llegando a Valladolid, y sin quitárseme calentura; comer, era el dolor harto grande. Esto me hizo no gozar tanto del gusto de los sucesos de este camino. Este mal me duró hasta ahora, que es a fin de junio, aunque no tan apretado - con mucho-, mas harto penoso” (F. 31.17).

Camino de su última fundación, escribe a la promotora de la misma, que la está esperando:

“Detúveme allí [Valladolid] cuatro días por estar muy indispuesta, que sobre un catarro grande que me dio acudió un poco de perlesía (...) También estoy ahora algo ruin; mas espero en nuestro Señor no será parte para dejarme de ir con brevedad si el tiempo mejora un poco, que dicen es el camino desde aquí a ese lugar muy penoso y ansí no sé si querrá el padre provincial [Jerónimo Gracián] partirse hasta verme mejor...” (Carta 430.1. Palencia, 16/01/1582, a Catalina de Tolosa, en Burgos).

Sobre esta cuestión volveremos más adelante, cuando se produzca el desenlace final de su vida, pues a partir de aquí será una constante en su delicada salud, pero parece ser que en su última estancia en Palencia, dos meses antes del final, se encontraba mejor:

“Yo me hallo mejor de la garganta que no me he sentido tan buena días ha, pues como sin tener casi pena en ella y con ser hoy lleno de luna, que lo tengo a mucho” (Carta 458.3. Palencia, 03/08/1582, a la madre Tomasina Bautista, en Burgos).

Un testimonio corroborado con la declaración de su sobrina Teresa de Jesús:

“... los regalos que podía haver o a ella la enviaban de limosna algunas personas devotas sabiendo que enferma estava, particularmente de un mal de

garganta que casi no podía comer cosa sin derramar sangre della” (SOBRINO, 2: 739. 2008).

Alcanzaron Burgos y seguía diluviando, la comitiva de fundadoras llegó calada. Catalina de Tolosa, promotora de la fundación, las esperaba con un muy buen fuego, de manera que Teresa, como iba empapada, se detuvo a su calor más de lo que solía:

“Como nuestra Madre iba mojada, detúvose más aquella noche a la lumbre de lo que acostumbraba. Hízole tanto mal, que esa misma noche le dio un vahído y tan recios vómitos, que, como llevaba la garganta enconada, se le hizo en ella una llaga que escupía sangre, de suerte que no estuvo al día siguiente para levantarse a negociar si no era echada en una camilla, que la pusieron en una ventana que salía a un corredor donde estaban los que hablaban” (URKIZA, 1998: 58)

Nuestra protagonista relata el caso de la siguiente manera:

“Descansamos aquella noche con mucho regalo que nos hizo esta santa mujer, aunque me costó a mí trabajo; porque tenía gran lumbre para enchugar el agua, y aunque era en chimenea, me hizo tanto mal, que otro día no podía levantar la cabeza, que echada hablaba a los que venía por una ventana de reja, que pusimos un velo, que por ser día que por fuerza había de negociar, se me hizo muy penoso” (F. 31.20).

Transcurridos dos años desde que nos dejó, por primera vez, noticias de sus padecimientos ginecológicos, y ya en el último de su tránsito por esta tierra, nos da nuevamente noticias sobre síntomas de esta naturaleza, una enfermedad ante la que hay que preguntarse si se trató de un dolor por inflamación o una hemorragia. La evolución posterior de su salud hace que nos inclinemos por aceptar esta última presunción, lo que nos lleva de la mano a suponer que padecía un tumor⁵⁹. Carecemos de detalles subjetivos sobre la enfermedad y ello es lógico si tenemos en cuenta que el síntoma principal son las hemorragias. El innato recato de la reformadora le impedía contar estas intimidades.

El 26 de julio estableció en Burgos la última de sus fundaciones, que se dilató en el tiempo a lo largo de un crudo invierno burgalés por demora del obispo Cristóbal Vela⁶⁰ en conceder la licencia; y en este tiempo enfermó.

El escribir cada día se le hacía más cuesta arriba por la carga de trabajo que suponía y por la progresiva pérdida de vitalidad; poco más de un mes antes de su fallecimiento, escribe:

“... hasta ahora que no lo puedo excusar [el escribir] y es en día de luna llena, que he tenido la noche bien ruin y así lo está la cabeza. Hasta ahora mejor he estado y mañana creo, como pase la luna, se acabará esta

⁵⁹ Un cáncer de cuello de útero (IZQUIERDO, 1963: 121) quien fundamenta su opinión en la edad de la enferma y la duración del proceso, dos años y medio.

⁶⁰ Cristóbal Vela y Acuña, nacido en Avila [s. XVI] y fallecido en Burgos en 1599, segundo de los siete hijos de Blasco Núñez Vela, que fue primer virrey del Perú, y de Brianda de Acuña. Arzobispo de Burgos desde 1580 hasta su fallecimiento (LÓPEZ HERNÁNDEZ, Francisco. “Vela y Acuña, Cristóbal de”. En: [Real Academia de la Historia]. DB-e [fecha de consulta 14/05/2019]

indisposición. La garganta está mejor, más no se quita” (Carta 465.2. Valladolid, 01/09/1582, al padre Jerónimo Gracián, en Sevilla).

Los dolores y ruidos de cabeza eran pues casi continuos, como testimonio cabe citar el de María de los Mártires quien declaró: “... que vino a estar tan flaca y enferma de la cabeza”⁶¹ y a su sobrina, que la recuerda siempre con dolor de cabeza:

“Tuvo grandes enfermedades, y con todo seguía a la comunidad, y en cuanto podía acudía a sus ejercicios, acudía al coro y oración; y aunque tenía siempre mal de cabeza por el continuo escribir, no falta a los negocios y a los caminos que parece excedían a fuerzas humanas”⁶².

El tiempo seguía horroroso, y era temeridad salir descalzas con aquellos temporales y grandes lodos por lo que, dada la situación de Teresa, decidieron solicitar que se les dijese misa en razón del recogimiento y de las condiciones climatológicas:

“Parecioles [al canónigo Salinas y a sus amigos] se pidiese licencia a el arzobispo [Cristóbal Vela] para que nos dijese misa en casa, por no ir por las calles. Hacían grandes lodos, y descalzas parecía inconveniente (...) Nunca se pudo acabar con él nos dejase oír en ella misa, aunque fueron dos canónigos a suplicárselo” (F. 31.23).

Ana de San Bartolomé parece más explícita al respecto:

“En este tiempo estaba la santa Madre muy mala, de manera que no podía comer sino cosas bebidas, por el gran mal que tenía en la garganta; y como estaba de esta manera, que aún para levantarse de la cama no estaba, érale muy gran trabajo el haber de ir a oír misa las fiestas. Y a esta causa fueron a pedir licencia al señor Arzobispo para que pudiesen decir misa en casa (...) Y el remedio que dio Su Señoría para este sentimiento fue decir que no importaba, que antes darían buen ejemplo (...) En esto se pasaron algunas semanas, que con todo su mal iba las fiestas a oír misa y comulgar, con estar las calles harto trabajosas del tiempo que hacía” (URKIZA, 1998: 59).

Nuestra protagonista afirma: “... se debían pasar más de tres semanas, y nosotras no oyendo misa sino las fiestas muy de mañana, y yo con calentura y harto mal” (F. 31.24). Iban muy de mañana en pleno invierno, pues siendo como eran monjas de clausura y dando cumplimiento a lo definido al respecto por el Concilio de Trento, lo hacían con todo recogimiento y fuera de las horas en las que mayor afluencia pudiera haber en las iglesias.

Por fin el Arzobispo accedió que se pasasen al Hospital de Bernuy, llamado de la Concepción, donde les concedieron dos piezas y una cocina en lo alto, a teja vana, con una pequeña tribuna por donde podían oír misa; lugar desabrigado nada apropiado para su estado de salud, pues seguía sangrando, ella escribe:

“... dieron orden que nos diesen unas piezas en el hospital de la Concepción, que había Santísimo Sacramento y misa cada día (...) No nos daban sino dos piezas y una cocina (...) Estuvimos desde la víspera de santo Matía -que

⁶¹ Declaración de María de los Mártires. Proceso de Palencia, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 129. 1935).

⁶² Declaración de Teresa de Jesús. Proceso de Avila, 1596 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 192. 1934).

entramos en el hospital- hasta la víspera de San Josef [desde el 23 de febrero hasta el 18 de marzo]" (F. 31. 27-32).

Su enfermera nos dice algo más:

"Y así nos fuimos a un hospital; y allí dieron al padre Provincial [Jerónimo Gracián] un cuarto alto, donde había una tribunita donde podíamos oír misa (...) era un cuarto muy desabrigado, que para la enfermedad que la Santa Madre tenía, pasó hartó trabajo" (URKIZA, 1998: 58).

Pudieron resolver la cuestión de escuchar misa, pero aquello tenía sus inconvenientes, pues peores fueron las condiciones que hubieron de soportar en el hospital. Ana de Jesús lo recordará:

"... tan pobre y lleno de enfermos, que me afirmaron las que estuvieron con ella, que de los quejidos y malos olores y muchos ratones y otras sabandijas asquerosas, no se podían valer; y que lo que más sentía la Madre era ver que lo padecían ellas, con ser de suyo tan limpias (...) Solo los días que digo estuvieron en el hospital de Burgos se padeció, porque verbeneaban en piojos"⁶³.

En Burgos conoció a un médico del que nos habla y deja constancia, el licenciado Antonio de Aguiar, amigo del padre Gracián desde su época de estudiantes, que atendió a la Madre de sus dolencias e indisposiciones en casa de Catalina de Tolosa, promotora de la fundación. Pronosticó que aquellos achaques tenían hondas raíces e historial muy largo:

"... pocos días después de año nuevo del año mil y quinientos y ochenta y dos, con las indisposiciones que tenía, y con la aspereza del tiempo y rigurosos fríos traía una notable destilación a la garganta y la lengua. Y luego que llegaron a la ciudad, el dicho provincial fray Jerónimo Gracián y su compañero fueron a casa de este testigo, como médico de esta ciudad, por ser como era el dicho provincial grande amigo de este testigo, y habían sido colegiales juntos en Alcalá, y haber gastado lo mejor de su vida en aquella Universidad. Hizo relación el dicho Provincial a este testigo de la enfermedad de que venía afligida la dicha santa Teresa de Jesús para que la fuese luego a ver (...) Y este testigo fue luego incontinente, y vio a esta bienaventurada mujer, y tomó relación de las cosas que la fatigaban; y como recién conocidos, contento este testigo con entender las causas que por entonces eran necesarias, sin tomar la corrida más atrás, porque era tan larga, y la suma de sus enfermedades tan grande, y sus enfermedades tan varias y tan graves, y muchas de ellas incurables, este testigo trató de lo presente y ordenó lo que le pareció (...) [Teresa] le comenzó a comunicar todas las horas y momentos que juntos estábamos, que era casi todos, sus discursos de su vida y conversión, de sus trabajos y enfermedades, de sus necesidades y pobreza, de manera y en tantas ocasiones, que a este testigo le parece que ninguna cosa de cuantas por ella habían pasado jamás, excepto las revelaciones y casos reservados para solo la confesión, en todos los demás le parece a este testigo que ninguna cosa le dejó de comunicar. Y en esto gastó este testigo desde aquel tiempo hasta que la Santa se fue de este lugar, el tiempo y la vida, el más bien gastado y más bien

⁶³ Declaración de Ana de Jesús. Proceso de Salamanca, 1597 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 474. 1934).

empleado que jamás gastó (...) y conoció a la dicha Santa, que decía ser de sesenta y siete años por la cuenta, tan desencuadernada y desencajados los huesos, que fuera lástima, que se le debía tener si no se supiera que de tales romerías, peregrinaciones y trabajos se habían de traer tales veneras, y que en la conquista de los vicios y adquisición de tantas virtudes como en ella resplandecían, no se pudo salir tan francamente que no sacase tantas heridas como se le parecían en el corazón y cabeza, y en todas las junturas, y en el estómago, y en todos los miembros de su cuerpo, que tenía convulsiones, desmayos, destilaciones, vómitos y otra inmensidad de males”⁶⁴.

Teresa le hizo una relación de sus males recientes, sin remontarse muy atrás, seguramente a petición del médico para mejor comprender la situación clínica de ella, llegando inmediatamente a la conclusión de que acarreaba consigo varias patologías, algunas tenidas por incurables que la tenían ‘desencuadernada’ [*sic*], poniendo el acento sobre sus huesos (desencajados y junturas dañadas), cuyo estado puede explicarse por su edad, el climaterio, fractura del brazo izquierdo, reumas, artritis, etc. pero a nueve meses del final de su terrenal peregrinación, con un cáncer de etiología ginecológica, hay que sumar las más que posibles metástasis que surgirían en las zonas sacra y lumbar.

Menciona su mal de corazón (pericarditis) y las convulsiones (perlesía), los vahídos (desmayos) y las ‘destilaciones’ (catarros) que con frecuencia serían causa de su malestar de cabeza, de garganta y de pecho; así, cuando llegó a Burgos iba con uno de éstos que le afectó amplia y seriamente la garganta, hasta el punto de provocarle una hinchazón de la lengua. También le llamaron la atención sus males de estómago y su consecuencia inmediata, los vómitos⁶⁵.

Quien nos deja datos valiosos sobre el último año de la vida de Teresa de Cepeda es Ana de San Bartolomé a través de sus dos autobiografías: la de Bolonia, escrita en 1622, y la de Amberes redactada alrededor de 1624, así como su testimonio en el proceso de beatificación de Ávila:

“Fuimos de aquí en una carroza [que previamente había enviado la duquesa de Alba], que llevó el camino con tan gran trabajo, que cuando llegamos a un lugarito⁶⁶, cerca de Peñaranda, iba la santa Madre con tantos dolores y flaqueza [muy probablemente hipoglucemia], que la dio allí un desmayo, que a todos no hizo harta lástima verla; y para esto no llevábamos cosa que le poder dar, sino eran unos higos⁶⁷, y con ello se quedó aquella

⁶⁴ Declaración de don Antonio de Aguiar, médico. Proceso de Burgos, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 3: 420-429. 1935).

⁶⁵ Declaración de don Antonio de Aguiar, médico. Proceso de Burgos, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 3: 420-429. 1935).

⁶⁶ Se refiere a Aldeaseca de Alba, que cuenta con una iglesia del siglo XVI, de estilo gótico, cuya población se dedicaba a la agricultura de secano con cereales como el trigo y la cebada, así como a la ganadería de vacuno, porcino y lanar. Apenas cuenta hoy con cien habitantes, por lo que es fácil imaginar que se trataría de un pequeño lugar, escasamente habitado, de ahí que lo describan como un ‘lugarito’, situado en el camino de Peñaranda de Bracamonte a Salamanca, a unos veintisiete kilómetros de la capital.

⁶⁷ Los higos, secos o pasados, eran tenidos como una de las mejores frutas y de mayor nutrimento si eran acompañados de nueces o almendras, que no fue el caso, y de poco sustento le sirvió

noche, porque ni un huevo⁶⁸ no se pudo hallar en todo el lugar (...) Cuando llegaron a Peñaranda, iba la Madre tan dolorida y desfallecida que la dio allí un desmayo, que a todos les causó lástima verla, pues antes de llegar a Peñaranda de Bracamonte, la Madre se quejó pues su debilidad debía ser extrema y venía afiebrada (...).

No se halló cosa que comer y ella se halló con gran flaqueza, y díjome: ‘Hija, deme, si tiene algo, que desmayo’. Yo no tenía sino unos higos secos, y ella estaba con calentura. Yo di cuatro reales que me buscasen dos huevos, costasen lo que costasen. Yo cuando vi que por dinero no se hallava cosa, que me lo volvían, no podía mirar a la Santa sin llorar, que tenía el rostro medio muerto. La afición que yo tuve en esta ocasión no la podré encarecer, que me parecía se me partía el corazón, y no hacía sino llorar de verme en tal aprieto, que la veía morir y no hallava cosa para acudirle, y ella me dijo con una paciencia de ángel: ‘No llores, hija mía, que esto quiere Dios ahora’. Consolábame diciendo que no tuviera pena, que demasiado de buenos eran aquellos higos, que muchos pobres no tenían aquel regalo, que ella estaba contenta con un higo que había comido” (URKIZA, 1998: 352).

¿Cómo no la iba a mirar consternada si se veía imposibilitada de poderla auxiliar? El llanto de su enfermera suena a expiatorio ante la imposibilidad de encontrar otra cosa que ofrecerle para que se recuperara de su estado febril y de acentuada flojedad, seguramente hipoglucemia, ella la reprende con el afecto de una madre para que no se preocupara, pues a fin de cuentas disponían de higos⁶⁹.

a la fundadora, a pesar de ser tenidos por más provechosos (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 99). La recomendación del consumo de higos secos acompañados de frutos secos nos hace pensar en el popularmente conocido ‘turrón del pobre’, de extendido uso en nuestro país, especialmente durante la Navidad.

Andrés Laguna recomienda los higos para la nutrición, aunque: “Opilan el hígado y el bazo. Dado que no se opiló aquel pupilo que, sobre apuestas se comió seis libras de higos, los más sucios y enharinados que se pudieron hallar, en el desfiladero de Salamanca; el cual, según tenía los alientos, llevaba un aire de comerse otras tantas si se las pusieran delante. Más, no menos debemos maravillar, porque estudiantes, principalmente pupilos, digerirán el hierro como los avestruces, pues, sin duda, tienen lobos en los estómagos. Tampoco reventó un portugués marinero llamado Jorge Pirez de Alameda (es digno semejante nombre que por su singular garguero se apostó en crónica), el cual, pasando yo de Ruan a España en un navío portugués y habiéndonos sucedido una muy cruel tormenta, al tiempo que, ya rotos los mástiles y voladas las velas, todo el mundo alzaba las manos a Dios pidiendo misericordia y preparándose para lo extremo, hízome muy deprisa levantar de encima de un cofre suyo sobre el cual yo estaba tendido filosofando conmigo mismo de la inmortalidad del alma; y abierto el tal cofre, cuando pensé que sacaba algunas horas o cuentas para su devoción, sacó una talega de higos muy excelentes del Algarbe, que, a mi parecer tenía más de dieciséis libras, y, sentado con un gran descuido y reposo a par della no cesó de engullir hasta que la despachó toda diciendo: ‘morra Marta y morra farta’. Y que juraba él a Dios que, pues le había costado muy buen dinero, no habían los peces gozar dellos, sino que se los tenía todos de llevar consigo en el buche. El cual hombre honrado, después que se vio sin higos y el peligro pasado, estuvo por echarse en la mar de puro enojo y despecho viendo que en balde se había de una vez tragado toda su hacienda” (PUERTO, 2013: 115).

⁶⁸ La preocupación de su enfermera estaba más que justificada al verla en aquel calamitoso estado y no es de extrañar, por ser entonces un alimento considerado de ‘buen mantenimiento’, en particular las yemas (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 81).

⁶⁹ El relato de lo higos lo encontramos también reseñado por Miguel Mir: “... y camino de Alba, en un lugar próximo a Peñaranda, fueron tanto sus dolores y flaquezas que le dio un desmayo, cuando no había más que higos para comer” (MIR, 2: 794. 1912).

“Y para remediarse esta necesidad, fuimos otro día a otro lugar; y lo que hallamos para comer fue unas berzas cocidas con harta cebolla, de las cuales comió, aunque era muy contrario para su mal. Este día llegamos a Alba, y tan mala nuestra Madre, que no estuvo para entretenerse con sus monjas. Dijo que se sentía tan quebrantada, que a su parecer no tenía hueso sano. Desde este día que era víspera de San Mateo, el 20 de septiembre de 1582, anduvo en pie con todo su trabajo hasta el 29, día de San Miguel, que fue a comulgar. Viniendo de hacerlo, se echó luego en la cama, porque no venía para otra cosa, que le dio un flujo de sangre, de lo cual se entiende que murió” (URKIZA, 1998: 66).

Según María de San José afirma, murió este miércoles, entre las nueve y las diez de la noche, miércoles (MARÍA DE SAN JOSÉ, 1919: recreación VIII). En su declaración en el proceso de beatificación de Ávila en 1595, trece años después del tránsito de nuestra protagonista, depone su enfermera:

“... sabe que murió la madre Teresa de Jesús día de San Francisco en la noche, en Alba, el año no se acuerda, estando esta declarante en su compañía, habiendo venido de la fundación de Burgos y esta declarante con ella, y de aquella jornada y de los trabajos y quebrantamiento que en ella padeció, se le recreció la enfermedad de que murió (...) adonde murió teniéndola en sus brazos esta declarante” (URKIZA, 1998: 94).

Ana de San Bartolomé también deja constancia de ello en su autobiografía escrita en Amberes, donde escribe:

“Otras veces la dejaba durmiendo y me iba a lavar sus paños, que como estaba enferma, tenía yo consuelo de darla limpio...”. “Y el otro día que llegamos a Alba con un quebrantamiento de cuerpo, que luego la desahucieron los médicos (...) Los cinco días que estuvo en Alba antes de morir [se refiere a los cinco últimos, pues la Santa estuvo catorce] (...) Y el día que murió estuvo desde la mañana sin poder hablar (...) y puso en mis brazos su cabeza; y allí la tuve abrazada hasta que espiró” (URKIZA, 1998: 350, 353).

Tanto el galeno Antonio de Aguiar como Ana de San Bartolomé señalan que le dolían los huesos. El primero lo expresa al declarar “tan desencuadrada y desencajados los huesos” y la segunda “tan quebrantada, que a su parecer no tenía un hueso sano”, sin olvidar el detalle de que su enfermera le lavaba sus paños. Son datos importantes a retener como síntomas de la enfermedad que se le supone y que acabará con su vida mortal en unos días. Pero no adelantemos acontecimientos.

Las cosas debieron suceder de esta manera. Salió de Burgos con intención de dirigirse a San José de Ávila, donde iba a profesar su sobrina y después fundar en Madrid tras tanto tiempo de espera, pasando por Palencia para visitar a sus monjas en aquel convento fundado hace menos de dos años, donde parece que se encontró mejor:

“Estoy mejor de la garganta. No sé lo que durará” (Carta 459.3. Palencia, 03/08/ 1582, a Catalina de Tolosa, en Burgos).

Su estado general no debía ser bueno porque no se aprecia el optimismo y la fuerza que la caracterizaban, pues no muestra confianza en la mejoría, que debió prever pasajera.

Después fue a Valladolid y allí nos consta que se despidió de otro médico, el doctor Paulo de la Vega:

“Se despidió de este testigo y le prometió que le encomendaría a Nuestro Señor, y le ha sido y es de mucho consuelo acordarse de esta palabra que le dio la dicha Santa, porque como era tan agradecida, espera este testigo que por lo poco que hizo por ella”⁷⁰.

Llegado a este punto procede comentar que Fidel Fita aportó unos nuevos datos biográficos por lo que se refiere a la última estancia de Teresa en Valladolid, desde mediados de agosto hasta el 15 de septiembre de 1582, en los que, con palabras de encomio, ensalza a aquella comunidad de Descalzas y, en particular, a su priora, contradiciendo la versión que de lo acontecido ofrece Ana de San Bartolomé. Fidel Fita, no aporta referencia documental sobre la que apoyar lo por él pretendido y trata de quitar veracidad al testimonio de la que fuera fiel compañera en sus últimos años, que ningún motivo tenía para ser parcial, sino al contrario, dejar testimonio de las evidencias vividas (FITA, 1915). A su llegada la Santa no fue bien acogida y durante su estancia tuvieron, ella y la priora, una confrontación de pareceres que las llevó a una agria discusión en la que la Santa recombinó a María Bautista y ésta se lo tomó a mal. Todo ello sirvió de gran disgusto a nuestra protagonista.

De aquí continuó a Medina, donde llegaron de noche según nos dice Ana de San Bartolomé, y al parecer aquí también recombinó a la priora porque las cosas no andaban tan bien como debieran en aquella casa, y se disgustó la priora, con lo que la Santa se retiró con pena, tanta “que no comió ni durmió sueño en toda la noche. Y a la mañana siguiente nos partimos, sin llevar ninguna cosa para el camino y la Santa iba mala del mal de la muerte” (URKIZA, 1998: 352), y además aquí la esperaba la orden de que se dirigiera, sin demora, a Alba de Tormes para asegurar el feliz suceso del parto de la joven duquesa⁷¹; así que no es de extrañar que en el camino sufriera un desmayo, pues sin cenar y sin dormir, se acentuaría su flojedad que intentaron paliar con lo que tenían a su disposición, unos higos.

Es fácil imaginar este último trayecto de quince leguas: contrariada y disgustada, destemplada, sin cenar, sin dormir, el traqueteo del viaje, el frío, la soledad de corazón... Debió sufrir mucho, pues llevaba tan quebrantado el cuerpo del cansancio del camino y de las enfermedades que padecía, que provocaba sentimientos y actitudes de compasión en quienes la acompañaban. El tiempo transcurría y no encontraron nada para darla de comer, como ya sabemos.

Al día siguiente, 20 de septiembre, continuaron de camino sosegadamente para no fatigar más a Teresa, pero a Ana de San Bartolomé no se le olvidaba la magra cena de higos, quería desquitarse, y en un lugar de realengo llamado Arauzo, en la provincia de Burgos, hallaron provisiones en una huerta: “Lo que hallamos para comer fue unas berzas cocidas con harta cebolla, de las cuales comió” (EFRÉN, STEGGIN, 1996: 925).

⁷⁰ Declaración del doctor Paulo de la Vega. Proceso de Valladolid, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 3: 366. 1935).

⁷¹ Declaración de Catalina de San Ángelo. Proceso de Alba, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 3: 203. 1935), y declaración de Inés de Jesús. Proceso de Alba, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 3: 189. 1935).

Aquella tarde llegaron a Alba y ella con tal contravención del cuerpo que no estuvo para entretenerse con sus monjas, y dijo que se sentía quebrantada, que a su parecer no tenía hueso sano y se acostó, aunque Constancia de los Ángeles testificó, diez años después de su muerte, que:

“... y diciendo que venía muy cansada e indispuesta, a ruego de la madre Priora y las demás hermanas la hicieron acostar, diciendo ella que había muchos años que no se acostaba tan temprano, ni que nunca se había visto con tanta necesidad”⁷².

Según unos, ella misma se acostó al llegar a Alba. Según otros, fueron las demás quienes, al verla tan desfallecida, le hicieron acostarse. ¡Cómo la verían para sugerirle que se acostara y cómo se vería ella para que, obedientemente, lo hiciera sin poner objeciones!, tal vez esperanzada en que un descanso reparador le ayudaría a recuperarse, de alguna manera, para poder seguir adelante.

Así fueron pasando los días sin que, al parecer, los médicos entendieran el porqué de la fiebre que tenía, pero la mandaron guardar cama. Ella, que era consciente de su situación, seguía preocupada por San José de Ávila, de donde continuaba siendo priora.

En Alba fue desahuciada nuevamente por los médicos, según nos ha contado su enfermera. El mal fue un flujo de sangre, de lo cual se entiende que murió, tanto que su sobrina Teresa dejó declarado: “...y del quebrantamiento del camino echó mucha sangre”⁷³, lo cual dio pie a que, de alguna manera, se generalizara la opinión de que la efusión de sangre se debió al traqueteo y cansancio del camino o que había fallecido a causa de unas calenturas de quebrantamiento. El diagnóstico del médico Diego Polanco fue: “... de unas calenturas y flujo de sangre”⁷⁴. Ana de San Bartolomé apostilla: “De aquella jornada y de los trabajos y quebrantamientos que en ella padeció, se le recreció la enfermedad de que murió”⁷⁵; cuando dice su enfermera que se le recreció la enfermedad es porque ya venía padeciéndola desde hace algún tiempo, al menos desde el 3 de abril de 1580 (Carta 335. Toledo, 03/04/1580, a la madre María de San José, en Sevilla).

Hay otras declaraciones no recogidas en estos procesos en los que los declarantes inciden en que el quebrantamiento fue la causa de su fallecimiento:

“Este testigo estaba en Andalucía cuando murió la dicha Teresa de Jesús y que le escribieron que murió el día de San Francisco del año pasado de ochenta y dos, y que asimismo le escribieron que murió de unas calenturas de quebrantamiento y que estuvo cuatro o cinco días en la cama” (Declaración de Jerónimo Gracián. Úbeda, 23/09/1587. GÓMEZ CENTURIÓN, 1916: 87).

⁷² Declaración de Constancia de los Ángeles. Proceso de Alba, 1592 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 104. 1934).

⁷³ Declaración de Teresa de Jesús. Proceso de Ávila, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 195. 1934).

⁷⁴ Declaración del doctor Diego Polanco. Proceso de Medina, 1596 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 58. 1935).

⁷⁵ Declaración de Ana de San Bartolomé. Proceso de Ávila, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 169. 1934).

“... hará como que murió la Madre Teresa de Jesús cinco años; y que esta testigo supo había estado enferma cuatro ó cinco días, poco más o menos, y había muerto de quebrantada...” (Declaración de Isabel de Jesús. GÓMEZ CENTURIÓN, 1916: 144).

“... cuando la Madre Teresa de Jesús vino á esta casa por el tiempo que la parte dice, venía mal dispuesta de Medina del Campo, y vino por mandado de Fray Antonio de Jesús, Vicario provincial de los carmelitas, que entonces era, y estuvo en esta casa quince días hasta que falleció de venir molida del camino y de otros trabajos” (Declaración de María de la Encarnación, monja profesa en Alba de Tormes. GÓMEZ CENTURIÓN, 1916: 169).

Nos encontramos repetidamente declaraciones que señalan que murió de una vehemencia de amor espiritual, diciendo que falleció de un ímpetu de amor de Dios. Su sobrina Teresa depuso: “... que no pensase nadie que había sido por otra ocasión su muerte sino por ímpetu de amor a Dios, que le vino tan fuerte, que no le pudo sufrir el natural”⁷⁶ y María de San Francisco testificó: “... sino que Nuestro Señor había sido servido de ello, y que había muerto de un grande ímpetu de amor de Dios que la naturaleza no la pudo sufrir”⁷⁷, y así siguen recogiendo sus apologetas años más tarde, por ejemplo fray Antonio de la Encarnación (CD) en 1614⁷⁸.

Sin embargo, el informe que sobre su muerte dejó el médico Francisco Ramírez es, cuanto menos, anodino, deslumbrado, tal vez, por la expresión de aquel rostro “con una energía espiritual”⁷⁹.

Recapitulando, a principios de 1580 Teresa escribe que ya ‘no estaba para nada’, en abril da una primera noticia de carácter ginecológico, cada vez se siente más fatigada y tuvo hemorragias, siendo concluyente el testimonio de su enfermera al decir que le ‘lavaba los paños’; las últimas noticias quedan magnificadas por los declarantes en los distintos procesos de beatificación y canonización.

El motivo de su muerte fue, para muchos, un enorme ‘flujo de sangre’, consecuencia de la fatiga del viaje acelerado de Burgos a Medina y a Alba de Tormes, lo que hay que rechazar, pues el flujo de sangre fue la consecuencia del padecimiento ginecológico que sufría y no fruto de un viaje por muy penoso que éste fuera, que sí justificaría el quebrantamiento de sus huesos, de manera que a los dolores debidos a seguras metástasis habría que añadir el traqueteo del camino. Los testigos se refieren a dicho flujo con acentuado recato que no pasa desapercibido, tanto que algunos han querido interpretarlo como un vómito de sangre, parecido al de otros miembros de su

⁷⁶ Declaración de Teresa de Jesús. Proceso de Ávila, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 195. 1934).

⁷⁷ Declaración de María de San Francisco. Proceso de Alba, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 3: 233. 1935).

⁷⁸ Cf. el capítulo 28 de la primera parte. Esta obra permaneció inédita durante trescientos años, guardándose el manuscrito en el monasterio de Carmelitas de Palencia, fue hallado por el padre Miguel de la Sagrada Familia (CD) y editada por fray Gerardo de San Juan de la Cruz (CD) en 1914, con motivo del tercer centenario de haberse escrito.

⁷⁹ Declaración de Francisco Ramírez. Proceso de Alba, 1592 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 139. 1934).

familia, ya por angina de pecho, ya por hemoptisis o por otras causas. Examinando cuidadosamente el significado de las mencionadas declaraciones, puede deducirse que se trató de un derrame visceral, al cual todos atribuyen su muerte.

Teresa, cuando llegó a Alba, lo hizo muy cansada y agotada por la enfermedad que traía, y luego la priora, que era entonces la madre Juana del Espíritu Santo, y las monjas, insistieron en que se acostase, y ella lo hizo diciendo: “Válgame Dios, y que cansada me siento; más ha de veinte años que nunca me acosté temprano, sino ahora”, palabras que expresan claramente su agotamiento, que confirman lo que su enfermera declaró.

A la mañana siguiente se levantó y así continuó hasta el día de san Miguel, 29 de septiembre, en el que tras oír misa y comulgar, se echó en la cama pues ‘no valía para otra cosa’. El día 3 de octubre confesó, recibió los últimos sacramentos, falleciendo al día siguiente, cuatro de octubre de 1582.

Estos días en Alba, el primero de sus biógrafos, el padre Francisco de Ribera (1537-1591), los describe de la forma siguiente:

“Y de esta manera anduvo cayendo y levantando; pero comulgando cada día con su acostumbrada devoción, hasta el día de San Miguel que, habiendo ido a misa y comulgó, se echó en la cama, porque no venía para otra cosa, que la dio un flujo de sangre, de que se entiende que murió (...) no dejó de padecer muchos dolores” (RIBERA, 1590: 393-396).

Este andar cayendo y levantando duró hasta el 29 de septiembre y fallecía el jueves, día de san Francisco, cuatro de octubre de 1582, ocupando la silla de San Pedro el papa Gregorio XIII y siendo rey de España Felipe II. Tenía Teresa de Jesús cuando murió sesenta y siete años, seis meses y siete días de edad, había vivido en religión cuarenta y siete años, los veintisiete primeros en el Monasterio de la Encarnación (Ávila), y los veinte postreros en la observancia de la primera Regla. Este día fue en el que, por orden de Su Santidad, se enmendó el calendario, corrigiéndose los diez días que hasta entonces estaban adelantados, y así al día siguiente la fecha fue quince, no cinco de octubre.

Resulta curioso que Teresa de Cepeda no cita el síntoma del dolor en los últimos tiempos de su vida, cuando ella siempre había hecho descripciones de todos los que había padecido; pero que los tuvo en la fase final de su existencia es indudable, a juzgar por las declaraciones de cuantos intervinieron en los procesos de beatificación y canonización, incoado el primero a los nueve años de su muerte, cuando vivían aún la mayoría de los que la acompañaron en su última enfermedad. Dolores diferentes de los suyos de siempre, provocados por seguras metástasis del tumor genital que se le supone en las vértebras de la región lumbar y sacra especialmente, por ello se queja de que le dolían los huesos; Ana de San Bartolomé deja dicho que parecía no tener un hueso sano y Antonio de Aguiar que los tenía desencajados.

La declaración, como la de otros, del padre Francisco de Ribera es terminante al afirmar que a la Madre le salía sangre cuando murió, pues “... vio parte del paño de la sangre que dice la pregunta con muy suave olor”⁸⁰. Una vez más nos inclinamos a

⁸⁰ Declaración de padre Francisco Ribera (SJ) Proceso de Salamanca, 1591 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 13. 1934).

pensar que, por recato, se ocultó la procedencia. Concluye en este sentido la madre Ana de la Madre de Dios: "... y que había muerto de un gran ímpetu de amor a Dios, y de ello resultó en su cuerpo un flujo de sangre"⁸¹. También el doctor Diego Polanco dice: "... y cayó muy cansada y mala, y la dio unas calenturas y flujo de sangre, de que se entiende y fue notorio que murió"⁸².

Miguel de Carranza atestiguó:

"Y es, que como la santa madre Teresa de Jesús murió de enfermedad de flujo de sangre, de tal manera que hasta que no la quedó gota de sangre en su cuerpo le duro la vida; y después de muerta, cuando levantaron su cuerpo de la cama para llevarle a sepultar, se halló en el lugar de su asiento una masa de sangre como un real de a ocho"⁸³.

Por otro lado, Catalina de San Ángelo, manifestó que:

"... y así vio cómo cuando la desenterraron, hallaron un paño que esta testigo le puso cuando la amortajó teñido de sangre (...) y desenterraron el cuerpo, y hallaron el ataúd y vestidos todos podridos, y el cuerpo entero de buen olor y color, sin estar corrompido y a este tiempo le hallaron el paño tinto de sangre que tiene dicho (...) sabe y es verdad que al tiempo y cuando el cuerpo de la santa madre Teresa de Jesús fue enterrado, llevaba puesto un paño de jerga junto al cuerpo para que detuviese el flujo de sangre, porque esta testigo estuvo presente al ponerse"⁸⁴.

Citaremos también la declaración de María de San Francisco:

"... al fin de tres años, poco más o menos, desenterraron su cuerpo (...) la hallaron un mantelito que le pusieron cuando la amortajaron teñido de sangre, y siendo blanco lo juzgaran colorado el pedazo que tenía la sangre (...) y le hallaron un pedazo de mantelito tinto en sangre que arriba tiene dicho (...) un paño de cordellate o jerga blanca, que después de muerta la dicha santa madre Teresa de Jesús se puso apretado al cuerpo, porque no saliese alguna sangre, porque en su enfermedad había tenido gran flujo de ella, de que las religiosas de este convento estaban con mucha pena, entendiendo que había muerto por haberla traído apriesa y fatigándola"⁸⁵.

Para mayor abundamiento, y por si aún quedase alguna duda, Isabel Bautista declara:

⁸¹ Declaración de Ana de la Madre de Dios. Proceso de Cuerva, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 549. 1934). Este testimonio también es recogido por Manuel IZQUIERDO HERNÁNDEZ (1963: 122).

⁸² Declaración del doctor Diego Polanco. Proceso de Medina, 1596 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 58. 1935); testimonio también referido por Manuel IZQUIERDO HERNÁNDEZ (1963: 122).

⁸³ Declaración de Miguel de Carranza. Proceso de Valencia, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 140. 1935). Al igual que los dos anteriores testimonios es recogido por Manuel IZQUIERDO HERNÁNDEZ (1963: 123) para sustentar su tesis sobre la causa del fallecimiento de Teresa de Cepeda.

⁸⁴ Declaración de Catalina de San Ángelo. Proceso de Alba, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 3: 208. 1935).

⁸⁵ Declaración de María de San Francisco. Proceso de Alba, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 3: 219, 233. 1935).

“Y que ha visto y en esta casa está un pedazo de lienzo de lino y lana que venía con el cuerpo, y se le habían puesto para restañar la sangre que de él salía, que de una efusión de ella, dicen, murió”⁸⁶.

Muchos más son los testimonios a este respecto, pero terminaremos con estos dos últimos de fray Diego de Yepes y de Inés de Jesús: “... como la dicha madre Teresa muriese con una cierta abundancia de sangre, y para atajársela después de muerta la pusiesen un paño de jerga blanca”⁸⁷; “... vio un paño de estameña que tenía cerca de las carnes cuando la amortajaron, lo tenía cuando la desenterraron”⁸⁸.

Teresa falleció de un cáncer de útero, neoplasia frecuente en mujeres mayores castas; el adenocarcinoma de endometrio es, por tanto, el ‘cáncer de las monjas’, más frecuente en las mujeres vírgenes, generalmente algo obesas y Teresa era ambas cosas; lo que le provocó grandes hemorragias, viéndose seguramente agravado su estado general por las sangrías que se les practicaban a los enfermos en aquella época, lo que le produciría una intensa anemia y fuertes dolores, como sucede en todos los procesos cancerosos terminales, con fiebre y un cuadro similar a un proceso gripal, como manifestaron algunos testigos. Sin embargo, ella no describe que se la hubiesen practicado sangrías desde su llegada a Alba y, por lo tanto, durante el desenlace fatal, pero, sin embargo, Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink si apuntan que la sangraron a petición suya por el quebrantamiento que tenía (EFRÉN, STEGGINK, 1996: 927).

El día antes del óbito, el 3 de octubre, por la mañana, fue llamado el cirujano Jerónimo Hernández, quien manifestó:

“En la enfermedad que tuvo fue llamado este testigo para que la sangrase y echase unas ventosas, como lo hizo por mandado y orden de los médicos que la curavan, y este testigo cuando fue a hacer la dicha sangría y echar las dichas ventosas vio a la Santa muy mala y fatigada de la enfermedad que murió” (EFRÉN, STEGGINK, 1996: 933).

* * *

De difícil datación, pues solo disponemos de un testimonio en los procesos de beatificación y canonización, son sus dolores de gota coral que se presentaron repetidas veces:

“... porque vino a esta villa [Alba de Tormes] algunas veces siendo monja en la Encarnación de la ciudad de Ávila a casa de doña Juana de Ahumada, hermana de la dicha Teresa de Jesús, porque andaba enferma de gota coral, y la traían para curarla”⁸⁹.

Ahora bien, si fue durante su estancia en el monasterio abulense de la Encarnación debió ser entre su ingreso en 1535 y su salida en 1562 al recién fundado

⁸⁶ Declaración de Isabel Bautista. Proceso de Ávila, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 3: 162. 1935).

⁸⁷ Declaración de fray Diego de Yepes. Proceso de Madrid, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 285. 1934).

⁸⁸ Declaración de Inés de Jesús. Proceso de Alba, 1592 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 3: 169. 1935).

⁸⁹ Declaración de Francisca de Fonseca. Proceso de Alba, 1592 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 134. 1934).

convento de San José o, en otro caso, durante el periodo de sus prioratos. A esta afección le dieron este nombre por ser “gota que cae sobre el corazón, que otros llamaron mal de corazón o mal caduco, porque derrueca al punto de su estado al hombre a quien le da” (COVARRUBIAS, 1611: fol. 444v).

No sabemos con qué la curaban en Alba, pero Lobera de Ávila usaba del

“... xarave de salvia y de cantueso [ana / a partes iguales] de cada uno mezclense con este xarave los polvos siguientes en cantidad de una drama. Toma muerdago o roble: peonia romana y grana de peonia y polvos de calavera de hombre para el hombre; y de muger para la muger de cada uno medio delante haganse polvos. Ytem toma eneldo y ruda y muerdago de roble y una rayz de peonia y un poco de coral blanco: póngase todo en un paño atado: traygalo al cuello. Mírese el libro de experiencias que yo hize donde se trata largo esta enfermedad”⁹⁰.

Otras muchas son las referencias a su salud en general, sin especificar cuál es la causa de su deterioro o, en su caso, de su recuperación. Así sabemos que el clima de Ávila no le favorecía, y desde un principio prefiere el de Toledo, donde, sin dejar de llevar la vida de las demás y cumpliendo a rajatabla con la Regla, se encontraba mejor, lo que además se nota en el tono de la carta a su hermano, remitida desde Toledo en los inicios de 1570, en la que desborda optimismo:

“Y he estado mejor de salud este invierno, porque el temple de esta tierra es admirable (...) que creo ha cuarenta años que no tuve tanta salud, con guardar lo que todas y no comer carne nunca sino a gran necesidad” (Carta 24.3. Toledo, 17/01/1570, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Quito).

Sobre este asunto del cumplimiento de las Constituciones tenemos testimonios como el de Inés de Quesada:

“Y con andar como andaba tan falta de salud, no por eso dejaba los ejercicios de penitencia, cosa que a todas las religiosas y a esta declarante que lo vio, causaba gran admiración”⁹¹.

También declara Isabel de Santo Domingo que hacía toda la penitencia que podía: “cilicios, disciplinas y otras mortificaciones, y así las hacía hasta exceder su fuerza y su salud”⁹². Su prima hermana Beatriz de Jesús confirma lo que sabemos, que era mujer de muchas disciplinas y de uso frecuente del cilicio⁹³.

⁹⁰ Otra preparación dice: “Toma pimienta blanca y pimienta negra y luenga: simiente de peonia: granos del parayso de cada uno [ana / a partes iguales], gengibre blanco, cardamomo, clavos, folio indo: de cada cosa [ana / a partes iguales], açucar tres tanto que todo: haganse polvos subtiles y tome cada mañana quanto quepa en medio real con un poco de agua de salvia”. Y aún ofrece una tercera: “Toma azogue y ponlo en una avellana y bien cerrado con cera virgen traygalo, y muerdago de roble y peonia es bien traer al pescueço. Mírese el cap. de gota coral que yo hize en el libro de experiencias” (LOBERA DE ÁVILA, 1544: fol. XIIa-XIIr).

⁹¹ Declaración de Inés de Quesada. Proceso de Ávila, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 418. 1935).

⁹² Declaración de Isabel de Santo Domingo. Proceso de Ávila, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 488. 1935).

⁹³ Declaración de Beatriz de Jesús. Proceso de Ávila, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 177. 1934).

Estaba convencida de que el temple de la ciudad del Tajo era no solamente el más adecuado sino el idóneo para su salud; y según pasa el tiempo sigue abundando en testimonios que no dejan lugar a duda sobre ello:

“Harto poca salud he traído después que estoy aquí” (Carta 34.1. Ávila, [mediados]/06/1571, a María de Mendoza, en Valladolid).

“Desde que vine casi tengo poca salud” (Carta 39.1. Ávila, 04/02/1572, a su hermana Juana de Ahumada, en Galinduste, Salamanca).

Cabe preguntarse cómo habiendo nacido allí, en la Ciudad de los Caballeros, donde residió más de la mitad de su vida, no estaba habituada a su clima. Ella misma se extraña y estando en el monasterio abulense de la Encarnación escribió:

“A mi me ha probado la tierra de manera que no parece nací en ella; no creo he tenido mes y medio de salud al principio” (Carta 41.1. Ávila, 07/03/1572, a María de Mendoza, en Valladolid).

Y transcurrido casi un año abunda en ello:

“Trabajos grandes hasta ahora no han faltado y ocupaciones y poquísima salud los inviernos, por ser contraria a mis males esta casa” (Carta 48.3. Ávila, 13/02/1573, al padre Gaspar de Salazar, en Cuenca).

En ambos casos se está refiriendo al periodo de su priorato en la Encarnación entre 1571 y 1573, y parece ser que en aquel monasterio, del que procedía, apenas tuvo día bueno: “... y así el tiempo que estuve no tuve hora de salud” (Carta 226.9. Ávila, 16/01/1578, a Teutonio de Braganza, en Evora, Portugal) y, meses más adelante:

“Creo me tornarán a sangrar. Dios lo debe ordenar así por que no parezca era todo por estar en la Encarnación; verdad es que de allí vino hecho este daño, que nunca he estado sin ninguna reliquia. Quizá en ese lugar me iría mejor, y aun aquí no es hasta ahora tan recio el dolor, con mucha parte, como allá; y ya que lo sea, puédese mejor llevar sin tanto trabajo” (Carta 57.1. Salamanca, 14/11/1573, a su hermana Juana de Ahumada, en Alba de Tormes, Salamanca).

Los fríos de Salamanca y Ávila le eran perjudiciales y el de Segovia no siempre le fue bien:

“Ella, mi hija, piensa que me hacía gran honra en que no fuese. Este invierno será, porque lo ha hecho Dios; porque no sé cómo pasará en estas tierras frías, según el mal que me hacen...” (Carta 73.7. Segovia, [finales]/09/1574, a la madre María Bautista, en Valladolid).

Sin embargo, años más tarde, a finales de la primavera de 1580, vuelve a escribir desde Segovia y dice a su hermano:

“Yo estoy muy mejor después que estoy en este lugar, y se me han quitado las calenturillas que tenía” (Carta 346.2. Segovia, 19/06/1580, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en La Serna, Ávila).

Se sentía mejor en Andalucía: “Tengo aquí más salud que por allá” (Carta 93.2. Sevilla, 24/10/1575, a María de Cepeda, en Ávila). A finales de ese mismo año vuelve a escribir desde Sevilla: “... para mi salud claro se ve mejor esta tierra” (Carta 98.4. Sevilla, 30/12/1575, a la madre María Bautista, en Valladolid).

Parece que el clima de Toledo y el de Andalucía le iban mejor, lo cual es lógico si tenemos en cuenta que el temple cálido conviene a los tuberculosos crónicos y este dato, en santa Teresa, puede ser uno más a favor del diagnóstico indicado por Manuel IZQUIERDO HERNÁNDEZ (1963). Aunque no siempre fue así, pues años más tarde escribirá:

“Yo procurare estar aquí poco, porque no me hallo tan bien de salud como por otras partes. A Segovia será la ida...” (Carta 337.6. Toledo, 10/04/1580, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en La Serna, Ávila).

En la primera *Cuenta de Conciencia* escribe que la turbaban también los dolores corporales que la impedían pensar en Dios ni entender lo que leía (CC. 1^a.2.). En cierta ocasión salió de Toledo para Valladolid, por Torrijos, donde moraba su primo Francisco de Cepeda, y desde allí la acompañó hasta Ávila su sobrino, Luis de Cepeda, de quien dice en carta dirigida a Luisa de la Cerda:

“... que siendo niño tuvo piedra y con esa agua de esa fuente sanó, que nunca más la tuvo (...) espero en nuestro Señor ha de acaecer así al Señor don Juan [Juan Pardo de Tavera]⁹⁴” (Carta 9.1. Ávila. 09/06/1568, a Luisa de la Cerda, en Antequera).

Este desplazamiento de nuestra protagonista: Malagón-Toledo-Escalona-Ávila, fue muy lento, pues ella iba muy desfallecida, por lo que hubo de hacerse sin prisas. De Torrijos a Escalona tuvo que prolongar su estancia a causa de su decaído estado y comenta: “... estuve tan ruin que no estaba para ponerme en camino; y así hemos venido despacio” (Carta 9.1. Ávila, 09/06/1568, a Luisa de la Cerda, en Antequera).

Confiesa venir ‘ruin’, pero no se deja amilanar, su firme voluntad la impulsó a seguir el camino y no llegó a Ávila hasta el miércoles 2 de junio de 1568, lo hizo cansada, diez meses después de su salida; era la primera vez que volvía a San José después de tan larga ausencia.

En otra ocasión se detuvo en Narros del Castillo y Peñaranda, por no sentirse bien; llegaron a Salamanca, su destino, al medio día del 31 de octubre de 1570. Saldrían pues el 29 a media mañana o al medio día. Al respecto nos dice en el *Libro de las Fundaciones*:

“Llegamos víspera de Todos los Santos, haviendo andado harto del camino la noche antes con harto frío, y dormido en un lugar estando yo bien mala” (F. 18.3.).

Para cerrar este apartado dejaremos constancia de otro hecho donde queda palpable, como actitud cierta, su voto de obediencia que siempre respetó:

“Porque estando en su convento de las Carmelitas Descalzas de la villa de Medina del Campo donde la dicha Santa vivió, estando enferma de perlesía, le mandó su prelado [Ángel de Salazar], el cual a la sazón estaba enojado con la dicha Santa por ciertos humanos fines [hubo problemas con la elección de la priora y salió la que deseaba la Santa y no la que proponía el provincial] que luego al punto se saliese de aquel convento. Y no obstante la dicha enfermedad de perlesía, y que las religiosas del dicho monasterio la prometían alcanzar derogación del dicho mandato y precepto, obedeció el dicho mandato la noche

⁹⁴ Juan Pardo de Tavera, hijo de Luisa de la Cerda. Teresa se refiriere al agua de Fuentepiedra con la que curó su sobrino Luis de Cepeda, y da por hecho que así sucedera con Juan Pardo de Tavera.

siguiente a la misma hora, y gastó gran parte de aquella noche en caminar fatigada con el frío a causa de ser tiempo de invierno, y con incomodidades y muchas enfermedades”⁹⁵.

El regreso fue por Ávila sobre la segunda quincena de diciembre, que por tocarla algo en su honor, y estar y ser de noche, viajó a lomos del jumento de un aguador, y llegó a San José muy cansada y muy afectada de sus enfermedades y del esfuerzo del camino.

En varias cartas hace referencia a la peste, no porque ella la sufriera, ni sus monjas, pero sí visitó esta plaga la ciudad de Sevilla y su preocupación por la delicada situación del Carmelo hispalense se vio acentuada por este hecho, de manera que en 1581 escribió:

“Holgádome he que se haya hecho tan bien lo de la Andalucía, aunque todavía será menester que vuestra reverencia visite este invierno cuando del todo esté quitada la pestilencia. Harto me he holgado que, según me escribe Casademonte [mercader amigo de la fundadora], ya no la hay” (Carta 403.1. Soria. 07/08/1581, al padre Jerónimo Gracián, en Salamanca).

Un mes más adelante volvió a ocuparse del mismo tema: “Estoy harto alegre de saber que ha cesado la pestilencia y ellas quedan buenas” (Carta 405.3. Villacastín. 05/09/1581, a la madre María de San José, en Sevilla).

Más de medio año después vuelve a referirse a las pestilencias:

“Hasta el invierno (según me dijo y lo que tiene que hacer) es imposible ir allá. El padre vicario provincial plega a Dios esté para ello; porque me acaban de dar unas cartas de Sevilla, y escíbeme la priora que está herido de pestilencia, que la hay allá -aunque anda en secreto-, y fray Bartolomé de Jesús, que me ha dado harta pena (...) El padre vicario dice en el sobrescrito de la carta que está mejor, aunque no fuera de peligro”⁹⁶. (Carta 451.5. Burgos. 30/05/1582, a la madre Ana de Jesús, en Granada).

Más adelante, transcurrido casi un mes desde la anterior misiva escribe al padre Gracián: “Harto querría no se detuviese ni le pase por pensamiento ir a Sevilla por necesidad que haya, que cierto hay pestilencia” (Carta 454.1. [sin lugar]. 25/06/1582, al padre Jerónimo Gracián, en La Roda, Albacete).

Días después se extiende sobre ello y se alegra de saber que ninguna de las monjas del convento sevillano había sido alcanzada por la peste: “Ayer recibí una de vuestra reverencia que, aunque son pocos renglones, me he holgado con ella

⁹⁵ Declaración de Bartolomé Sánchez. Proceso de Salamanca, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 3: 89. 1935). También este declarante hace mención detallada de las penitencias rigurosas que usaba la Madre.

Los distintos autores difieren de la fecha, Ribera, Yepes, Francisco de Santa María, Silverio de Santa Teresa, Mir..., pero de lo que no hay duda es que fue en el invierno de 1570. ángel de Salazar apadrinaba a doña Teresa de Quesada, monja procedente del convento de la Encarnación de Ávila, y nuestra protagonista a Inés de Jesús.

⁹⁶ Alude a Diego de la Trinidad, vicario provincial de los Descalzos en Andalucía que, pese al comentario de la carta, murió por aquellos días en la ciudad del Betis.

muchísimo, porque me tenía con harta pena de que me decían que se mueren tantos” (Carta 455.1. Burgos. 06/07/1582, a la madre María de San José, en Sevilla), satisfacción que plasma de nuevo una semana después:

“Harto consuelo me dio en su carta de que me dice que no están malas ni aun les duele la cabeza. No me espanto que, según las rezan en todas las casas, que estén buenas y aun santas habían de estar con tantas rogativas como tienen. Yo a lo menos tengo siempre un cuidado de ellas que no se me olvidarán. Créame que no deben estar aparejadas, pues no se mueren entre tantos como lleva Dios de esa ciudad. El me la guarde, y a vuestra reverencia en particular, que cierto me daría mucha pena. Harta me ha dado el padre vicario, y más me la diera si fuera el padre fray Bartolomé, por la falta que haría en esa casa. Sea Dios alabado por todo” (Carta 457.2. Burgos. 14/07/1582, a la madre María de San José, en Sevilla).

En fin, la peste no atravesó los muros del convento de las Descalzas.

Fue la peste la protagonista de las crisis de mortalidad durante el siglo XVI, y al margen de los preceptos escatológicos, el primer pensamiento laico propondrá otros causantes de la enfermedad ajenos a las bacterias causantes. Así, el primer pensamiento fue el de la teoría aerista, que proviene de Hipócrates (PIQUER, 1761), según el cual la putrefacción del aire es el transmisor de las enfermedades, y el aire se ha podido corromper por charcas, cadáveres de batallas, malas conjunciones de los astros, cometas, eclipses, muertos sin enterrar, etc.

A finales de este siglo los tratados médicos, muchos de ellos editados en Castilla, la definen con palabras similares a calentura maligna, causada por putrefacción y corrupción del aire, que afectaba a muchos y acaba con la vida de la mayoría; por otro lado, pocos remedios se les ofrecía a aquellos hombres, pues comoquiera que la causa de arranque de la enfermedad era un castigo divino, la mejor medicina sería rezar. Junto a esto había, sin duda, otros remedios, cuya aplicación bien merecen una reflexión:

- Lo más cierto es huir lejos y tornar muy tarde.
- Tener el alma limpia de pecados.
- Comer poco y bueno.
- No ser luxurioso.
- Expulsar a los apestados de las zonas de movimiento de los aires.
- Purificar el aire quemando romero, enebro, cantueso, salvia, espliego, etc.

Destacando sin duda la adopción de cordones sanitarios, a pesar de todos sus inconvenientes, sobre todo de índole económico.

La otra epidemia común fue el tifus o tabardillo, muy relacionada con la subalimentación y la falta de higiene, siendo los más afectados los pobres y vagabundos; en menor medida le sigue el garrotillo o difteria.

Los inicios de la década de los años ochenta, entre 1580 y 1583, constituyeron un aciago periodo, a lo que hubo que añadir la dura crisis de subsistencias que se padeció, la cual se tradujo en escasez, carestía y deficiencia alimentaria. Sin embargo, era frecuente, cuando se aludía a ‘peste’ o ‘pestilencia’, referirse, confundidamente, a una concomitancia de enfermedades: catarro maligno, viruela, tifus exantemático y carbunco anginoso, produciéndose numerosos casos con sintomatología diftérica. Que

se tratase de un ataque de peste u otro tipo de mal el que se difundía, era un asunto en discusión entre los galenos, de manera que para Juan Ignacio CARMONA (2004), en un principio se trató de un importante brote tífico o, lo que es lo mismo, de tabardillo, como se conocía entonces, seguido de una afectación de tipo diftérico que conocían como ‘garrotillo’⁹⁷; de hecho Teresa, ese año de 1581, se refiere específicamente al tabardillo, al aludir a la enfermedad que afectó al padre Nicolas Doria⁹⁸. Juan Ignacio CARMONA (2004: 119) concluye, a este respecto, que todo apunta a considerar que la peste no fue la causa, sino una serie de enfermedades infecciosas diversas que se propagaron con suma gravedad, a lo que contribuyó la dejación de las responsabilidades sanitarias y de vigilancia que correspondía a las autoridades y a las costumbres insanas que la población seguía practicando.

La obra de Francisco Franco (c. 1515-*post.* 1569), *Libro de las enfermedades contagiosas y de la preservacion dellas...* (Sevilla: Alonso de la Barrera, 1569), publicada doce años antes de las fechas que nos ocupan, ya pone de manifiesto que Sevilla había padecido este problema, por ejemplo, en 1522, cuando aseguró “que era el más grande contagio nunca visto en que murieron ochocientas personas diariamente en los momentos más duros” (BELTRÁN MOYA, 2006: 53).

También Andrés Laguna se ocupó de la peste tras haber vivido el brote que asoló la ciudad de Metz a comienzo de los años de la década de 1540, de manera que publicó, en 1542, un breve opúsculo en latín –de apenas once páginas- preservativo y curativo de la peste *Compendium Curationis, Praecavtionisque Morbi... oscendae, febris Pestilentialis* (Argentorati: per Vuendelinum Rihelium, 1542), en el que define la enfermedad, explica las precauciones fundamentales para prevenir el contagio, al mismo tiempo que recoge remedios terapéuticos. Años más adelante, en 1556, reeditó la obra añadiéndole algún capítulo y vertiéndola al castellano: *Discurso breve sobre la cura y preservacion de la pestilencia...* ([Amberes]: en casa de Christoval Plantin, 1556); 15 cm; el texto fue bien acogido por los consejos que contiene para evitar el contagio y las máximas que ofrece para tratarse uno mismo en el caso de haber contraído la enfermedad. El segoviano atribuye la enfermedad al aire pestífero que, al introducirse por la respiración (pulmones) y la transpiración (poros), pasa a las arterias y las venas dado “el comercio que entre sí tienen dichos vasos sanguíneos”, lo que equivale a decir que el germen morbífico se introducía por absorción, y era distribuido por el cuerpo humano por la circulación. Entre otras particularidades establece que el uso diario de la raíz de carlina (*Angelica carlina* o *Carlina acaulis* L) o camaleón blanco, en cantidad de un dracma, tomado con vino por las mañanas, era un excelente preventivo contra aquella enfermedad.

Afincado ya en España, Andrés Laguna volverá a mandar imprimir su *Discurso breve sobre la cura y preservación de la pestilencia...* (En Salamanca: por Mathias Gast, 1566), donde define la peste como “una fiebre continua, breve, aguda y peligrosa, causada por el aire infecto que contaminaba el cuerpo por medio de la respiración”, añadiendo que las causas de la infección del aire consistían en influjos celestes,

⁹⁷ “Cierta enfermedad de la sangre, que acude a la garganta y atapa la respiración, como si diesen al tal paciente garrote” (COVARRUBIAS, 1611: 430v)

⁹⁸ “Ha estado malo de tabardillo; ya está bueno” (Carta 405.3. Villacastín. 05/09/1581, a la madre María de San José, en Sevilla).

terrenos o mixtos; que sus señales precursoras eran el excesivo calor tras la mucha humedad, los cometas y auroras boreales, la muchedumbre de insectos y las enfermedades epidémicas, como viruelas, sarampión, etc. Los medios profilácticos que aconseja son huir del aire corrompido, trasladándose a otro lugar, y en caso de no poder hacerlo, que se tengan los aposentos muy limpios y ventilados; que se hagan hogueras de leños olorosos, fumigaciones, etc., porque de esta manera se embota o templá la malignidad del aire que se respira. Une a éstos varios métodos higiénicos; aconseja el consumo de frutas ácidas y manjares secos, proscribiendo los húmedos y de difícil digestión, y propone también, como medio preventivo, las sangrías y purgas, que no podían faltar, según las circunstancias del individuo, recomendando las píldoras de Rasis y otras sustancias, tanto simples como compuestas del tipo de los laxantes y tónicos.

Dada la morbi-mortalidad de la peste no es de extrañar que se escribiera tanto sobre ella (HERNÁNDEZ DE MOREJÓN, 1842-1862, cf. 2: 258-263).

También Lobera de Avila en su *Banquete de nobles caballeros...* escribe sobre las hierbas y medicinas que preservan la pestilencia, como el culantro seco, los higos secos, la nuez, la ruda y dos electuarios: uno que compuso Aristóteles para Alexandro y el otro elaborado con claveles y enebro⁹⁹.

2.1. Caminos y Fundaciones

En la Edad Moderna comer en casa era lo habitual donde todo estaba organizado, los productos alimenticios y la forma de prepararlos eran los acostumbrados, adaptados a las posibilidades del lugar. La comida se desarrollaba de acuerdo con unos horarios establecidos, en el caso de monasterios y conventos, reglados. Durante los viajes todo cambiaba radicalmente, incluida la alimentación. A menudo había que improvisar y adaptarse forzosamente a las circunstancias. Aparte de las dificultades para encontrar buenas posadas y buenos víveres, otro importante factor diferencial se unía a la alimentación de los viajeros, debida al hecho mismo de viajar, pues no se podían elegir los productos del mismo modo que se hacía en el lugar de residencia y había que conformarse con los que se encontraban disponibles en los lugares de paso, que solían ser muy diferentes de los habituales, cuando los había.

Por otro lado, cambiaba necesariamente la manera de prepararlos, pues no se disponía del mismo tiempo ni de los mismos medios, habitualmente lo elaboraban los propios viajeros y no era esto lo peor que podía suceder, pues mayores riesgos se corría si los preparaba el posadero de turno. Lo habitual es que en los recorridos largos los caminantes partiesen con una provisión de víveres que renovaban a cada paso.

⁹⁹ “Dice Avic. en el segundo li. que una cucharada de culantro seco es muy buena cada mañana contra la pestilencia, y asimismo es bueno un higo paso, una o dos piernas de nuez y un poco de ruda todo mezclado; es bueno usarlo, máxime a mochachos y se hallan bien con ello, que es buena experiencia [...] y el lectuario que se dice gloria inestimable que compuso Aristóteles a Alexandro, aunque es de gran gassto, es de grandísimo provecho y el lectuario diantos es muy bueno, que es contra todo veneno, según dice Avic. “De viridibus cordis”. ASIMISMO es bueno traer consigo un palo de raíz de enebro, y olerlo muchas veces es bueno contra peste” (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 155-156).

La alimentación era una de las preocupaciones principales de los viajeros; aún en el siglo XVIII, un francés de viaje por Castilla dejó escrito:

“Hay que llevar consigo sus provisiones, es una comodidad a la que no me ha costado mucho acomodarme (...) No se encuentra en las posadas ni pan, ni vino, ni carne; se dirige uno al dueño de la posada y responde que se encontrarán. Si está de buen humor, se le compromete a que vayan a buscarlos, o bien es preciso enviar al criado o ir uno mismo. El precio de cada cosa está reglado y no se puede ser engañado (...) Es preciso llevar su provisión de pan y renovarla en todas las ciudades grandes” (AMALRIC, 2001: 157).

Otro galo, años más tarde, recogía: “Los caminos son horribles, los vehículos incómodos, fatigantes, poco rodante; las jornadas son largas, hace calor, el aire es vivo, se cansa uno, tiene sed, tiene hambre, está deseoso de llegar; y, lo mas a menudo, cuando llegan no encuentran en las posadas ni paja ni pan; hay que comer, hay que cenar de memoria, dormir en el suelo o sobre una silla” (GARCÍA MERCADAL, 1959: 405).

Durante el trayecto, la bebida era más importante aún que la comida. En las regiones más húmedas era relativamente fácil encontrar fuentes o arroyos para beber, pero en otras regiones secas el agua era muy escasa y casi imposible de obtener para los viajeros. Además, podía darse la circunstancia de que no reuniera las condiciones mínimas de limpieza y salubridad. Sobre todo durante el estío había que portar suficiente reserva de agua, lo cual no era fácil de transportar en cantidad suficiente para un grupo durante aquellas largas jornadas.

En medio de los caminos, las ventas, posadas y mesones podían parecer como pequeños oasis, que se ansiaban hospitalarios, pero que a menudo resultaban francamente hostiles en todos los aspectos imaginables. Tomás Fernández de Mesa comenzaba la segunda parte de su obra sobre caminos y posadas, publicada dos siglos después, en 1755-1756, lamentando el deplorable estado de caminos y ventas en España:

“No hay navegante que no aspire al Puerto, ni pasajero que no busque possada: siendo tanto más deseados estos términos, quanto fuesse más trabajoso el viaje. (...) el Caminante que sufrió mas fatiga necessita de mejor albuergue. Pero en España, sobre ser sus Caminos impoderablemente trabajosos, solo las Possadas son peores que ellos mismos (...) el pasajero halla sin duda el mas vil Hospicio, asi en lo material de las casas, como en el aspero trato de los Mesoneros: beve el vino mas ruin, y come el pan mas negro, que hay en los Pueblos, y aun esso si se lo busca...” (FERNÁNDEZ DE MESA, 1756).

Los medios de transporte utilizados por la Fundadora y su comitiva fueron casi todos los posibles en España. El preferido, sin duda, fue el carro cubierto: “Ivamos en carros muy cubiertas, que siempre era esta nuestra manera de caminar” (F. 24.5.), pues además era el medio más apropiado dada la dureza de los caminos, más rápido que la arcaica carreta de bueyes y más adaptable a la convivencia del grupo de monjas, comunidad que se instauraba debajo del toldo, como continuidad o prolongación de la clausura, y también protegía de las inclemencias del tiempo y las mantenía al abrigo de las impertinencias de los curiosos.

El viaje realizado entre Sevilla y Malagón, en la segunda semana del mes de junio de 1576, tras dar por terminada la fundación hispalense, lo hace acompañada de su hermano Lorenzo, regresado de las Indias, quien preparó todo de manera que el trayecto resultará lo más cómodo posible. Así, Teresa escribió: “He venido buena, que ha sido más acertado que venir en carros, por caminar a la hora que quería y bien regalada de mi hermano” (Carta 108.8. Malagón, 15/06/1576, al padre Jerónimo Gracián, en Sevilla), pero no dice cuál fue el medio empleado.

Tampoco fue malo el camino hacia la fundación de Soria, gracias al obispo de la diócesis, Alonso Velazquez, que puso a disposición de la comitiva lo necesario para ello.

En varias ocasiones utilizó el coche cuando los nobles acaudalados se lo facilitaban, como la princesa de Éboli, que le envió a Toledo un coche que la recogiese para que fuera a fundar en Pastrana, siendo un buen medio para trayectos cortos, en terreno llano y seco. Sin embargo, fue un quebradero de cabeza en la marcha invernal y lluviosa a la fundación de Burgos.

En su último viaje dispuso de la carroza que le enviara la duquesa de Alba para su traslado de Medina del Campo a Alba de Tormes, pero en aquel mes de septiembre, en los postreros días de su vida, no andaba nuestra fundadora para disfrutar de las comodidades que pudiera brindarle tan lujoso medio de transporte. Ya se había quejado de su estado meses antes:

“Esta está ya acabada, gloria a Dios. Siempre he tenido poca salud en este lugar [Burgos]; con todo no querría salir de él hasta ir a ése (así lo escribí a su ilustrísima señoría [Gaspar de Quiroga]), y, si Dios fuere servido, no andar ya más, que estoy muy vieja y cansada” (Carta 453.2. Burgos, 04/06/1582, a Dionisio Ruiz de la Peña, en Madrid).

En cualquier caso, ponerse de viaje debía de constituir una tortura o suplicio a juzgar por sus propios comentarios:

“No pongo en estas fundaciones los grandes trabajos de los caminos, con fríos, con soles, con nieves, que venía vez no cesarnos en todo el día de nevar, otras perder el camino, otras con hartos males y calenturas” (F. 18.4.).

El transporte fluvial era prácticamente inexistente, sobre todo en las zonas donde se llevaron a cabo las fundaciones, con excepción de Sevilla. Sin embargo, los ríos si representaban un problema al tener que vadearlos para poder continuar el camino, pues no siempre había puentes de fábrica o de barcas, además de los problemas sobrevenidos como consecuencia de las crecidas de las aguas en ríos y arroyos, como consecuencia de lluvias y deshielos, o de corrientes impetuosas.

Sobre el estado de conservación de las calzadas y caminos la Santa nos deja testimonios como el citado, y más adelante escribió:

“Se han pasado algunos trabajos, aunque creo son los menos los que he escrito; porque si se hubieran de decir por menudo, era gran cansancio, ansí de los caminos, con aguas y nieves y con perderlos...” (F. Epílogo. 17).

Viajes que, en muchos casos, emprendió enferma y cuyo relato constituye una fuente de información valiosísima para este trabajo; amén de otras dificultades

causadas por celos de otras congregaciones o incomprensión de los prelados, gobernadores eclesiásticos, etc. Su sobrina declaró en relación con sus traslados:

“Por los caminos y fundaciones padeció grandes descomodidades y trabajos y enfermedades; y éstas no fueron parte para que escusase lo comenzado ni alargar un día esperando que otro fuese mejor para su jornada (...) En Sevilla y Burgos padeció grandes trabajos en sus fundaciones, y con gran paçiençia los padeció”¹⁰⁰.

Había otra cuestión que no se puede pasar por alto en aquellos caminos, el de la violencia durante el periodo temporal que nos ocupa, la mayor parte de los viajeros se admiraban de la seguridad del Reino de Castilla, lo que contrasta con la deplorable inseguridad que ofrecían los caminos de Cataluña, Aragón y Valencia, que además fue incrementándose durante la segunda mitad del siglo, especialmente en los dos primeros territorios mencionados, y menos acentuado en el tercero.

En un principio el término ‘bandolero’ parece referirse al partidario de un bando o facción que se opone, normalmente mediante el uso de la violencia, a otros bandos. Pero a partir del primer tercio del siglo XVI esta palabra pasa a designar a la persona que hace de la agresión y del robo el fundamento de su existencia, atacando a las caravanas y a los viajeros, y dando pruebas de una gran movilidad. Cuando estos eran detenidos pasaban poco tiempo en prisión, tenida por una solución costosa, por lo que habitualmente eran condenados a galeras por un tiempo.

Los actos de bandolerismo y piratería eran frecuentes en toda la costa española, dándose con mayor frecuencia en el sur y en la zona oriental. Ambos términos no se referían a actividades sinónimas; todo ello sin olvidar además el grupo de los vagabundos, pues estos podían pasar de la vagancia al bandidaje y regresar de nuevo a su ociosidad y holgazanería habitual.

Esta cuestión es relevante, pues hay que tener en cuenta su directa relación con la seguridad de los caminos. En Castilla puede afirmarse que eran seguros, ya se ha comentado, sin que hubiera peligro de encontrarse con bandidos y de ser asaltado, como podría ocurrir en la Corona de Aragón y en particular en Cataluña. Esta seguridad que permitía recorrer a veces las largas distancias existentes entre dos poblaciones de la meseta, se debía en parte al esfuerzo llevado a cabo, en este sentido, por los Reyes Católicos con la creación de la Santa Hermandad, encargada de velar por la seguridad en el mundo rural y de reprimir agresiones, robos, crímenes, lesiones, raptos, incendios y otras fechorías, de manera que cada municipio mantenía una ‘cuadrilla’ con jurisdicción propia que abarcaba un radio de cinco leguas, pasando el testigo a la localidad vecina utilizando como medio de comunicación el simple, pero útil, tañido de las campanas. En el relato de las muchas leguas recorridas por nuestra protagonista, en sus numerosos desplazamientos, no describe ningún encuentro con bandoleros o similares, señal de que no se produjeron.

Pensemos, además, que la fundación de un ‘palomarcico’ requería toda una serie de pasos previos que podemos resumir en: obtención de los necesarios permisos y licencias eclesiásticas y civiles; disponer de un inmueble y su terreno anexo de acuerdo con el ideal carmelitano, pues ella percibía su entorno natural como parte de

¹⁰⁰ Declaración de Teresita de Jesús. Proceso de Ávila, 1596 (SOBRINO. 1:70. 2008).

su espiritualidad; celebrar la primera misa e instalar el Santísimo Sacramento; situar la clausura; contar con un grupo de religiosas profesas y/o novicias; poner en funcionamiento el estilo de vida de hermandad y recreación del que escribe Teresa, de manera que la vida cotidiana se desarrolle con absoluta normalidad, tal y como está previsto que tenga lugar, incluido el rezo litúrgico; elegir y nombrar a la priora, supriora y demás cargos, disponer de los libros de actas y cuentas, etc.

Luego buscaba siempre un terreno anexo a la casa, pues éste respondía al ideal carmelitano; entorno natural como parte de su espiritualidad. Huerta donde las moradoras levantaban sus capillas y sembraban frutales y hortalizas que les eran útiles para su magro mantenimiento, pero no hay constancia de que estos terrenos fueran empleados para el cultivo de plantas medicinales o aromáticas que pudieran ser utilizadas para el cuidado de las enfermas, pues no tenían botica ni hermana que hiciera la función de boticario; el fin de estas pequeñas comunidades era el de la oración y la contemplación, razón por la cual, cada vez que necesitaban de medicamentos tenían que recurrir a boticas establecidas, cuestión sobre la cual nuestra fundadora dejó testimonios.

Son fundaciones basadas en la pobreza, entendida ésta no como elección humana sino como don de Dios, concebida como una actitud espiritual y no como situación estrictamente económica de carencia de lo necesario, de lo que nunca fue partidaria, sino de dotar a sus fundaciones de lo ineludible, excluyendo lo superfluo; lo que constituyó siempre su preocupación y a menudo un desasosiego, por ello busca ubicar sus conventos en zonas económicamente favorecidas para garantizarse las limosnas suficientes que permitan la supervivencia de sus monjas, primera de sus opciones, y en su caso, recurrirá a la renta. Aproximarse al concepto de pobreza y el compromiso adquirido con la misma por nuestra protagonista resulta de gran importancia por lo que representa de supervivencia de las monjas en las nuevas fundaciones, de manera que sin haber nada superfluo no faltase lo necesario, lo básico, lo elemental para su subsistencia y poder de esta manera dedicarse a la oración, sin distraerse por otras cuestiones que pudieran alejarlas de su comunicación con el Creador.

Aproximación a la pobreza muy distinta de lo que supuso este término a lo largo de todo este siglo, en que fue endémica, formando parte estructural de aquella sociedad donde no constituyó un hecho casual, aunque en épocas de penuria, que se presentaban de forma inesperada, surgían los pobres coyunturales que venían a sumarse a los estructurales. Pero cabe hacer una diferenciación, como ya se hacía por aquel entonces, entre ‘pobres vergonzantes’ y ‘pobres de solemnidad’. Los primeros estaban formados por aquellos que trataban de disimular su condición y que eran, por lo general, trabajadores inactivos que tenían el sentimiento de frustrados. Los segundos eran aquellos otros que mostraban abiertamente y sin tapujos su miseria, y que pretendían vivir de la caridad pública o privada, mendigando. Por ello, los censos de mendigos que pudieron llevarse a cabo incluyen prácticamente solo a esta última categoría, que sobrevivía gracias a una densa y multiforme red de asistencia, sobre todo en las ciudades en las que podían encontrarse con distribución de raciones alimenticias, hospitales, casas de caridad, etc. surgiendo así la picaresca que nutría la

historia de multitud de anécdotas y ejemplos que ponían de manifiesto la frecuencia del parasitismo de los falsos pobres¹⁰¹.

Constituían lo que John Lynch denomina ‘masas silenciosas’, con pocos portavoces, pero similar a un ejército de vagabundos, mendigos y desempleados que vagaban de monasterio en monasterio en busca de una escudilla de sopa abarrotando los caminos, en particular los que conducían a la Corte. Pero los pobres y los enfermos no eran desatendidos, sino que el alivio de sus males provenía a través de la caridad, que resultaba, a todas luces, insuficiente (LYNCH, 2005: 134).

La frecuente distribución de alimentos en las festividades formales aumentaba en mucho la ingesta de calorías por parte de los más pobres; de hecho, estas celebraciones proporcionaban una parte sustancial de la alimentación de los grupos sociales más desfavorecidos (RUÍZ, 2002: 139). Era habitual que las cofradías celebrasen las fiestas con banquetes en honor del santo a los que se invitaba a los pobres, por ejemplo, San José (19/03), Santiago (25/07), San Lorenzo (10/08), Todos los Santos (01/11), etc.

Los censos de la época ponen de manifiesto la existencia de esa pobreza estructural promediándola entre un 10% y un 20%, a los que había que sumar los coyunturales surgidos como consecuencia de los tiempos de penuria y encarecimiento de los precios, como ocurrió en la década de los setenta del siglo XVI. Esta cuestión fue objeto de un largo y apasionado debate, situación que fue causa de serias y concienzudas discusiones entre quienes, como Domingo de Soto (OP) (1494-1560), defendían el derecho de los pobres a disponer de lugares donde de alguna manera eran atendidos, lo que permitía ejercitar la virtud de la caridad cristiana a quienes podían, o Juan de Medina (1489-1545), Martín González de Cellorigo (c. 1559-c. 1633) y Cristóbal Pérez de Herrera (c. 1556-1620)¹⁰² que consideraban a los mendigos válidos como impostores y lacra social; de hecho, en la literatura de nuestro Siglo de Oro, aparecen multitud de ejemplos sobre el parasitismo de estos pobres a los que se cita como ‘pícaros’, y cuya opción respondía al deseo de sobrevivir sin trabajar pese a estar avocados a una vida difícil, subsistiendo en barrios miserables y en condiciones marginales, participando del espectáculo en el escenario urbano, y en su caso, de la fiesta y la celebración de la gloria de Dios. Cofradías y benefactores como el arzobispo de Valencia Tomás de Villanueva (1486-1555), o particulares como Simón Ruiz Embito (1525-1597), conocido mercader de Medina del Campo, dotaron hospitales para atenderlos. Era también de

¹⁰¹ Para acceder a un oficio en una economía en que lo importante era la formación y conocimientos de la mano de obra, era preciso un adiestramiento, lo que daba ventaja cierta a las sagas de artesanos que se constituían en las urbes; lo cual dejaba fuera a muchos otros como las gentes procedentes del mundo rural, jornaleros, asalariados, etc. Eran éstos los que, en un mercado laboral tan rígido, nutrían la nube de pobres, mendigos o vagabundos.

¹⁰² El bachiller Cristóbal Pérez de Herrera, que había sido en el pasado médico jefe de las galeras de su majestad, publicó, en 1598, sus *Discursos del amparo de los legitimos pobres, y reduccion de los fingidos; y de la fundacion y principio de los albergues destos reynos y amparo de la milicia dellos* (PÉREZ DE HERRERA, 1598), texto crucial en el apasionado debate que, desde hacía años, se venía manteniendo en España. Martín González de Cellorigo, seguramente influido por Cristóbal Pérez de Herrera, proponía una persecución sin cuartel contra los vagabundos, contra los mendigos que gozaban de buena salud, contra los falsos inválidos y aconsejaba que se les impusiese a todos ellos el trabajo forzado (BENNASSAR, 2006: 97, 203)

agradecer la amplia e importante dotación hospitalaria, por ejemplo, de la ciudad de Toledo, con las dos grandes fundaciones de Santa Cruz y Tavera, destinadas a pobres y enfermos. Pero todo esto distaba mucho de ser la solución a una situación que exigía una respuesta múltiple, pues en momentos de crisis demasiado graves este sistema resultaba claramente insuficiente. Así, en los años 1575-1577, los pobres de Valladolid, a pesar de la red asistencial existente, sólo podían comer raíces, hierbas o cardos (BENNASSAR, 2010: 198). A esta situación había que sumar, con alguna frecuencia, las calamitosas circunstancias producidas por pestes y epidemias, por sequías, por inundaciones, o por malas cosechas¹⁰³, que agravaban la situación hasta resultar altamente preocupante.

En aquel momento el debate social sobre esta cuestión no negaba la pobreza, ni lo pretendía, solo buscaba diferenciar la pobreza real de la fingida o fraudulenta y de erradicar la holganza, el vagabundeo y la ociosidad, persiguiendo o controlando la mendicidad.

Teresa vivió en un momento histórico caracterizado por importantes cambios políticos, económicos, sociales y religiosos. Un desarrollo económico y un crecimiento demográfico que se venía produciendo desde el siglo anterior y que vino a acentuarse, sobre todo en lo que al aspecto económico se refiere, con los descubrimientos geográficos que supusieron un aumento del comercio, el enriquecimiento de los mercaderes, una urbanización de la población en busca de mejores oportunidades junto con una emigración hacia las nuevas tierras de promisión, ocasión que aprovecharon sus hermanos, la influencia y afluencia de los metales preciosos y, aquí interviene nuestra protagonista, fundando monasterios de pobreza en una época de prosperidad.

Por ello prefería fundar, como gran observadora que fue, en ciudades donde la disponibilidad de dinero era muy superior al medio rústico, y garantizarse de esta manera las limosnas que permitieran al convento disponer de lo necesario y poder dedicarse a aquello para lo cual había sido concebido: pobreza, clausura, encerramiento y oración. Pobreza entendida como desprendimiento, no como miseria y hambre. Sin embargo, fundar con renta en lugares pequeños era, incluso, una protección para sus habitantes, pues quedaban así descargados de la responsabilidad de su mantenimiento, imputándola sobre quien la asumía voluntariamente.

El hambre fue un fantasma que hacía aparición constantemente, al que se estaba acostumbrado, pero que se acentuó en este siglo por el aumento de la población que acaba por no estar ligado a un aumento de la productividad agraria; aunque se originaba básicamente por las crisis cerealísticas, producto de las alteraciones climáticas o de otros agentes naturales como las plagas, aspecto que se ve agravado a causa de las deficiencias en los transportes que hacía inviable que el excedente de unas zonas pudiera socorrer las carencias de otras.

Cuando se afirma que en las ciudades hay más riqueza debemos entenderlo en términos de liquidez, pues hasta dos siglos después de que Teresa pisara este mundo, la riqueza básica la seguía constituyendo la propiedad de la tierra, aunque

¹⁰³ Estas circunstancias, por separado en ocasiones o conjuntamente en otras, malas cosechas y epidemias de finales de siglo; probablemente las más agudas y de mayor crudeza de toda la Edad Moderna, precipitaron una crisis que, en muchas regiones, dio paso a la recesión.

Toledo y Burgos no eran tan ricas como ella pensaba, y en Sevilla las cosas tampoco fueron como imaginaba, a pesar de ser la riqueza que mostraba tan sólida y, sobre todo, las cosas empezaron a exigir cambios en su primer planteamiento a partir de la crisis económica de 1575-1580, pues con el paso del tiempo se produjeron cambios en los estatutos de sus monasterios como consecuencia de que el mundo urbano no fue tan dinámico como ella creyó, ni respondió a sus previsiones a largo plazo, pues se agotó y retrocedió, por lo que su sentido práctico y su percepción de la realidad económica del momento la obligaron a aceptar la debilidad de sus expectativas iniciales de fundar sin renta.

De su preferencia por las fundaciones sin renta dan testimonio las numerosas peticiones que recibió para que fundara con ella y que rechazó definitivamente o que no fueron atendidas inicialmente. En 1568 rechaza una fundación en Segura de la Sierra (Jaén)¹⁰⁴; en 1574 la de Zamora¹⁰⁵; en 1575 Torrijos¹⁰⁶ y, de nuevo, Zamora¹⁰⁷; en 1576 la de Aguilar de Campoo¹⁰⁸; en 1578 la de Villanueva de la Jara¹⁰⁹, que llevará a cabo en 1580; en 1579 en Arenas de San Pedro¹¹⁰, que tendrá lugar después de su muerte; en 1581 en Ciudad Rodrigo y Orduña¹¹¹, que no llevó a cabo; en 1582 en Pamplona¹¹², que se hará en 1583, ya

¹⁰⁴ Carta 11. Ávila, 28/06/1568, a Cristóbal Rodríguez de Moya, en Segura de la Sierra, quien al final, ese mismo año, se decidirá, en su lugar, por fundar un colegio de jesuitas.

¹⁰⁵ Carta 77.5. Valladolid, 23/12/1574, a Ana Enríquez, en Toro.

¹⁰⁶ Torrijos fue una propuesta debida a Teutonio de Braganza, pero fue desechada la idea por Teresa: “En lo de Torrijos no se le dé a vuestra señoría nada, que, cierto, el lugar no es nada a mi gusto. Solo por mandarlo vuestra señoría lo aceptara; y entrar personas de esa suerte, que hayamos tanto menester lo que tiene que, si no es para la Orden, no la podemos echar luego, sería cosa que en estas casas no se puede sufrir” (Carta 79.10. Valladolid, 02/01/1575, a Teutonio de Braganza, en Salamanca), en la que puede apreciarse dos cuestiones y ambas importantes. La primera: el lugar no era de su gusto, es decir, no reunía las condiciones que ella tenía establecidas para que constituyera un ‘palomarcico’ y, segundo: la imposición de postulantes.

¹⁰⁷ Carta 79.3.4/10. Valladolid, 02/01/1575, a Teutonio de Braganza, en Salamanca.

¹⁰⁸ “Ayer me escribió un padre de la Compañía y una señora de Aguilar de Campoo, que es una buena villa cabe Burgos, 13 leguas. Es viuda y de sesenta años y sin hijos. Diole un gran mal y, queriendo hacer una buena obra de su hacienda (que son seiscientos ducados de renta, y más buena casa y huerta), díjole él de estos monasterios. Cuadróle tanto, que en el testamento lo dejaba todo para esto. En fin vivió, y ha quedado con gran gana de hacerle, y así me escribe que la responda. Paréceme muy lejos, aunque quizá quiere Dios se haga” (Carta 159.7. Toledo, 07/12/1576, al padre Jerónimo Gracian, en Sevilla). También la priora de Medina, Inés de Jesús [Tapia] mostró afán por su materialización: “Espero en El que harán gran fruto y hame puesto codicia de que no cesen las fundaciones. Ya escribí a vuestra paternidad de una, y sobre esa misma me escribe esa carta la priora de Medina” (Carta 162.6. Toledo, 13/12/1576, al padre Jerónimo Gracián, en Sevilla), pero no llegó a realizarse.

¹⁰⁹ Carta 246.8. Ávila, 14/05/1578, al padre Jerónimo Gracián, en Alcalá de Henares; Carta 316.7. Malagón, 12/12/1579, al padre Jerónimo Gracián, en Alcalá de Henares; Carta 296.6. Ávila, 09/06/1579, a la madre María Bautista, en Valladolid; Carta 330.4/12. Malagón, 01/02/1580, a la madre María de San José, en Sevilla.

¹¹⁰ “Tiene tanta gana el padre vicario de que se funde lo de Arenas...” (Carta 316.11. Malagón, 12/12/1579, al padre Jerónimo Gracian, en Alcalá de Henares).

¹¹¹ “Después que aquí estoy, me han escrito ya dos que tampoco pienso ir: la una es de Ciudad Rodrigo y la otra en Orduña” (Carta 401.3. Soria, 13/07/1581, a Jerónimo Reinoso, en Palencia).

fallecida la Santa, gracias a Beatriz de Beaumont (1526-1603).

Con toda seguridad hubo más peticiones, ¿cuántas?, no se sabe, pero con las comentadas constituyen suficiente muestra para poder hacerse una idea clara de la cantidad de lugares desde donde se le solicitó la fundación de uno de sus carmelos y cuál fue su postura ante cada uno de ellos.

Las relaciones históricas de las fundaciones constituyen un tesoro documental extraordinario, en el que aparecen abundantes disgresiones de orden moral y psicológico que añaden al libro un valor espiritual de primer orden, así como unas reflexiones sobre la melancolía, pues su percepción psicológica, fruto de su capacidad de observación y análisis, le permitió diferenciar incluso entre enfermedades como la depresión, la esquizofrenia, la obsesión compulsiva, etc., que en su siglo eran consideradas melancolía.

Las monjas no iban a vivir de su trabajo manual, pues no se trataba de hacer la competencia a aquellas otras mujeres de la vecindad que ganaban su sustento de la misma manera, ni de las rentas de su patrimonio, sino de su dedicación espiritual, la oración, recompensada con limosnas.

Una de las decisiones que con determinación tomó desde un principio, desde que comenzara las fundaciones de carmelos, fue el de la pobreza material, comprensible y aceptable solamente si se parte de la verdadera pobreza espiritual, que le hace descubrir el mundo y sus vanidades, de manera que elige la pobreza como desprendimiento interior y no por recoger la demanda social ni por considerar la pobreza material como un valor social *per se*. Quizás asumió esta decisión sin ser plenamente consciente del hecho, pues nunca pensó que aquello que nació el 24 de agosto de 1562 en Ávila se iba a convertir en una cascada de fundaciones de monjas y de frailes. Su pobreza material no es un fin en sí mismo, sino un medio adecuado para seguir avanzando en oración. Pobreza entendida como desasimiento de lo superfluo, de manera que disponiendo de lo necesario sólo tuvieran que ocuparse en rezar y alabar al Señor. Así encarece:

“Mirad, hermanas, que va mucho en esto muerta yo, que para eso lo dejo escrito; que con el favor de Dios, mientras viviere yo, os lo acordaré, que por experiencia veo la gran ganancia: cuando menos hay, más descuidada estoy; y sabe el Señor que, a todo mi parecer, que me da más pena cuando nos dan mucho que cuando no hay nada: ni sé si lo hace, como ya tengo visto lo da luego el Señor. Sería engañar el mundo otra cosa: hacernos pobres y no lo ser de espíritu, sino en lo exterior. Conciencia se me haría. Paréceme era hurtar lo

¹¹² A propuesta de la hermana Leonor de la Misericordia, conventual en Soria: “Con nuestro padre [Jerónimo Gracián, que en este caso es además el portador de la misiva] puede vuestra reverencia tratar lo de Pamplona. El Señor lo guie si ha de ser para su servicio. En caso de que se haya de labrar de principio paréceme no conviene” (Carta 444.4. Burgos, 06/05/1582, a la hermana Leonor de la Misericordia, en Soria). La explicación aparece en otra carta posterior en cuatro meses, ya muy próximo al final de su andadura, pues en diecinueve días fallecería: “En lo de la fundación [Pamplona], yo no me determinaré a que se haga si no es con alguna renta, porque veo ya tan poca devoción que habemos de andar así, y tan lejos de todas estotras casas no se sufre si no hay buenas comunidades, que ya por acá unas con otras se remedian cuando se ven en necesidad. Bien es que haya esos principios y que se trate y se vaya descubriendo gente devota, que si ello es de Dios El los moverá con más de lo que hay presente” (Carta 468.4. Valladolid-Medina, [15-17]/09/1582, a la madre Catalina de Cristo, en Soria).

que nos davan, a manera de decir; porque era pedir limosna los ricos, y plega a Dios no sea así, que a donde hay estos cuidados demasiados -digo huviese- de que den, una vez u otra se van por la costumbre -u podrían ir- y pedir lo que no han menester por ventura a quien tiene más necesidad; y aunque él no puede perder, sino ganar, nosotras perderíamos. No plega a Dios, mis hijas; cuando esto huviera de ser, más quisiera tuviérades renta” (CE. 2.3)¹¹³.

Pero con el transcurso del tiempo, y los cambios sociales que se produjeron, hicieron que algunos que lo fueron de limosna pasaron a renta, así el de Ávila y el de Toledo¹¹⁴ en 1582, el de Medina del Campo en 1579 al igual que el de Valladolid y el de Sevilla¹¹⁵.

Sobre su reforma y, en particular, sobre sus ‘palomarcitos’, dejó escrito: “... y nunca queríamos fuesen más de trece, por muchas causas” (V. 32.13), o “... solas doce mujeres y la priora que no han de ser más...” (V. 36.19), y más adelante insiste “... y no ser más de trece; porque esto tengo por muchos pareceres sabido que conviene, y visto por espiriencia, que para llevar el espíritu que se lleva y vivir de limosna y sin demanda...” (V. 36.30), incidiendo en el tema de la pobreza: “...y vivimos de limosna; que no me ha costado poco trabajo que sea con toda firmeza y autoridad del Padre Santo, que no se puede hacer otra cosa ni jamás haya renta. Y más hace el Señor, y deve por ventura ser por ruegos de esta bendita santa, que sin demanda ninguna nos provee Su Majestad muy cumplidamente lo necesario” (V. 33.13), y vuelve sobre este asunto: “Deseo la pobreza...; sólo querría tener lo necesario” (CC. 1ª.16), y sigue abundando en el tema: “... no podía persuadirme a tener renta” (V. 35.3)¹¹⁶. No se cansa de insistir y vuelve sobre ello en *Camino de Perfección*, reprobando la construcción de grandes casas y abogando porque sean: “... pobrecita en todo y chica (...) Mas trece pobrecitas, cualquier rincón les basta...” (CE. 2.9), y añade que se tomen novicias sin dote: “... porque no se tomavan con dote” (V. 36.6). Siendo frecuente exclamaciones como “... que en tener buena casa u no la tener, va poco,” (F. 19.11)

En relación con las casas se muestra austera, como era de esperar:

“No consentir demasía en ser grandes las casas, y que por labrar u añadir en ellas -si no fuere a gran necesidad- no se adeuden. Y para esto sería menester mandar no se labre cosa sin dar aviso a el prelado y cuenta de dónde

¹¹³ Con pequeñas diferencias en el *Códice de Valladolid*: “Mirad, hermanas, que va mucho en esto muerta yo, que para esto os lo dejo escrito; que mientras yo viviere, os lo acordaré, que por espiriencia veo la gran ganancia: cuando menos hay, más descuidada estoy; y sabe el Señor que, a mi parecer, me da más pena cuando mucho sobra que cuando nos falta: no sé si lo hace, como ya tengo visto nos lo da luego el Señor. Sería engañar el mundo otra cosa: hacernos pobres no lo siendo de espíritu, sino en lo exterior. Conciencia se me haría, a manera de decir, y parecería era pedir limosnas las ricas, y plega a Dios no sea así, que adonde hay estos cuidados de que den, una vez u otra se irán por la costumbre -u podrían ir- y pedir lo que no han menester por ventura a quien tiene más necesidad; y aunque ellos no pueden perder nada, sino ganar, nosotras perderíamos. No plega a Dios, mis hijas; cuando esto huviera de ser, más quisiera tuviérades renta” (CV. 2.3).

¹¹⁴ Carta 454.6. Burgos, 25/06/1582, al padre Jerónimo Gracián, en La Roda.

¹¹⁵ Carta 335.8. Toledo, 03/04/1580, a la madre María de San José, en Sevilla.

¹¹⁶ Y esta era también la opinión de María Jesús Yepes, fundadora del Convento de la Imagen en Alcalá de Henares, así como la de san Pedro de Alcántara y los dominicos Pedro Ibáñez y Domingo Báñez.

se ha de hacer, para que, conforme a lo que viere, u dé licencia u no. Esto no se entiende por cosa poca, que no puede hacer mucho daño, sino porque es mejor que se pase trabajo de no muy buena casa, que no de andar desasosegadas y dar mala edificación con deudas u faltarles de comer” (VD. 14).

“¡Oh, váleme Dios, que poco hacen estos edificios y regalos exteriores para lo interior! Por su amor os pido, hermanas y padres míos, que nunca dejéis de ir moderados en esto de casas grandes y suntuosas. Tengamos delante nuestros fundadores verdaderos, que son aquellos santos padres de donde descendimos, que sabemos que por aquel camino de pobreza y humildad gozan de Dios” (F. 14.4).

“La casa jamás se labre, si no fuere la iglesia, ni haya cosa curiosa, sino tosca la madera; y sea la casa pequeña y las piezas bajas; casa que cumpla a la necesidad y no superflua; fuerte lo más que pudieren, y la cerca alta y campo para hacer hermitas para que se puedan apartar a oración, conforme lo que hacían nuestros Padres santos” (Cs. 6.17).

“Nunca haya casa de labor” (Cs. 1.15).

“Y que la oyó decir, que plugiese a Dios se hundiese la casa cuando alguna prelada quisiese levantarla y labrar las maderas que ella puso y se conservan sin labrar”¹¹⁷.

Esta es su declaración de intenciones y así las lleva a cabo en su primera fundación, lo que provocó un gran alboroto en la ciudad de Ávila, cuando no tenía intención de fundar otros. Sin embargo, posteriormente modificó esta línea de conducta para dar respuesta a los problemas que plantearon las sucesivas fundaciones, modificando el número de monjas y el tener renta, pero no así en relación a sus conventos en cuanto a edificios. Ya se ha comentado que en sus fundaciones adquiría casas que transformaba en conventos para sus hijas, salvo en un caso, en el de Malagón, y por lo tanto la única que precisó trazas previas a su construcción¹¹⁸. No deseaba adornos ni ornamentación que distrajera a su monjas, pero sí condiciones de habitabilidad en todas las dependencias, a excepción hecha de la decoración de la capilla o iglesia, para la que exige una calidad constructiva mínima. El resto de las dependencias, en particular las celdas, las prefería de pequeñas dimensiones, techos bajos, con los rollos de madera vistos, sin escuadrar en los forjados, el yeso o la cal como único revestimiento, pero con ventilación adecuada. Contempla la posibilidad de erigir pequeñas capillas en el huerto para el recogimiento individual, espacio íntimo para la meditación.

¹¹⁷ Declaración de Isabel Bautista. Proceso de Ávila, 1610. (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 529. 1935).

¹¹⁸ Suponemos que por mediación de Luisa de la Cerda, intervino como arquitecto Nicolás de Vergara ‘el mozo’, hijo de Nicolás de Vergara ‘el viejo’, además de escultor, vidriero y rejero, que fue Maestro Mayor de Obras en la catedral de Toledo y contaba con experiencia en construcciones de carácter religioso en Toledo, Ávila, Ciudad Real y Cáceres.

Tras su fallecimiento, las monjas del Convento de San José en Ávila hicieron obra, levantando la iglesia sobre restos de otra anterior, que dirigió el arquitecto Francisco de Mora, Aposentador de Palacio y arquitecto del rey, además de devoto de la Santa, que se formó con Juan de Herrera. Si la obra fue llevada a buen término lo fue gracias a su firme decisión de continuar con los trabajos, pues los albañiles se quejaron de cómo se estaba ejecutando, por la precariedad de los medios y de los materiales. Como las Carmelitas no podían sufragar otra cosa, fue el propio arquitecto quien pidió ayudas y donaciones en la Corte. Las obras se realizaron siguiendo el ideal teresiano.

Este ideal debió ser transmitido por Teresa a Nicolás de Vergara él mozo' (1540-1606), el arquitecto, por lo que en el nuevo edificio levantado para monasterio en Malagón, se aprecia en sus fachadas, tanto laterales como principal, una sobriedad compositiva y una sencillez constructiva que llaman la atención¹¹⁹.



Monasterio de Carmelitas Descalzas en Malagón. 1568.

En sus fundaciones quiere evitar todas aquellas cosas que alejen a las hermanas del recogimiento, como el excesivo número de monjas, o el fiero endeudamiento como consecuencia de ello, la insuficiente y mala alimentación, el poco encerramiento, etc. Por ello, en su reforma, el número de monjas no será superior a trece como indica en la fundación de San José en Ávila.

¹¹⁹ Sin duda la Teresa niña correteó por las calles de su Ávila natal, las recorrió de jovencita antes de entrar en su primer convento y las anduvo en sus periodos de estancia en la capital.

En estas calles en el siglo XVI, familias adineradas construyen, reforman o amplían sus casas, no siempre casas-palacio, pero también se realizan obras de arquitectura de carácter civil o religioso.

Esta Ávila navega en este siglo entre los estilos tardogótico y renacentista, se respiran aires con posos de Juan Guas o de Rodrigo Gil de Ontañón o Pedro de Tolosa, etc., ellos se manifiestan, principalmente en sus fachadas y accesos (no hay que olvidar que en aquel entonces 'por contrato' el tratamiento de vallados y cerramientos había de ser enlucido, revocado) pues eran los únicos paños que se trataban con piedra labrada, piedra que no podía ser otra que el granito que domina la zona; hay que recordar que se formó una autentica escuela abulense de canteros; algunos, por la maestría demostrada. fueron requeridos para las fábricas de El Escorial.

Así vio Teresa las fachadas de las casas de los Bracamonte, Fuente el Sol, Parcent, Valderrabanos, Davila, etc., y los trabajos en la Catedral o en la capilla de Mosén Rubí de Bracamonte; estas dos últimas como ejemplo de arquitectura religiosa. Se trabajó en este siglo, también, en hospitales, conventos, etc., así como en sus correspondientes capillas, tratadas con más esmero.

Ninguna 'fachada de granito' la influyó a la hora de determinar sus fundaciones; ella quería casas modestas, más bien pequeñas, no de nueva planta y con huerta. Sus 'palomarcitos' no se destacarían por sus portadas labradas ni por espacios amplios, salvo la capilla, que era casa de Dios, y la Santa si apreciaba que fuera muy bien labrada, aunque sin ornamentos superfluos.

Monasterios fundados por Teresa de Jesús¹²⁰

Fundaciones	de limosna	de renta	paso de limosna a renta
Ávila	1562		1582
Medina del Campo	1567		1579
Malagón		1568	
Valladolid	1568		1579
Toledo	1569		1582 ¹²¹
Pastrana		1569 ¹²²	
Salamanca	1570		
Alba de Tormes		1571	
Segovia	1574		
Beas del Segura		1575	
Sevilla	1575		1579
Caravaca		1576	
Villanueva de la Jara		1580	
Palencia	1580		
Soria		1581	
[Granada]	1582		
Burgos	1582		

¹²⁰ Esta tabla, construida sobre la información proporcionada por José Antonio ÁLVAREZ VÁZQUEZ (2000: 97), permite observar cómo, el transcurso del tiempo y la variación de las circunstancias, hicieron que algunos de los primeros monasterios, fundado de limosna, pasaran a formar parte de los de renta.

¹²¹ Carta 454.6. Burgos, 25/06/82, al padre Jerónimo Gracián, en La Roda.

¹²² Clausurado en 1574.

3. Producción literaria: una pluma a la ténue luz de las velas

Fue Teresa de Cepeda una mujer escritora en el Siglo de Oro, copado por ensayistas varones, y esto hay que decirlo, porque el que una pluma femenina irrumpiera en el mundo de las letras, en una sociedad dominada por un sentimiento patriarcal, es una novedad que aflora en todas sus obras. Ella escribe en un marco femenino, en el recinto femenino constituido por las monjas del Carmelo a las que ella quiere cultas, amigas de letras y de letrados.

El despegue, si así se puede decir, tras adolescentes intentos de escribir, se produce cuando Teresa ha cumplido los cuarenta y cinco años, uno después de la segunda edición del *Indice Inquisitorial*¹²³. Entonces escribió una primera redacción de su *Vida*, que no se conserva y, en 1562, a instancias del padre Ibáñez (OP), redactó la versión que hoy conocemos.

Escribe desde su forma de pensar y su experiencia personal, como ella misma expresa en el prólogo del *Camino de Perfección*: “No diré cosa que en mí u en otras no tenga por experiencia u dada en oración a entender por el Señor” (CE. Prólogo. 3)¹²⁴. Así, sus primeros escritos son introspectivos.

Se entiende que un hecho importante en este sentido lo constituyó la primera de las fundaciones, la del Convento de San José, en Ávila, donde pasó los cinco años más descansados de su vida, en el que un grupo reducido de monjas se había unido a ella, siendo las pioneras del Carmelo que Teresa reformará; pues a partir de aquí cambió de signo su horizonte itinerario, ya que en adelante todo -o casi todo- lo que brote de su pluma tendrá sentido y destino en este clima femenino: el léxico -en román paladino de la calle-, el estilo coloquial, el ideario, la temática, los problemas planteados, los tópicos y las originalidades de los escritos teresianos, la imaginería de su mundo simbólico, etc. Todo ello es fruto del ambiente femenino creado para el que ella escribe, mujeres con las que dialoga y entre las que promueve un proyecto cultural que va desde la teoría y la formación espiritual, hasta la poesía y las canciones utilizadas para celebrar la fiesta de la vida.

Teresa empieza a escribir por obediencia y gracias a esta actitud, que estuvo siempre presente en su vida, le debemos mucha información, no solo en su relación con Dios -que hizo de ella la mística de renombre universal- sino también del medio en que vivió, en el que implantó y consolidó la reforma del Carmelo, y de su desarrollo en las circunstancias más variadas que imaginar se pueda. Mujer contemplativa, sin duda, pero también activa, a pesar -como ya hemos apuntado- de su huidiza salud. Ella

¹²³ El primer índice de libros prohibidos: *Index Librorum Prohibitorum et Derogatorum*, hecho público por la Inquisición Española, data de 1551, adoptó como propio el publicado en Lovaina, siendo inquisidor Fernando Valdés y Salas. Bajo su mandato se hizo una segunda edición del *Indice*, ampliada en 1559; siendo las dos únicas, de las muchas que se hicieron, publicadas en vida de Teresa, que al respecto nos dice: “Cuando se quitaron muchos libros de romance que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me dava recreación leerlos, y yo no podía ya, por dejarlos en latín; me dijo el Señor: ‘No tengas pena que yo te daré libro vivo’” (V.26.6).

¹²⁴ En el *Códice de Valladolid* se observa una pequeña diferencia respecto al *Códice de El Escorial*: “No diré cosa en mí, u por verla en otras, no las tenga por experiencia” (CV. Prólogo. 3).

misma nos relata, en un momento de su vida, que llevaba cuarenta años que no se le pasaba día sin dolores, de manera que no teniendo más que los habituales, se sentía bien.

A pesar de su condición de ‘no letrada’, como ella misma se encarga de repetir machaconamente, una y otra vez, Teresa no es solo una de las grandes figuras de la mística sino también de la literatura universal. Fray Luis de León (c. 1527-1591), que se encargaría de la edición de sus obras pocos años -tan solo seis- después de su muerte, escribió de ella:

“La madre Teresa, en la alteza de las cosas que trata y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede a muchos ingenios, y en la forma de decir y en la pureza y en la facilidad del estilo y en la gracia y buena compostura de las palabras y en una elegancia desaceitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que la iguale” (Carta a la madre Ana de Jesús, TERESA DE JESÚS, 2016: 15).

Ella deja traslucir en sus obras una personalidad extraordinaria, marcada por rebosante alegría, gran resolución, buen humor y fina sensibilidad. Afortunadamente han llegado hasta nosotros autógrafos en casi su totalidad, con lo que ello supone de interés para un mejor conocimiento de su obra.

La primera de ellas fue el *Libro de la Vida*, que comenzó a escribir por obediencia. Lo hizo para aclarar y abrir su conciencia, y compuso la primera relación de su vida para su confesor, Diego de Cetina (SJ), que no se conserva. Años después volvió a preparar una segunda relación para el padre Pedro Ibáñez (OP), su confesor entonces, quien tras leerla le ordenó emprender una relación *in extenso* de su vida, la cual acabó en Toledo ese mismo año de 1562, a los cuarenta y siete de edad, durante su estancia en casa de Luisa de la Cerda, y se la mostró a su confesor de allí, el padre García de Toledo, también jesuita. Posteriormente, tras consultar con su amigo el inquisidor Francisco de Soto y Salazar, natural de Bonilla de la Sierra en la provincia de Ávila¹²⁵, preparó otra relación que envió al padre Juan de Ávila¹²⁶, de quien habla repetidas veces en su correspondencia, aunque su confesor en ese momento, el citado dominico Pedro Ibáñez, no creyese necesario más juicios sobre la ortodoxia del libro que ya consideraba suficientemente probada; pero Teresa, con la ayuda de Luisa de la Cerda, convenció al maestro Juan de Ávila para que lo leyese, y éste le dio su anuencia¹²⁷, a pesar de la opinión de otro dominico, el padre Domingo Báñez, insigne

¹²⁵ Ella misma relata un interesante y singular episodio con el inquisidor Francisco de Soto y Salazar, quien le pidió “... que suplicase a Dios le diese a entender si sería servicio suyo tomar un obispado. Díjome el Señor, acabando de comulgar: ‘Cuando entendiere con toda verdad y claridad que el verdadero señorío es no poseer nada, entonces lo podrá tomar’” (V. 40.16). El padre Gracián confirma que se trataba del citado inquisidor, más tarde obispo de Salamanca.

¹²⁶ Escritor y maestro de espiritualidad, nacido en Almodóvar del Campo (Ciudad Real) en 1500 y fallecido en Montilla (Córdoba) en 1569. No conoció a la Santa. De ella recibió, en 1568, el autógrafo del *Libro de la Vida*, redactado por segunda vez, con ánimo de hacérselo leer. Escribió a Teresa dos cartas, enjuiciando en la segunda favorablemente el escrito y la espiritualidad de Teresa, que nos dejó este testimonio: “El maestro Ávila me escribe largo, y le contenta todo” (Carta 14.2. Valladolid, 02/11/1568, a Luisa de la Cerda, en Toledo).

¹²⁷ Dadas las dificultades del correo y la importancia del paquete a remitir, la Santa aprovecha el viaje de Luisa de la Cerda a Antequera para hacer llegar el ejemplar de la *Vida* al maestro Ávila, pues estaba muy interesada en conocer su opinión, tanto que se le hace larga la espera y así le escribe a Luisa

teólogo, pues entendía que no eran necesarias más opiniones al respecto¹²⁸. No hay en la obra ninguna pretensión de magisterio, sino una confesión sincera y humilde, y ese espíritu trasciende al lenguaje mismo, que busca siempre reflejar la lengua hablada como más llana y más directa. Escribe como habla y lo que más importa es transmitir, hacer llegar el mensaje, difundiendo así su ideario.

de la Cerda, recriminando su falta de diligencia: “Yo no puedo entender por qué dejó vuestra señoría de enviar luego mi recaudo al maestro Ávila. No lo haga, por amor del Señor, sino que a la hora con un mensajero se lo envíe (que me dicen que hay jornada de un día no más), que ese esperar a Salazar [Gaspar de Salazar] es dislate, que no podrá salir, si es rector, a ver a vuestra señoría, cuanto más ir a ver al padre Ávila. Suplico a vuestra señoría, si no le ha enviado, luego le lleven, que en forma me ha dado pena, que parece el demonio lo hace. Y con el señor licenciado [Velasco, al servicio de Luisa de la Cerda] me tenté mucho, que le había yo avisado que le llevase cuando fuese, y creo el demonio le pesa de que le vea ese santo; la causa no lo alcanzo. Suplico a vuestra señoría desde luego lo envíe y haga lo que le supliqué a vuestra señoría en Toledo; mire que importa más de lo que piensa” (Carta 7.3. Toledo, 18/05/1568, a Luisa de la Cerda, en Antequera).

La cuestión le resultaba primordial, por lo que días más tarde insiste: “Ya escribí a vuestra señoría, en la carta que dejé en Malagón, que pienso que el demonio estorba que ese mi negocio no vea el maestro Ávila; no querría que se muriese primero [de hecho el maestro Ávila falleció al año siguiente, con sesenta y nueve años de edad], que sería harto desman. Suplico a vuestra señoría, pues está tan cerca, se le envíe con mensajero propio, sellado, y le escriba vuestra señoría encargándosele mucho, que él ha gana de verle, y le leerá en pudiendo. Fray Domingo [Domingo Báñez] me ha escrito ahora aquí que en llegando a Ávila haga mensajero propio que se le lleve. Dame pena, que no sé que hacer, que me hará harto daño, como a vuestra señoría dije que ellos [el grupo de consejeros y teólogos abulenses que habían aprobado el libro] lo sepan. Por amor de nuestro Señor, que dé vuestra señoría prisa en ello; mire que es servicio suyo” (Carta 8.9. Toledo, 27/05/1568, a Luisa de la Cerda, en Antequera).

Los días se pasan, ella ha llegado a Ávila cansada tras un viaje que se inició en Malagón, siguió por Toledo y Escalona para terminar en su ciudad natal, y vuelve a dirigirse a doña Luisa: “En lo de aquel mi negocio, torno a suplicarla a vuestra merced no se descuide, por las causas que le escribí, que me importa mucho. Porque en Malagón dejé una carta larga para vuestra señoría, y en Toledo otra más...” (Carta 9.2. Ávila, 09/06/1568, a Luisa de la Cerda, en Antequera).

Dos semanas después, sigue: “Mire vuestra señoría, pues le encargué mi alma [el libro], que me la envíe con recaudo lo más presto que pudiere, y que no vengan sin carta de aquel santo hombre [Juan de Ávila] para que entendamos su parecer, como vuestra señoría y yo tratamos. Tamañita estoy cuando ha de venir el presentador fray Domingo [Domingo Báñez], que me dicen ha de venir por acá este verano, y hallarme ha en el hurto [por flagrante travesura, dicho humorísticamente, pues Báñez era contrario a que el libro pasase a otras manos]. Por amor de nuestro Señor, que vuestra señoría, en viéndole aquel santo, me le envíe...” (Carta 10.2, Ávila, 23/06/1568, a Luisa de la Cerda, en Antequera).

Al fin el libro llegó a manos del maestro Ávila, quien lo leyó y emitió un juicio favorable, lo que supuso un gran consuelo para Teresa, como queda reflejado en esta misiva: “Lo del libro trae vuestra señoría tan bien negociado que no puede ser mejor, y así olvido cuantas rabias me ha hecho. El maestro Ávila me escribe largo, y le contenta todo; sólo dice que es menester declarar más unas cosas y mudar los vocablos de otras, que esto es fácil. Buena obra ha hecho vuestra señoría; el Señor se lo pagará, con las demás mercedes y buenas obras que vuestra señoría me tiene hechas. Harto me he holgado de ver tan buen recaudo, porque importa mucho; bien parece quién aconsejó se enviase” (Carta 14.2. Valladolid, 02/11/1568, a Luisa de la Cerda, en Toledo).

¹²⁸ “Este libro ya lo tenía escrito cuando este testigo la comenzó a tratar, y le hizo con licencia de los confesores que antes había tenido, como fue un presentado dominico, llamado fray Pedro Ibáñez, lector de Teología en Ávila. Después retornó a reformar y añadir al dicho libro, el cual libro este dicho testigo leyó y entregó al Santo Oficio de la Inquisición en Madrid, y después le fue tornado por el inquisidor don Francisco de Soto y Salazar, para que le tornase a ver y dijese su parecer; y le tornó a ver, y al cabo del libro en algunas hojas blancas dijo su parecer u censura, como se hallara en el original escrito de mano de la misma madre Teresa de Jesús”. Declaración del padre Domingo Báñez. Proceso de Salamanca, 1591 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 9. 1934).

El *Libro de la Vida* es esencial para comprender no sólo a Teresa sino también sus decisiones, pues en él muestra cómo aborda y resuelve los problemas, y narra cuales son las dificultades que más la preocupan y la solución que va dando a todas y cada una de ellas.

No se trata propiamente de una biografía, como a veces se ha pretendido, aunque sea el escrito que mayor número de datos biográficos recoge, pero hilvanados alrededor de su vida interior, eje sobre el que todo gravita. En él encontramos datos biográficos y otros de indudable valor histórico, que tienen su complemento en el *Libro de las Fundaciones* y en su *Epistolario*. En conclusión, cabe decir que nos dejó información directa, de gran valor, sobre sí misma, tanto acerca de su crecimiento y desarrollo espiritual como sobre su gesta como reformadora y fundadora, y como mujer de su tiempo: sus relaciones con los demás, con sus amistades, con los diferentes estamentos tanto civiles como eclesiásticos; como sobre su familia, sus enfermedades, los avatares vividos, etc.

Su estructura no está constituida por líneas uniformes, pues obedece, una vez más, a los impulsos del espíritu que trata de darse a entender; pero aun así cabe discernir un doble bloque de temas, aunque no aparezcan sistematizados como tales. Por un lado, aspectos de índole predominantemente biográfico e histórico: familia, juventud, vida en la Encarnación, relación con otras personas, etc. Y por otro lado, cuestiones de carácter didáctico: exposición sobre los métodos de oración y sus grados, relato de sus visiones, etc.

Es, en definitiva, el testimonio de sus sentimientos naturales y preternaturales, en especial la evolución y desarrollo de su espíritu desde su infancia hasta el momento de su escritura. Sentimientos naturales y sobrenaturales, de familia, de amistad y de agradecimiento.

Se hicieron numerosas copias, como con todas las demás obras que escribió, pues éstas no se imprimieron hasta después de su fallecimiento, por lo que lo habitual es que se hicieran duplicados de ellas, y no solo para sus conventos y conocimiento de sus monjas, especialmente de las *Constituciones*; más de las que fueran necesarias y, lamentablemente, no todas las copias eran fiables y no siempre cayeron en manos adecuadas, como en el caso de la princesa de Éboli.

En 1586, cuatro años después de su muerte, llegó la obra a manos de la emperatriz María, hermana de Felipe II, y ésta manifestó un gran interés por ver publicada la obra, interesando en el proyecto a la madre Ana de Jesús, priora de la reciente fundación de las Descalzas de Madrid, fundación que lamentablemente no pudo llevar a cabo Teresa a pesar de su interés por ello (MARTÍN DEL CASTILLO, 2017). El libro había estado depositado en la Inquisición y Ana de Jesús declara:

“... que mientras vivió no supo más de su libro ni lo que la Inquisición sentía, que lo tuvo casi doce años en su poder, los ocho siendo ella viva, y los cuatro después de muerta, hasta que yo vine a fundar la casa de Madrid, y allí lo pedí al inquisidor mayor, de quien supe estaba ya mirado y aprobado en el

Consejo Supremo y que a él y a todos les daba mucho contento se imprimiese”¹²⁹.

Recuperado el original, fue entregado a fray Luis de León y sirvió para la primera edición de sus obras, editadas por Guillermo Foquel, en Salamanca, el año 1588 (TERESA DE JESÚS, 1588). Terminada la impresión, por orden de Felipe II el original fue depositado en el Monasterio de El Escorial, donde se conserva. La autora nunca le puso título, y cuando se refiere a él lo hace como ‘el libro grande’¹³⁰, ‘mi alma’¹³¹, o ‘de las misericordias de Dios’¹³².

En la citada biblioteca escurialense se conservan el *Libro de la Vida*, *Camino de Perfección*, *Libro de las Fundaciones* y *Modo de visitar los conventos*, facilitados por el provincial de los Descalzos, de manera que el prior de El Escorial, el jerónimo Diego de Yepes, que había sido confesor de Teresa y más tarde su biógrafo, informó de la llegada de los mismos:

“El rey don Felipe II procuró luego los originales dellos y los mandó poner en su librería en San Lorenzo de El Escorial. Y con tener allí otros muchos originales de santos de la Iglesia, a solo tres hizo particular reverencia dando muestras de lo que los estimaba, que son los originales de San Agustín, San Juan Crisóstomo y los [de] Santa Teresa: haciéndolos poner dentro de la misma librería, debaxo de una red de hierro, en un escritorio muy rico, y cerrado continuamente con su llave; los de la Santa Madre por particular favor se enseñan y dexan tocar como reliquias santas” (FERNÁNDEZ BURGOS, 2017: 120).

El primer estudio biográfico de Teresa de Jesús fue el publicado por el padre Francisco de Ribera (SJ) (1537-1591) que constituye, básicamente, la fuente del de Diego de Yepes (OSH)¹³³, como éste reconoce, aunque no rara vez lo disimula, recortando o mermando las descripciones de aquél, y mirando más a la edificación espiritual del lector que a la crítica documental y persuasiva de la verdad que refiere (YEPES, 1606). También esta biografía que escribió el jesuita sirvió de acicate para que Julián de Ávila (1527-1607) escribiera otra sobre la base de haberla tratado durante muchos años, habiendo sido capellán del Convento de San José de Ávila y haber ejercido de escudero en varios de los viajes fundacionales de la abulense (ÁVILA, 1881).

En el Convento de San José de Ávila fue donde nacieron dos de sus obras de argumento o contenido doctrinal. Primeramente, el *Camino de Perfección*, para dar paso a una pedagogía de la vida espiritual dentro de un grupo, el de aquellas doce pioneras, que tuvo una segunda redacción llevada a cabo en Toledo en 1569. Cuando sus monjas fueron alcanzando cuotas de madurez humana y espiritual, y se multiplicó

¹²⁹ Declaración de Ana de Jesús. Proceso de Salamanca, 1597 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 479. 1934).

¹³⁰ Carta 88.14. Sevilla, 28/08/1575, a la madre María Bautista, en Valladolid.

¹³¹ Carta 10.1. Ávila, 23/06/1568, a Luisa de la Cerda, en Antequera.

¹³² Carta 415.1. Ávila, 19/11/1581, a Pedro de Castro y Nero, en Avila.

¹³³ Fray Diego de Yepes nació en este enclave toledano en 1530. Profesó en la Orden de San Jerónimo en 1549. Fue prior de varios monasterios hasta llegar al del Escorial; en 1599 fue nombrado obispo de Tarazona, donde falleció en 1613 (IGNACIO DE MADRID [OSH]. “Yepes González, Diego de. Yepes” . En: [Real Academia de la Historia]. DB-e [fecha de consulta 14/05/2019].

el número de sus fundaciones, escribió de nuevo para ellas un firme y sólido tratado en el año 1577, en el que se recoge cuál es su interpretación mística de la vida cristiana: *El Castillo Interior*. Obras que, copiadas y recopiadas por sus monjas, tuvieron su marco o espacio de difusión en los carmelos femeninos.

En la segunda de sus obras, *Camino de Perfección*, ya no se dirige Teresa a su confesor, sino que lo hace a sus monjas. Libro de carácter doctrinal, escrito también por mandato de sus confesores¹³⁴, iniciado a finales de 1562 y acabado en 1564. La primera redacción que se conserva se encuentra en el Monasterio de El Escorial. En 1569, cinco años después de haberla acabado, preparó en Toledo una nueva, más reposada, con una clara división en capítulos, que se conserva en Valladolid. Es una obra en la que recoge su historia espiritual, en la que algunos autores han querido ver su vida sin datos biográficos.

En el Convento de San José del Carmen, en Toledo, el día de la Santísima Trinidad de 1577, empezó a escribir *Las Moradas* cuando contaba con sesenta y dos años, a instancias del padre Gracián y con conocimiento de su confesor, el doctor Alonso Velázquez¹³⁵. Fue aquel un periodo de pruebas y sufrimiento, pues estaba enferma y veía amenazada su obra por el acoso ‘de los del paño’, apelativo que empleaba para referirse a los Carmelitas Calzados. Los acontecimientos hicieron que tuviera que interrumpir su redacción, que acabó en Ávila a finales de ese mismo año, la víspera de san Andrés, 29 de noviembre, en el abulense Convento de San José, primera de sus fundaciones.

Desde que inició su redacción hasta su terminación transcurrieron seis meses, pero, por las circunstancias antes apuntadas, solo dedicó a su elaboración dos meses reales, el de junio en Toledo y el de noviembre en Ávila, pues coincidió con el momento más borrascoso de su vida y de su labor de reforma, y es en *Las Moradas*, como en ninguna otra de sus obras, donde su escritura fluye como una larga y serena conversación con sus monjas, así nos lo confiesa ella misma en el prólogo cuando anota: “... iré hablando con ellas en los que escribiere” (M. Prólogo 5), cuyo original tuvo en su poder varios años el sevillano Pedro Cerezo Pardo, tal como él mismo declaró¹³⁶.

¹³⁴ “Fue de suerte esta relación, que todos los letrados que la han visto -que eran sus confesores- decían que era de gran provecho para aviso de cosas espirituales, y mandáronla que la trasladase e hiciese otro librito para sus hijas -que era priora- adonde les diese algunos avisos” (CC 53.8). Y también lo escribió por deseo de sus monjas: “... me han tanto importunado los haga (...) ha sido tanto el deseo que las he visto y la importunación, que me he determinado a hacerlo” (CE Prólogo 1); texto que, con alguna variante, figura en el *Códice de Valladolid*: “... me han tanto importunado les diga algo de ella que me he determinado a las obedecer” (CV Prólogo 1).

¹³⁵ Alonso Velázquez, nacido en Tudela de Duero (Valladolid) en 1533, graduado en Artes y Teología en 1552, canónigo lectoral y magistral de la Catedral de Toledo, obispo de Osma en 1578, nombrado en 1583 arzobispo de Santiago de Compostela y fallecido en Talavera de la Reina (Toledo) en 1587 (VIVANCOS GÓMEZ, Miguel C. [OSB]. “Velázquez, Alonso”. En: [Real Academia de la Historia]. *DB-e* [fecha de consulta 14/05/2019].

¹³⁶ “... y que el original del libro de *Las Moradas* ha tenido este testigo muchos en su poder escrito todo de letra de la dicha Madre, y así entiende todos son suyos, porque la frasis es toda una”. Declaración de Pedro Cerezo Pardo. Proceso de Sevilla, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 160. 1935).

Otro escrito de Teresa fue el de las *Meditaciones sobre los Cantares*, que a pesar de su título no es ni un comentario ni un análisis del *Cantar de los Cantares*, sino consideraciones personales sugeridas por frases del mismo que había redactado varias veces y corrían las copias por sus conventos, cuando recibió del padre Diego de Yanguas la orden de quemarlo. En su correspondencia hace referencia a este texto:

“¿Por qué no me dice si ha dado por bueno el libro pequeño quien dijo lo estaba el grande?¹³⁷ Hágame señalar lo que se ha de quitar, que harto me he holgado no se hayan quemado (...) La gloria de mi Señor quiero y que haya muchos que le alaben, y querría cierto conociesen mi miseria” (Carta 88.11. Sevilla, 28/08/1575, a la madre María Bautista, en Valladolid).

María de San José [Dantisco] declaró:

“Y el padre fray Diego de Yanguas dijo a esta testigo, que la dicha Madre había escrito un libro sobre los Cantares, y él pareciéndole que no era justo que mujer escribiese sobre la Escritura, se lo dijo, y ella fue tan pronta en la obediencia y parecer de su confesor, que lo quemó al punto”¹³⁸.

La orden de quemarlo fue muy posterior, en 1580, pero escaparon varias copias de la hoguera, entre ellas la que llevaba la censura del padre Domingo Báñez, que fue a parar a manos de la duquesa de Alba:

“Que sabe que la dicha Madre escribió el libro de su Vida y Moradas y el Camino de Perfección para sus monjas, que todo anda impreso. Y lo sabe porque en muriendo la dicha Madre, le depositó en poder de su excelencia el padre fray Antonio de Jesús, entonces provincial suyo, y todo estaba escrito de su propia mano de la dicha Madre, y su Excelencia le dió para sacar copias de él para sus monasterios, y después se imprimió, estando ya aprobado por la Santa Inquisición, como lo oyó decir por cierto”¹³⁹.

Poco se conoce de las *Exclamaciones*, que fue escrito en 1569, año en el que fundó los conventos de Toledo y Pastrana y en el que pasó una temporada en Ávila; se desconoce en cuál de ellos las escribió, posiblemente en diferentes tiempos y lugares. María de San José [Dantisco] declarará:

“He visto de la letra de la misma madre Teresa el libro de las Fundaciones y el del Camino de Perfección y unas Exclamaciones, que están al cabo de sus obras, y es cosa muy pública y sabida que ella misma los escribió y compuso, y así lo han dicho a esta testigo sus confesores. Y asimismo escribió su Vida y Las Moradas por orden de sus confesores y prelados. Y ha oído decir que por la estimación que de ellos hay, que el libro original de la Vida y

¹³⁷ El padre Domingo Báñez había aprobado el *Libro de la Vida*, ‘el libro grande’, con fecha 7 de julio de 1575; luego aprobó también ‘el libro pequeño’, a saber *Meditaciones sobre los Cantares*, del que aquí se habla.

¹³⁸ Declaración de María de San José [Dantisco]. Proceso de Madrid, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 320. 1935).

¹³⁹ Declaración de María Enríquez, duquesa de Alba. Proceso de Valladolid. 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 3: 348. 1935).

Fundaciones su Majestad los trajo al Escorial para ponerlos allí como otros muchos de grande estima”¹⁴⁰.

Pero solo hay noticia de unos fragmentos insignificantes.

Visita de Descalzas fue otro librito escrito por orden del padre Gracián, en el que se recogen unos avisos que había de tener en cuenta el prelado que quisiera visitar un convento de Descalzas, edificándolas en su vida en comunidad, y por las que él mismo se guió durante el tiempo en que fue visitador. Fue escrito en Toledo durante el mes de agosto de 1576: “La manera de el visitar las descalzas está como enseñada de Dios. Sea por todo bendito” (Carta 116.1. Toledo, [finales]/08/1576, al padre Jerónimo Gracián, en Toledo). Está escrito en cuartillas, donde recoge consejos y sugerencias a los visitantes.

Los Avisos son escritos que ella dirigía a sus monjas, del mismo carácter de las *Apuntaciones*, notas que la Santa solía tomar de diversa procedencia para su provecho espiritual. El padre Gracián, refiriéndose a esta obra de Teresa -y a otras-, reconoce que, cuando ella vivía, le rogó muchas veces, que los leyese y corrigiese antes de hacerlos públicos, si tal cosa hubiera de acontecer. El ayudante del padre Gracián en esta labor fue, de inmediato, fray Alonso de los Ángeles, el cual hizo pública la siguiente aclaración:

“... tuvo este testigo en su poder la mayor parte de los escritos que hasta entonces había escrito la dicha Madre, que los había entregado al padre Gracián, religioso de dicha Orden, la cual entiende este testigo se los había entregado para examinarlos como lo tenía ella de costumbre de preguntarlo a personas letradas para asegurar su espíritu. Y lo que este testigo allí leyó, porque lo trasladó casi todo, y escogió con el dicho P. Gracián los avisos que de ella andan impresos”¹⁴¹.

El carácter de estos *Avisos* es del género de las *Apuntaciones*, como se ha apuntado, notas que Teresa de Cepeda solía tomar de diversa procedencia tanto para su provecho espiritual como para integrarlo en su propia reforma. Este valor es el que afirma el padre Gracián al referirse que los daba a sus hijas y éstas los guardaban con mucho rigor.

Con el título de *Apuntaciones* se han recogido notas volantes que se hallaron entre los escritos de Teresa. Se trata de consideraciones que hacía por su cuenta, apuntes de lecturas o notas nemotécnicas. De este género eran quizás los *Avisos*, como se ha apuntado.

Un problema que se le planteó cuando la fundación de San José de Ávila fue el de la regulación de la vida en comunidad en aquel convento, erigido sobre la base de la primera Regla. El breve de fundación, otorgado por Pío V el 7 de febrero de 1562, daba licencia para hacer estatutos y ordenaciones, lícitas y honestas, no contrarias al derecho canónico, y después de hechas y ordenadas, de mudarlas en mejor,

¹⁴⁰ Declaración de María de San José [Dantisco]. Proceso de Madrid, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 327. 1934).

¹⁴¹ Declaración de Alonso de los Ángeles. Proceso de Zaragoza, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 69. 1935).

establecerlas, alterarlas y también abrogarlas en todo o en parte según la calidad de los tiempos, y hacer asimismo otras de nuevo.

Las primeras *Constituciones* las sometió al juicio del padre Domingo Báñez, su confesor, y al parecer de sus amigos Daza, Aranda, Salcedo y Julián de Ávila. Luego las presentó al obispo de la diócesis, Álvaro de Mendoza, el cual las aprobó. El breve, otorgado por Pío V el 17 de julio de 1565, establecía: “con autoridad apostólica determinamos las tales constituciones y ordenaciones, así las hechas como las mudadas, reformadas, alteradas y de nuevo establecidas (...) deberse inviolablemente guardar”.

Cuando en 1567 el general de la Orden, fray Juan Bautista Rubeo, pasó por Ávila, Teresa le presentó sus *Constituciones* para que las aprobase. Relata el padre Ángel de Salazar:

“Este testigo vio y aprobó los capítulos y Regla de los dichos monasterios Descalzos, así de monjas como de frailes, que la dicha madre Teresa presentó ante el General de la dicha Orden del Carmen, que era entonces el maestro fray Juan Bautista Rubeo, el cual general asimismo vio y aprobó la dicha Regla”¹⁴².

La puesta al día la hizo la propia Teresa en el tiempo que precedió a la celebración del Capítulo de separación de los Calzados, creándose provincia nueva, en marzo de 1581, como se sabe por las cartas que en aquellas fechas dirige al padre Gracián. La redacción definitiva, sin embargo, fue obra de los frailes Descalzos presentes en aquel Capítulo, que las adaptaron a las normativas jurídicas del Concilio de Trento. El capítulo III se ocupa de los ayunos y penitencias, el VI de la vida en común y el VII de las enfermas¹⁴³:

“1. Las enfermas sean curadas con todo amor y regalo y piedad, conforme a nuestra pobreza, y alaben a Dios nuestro Señor cuando lo proveyere bien; y si les faltare lo que a los ricos tienen de recreación en las enfermedades, no se desconsuelen, que a eso han de venir determinadas; esto es ser pobres, faltarles, por ventura, al tiempo de mayor necesidad.

2. En esto ponga mucho cuidado la madre priora, que antes falte lo necesario a las sanas que algunas piedades a las enfermas. Sean visitadas y consoladas de las hermanas. Póngase enfermera que tenga para este oficio habilidad y caridad.

3. Las enfermas procuren entonces mostrar la perfección que han adquirido en salud, teniendo paciencia y dando la menos importunidad que puedan, cuando el mal no fuere mucho. Estén obedientes a la enfermera, por que ellas se aprovechen y salgan con ganancia de la enfermedad.

4. Tengan lienzo y buenas camas, digo colchón y sean tratadas con mucha limpieza y caridad” (Cs.7).

Para escribir sus *Constituciones* Teresa tuvo en cuenta las que se observaban en el monasterio de la Encarnación de Ávila, la legislación y costumbres de otras órdenes

¹⁴² Declaración de Ángel de Salazar. Proceso de Valladolid, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 2. 1935).

¹⁴³ De forma similar está redactado el mismo capítulo en las *Constituciones* de los frailes.

religiosas y los consejos de personas doctas, pero es difícil establecer en concreto hasta donde llega la inspiración ajena, salvo en la parte penal.

El *Desafío Espiritual* fue escrito durante su priorato en la Encarnación de Ávila, teniendo de confesor a san Juan de la Cruz, entre 1572 y 1573. En cuanto al destinatario, a pesar de algunas posiciones al respecto, no está claro, pareciendo mayoritaria la opinión de que serían los frailes y monjas de Pastrana.

El *Vejamen* es en realidad una carta que ella escribió en Toledo, a mediados de enero de 1577, respondiendo a una misiva de sus descalzas de San José de Ávila, en cuyo locutorio se habían reunido, por las Pascuas de Navidad de 1576, los mejores amigos para discutir con ellas el sentido de ciertas palabras 'Búscate en Mí', que la Santa había entendido en la oración. Los concurrentes fueron Francisco de Salcedo, Julián de Ávila, Lorenzo de Cepeda y san Juan de la Cruz, ante el ordinario de Ávila, Álvaro de Mendoza. Ella dio, además, más adelante, su propia solución en la poesía: "Alma, buscarte has en Mí / y a Mí buscarme has en ti".

En otro estilo, Teresa era trazadora de versos que componía para cantar y animar así la vida de las monjas y novicias, para celebrar las festividades. Tienen estas composiciones un tono y un talante populares, una gracia natural y sencilla, son villancicos, canciones y romances vueltos a lo divino. Debió escribir muchos versos, muchos más de los que se conservan y se le atribuyen. Su labor poética sirvió así mismo de estímulo y acicate a sus monjas y novicias, entre las que surgieron también diestras trazadoras de versos, por ejemplo su compañera, secretaria y enfermera Ana de San Bartolomé, quien escribe:

"No era amiga de gente triste, ni lo era ella, ni quería que nadie en su compañía lo fuese. Decía: 'Dios me libre de santos encapotados'. Sacaba pláticas de Dios por los caminos, de suerte que los que suelen ir jurando y travesando gustaban más de oírla que de todos los placeres del mundo, que así se lo oí yo decir a ellos" (URKIZA, 1998: 52).

Era en sus viajes cuando mostraba más su afán de levantar los ánimos con letrillas y tonadas. Así, en su viaje de Beas de Segura a Sevilla: "Todo se pasaba riendo y componiendo romances y coplas de todos los sucesos que nos acontecían, de que nuestra Santa gustaba extrañamente" (SAN JOSÉ, [1600-1603]: 9).

Ella misma hace alguna referencia a sus composiciones, por ejemplo:

"Gran fiesta tuvimos ayer con el Nombre de Jesús; Dios se lo pague a vuestra merced. No sé qué le envíe por tantas como me hace, si no es esos villancicos que hice yo, que me mandó el confesor las regocijase, y he estado estas noches con ellas y no supe cómo sino así. Tienen graciosa sonada, si la atinare Francisquito [hijo de su hermano Lorenzo], para cantar (...) Pensé que nos enviara vuestra merced el villancico suyo, porque éstos ni tienen pies ni cabeza, y todo lo cantan. Ahora se me acuerda uno que hice una vez estando con harta oración, y parecía que descansaba más. Eran (...) ya no sé si eran así, porque vea que desde acá le quiero dar Recreación" (Carta 172, 14 y 23. Toledo, 02/01/1577, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Ávila)¹⁴⁴.

¹⁴⁴ Este villancico es el siguiente: "¡Oh hermosura que excedéis / a todas las hermosuras! / Sin herir dolor hacéis, / y sin dolor deshacéis / el amor de las criaturas. / ¡Oh ñudo que así juntáis / dos

Y a las monjas de Sevilla, tras unas recientes Navidades, advierte que le han de enviar el acostumbrado villancico:

“He mirado cómo no me envían ningún villancico, que a usadas no habrá pocos a la elección, que yo amiga soy que se alegren en su casa con moderación, que si algo dije fue por algunas ocasiones” (Carta 330.12. Malagón, 01/02/1580, a la madre María de San José, en Sevilla).

Las coplas ocasionales de la Santa debieron ser incontables, pues cualquier acontecimiento conventual le daba pie: recreaciones, procesiones claustrales, profesiones, Navidad, fiestas de los santos, velaciones¹⁴⁵ y cualquier otro acontecimiento conventual¹⁴⁶. Como no era ella sola la versificadora, que había otras tan diestras como ella, en los arcones de cada monasterio se fueron acumulando estas composiciones anónimas. Los primeros biógrafos y panegiristas de nuestra protagonista nos dejaron testimonio de su capacidad poética¹⁴⁷.

Después de haber escrito en el *Libro de su Vida* la fundación de San José de Ávila, posiblemente no pensó escribir más, pero vuelven a intervenir sus confesores en su quehacer de escritora; durante su estancia en Salamanca, fue el padre Francisco Ribera, jesuita que fue rector de su Universidad y primer biógrafo de la Santa, quien le insta a escribir el relato de sus *Fundaciones*, así que de mala gana empezó a hacerlo cuando llevaba fundados ocho conventos: Medina, Malagón, Duruelo, Valladolid, Toledo, Pastrana, Salamanca y Alba, y al abandonar Salamanca interrumpió su redacción que no reanudaría hasta mucho después en Toledo, a instancias esta vez del padre Gracián, para que completara la relación incorporando las nuevas fundaciones. Es un libro escrito por entregas, iniciado en 1573 y acabado en 1582:

cosas tan desiguales! / No sé por qué os desatáis, / pues atado fuerza dais, / a tener por bien los males. / Juntáis quien no tiene ser / con el Ser que no se acaba: / sin acabar acabáis, / sin tener que amar amáis, / engrandecéis nuestra nada” (Teresa de Jesús, 2011: 1363).

¹⁴⁵ “Y vio asimismo que para festejar más aquellas fiestas y alegrar honestamente a sus hijas, hacía en estas fiestas sus coplas en alabanza de los Santos, y las hacía a sus hijas que las cantasen en las hermitas”. Declaración de Isabel Bautista. Proceso de Ávila, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 533. 1935).

¹⁴⁶ “En estas fiestas hacía muchos regocijos y componía algunas letras en cantarcitos a propósitos de ellos y nos lo hacía hacer y solemnizar con alegría”. Declaración de Ana de Jesús. Proceso de Salamanca, 1596 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 474. 1934).

¹⁴⁷ “Quería que tuvieran cada día su tiempo señalado para la recreación y que cantasen en las fiestas de los santos e hiciesen coplas. Mas como gustaba de dar ejemplo en todo, hacíalos ella misma y los cantaba en unión de sus monjas, sin instrumento ninguno de música, sino acompañados con la mano, dando ligeras y suaves palmadas, para llevar compas y hacer cierta armonía, como puede desprenderse de una nota al *Códice de Cuerva* donde se lee: ‘Una víspera de esta fiesta [de la Circuncisión], estando las religiosas la noche en recreación, salió la Santa de su celda (...) danzando y cantando, e hizo que el convento la ayudase (...) El danzar que entonces y aquellos tiempos la Santa Madre y sus hijas usaban, no [era] arregladamente ni con vigüela, sino daban unas palmadas, como dice el rey David, *omnes gentes plaudite manibus*, y discurría así con [más] armonía y gracia de espíritu que de otra cosa” (TERESA DE JESÚS, 1759; *fide* Baciero, 1982).

Nos inclinamos a pensar que acaso tocaran algunos instrumentos de percusión como panderos, castañuelas o sonajas, de los que abundan en sus conventos. De lo que sí hay constancia es de los que se exhiben, por ejemplo, en el ‘Relicario teresiano’ ubicado en la primera de sus fundaciones, el convento de San José de Ávila, o las castañuelas que se conservan en el Museo de Malagón. Es fácilmente presumible que también utilizaran como instrumento alguno de los utensilios de la cocina, como pueda ser el almirez.

- En Salamanca, 1573, redacta los capítulos 1 a 9.
- En Ávila, 1574, los capítulos 10 a 19.
- En Toledo, 1576, los capítulos 20 a 27.
- En Villanueva, Palencia, Soria y Burgos. 1580-1582, capítulos 28 a 31.

Constituye un modelo de narrativa. Además de las dimensiones morales y espirituales del libro y de la densidad de las consideraciones psicológicas características de todos los escritos de Teresa de Ávila, destaca en este caso el enorme valor documental del texto, pues va narrando la historia de un grupo de mujeres que van fundando y estrenando carmelos en Castilla, La Mancha y Andalucía. Nos relata viajes y aventuras, y nos habla de arrieros, ventas, caminos, etc.

Es la postrera obra de la Santa, concluida pocos días antes de su tránsito a la otra vida. El libro va destinado esencialmente a sus lectores carmelitas que han compartido con ella caminos, carromatos, ideales y fundaciones. Es un diálogo abierto, sobre todo con sus monjas.

La madre Teresa nos deja en las *Fundaciones* una fuente primordial para rastrear aspectos fundamentales de aquella España de la segunda mitad del siglo XVI, complicada y conflictiva, compelida a desempeñar misiones imperiales y dividida internamente por ásperos debates sobre la unificación estatal, la conquista de América, las guerras de los Países Bajos, el papel de la Inquisición, etc. Nos deja un bosquejo claro de los españoles en su tiempo; en primer lugar, de los círculos eclesiásticos y monacales, de la aristocracia y de los mercaderes, de las comunicaciones y las posadas, etc. Las *Fundaciones* se tornan así en un documento de primera mano, fresco y palpitante, para seguir el clima postridentino de una España bien definida en este sentido. Rivalidades internas de órdenes religiosas, enfrentamientos más profundos entre un monarca celoso de su patronato y pontífices que quieren llevar la reforma por otros caminos, superpoblación clerical de algunas ciudades, interés vanidoso de algunos grandes -de sus mujeres, más que nada- por contar con su fundación como otro marchamo más del esplendor de su Casa, abordando también el tema de la honra, del linaje, etc.

Este libro no se publicó en la edición de fray Luis de León. Nos podemos preguntar ¿Por qué? ¿Cuál fue la razón? No la sabemos, aunque se argumentó como inconveniente el hecho de vivir aún muchas personas que nombra Teresa y las excesivas ocupaciones de fray Luis. Justificaciones endebles que no satisfacen a nadie. La primera edición es de 1610, en casa de Rioger Velpio y Huberto Antonio, en Bruselas, pero hasta después de los avances realizados por Vicente de la Fuente (1817-1889), el texto más fiable fue publicado por el padre Silverio de Santa Teresa (1878-1954) en 1918.

La materialización de estas fundaciones en las que universalizó su ideal de paz, oración y sensibilidad eclesial la llevó a cabo con esfuerzo, pues fueron muchas las dificultades. Inconvenientes que empezaban con la misma preparación de los viajes dada la infraestructura caminera de España¹⁴⁸.

¹⁴⁸ Si el *Libro de las Fundaciones* constituye un documento histórico -y lo es-, es en esta cuestión de las comunicaciones en el que arroja una luz más clara. En principio, porque es un aspecto de la historia de España inexplicablemente no muy explorado. En segundo lugar, porque los viajeros del siglo XVI, de los que constan sus itinerarios, fueron viajeros privilegiados, no el caminante normal y corriente que

Por otro lado es necesario considerar el impacto provocado por el descubrimiento de América en la Europa de comienzos de la Edad Moderna, en sus distintos aspectos, lo que no es fácil plasmar en pocas palabras, pero del que vamos a tratar de hacer un ajustado resumen: nuevas tierras, nuevas gentes, fuente de abastecimiento de materias y productos, nuevos alimentos, nuevas drogas y un prometedor campo de expansión para las actividades empresariales, tal y como hemos recogido en la introducción¹⁴⁹.

El esplendor y la miseria de las bulliciosas calles de Sevilla, con una población de 100.000 o más habitantes a finales del siglo XVI, proporcionaron el más impresionante testimonio visual en toda Europa del impacto de América en la vida de este siglo. Muchas de las personas que llegaron a Sevilla tenían como meta esta ciudad; pero para muchos otros no constituía más que un lugar de paso como salida hacia una forma diferente de vida y hacia nuevas oportunidades al otro lado del Atlántico. Parece ser que cerca de 200.000 españoles emigraron al continente americano durante este

fue santa Teresa y, en tercer lugar, porque entonces viajar por placer no se concebía y sólo se ponían en camino cuando había necesidad de ello. Lo que sí resulta evidente es que los viajes se hacían por auténtica necesidad.

Sobre los caminos recorridos por nuestra reformadora nos ha dejado ella misma testimonio en sus obras, especialmente en este *Libro de las Fundaciones*, en su *Vida* y en su *Epistolario*. También sus biógrafos han hecho hincapié en ello: sus dificultades, las distancias, las ventas y posadas, los medios de transporte, las peripecias, etc.

Para fundar necesitaba Teresa moverse de un lugar a otro, siendo la configuración vial diferente de una zona a otra y diferente también el estado de las infraestructuras. Antonio Domínguez Ortiz es muy crítico con las cuestiones de la comunicación y el transporte en aquella época, a cuyo parecer solo experimentaron mejoras de detalle y la red viaria no era sustancialmente distinta de la que fue en tiempos del emperador Augusto (DOMÍNGUEZ ORTIZ, 1973: 88). Así, la red vial en la zona delimitada por Burgos, Zamora, Salamanca, Ávila y Toledo era buena y es precisamente en el eje Bilbao-Burgos-Toledo-Sevilla donde nos encontramos la mayoría de las fundaciones, a excepción de Caravaca en Murcia, Villanueva de la Jara en Cuenca y Beas de Segura en Jaén. Además, conviene indicar la existencia en aquella época del desdoblamiento, a partir de Malagón, de la carretera que bajaba a Andalucía en dos ramales: uno hacia Córdoba y Sevilla y otro hacia Jaén y Granada.

Esta red vial, que pudo haber tenido su origen en las primitivas calzadas romanas, fue mejorada en tiempo de los Reyes Católicos a fin de facilitar el tránsito de mercancías, pero a pesar de ello, contaba con pocas posadas y mal acondicionadas; a veces tan sólo consistían en una posta para cambiar de montura, una sala común para resguardarse del frío o del calor y alguna habitación, siempre incómoda, y rara vez comida, razón por la cual nos encontraremos en las obras de Teresa referencias al hecho de que, antes de salir de viaje, la comitiva se dotaba de provisiones, que en ocasiones adquirirían por el camino antes de llegar al albergue, donde una de las hermanas guisaba para todas.

Si a las propias deficiencias viarias -falta de firme, caminos de tierra, escasa anchura, etc.- unimos las condiciones climatológicas, nos encontramos con unos caminos polvorientos e incómodos de recorrer en el estío, mientras que en el invierno el barro, la lluvia y otros obstáculos podían llegar a cortar el camino, como unas ramas de árbol caídas o una rambla desbordada, lo que conllevaba el retraso en los viajes y a veces los hacían imposibles de llevar a cabo.

¹⁴⁹ Para acercarse a los aspectos relativos a la interacción entre estos dos mundos es necesaria la lectura de los historiadores de Indias, fundamentalmente José de Acosta (1540-1600), fray Bartolomé de las Casas (c. 1484-1566), Pedro Cieza de León (1520-1554), Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478-1557), Francisco López de Gomara (1511-1566), Felipe Guaman Poma de Ayala (1534-1615), Juan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui Salcamaygua (XVI-XVII), Gómez Suárez de Figueroa [alias Inca Garcilaso de la Vega] (1539-1616), y así un largo etcétera entre aquellos que hacen referencia en sus escritos al Virreinato del Perú, en el que sirvieron como hombres de armas los hermanos de santa Teresa.

siglo. Se trataba de hombres emprendedores y con iniciativa, que deseaban arriesgarse viviendo otra forma de vida, en un medio extraño, pero con el claro objeto de mejorar su situación. Algunos buscaban salir de su pobreza, otros, sin embargo, como los ocho hermanos de Teresa, quizás fueron llevados por el deseo de salir de los restringidos convencionalismos sociales de un país en donde la antigüedad y la limpieza de sangre eran tan importantes¹⁵⁰. Aunque el número de emigrantes establecido fue relativamente reducido comparado con la población total de Castilla, e incluso si se compara con el número de españoles que dejaron su país para servir en los ejércitos reales, probablemente cerca de 8.000 cada año durante el reinado de Felipe II (ELLIOT, 2011: 106).

En aquella época era piedra sillar de la sociedad el honor, y su contrapartida, la vergüenza; de manera que el principal objetivo era el de llevar una vida honrosa y su quiebra implicaba la citada vergüenza. Esta cultura del honor que Teresa de Cepeda abordará en varias ocasiones, tiene sus raíces en códigos anteriores propios de la épica cortesana que venían arrastrándose desde el siglo XII, recogidos por juglares en trovas, romances y en obras literarias, si bien no todas de igual manera; tanto es así que el honor fue el tema literario dominante, de forma que éste emerge de ellas como resultado de la integridad moral y el comportamiento correcto del individuo, no sólo en su versión individual, sino también en la colectiva u honor nacional.

En el *Libro de la Vida* -y demás escritos teresianos-, ‘honra’ no es solo una categoría ideológica o ética, susceptible de ascesis y tratamiento espiritual como podría pensarse, sino que es, además, un complejo fenómeno envolvente, cultural y social, que afecta en diverso grado a las personas y a los diferentes estratos de la vida familiar, eclesiástica, política y religiosa. Hasta el punto de que Manuel Fernández Álvarez, refiriéndose a este hecho, hace mención: “¡Ya estaba el problema del siglo, la cuestión de la honra!” (FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, 1999: 765)

Teresa es hija de aquella sociedad, y por tanto su vida estuvo sometida al principio de este código de la honra. Sin embargo, como pensadora y escritora, reaccionará contra su tiranía social. Como maestra espiritual, le negará su valor humano y propondrá a sus lectoras el ideal de espíritu contra el mito y la falsa moneda de la honra.

En los escritos teresianos, como en el lenguaje corriente de su tiempo, desfila todo un grupo semántico de vocablos en torno a esa cuestión de base o lexema. Los términos más frecuentes son: honra / deshonra / honraza / punto de honra / honroso / honrado / deshonado / honrar / deshonar, etc. Como vemos es importante el

¹⁵⁰ Muchos son los autores, como es el caso de Fernando GARCÍA DE CORTÁZAR y José Manuel GONZÁLEZ VESGA (2014), que atribuyen, al solo hecho de su origen judeoconverso, la causa única de su salida hacia las Indias Occidentales de todos los varones de la familia para evitar el acoso y el hostigamiento por conversos, pareciendo olvidar que entonces había en España muchos de ellos y si bien es cierto que pudieron estar en el punto de mira de la Inquisición y de una sociedad en gran medida sacralizada, solo fueron objeto de persecución aquellos que judaizaron. Entendemos, sin embargo, que no fue sola esta razón la que impulsó a los hermanos Cepeda y Ahumada a emigrar, ni siquiera la más importante ni la que detarminó su partida, sino la maltrecha economía de la familia, la quiebra económica, insuficiente a todas luces para sacar adelante tan numerosa prole. Huir de la pobreza, como hemos apuntado en este mismo párrafo, fue el elemento fundamental para tomar esa decisión, además del espíritu aventurero que enmarcaba aquella sociedad.

concepto de 'honor', pero no utiliza el término pundonor.

Honra no siempre conlleva significado peyorativo. Tiene acepción bivalente. Equivale, a veces, a honor, por ejemplo, la 'gloria y honra' de origen bíblico, incluso lo pondrá en boca del Señor, en momentos solemnes: "mi honra es ya tuya y la tuya mía" (CC, 29). Pero las más de las veces designa el fenómeno ético-social que ahora nos interesa, y que ella etiquetará frecuentemente como 'negra honra' o 'negros puntos de honra'.

Por su condición social y por su educación familiar, Teresa era 'honrosa', es decir, amiga de la propia honra y escribe, cuando decidió hacerse monja en contra de la voluntad de su padre: "Tan honrosa que no me parece tornara atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez" (V. 3.7). Pero ya cuando era adolescente había surgido este tema: "en querer ésta [la honra] vanamente, tenía extremo (...) aunque le tenía mayor de [perder] la honra" (V.2.4).

Tan arraigado llevaba ese anhelo de clase, que parece no haberlo sacrificado en sus primeros años de vida religiosa. En el monasterio de la Encarnación ella pertenecía a la clase de las 'doñas'. En una velada autocrítica escribe de esos años:

"Parece que dejamos la honra en ser religiosos (...) y no nos han tocado en un punto de honra, cuando no se nos acuerda la hemos ya dado a Dios" (V. 11.2).

Y de sí misma, relacionándola con las ofensas, escribe:

"Mas, Señor mío, ¿si habrá algunas personas que me tengan compañía y no hayan entendido esto? Si las hay, en vuestro nombre les pido yo que se les acuerde de esto y no hagan caso de unas cositas que llaman agravios, que parece hacemos casas de pajitas, como los niños, con estos puntos de honra ¡Oh, váleme Dios, hermanas, si entendiésemos qué cosa es honra y en qué está perder la honra! Ahora no hablo con nosotras -que hartó mal sería no tener ya entendido esto-, sino conmigo, el tiempo que me precié de honra sin entender qué cosa era; ívame al hilo de la gente. ¡Oh de qué cosas me agraviaba, que yo tengo vergüenza ahora! Y no era, pues, de las que mucho miravan en estos puntos; mas no errava en el punto principal, porque no mirava yo ni hacía caso de la honra que tiene algún provecho, porque esta es la que hace provecho a el alma. Y que bien dijo quien dijo que honra y provecho no podían estar juntas -aunque no sé si lo dijo a este propósito-, y es al pie de la letra; porque provecho del alma y esto que llama el mundo honra nunca puede estar junto. ¡Cosa espantosa es que al revés anda el mundo! Bendito sea el Señor, que nos sacó" (CV. 36.3).

Importante toque de atención sobre el hecho de sentirse agraviado a causa del concepto personal de honra y no tanto por la causa objetiva que lo provocó, de manera que las causas invocadas para justificar el agravio no guardaban proporción entre causa y efecto, siendo frecuentemente desmedida o desproporcionada, pudiendo tener su origen en cuestiones baladíes.

La superación de ese imaginario código de honor social será uno de los logros de su conversión, hacia los cuarenta años de edad. Influyó además en su cambio de nombre. A su hermano Lorenzo le escribirá poco después: "... una monjuela como yo, que ya tengo por honra, gloria a Dios, andar remendada" (Carta 2.1. Ávila,

23/12/1561, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Quito) y así consta en el poema 'Vuestra soy' cuando en la quinta estrofa escribe:

"Dadme muerte, dadme vida: / Dad salud o enfermedad, / Honra o deshonra me dad, / Dadme guerra o paz cumplida, / Flaqueza o fuerza a mi vida, / Que a todo diré que sí. / ¿Qué queréis hacer de mí?"¹⁵¹

Incide sobre ello una y otra vez, no se cansa:

"Parece atrevimiento pensar yo he de ser alguna parte para alcanzar esto. Confío yo, Señor mío, en estas siervas vuestras que aquí están, y sé no quieren otra cosa ni la pretenden, sino contentaros; por Vos han dejado lo poco que tenían, y quisieran tener más para servirlos con ello. Pues no sois Vos, Criador mío, desagradecido para que piense yo dejaréis de hacer lo que os suplican, ni aborrecistes, Señor, cuando andávades en el mundo las mujeres, antes la favorecistes siempre con mucha piedad. Cuando os pidiéramos honras, no nos oyáis, u rentas, u dineros u cosa que sepa a mundo; mas para honra de vuestro Hijo, ¿por qué no nos havéis de oír, Padre Eterno, a quien perdería mil honras y mil vidas por Vos?" (CV. 3.7).

No es propósito de estas líneas exponer en toda su envergadura esta cuestión, sino únicamente apuntar, en modo general, lo que para aquella sociedad española suponía el afán de honra como factor determinante de la vida social y personal. Como aglutinante, y a la vez disolvente, de esta vida social era el resultado de la estructura piramidal de la sociedad, organizada en estratos superpuestos, desde el pechero hasta el rey. Cada clase social constituía un escalón. Cada grado superior comportaba honra y dinero por encima de la clase inferior. La honra se expresaba en títulos y en gestos. Si los títulos no eran respetados, se producía la afrenta. Pero la deshonra podía provenir por otras degradaciones de orden social o moral, diferentes en el hombre y en la mujer. La honra ofendida se vengaba con la espada y a veces con la vida, tal y como aparece reflejado en la novela y en el teatro de aquella época¹⁵².

De esta manera, Miguel de Cervantes (1547-1616) relata al tratar del manchego caballero don Alonso Quijano:

"Rematado ya su juicio, vino a dar con el más extraño pensamiento que jamás dio loco alguno en el mundo, y fue que le pareció concebible y necesario, así como para el aumento de su honra como para el servicio de la república hacerse caballero andante, e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar aventuras y ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, y poniéndose en ocasiones en peligros donde, acabándolos, cobrase nombre eterno y fama" (CERVANTES, 1605: cap. 1).

Teresa está convencida de que la tentación de la honra también existía dentro de los muros de los monasterios; con el riesgo que suponía:

¹⁵¹ Parece ser que Julián de Ávila solía cantar estos versos por los caminos que con la Madre recorrió, como fiel escudero, a lo largo de muchas de sus fundaciones (TERESA DE JESÚS, 1986: 504).

¹⁵² Como hemos visto, toda la obra de la Santa, incluso sus poemas, están impregnados de su postura ante la honra, tal y como ésta era entendida en aquella sociedad estamental. Para mayor abundamiento pueden leerse los capítulos 20 y 31 del *Libro de la Vida*, donde de manera más extensa que la aquí expuesta, se encuentran jugosos comentarios de la Madre.

“Mas mirad, hermanas, que no nos tiene olvidadas el demonio; también inventa sus honras en los monasterios y pone sus leyes; que suben y bajan en dignidades como los del mundo” (CV. 36.4).

Y así, entre sus advertencias sobre aquellas cosas que pudieran dar al traste con la vida de la comunidad, llama la atención de sus hijas para que estuviesen alerta sobre las mismas y, en particular, sobre los problemas de la honra, dejando escrito:

“... y en cualquiera de estas cosas que dure, u bandillos, u deseo de ser más, u puntito de honra (que parece se me huela la sangre cuando esto escrivo de pensar que puede en algún tiempo venir a ser, porque veo es el principal mal de los monasterios)” (CV. 7.10).

Posiblemente la experiencia más dramática que Teresa de Cepeda vivió muy directamente, en relación con el rechazo al linaje, tuvo lugar durante la fundación del convento de Toledo, en 1570, momento en el que se encontró con una importante oposición, rayana en la intransigencia o intolerancia, debido a los antecedentes conversos de sus promotores, pero que se resolvió como ella relata:

“Estando en el monasterio de Toledo, y aconsejándome algunos que no diese el enterramiento de él a quien no fuese caballero, díjome el Señor: ‘Mucho te desatinará, hija, si miras las leyes del mundo. Pon los ojos en mí, pobre y despreciado de él. ¿Por ventura serán los grandes del mundo grandes delante de mí? ¡Oh! ¿Havéis vosotras de ser estimadas por linajes o por virtudes?’ (CC. 5a)¹⁵³.

Se ha dicho que era una sociedad estamental y jerarquizada, de manera que en un escalón más alto, por encima del pueblo llano, se encontraba la nobleza nueva. Es cierto que la condición de noble tenía una base jurídica, pero se podía adquirir, y nunca fue tan fácil hacerlo como en la primera mitad del siglo XVI para aquel que se lo pudiera pagar.

En el orden social la riqueza lo decide todo. Desde entonces, la vida social se determinaba más por el contraste entre los ricos y los pobres que por la pertenencia a grupos diversos, haciéndose cada vez más grande la distancia y diferencia entre unos y otros, tanto desde el punto de vista económico como moral, hasta resultar una fosa prácticamente insalvable.

Sin embargo, las barreras que delimitaban la demarcación de las clases sociales no eran tan estancas como puede parecer, sino que -por el contrario- se mostraban bastante porosas, tanto como para permitir que muchos individuos de la clase media pudieran pasar a formar parte de la elite y, por tratarse siempre de casos individuales, cada caso era *sui generis*, siendo muy variadas las sendas que podían conducir a un individuo al respetable mundo de la nobleza, con todo lo que ello conllevaba.

¹⁵³ Además, este episodio aparece descrito en el capítulo 15, párrafo 15 del *Libro de las Fundaciones*, donde incluso nos ofrece el nombre de la persona con la que había tratado de la fundación: Alonso Álvarez, el cual fallecería antes de que tuviera lugar y dejó escrito su deseo de ser enterrado en el convento (Rossi, 1984). Americo CASTRO (1990: 26-28) sostiene que Teresa buscaba pretendidamente compensar con un linaje de orden espiritual la ausencia de otro socialmente estimable, postura que no compartimos pues lo que sucede y queda a la vista es el paralelismo, la concordancia y la coherencia de la postura de la Santa con el Evangelio, su postura es consecuente con lo que ella vive y con los postulados de la reforma que está llevando adelante.

En relación con la población judía cabe decir que las grandes aljamas de siglos anteriores o habían desaparecido o habían perdido su esplendor. Las juderías más importantes eran las de Segovia, Toledo¹⁵⁴, Trujillo, Guadalajara, Ocaña, Almazán, Soria y Ávila¹⁵⁵ (PÉREZ, 2009: 80). No todos los judíos vivían en ciudades, grandes o pequeñas; muchos de ellos habitaban en núcleos rurales y se dedicaban a actividades relacionadas con la agricultura o eran propietarios de ganados, aunque si parecía haber especialidades judías, entre ellas la medicina.

El *Libro de las Fundaciones*, por tanto, se elaboró en un tiempo dilatado. Es el libro de su madurez, de la última década de su existencia, y se cierra cuando su vida terrena está a punto de concluir. Describe en ella con fidelidad el origen de una reforma nacida como servicio a la Iglesia en un momento crucial; pero es a su vez una fuente para revivir la historia de la Iglesia y Castilla en un momento singular: rivalidades entre Roma y Madrid, división radical de la sociedad, pertenencia de Teresa de Cepeda al mundo de los judeo-conversos marginados, caminos terribles y posadas que la recuerdan al infierno, predilección por ciudades ricas y bien pobladas, resistencia a fundar en núcleos rurales, evolución de su pensamiento, etc.

Al final plegó el libro al relatar la larga fundación de Burgos, con la idea, pensamos nosotros, de continuar con aquella que tenía pendiente desde hace algún tiempo, la de Madrid, pero los designios fueron otros.

A modo de colofón sobre su itinerante existencia a causa de sus fundaciones, las nuevas y las visitas a las existentes, reproducimos lo que dejó escrito la toledana Ana de San Bartolomé:

“Esta pobre hermana en los caminos gozó bien de lo que el Señor le había dicho: que en compañía de la Santa en los cinco o seis años postreros de su vida anduviese ya tan falta de salud y con un brazo rompido -que ni se podía vestir ni tocar, mas podía con el otro escribir algunas cartas porque tenía sano el derecho- así que traía esta hermana el peso de los trabajos de la Santa en los caminos y fundaciones, que en este tiempo se hicieron cuatro de nuevo: Villanueva de la Jara, Palencia, Soria y Burgos, y todos los hechos visitaba la Santa en compañía de esta hermana, que eran distantes unos de otros, que había hartas leguas y tierras que andar y se pasaban los meses en ellos” (URKIZA, 1998: 503).

“Espantábanse mucho los que la acompañaban por los caminos de ver los trabajos e infortunios que se nos ofrecían, que a ellos les hacía desmayar, y ver a la Santa con tan buen ánimo en todo y alentarlos como si no pasara por ella mal ninguno” (URKIZA, 1998: 46)

“Si yo hubiera de decir los trabajos que padeció los años que anduve con ella, no acabaría, que no es nada lo que se cuenta en sus libros; y lo que pasó en Burgos, que fue la postrera fundación que hizo, no es nada lo que se

¹⁵⁴ Menos de mil quinientos individuos seguían viviendo en el antiguo y espléndido barrio judío que ahora resultaba demasiado extenso para ellos, por lo cual familias cristianas fueron paulatinamente instalándose en él.

¹⁵⁵ Con unas tres mil personas, o sea la cuarta o quinta parte de la población, la judería de Ávila era una de las más importantes del Reino (LEÓN TELLO, 1963).

cuenta; a las veces de pobreza, que nos faltaba la comida y las cosas necesarias” (URKIZA, 1998: 349).

En el proceso de beatificación, llevado a cabo en 1595, Ana de San Bartolomé declaró:

“Y que de su pobreza sabe haber salido muchas veces a fundaciones sin dinero ninguno, a menos lo que bastase para el camino, e iba con tanta esperanza y alegría como si llevara todos los tesoros del mundo consigo, fiada en que Nuestro Señor no la había de faltar”¹⁵⁶.

Catalina de los Ángeles [Santarén López] hizo una testificación en el mismo sentido: “Y que oyó decir a personas fidedignas, que salió a fundar algunos conventos de su Orden sin llevar cosa alguna, confiada en el amparo de Nuestro Señor”¹⁵⁷.

Abundando en esta cuestión, Teresita de Jesús depuso: “No temía la pobreza, sino que la amava. Y a los principios fundava las casas y monesterios sin querer que tovesen renta, sino que viviesen de limosna y della se sustentasen. Pero creciendo el número, y la pobreza de los lugares, con parecer de personas doctas y graves la admitió en común”¹⁵⁸, aspecto este último que ya hemos comentado.

Sin embargo, otras muchas propuestas de fundaciones se quedaron por hacer; es lo que hemos dado en llamar ‘lo que pudo haber sido y no fue’. Algunas, por distintos motivos, fueron rechazadas por Teresa y otras porque su tiempo en esta tierra llegó al final.

Regresaba de su última fundación con la intención de fundar en Madrid, proyecto que acariciaba desde antes de 1575¹⁵⁹ y según pasaba el tiempo con más interés, pero no pudo ser, el ‘palomarcito’ de Madrid se fundó cuatro años después de su muerte por Ana de Jesús [Lobera] y el padre Doria.

Fue en Ávila, sin duda, donde escribió la mayoría de su producción literaria, pero a esta ciudad hay que añadir de inmediato la de Toledo, donde comenzó a escribir la segunda redacción del *Libro de la Vida* y *Las Moradas* que terminó en Ávila. En la redacción de las *Fundaciones* hay que asociar otras dos ciudades, Salamanca y Burgos, pues la comenzó en Salamanca, como queda dicho, prosiguió en Ávila y Toledo, para finalizarla en Burgos, última de sus fundaciones.

Por último, haremos referencia a lo que para muchos autores es su tercer escrito de carácter histórico, su *Epistolario*, lleno de la espontaneidad del momento de su escritura que va recogiendo su historia personal, escrito en su mayoría de su propia mano hasta que tuvo que recurrir a un tercero por forzosa necesidad e indicación de los galenos, apelando habitualmente, sobre todo al final de sus años, a Ana de San

¹⁵⁶ Declaración de Ana de San Bartolomé. Proceso de Ávila, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 169. 1934).

¹⁵⁷ Declaración de Catalina de los Angeles. Proceso de Cuerva, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 551. 1934).

¹⁵⁸ Declaración de Teresita de Jesus. Proceso de Ávila, 1595 (SOBRINO. 1: 70. 2008).

¹⁵⁹ Carta 79.10. Valladolid, 02/01/1575, a Teutonio de Braganza, en Salamanca.

Bartolomé, su secretaria y enfermera.

Cartas en las que retrata la realidad de una época y nos muestra todos los frentes que tuvo que atender, y así la vemos dirigirse al Rey, al Cardenal de Toledo, a la aristocracia, a su familia, a sus monjas, a eclesiásticos o a mercaderes, interesándose por cualquier acontecimiento que pudiera tener repercusión en su obra reformadora, en la salud, seguridad y bienestar de todos ellos, etc. Su *Epistolario*, del que desgraciadamente solo parece haberse conservado una mínima parte, constituye su expresión más espontánea. Se trata de una secuencia de misivas que desvelan, a golpe de confidencias, la propia historia personal de la madre Teresa, lo que explica que la mayoría de los datos empleados en esta memoria estén constituidas por referencias a sus cartas (RODRÍGUEZ, 1984).

Seguramente su correspondencia fue el mayor y peor llevado de sus trabajos, hasta el extremo de constituir un cotidiano suplicio, del que nos deja repetidas muestras, de forma que con frecuencia la exige mantenerse hasta altas horas de la madrugada, habitualmente hasta las dos y, no olvidemos, que a las cinco en verano y a las seis en invierno ya estaba en el coro con el rezo de maitines.

¿Tanto esfuerzo requería contestar a su correspondencia? Esta es una de las primeras preguntas que cabe plantearse y que inevitablemente va unida a otra, ya clásica: entonces ¿cuántas cartas escribió? Hay distintas aproximaciones que se mueven dentro de una horquilla muy amplia, pues las 472 cartas y 18 fragmentos publicados no constituyen sino un resto mínimo. Vicente de la Fuente (1817-1889) conjeturaba que escasamente gozaría, en aquel entonces, de la tercera parte de las que debió escribir, unas mil doscientas (FUENTE, 1861). Silverio de Santa Teresa (1878-1954) eleva la totalidad a más de cinco mil cartas (TERESA DE JESÚS, 1939), mientras que para Efrén de la Madre de Dios (1915-1996) y Otger Steggink (1925-2008) el de quince mil sería un número algo corto (TERESA DE JESÚS, 1986)¹⁶⁰ y más recientemente se ha ampliado considerablemente este número, pues Luis Rodríguez Martínez y Teófan Egidio López han estimado un número con un margen muy amplio que va desde las 10.000 a las 25.500 cartas (TERESA DE JESÚS, 2016). A nuestro modesto modo de entender no merece la pena entrar a discutir sobre estas cifras, sin embargo, lo que es verdaderamente lamentable es que no se hayan podido conservar todas o, al menos, la mayoría, pues se sabe que algunas fueron mandadas destruir por su autora en los momentos álgidos de su persecución, a fin de no dar motivos a los Calzados para alimentar su enconada lucha, e intentar, al mismo tiempo, no comprometer a nadie. También hubiera sido deseable poder disponer de la correspondencia recibida por Teresa; pero esto, es harina de otro costal.

La repuesta más acertada es que no sabemos a cuánto pudo ascender su epistolario -y mucho es de temer que no lo sabremos nunca-, por lo que solo puede

¹⁶⁰ Puede parecer exagerada la cifra sugerida por estos autores, teresianistas de reconocido prestigio, pero su razonamiento es el siguiente: “Las referencias continuas a su abrumadora correspondencia diaria nos convencen de que se ha conservado sólo una reducida parte. El número de cartas conocidas, divididas en los últimos veinte años de su vida, daría el exiguo resultado de dos cartas por mes. Del examen histórico de dicho periodo sería más acertado asignar dos cartas por día como término medio, que suman un total de 14.600 cartas; añadiendo luego la correspondencia anterior a 1562, rebasamos las 15.000” (Efrén, Steggink en TERESA DE JESÚS, 1986: [introducción al Epistolario]).

pensarse que nos movemos en el terreno de las conjeturas y aproximaciones, aunque debieron ser muchas más de las que nos han llegado a juzgar por sus comentarios, varias veces repetidos, sobre la carga de trabajo que la suponía el tener todas las noches que dedicarse a contestar la abundante correspondencia, tiempo que sustraía al de su descanso.

Lo que sí sabemos, sobre la base de las que han llegado hasta nosotros, es que el año del que más cartas se conservan es el de 1576. De manera que del total de las conocidas, el destinatario más frecuente fue el padre Jerónimo Gracián (1545-1614), seguido de la madre María de San José (1548-1603) y de su hermano Lorenzo de Cepeda (1519-1580), e inmediatamente a continuación surge el padre Ambrosio Mariano de San Benito (m. 1594) por una carta de diferencia.

En sus obras mayores, que se han analizado muy someramente, aparece ella como maestra, literata, historiadora y mística; en sus cartas, además aparece como madre, amiga, enfermera y fundadora. Es decir, la mujer auténtica y el afán de sus labores cotidianas, sin perder la aureola de santa. Por otra parte, sus cartas descubren, y eso que se ha conservado una parte mínima de su correspondencia, una red de comunicaciones entre conventos reformados y la madre fundadora.

Las cartas de Teresa de Jesús constituyen un escenario, si así se quiere, por el que desfilan no solo los personajes centrales y secundarios de la reforma teresiana, frailes y monjas, sino la sociedad española misma, por ello son documentos de primer orden para reconstruir la historia de España del siglo XVI, todavía no aprovechada en todo su valor en ninguna monografía.

Comentario aparte merece el sistema postal en aquellos tiempos, donde a la infraestructura vial, de innegable influencia en este tema, hay que añadir que los correos reales, que existían, cubrían desigualmente el suelo peninsular; el sistema, en un momento determinado, acabó en régimen de monopolio en manos de la familia Tassis, de origen italiano. Naturalmente se trataba de una organización pensada y puesta en marcha para el servicio de la Administración que, precisamente, en tiempos de nuestra protagonista se convirtió en un servicio abierto al público, sobre todo desde que se dispuso el funcionamiento de las estafetas, método de transporte nuevo por la periodicidad de las expediciones, reglamentadas al principio con un ritmo semanal -de aquí la denominación de ordinario- y por la forma de efectuarlas; pues en lugar de realizar los recorridos un único y mismo mensajero, la correspondencia se remitía mediante varios que se relevaban en diversas paradas de posta; sistema que permitió agilizar la circulación epistolar, asegurar su regularidad y abaratar el precio. Teresa aprovechó las posibilidades que le brindaba el sistema que demostró una rapidez desconocida y superior a la de los restantes métodos:

“Por vía de correo la he escrito; creo llegará más presto que ésta” (Carta 190.1. Toledo, 09/04/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

Sin embargo, en sus inicios el servicio postal dejaba que desear en cuanto a eficacia y eficiencia, pues su utilización solo era factible entre las escasas localidades enlazadas por las carreteras de postas, por ejemplo, entre las grandes ciudades de Toledo y Sevilla. Los enclaves de menor entidad, como Soria, Caravaca, Malagón o Villanueva de la Jara, lugares donde fundó y visitó, no gozaban de la celeridad y frecuencia de este método; por lo que a menudo tuvo que recurrir a los correos

mayores de las ciudades. Pero este sistema solo era válido para la correspondencia normal, no para cuando se trataba de cuestiones delicadas, de dinero, etc., por lo que requería y aconsejaba echar mano de carreteros, arrieros y recueros y, en último extremo, cuando el asunto así lo requería, acudir a los mensajeros propios y ocasionales. Precisamente, la existencia de un activo correo privado tuvo su razón de ser en las deficiencias del correo oficial.

Cabe pensar que esta cuestión: carteros y mensajeros, tienen menos importancia para una lectura comprensiva del epistolario teresiano, pero su intervención no carece de interés, pues la Santa tenía un buen concepto del sigilo epistolar y temía por las emboscadas que, con el andar del tiempo, llegaron a acechar a aquellas cartas en las casas de postas y alledaños.

De los correos mayores nos ha dejado testimonios concretos reconociendo su decisivo papel. Así, en Toledo, hace amistad con Antonio de Figueredo¹⁶¹; en Palencia con Diego de Reinoso¹⁶²; en Burgos con Francisco de las Cuevas¹⁶³. No obstante, los mejores servicios de mensajería se los prestaron personas próximas como Roque de Huertas, guarda mayor de los montes de Su Majestad, Juana Dantisco madre del padre Gracián, el prior de la Cartuja de las Cuevas en Sevilla, el abulense Hernando de Pantoja; así como otros: Gaytán, Ríes o Antonio Ruiz. Particular mención merece la priora de Sevilla, María de San José, para encaminar el nada fácil correo con Indias.

El funcionamiento del correo era importante porque facilitaba el intercambio de información entre sus carmelos y hacía viable la solidaridad interconventual (F. 31.48). Es de suponer que hubiera sido deseable que el sistema fuese mucho más ágil, especialmente para ella y por eso, de forma permanente y continua, persisten sus lamentos por la lentitud de los correos, razón por la que no es infrecuente encontrar en sus cartas comentarios de la índole de que le han llegado varias al mismo tiempo, o le han llegado cartas escritas ya unos días, o si llegan las recientes antes que otras fechadas con anterioridad, por lo que dejó escrito:

“Suplico a vuestra merced lo diga a su pariente, el correo mayor [Diego de Reinoso, correo mayor de Palencia, hermano del destinatario], y le dé un recaudo de mi parte” (Carta 406.4. Ávila, 09/09/1581, a Jerónimo Reinoso, en Palencia).

Igualmente era para quejarse la frecuencia con que le llegaban acumuladas cartas escritas en distintas fechas o de las que deberían haber llegado y no lo habían hecho:

“Dos cartas tuyas me dieron ayer (...) No han venido las que envió por Madrid, adonde venía el memorial o cédula que dice sobre la baraúnda [problemas en la fundación de Sevilla] que ha pasado. Creo no se ha perdido

¹⁶¹ Carta 120.5. Toledo, 07/09/1576, a la madre María de San José, en Sevilla.

¹⁶² Carta 373.5. Palencia, 02/1581, a Pedro de Casademonte, en Alcalá de Henares; Carta 406.4. Ávila, 09/09/1581, a Jerónimo Reinoso, en Palencia.

¹⁶³ Estando hospedadas en el hospital, en Burgos, en espera de la demorada licencia, las ayudó y escribió Teresa: “También nos la hacía [caridad] Francisco de Cuevas, que tenía mucha cuenta con este hospital, que es correo mayor de aquí; el ha hecho siempre por nosotras en cuanto se ha ofrecido” (F. 31.28).

carta [de las enviadas por Teresa] si no es el primer pliego...” (Carta 152.1. Toledo, 26/11/1576, a la madre María de San José, en Sevilla).

“... con deseo de ver carta de por allá, que me parece ha mucho que no he visto ninguna. También tardan los correos en venir acá como en ir allá. A la verdad, todo se hace tarde a quien desea” (Carta 173.1. Toledo, 03/01/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

Nos encontramos de pleno con el problema de cómo hacer llegar la correspondencia a sus destinatarios, algo vital cuando las distancias no permitían el desplazamiento de los interesados para resolver los problemas. Ciudades bien comunicadas eran Medina del Campo y Burgos, pero sin duda el estrellato le correspondía a Toledo, lo que puede explicar que la mayoría de las misivas enviadas por Teresa lo fueron desde esta ciudad¹⁶⁴. La generalidad de las cartas siguen el camino Toledo-Sevilla; pero también había buenas posibilidades con Valladolid, con Ávila y naturalmente con Madrid. Sin embargo, no era así con Beas¹⁶⁵, con Caravaca, Malagón¹⁶⁶ o Villanueva de la Jara¹⁶⁷.

El correo en su acepción de servicio público tiene sus orígenes aquí, y si bien en principio fue adjudicado a la familia Tassis y sus descendientes, sus mejoras, como fue la implantación de las estafetas, provocó desavenencias con la concesión real otorgada, dando lugar a enojosos pleitos entre la Corona y el conde de Villamediana por la propiedad de los ingresos (ALCÁZAR MOLINA, 1928).

Las cartas son, de todos sus escritos, los más espontáneos y humanos. Las cartas comienzan donde los libros acaban y en ellas encontramos los hechos para entenderlos.

La primera edición del *Epistolario* salió de prensas el año 1658, a cargo de Diego Dormer, en dos tomos; en el primero iban cuarenta y una cartas, y en el segundo veinticuatro, curiosamente ordenadas según la dignidad de los destinatarios y enriquecidas con los comentarios prolijos y piadosos del venerable Juan de Palafox (1600-1659). La siguiente edición es de 1674, realizada por el padre Pedro de la Purificación y publicada por Francisco Foppens, en Bruselas, con ciento siete cartas, varias veces reeditada. En 1771, de los tórculos de Josphe Doblado, en Madrid, salió el tercer tomo con ochenta y dos cartas, y el cuarto con setenta y cinco cartas y 87 fragmentos; en 1778 volvió a salir el segundo tomo revisado. A Vicente de la Fuente (1817-1889) se debe, en 1862, la edición, en el tomo 55 de la colección de ‘Autores Españoles’, de cuatrocientas cinco cartas publicadas por orden cronológico (FUENTE, 1862). Entre 1922 y 1924 el padre Silverio de Santa Teresa (1878-1954) re-edita estos documentos añadiendo cartas desconocidas, hasta alcanzar las cuatrocientas cuarenta

¹⁶⁴ Carta 118.7. Toledo, 05/09/1576, al padre Jerónimo Gracián, en Almodóvar del Campo (Ciudad Real).

¹⁶⁵ “Desde allí dicen habrán los mensajeros que en este lugar han faltado, que está muy retirado...” (Carta 80.4. Beas, 11/05/1575, a Álvaro de Mendoza, en Ávila).

¹⁶⁶ “Vuestra reverencia crea que está este lugar tan desviado que no hay que hacer más caso de que yo pueda avisar de nada...” (Carta 325.4. Malagón, 13/01/1580, al padre Nicolás Doria, en Sevilla).

¹⁶⁷ “Y tengo pena también que no sé por dónde podrá escribir vuestra reverencia a la Roda o a Villanueva de la Jara (que es junto)...” (Carta 331.2. Malagón, 08-09/02/1580, a la madre María de San José, en Sevilla).

(TERESA DE JESÚS, 1939). La edición por nosotros utilizada (TERESA DE JESÚS, 1997) cuenta con 472 cartas y 18 fragmentos.

Su epistolario arroja un buen balance de su sensibilidad humana. Cuando su salud no se lo permite recurre a las manos ajenas que son sencillas amanuenses que escriben al dictado y no parece que hayan redactado ‘por encargo’, escribiendo por propia cuenta.

La intervención de las amanuenses sirve de pista para seguir los altibajos de salud o los grandes cansancios de la Santa. Recurre a ellas por primera vez al comienzo de las fundaciones, tras la grave enfermedad contraída en Rio de Olmos (Valladolid):

“Ni lugar ni fuerza tengo para escribir mucho, porque a pocas personas escribo de mi letra. Poco ha escribí a vuestra señoría. Yo me estoy ruin. Con vuestra señoría y en su tierra me va mejor de salud, aunque la gente de ésta no me aborrece, gloria a Dios; mas como está allá la voluntad, así lo querría el cuerpo” (Carta 16.1. Valladolid, 13/12/1568, a Luisa de la Cerda, en Toledo).

Otro tanto le ocurre dos años después en Toledo, en vísperas de emprender el viaje de vuelta a Ávila: “La mano ajena suplico a vuestra merced perdone, que me tienen las sangrías flaca y no está la cabeza para más”¹⁶⁸. Alguna vez inicia la carta ella, luego prosigue la secretaria y la concluye de nuevo la Santa¹⁶⁹.

Pero el recurso a la amanuense se hace normal y frecuente a partir de la gravísima crisis de salud provocada por el trabajo nocturno a primeros de febrero de 1577, en Toledo¹⁷⁰. Es el ruido y cansancio de cabeza que persistirá hasta las fechas en que redacte *Las Moradas*, en el verano de este mismo año de 1577. Los síntomas de agotamiento nervioso debieron ser alarmantes¹⁷¹. La crisis había ocurrido en la noche del 5 al 6 de febrero de 1577.

En el servicio se turnan cuatro carmelitas: en Toledo, su sobrina Beatriz de Jesús; en Ávila, la flamenca Ana de San Pedro [Wasteels] y otra sobrina de la Santa, Isabel de San Pablo. Y en los viajes de los últimos años, su enfermera Ana de San Bartolomé, a quien la madre le está agradecida: “... Ana de San Bartolomé no cesa de escribir, harto me ayuda”¹⁷².

Esto nos lleva a afirmar que el hecho histórico es siempre único y todo acontecimiento ocurre en el contexto de una época, de una cultura y de una gran variedad de factores que no se vuelven a presentar; los hechos históricos no se repiten, se podrá cruzar el Atlántico miles de veces en naos parecidas, pero el acontecimiento del descubrimiento de América por Cristóbal Colón no puede jamás volver a vivirse, porque no podemos repetir la mentalidad de aquellos hombres, hijos de una sensibilidad tan distinta a la nuestra, cuando el grado de desconocimiento con que viajaban, y el cúmulo de leyendas y supersticiones que llevaban en sus espíritus,

¹⁶⁸ Carta 28.2. Toledo, [mediados]/08/1570, a Diego Ortiz, en Toledo.

¹⁶⁹ Es el caso de la Carta 221. Ávila, 10/12/1577, a la madre María de San José, en Sevilla.

¹⁷⁰ Carta 187.5. Toledo, 28/02/1577, al padre Ambrosio Mariano, en Madrid.

¹⁷¹ Carta 182.2.7. Toledo, 10/02/1577, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Ávila.

¹⁷² Carta 424.3. Ávila, 04/12/1581, al padre Jerónimo Gracián, en Salamanca.

no es reproducible en ningún hombre moderno. Leyendas y mitos que pertenecen más al campo de la imaginación poética que a la historia, fruto frecuentemente de las violentas manifestaciones naturales y la rudeza del medio, lo que sin duda vino a acentuar la vigencia de lo sobrenatural. Sin embargo, la historia es básica y esencialmente una actividad racional, crítica, sobre el devenir humano.

Desde hace mucho tiempo, pues la polémica no es nueva ni se ha zanjado, ya en el siglo XIX se abunda sobre la idea de que las llamadas ciencias del espíritu, son los estudios que versan sobre el hombre como ser vital. La historia requiere, pues, comprensión de sus personajes y de su trama, a lo cual nos ayudará el estudio de las biografías y el desarrollo de la caracterología, así como del contexto en que tuvo lugar. Es una ciencia descriptiva que aspira ‘comprender’ los acontecimientos, hasta el punto que Benedetto Croce (1866-1952) afirma que la vida es historia y el relato histórico es una reflexión sobre la experiencia vivida, según ésta se expresa en el momento actual; por lo que la historia depende del testimonio de los hechos, e historia, toda la historia, es historia humana (ARRILLAGA, 1982: 59).

La historia se manifiesta en la variedad de formas de la vida humana a través del tiempo. Lo ‘real’ es lo que tiene lugar, sobre lo cual no puede ni cabe haber discusión. Por esta razón las crónicas presentan menos problemas que la historia, ya que su valor reside en narrar lo que han visto, o lo que cuentan los que lo vivieron. En tanto que testimonio personal, su valor es real.

Es en este siglo XIX cuando nace el movimiento denominado ‘historicismo’, fundamentado sobre el hecho de que la autenticidad de las fuentes, y la interpretación de los datos se puede establecer independientemente de las ideas e idiosincrasia del historiador. Esta última afirmación nos lleva a abordar el problema de la objetividad del historiador, que no depende solamente de cómo seleccionar entre los datos de que dispone, sino también de la cantidad y variedad de los mismos, ya que difícilmente, por no decir nunca, dispondrá de todos.

Una constante en los escritos de nuestra protagonista, Teresa de Ávila, como han puesto de manifiesto numerosos autores, entre ellos Víctor GARCÍA DE LA CONCHA (1978), es que quiere dejar muy claro, con su insistencia, que busca la verdad por encima de todo. Ella apuesta por la verdad, pues la mentira es obra del demonio, postura que mantiene en sus obras históricas. Si bien, en contrapartida, frecuentemente aduce la falta de tiempo o el no querer extenderse, lo que nos ha privado de mayor y más específica información sobre sus actividades temporales que no sobre su espiritualidad, donde es más prolija y se detiene en los detalles. Así, es escueta cuando da cuenta de los remedios que utilizó o fueron usados para el alivio de sus males y el de su hijas, las monjas, o sobre los médicos y, especialmente, boticarios con los que tuvo contacto y el por qué, o sobre cuestiones económicas: dotes, liquidez, patrimonio, créditos, limosna o renta -pues tenía que pensar en la supervivencia diaria de las hermanas-, ya que había que dejar resueltas estas cuestiones temporales para poder dedicarse a las espirituales, siempre guiada por el afán de servicio y honra de Dios, pues donde hay necesidad en lo básico queda comprometida la vida en común.

Fue una mujer de gran ‘determinación’, lo que demostró a lo largo de toda su vida, tanto para ocuparse de los asuntos de su familia como los de religión y, especialmente, cuando se trataba de la defensa de los Descalzos. Tenía capacidad y

poder de iniciativa, así como libertad para actuar con decisión, sobre todo cuando el servicio de Dios así lo exige o siente que Dios se lo manda, como declara en la descripción de la fundación de Palencia en las postrimerías de su existencia:

“... Ansí quedé determinada y animada, que todo el mundo no bastara a ponerme contradicción, y comencé luego a tratar de ello y comenzó nuestro Señor a darme medios” (F. 29.6).

Sus escritos muestran a una mujer que tiene que enfrentarse con problemas y circunstancias concretas de un tiempo y un espacio, también muy concretos, de una Iglesia y una Castilla; de una mujer que no solo estuvo ocupada en escribir páginas místicas, sino también de la difícil economía de sus carmelos, del trabajo de sus monjas, de pleitos, etc.

Además, como mujer de su tiempo, estuvo atenta a lo que sucedía a su alrededor, no solo de aquello más inmediato, sino también de aquello otro que de una u otra manera pudiera incidir sobre la vida religiosa, como la reforma luterana, los turcos; o sobre las noticias que llegan de las Indias Occidentales, donde emigraron sus hermanos. Así vemos cómo, consciente de los graves problemas que acechan a Europa y particularmente a la Corona española, encarece a sus monjas que encomienden en sus oraciones a don Juan de Austria “que ha ido disimulado a Flandes por criado de un flamenco”¹⁷³.

No solo está al corriente con el tema de don Juan de Austria, sino también de la cuestión de Portugal. Era éste, el de la sucesión de la Corona de Portugal, un asunto que había saltado a la opinión pública a raíz de la muerte de don Sebastián, a los veinticuatro años, en Alcazarquivir (Marruecos); no se hablaba de otra cosa, sobre todo en Castilla, de manera que escribe:

“Mucho me ha lastimado la muerte de tan católico rey como era el de Portugal y enojado de los que le dejaron ir a meter en tan gran peligro” (Carta 258.2. Ávila, 19/08/1578, al padre Jerónimo Gracián, en Madrid).

Al cabo de un año la amenaza de la guerra para resolver el asunto sobrevuela en la mente de todos y, preocupada, se dirige al arzobispo de Évora, viejo conocido y protector de la reforma carmelitana, a quien tras interesarse por su salud, le dice:

“... y vuestra señoría me mande hacer saber si hay allá alguna nueva de paz, que me tiene harto afligida lo que por acá oigo, como a vuestra señoría escribo; porque si por mis pecados este negocio se lleva por guerra, temo grandísimo mal en ese reino, y a éste no puede dejar de venir gran daño.

Dícenme es el duque de Braganza el que la sustenta, y en ser cosa de vuestra señoría [el duque don Juan era sobrino del destinatario] me duele en el alma, dejadas las muchas causas que hay sin ésta. Por amor de nuestro Señor - pues de razón será mucha parte para esto, con su señoría- procure concierto, pues, según me dicen, hace el nuestro rey todo lo que puede y esto justifica mucho su causa, y se tenga delante los grandes daños que pueden venir, como he dicho, y mire vuestra señoría por la honra de Dios, como creo lo hará sin tener respeto de otra cosa (...) que deseo la muerte si ha de permitir Dios que venga tanto mal, por no lo ver.

¹⁷³ Carta 143,3. Toledo, 02/11/1576, a la madre María Bautista, en Valladolid; Juan de Austria partió, desde Valladolid, tras haberse teñido la barba y el cabello, como criado de Octavio Gonzaga.

Por acá dicen todos que nuestro rey es el que tiene la justicia y que ha hecho todas las diligencias que ha podido para averiguarlo” (Carta 305.3-7. Valladolid, 22/07/1579, a Teutonio de Braganza, en Évora, Portugal).

Al año siguiente la cuestión aún no estaba resuelta y escribe: “... y haga que encomienden estos negocios de Portugal” (Carta 335.2. Toledo, 03/04/1580, a la madre María de San José, en Sevilla).

Tras la consideración de estos párrafos de su epistolario, entre los años 1578-1580, se desprende que es partidaria de que la Corona portuguesa sea ocupada por Felipe II por entender que es a quien le corresponde en justicia. Sin entrar en un análisis exhaustivo de la cuestión, no exenta de importancia pero sí ajena al contenido de estas líneas, conviene recordar la buena conexión entre nuestra protagonista y el Rey.

Teresa narra la historia de su tiempo, como ella la vivía y también su presente histórico y mantiene vivo el realismo de la vida, es capaz de hacer crónica e historia del siglo XVI. Hubiera podido ser una cronista excepcional del tiempo de Carlos I y Felipe II, pero con la condición de que lo hubiera vivido en primera persona. Creemos que le resultaría difícil -sino imposible- narrar algo que ella no hubiera experimentado.

Sin embargo, hasta hace relativamente poco tiempo, siempre se ocuparon de tan insigne figura apologetas y no tanto historiadores. La renovación en el estudio de nuestra protagonista comenzó con el jesuita Miguel Mir (1871-1912), quien a lo largo de sus dos tomos (MIR, 1912) manifiesta una sensibilidad histórica poco habitual a comienzos del pasado siglo XX, pero lamentable no encontró el eco que su esfuerzo merece¹⁷⁴.



Teresa de Jesús. Libro de la Vida. Manuscrito, 1562. Monasterio de El Escorial.

¹⁷⁴ Su obra fue reconocida con el premio ‘Duque de Alba’ otorgado con motivo de la celebración del tercer centenario de la publicación de la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo...* de Miguel de Cervantes, entre otras razones por el hecho de haber reunido más documentos inéditos que ninguna otra de las publicadas y por acomodar su sistema de escribir la Historia a las tendencias entonces imperantes: “El mejor de los historiadores es aquel que se atiene más estrictamente a los documentos y que no escribe ni piensa sino después de exponerlos como testigos irremplazables del sentir y orar de los hombres de su tiempo” (SAAVEDRA, FITA, PÉREZ VILLAMIL, 1912: 196).

4. Ciencia y terapéutica a través de Teresa de Ávila

4.1. La ciencia renacentista

La enfermedad sorprendía siempre, pues se desconocía bien sus causas y sus efectos. Purgas y sangrías estaban al orden del día y la asistencia al enfermo sin recursos se organizaba a través de hospitales, habitualmente sostenidos a través de las mandas de almas caritativas y que, en la inmensa mayoría de los casos, quedaban tan en precario que a duras penas podían subsistir, de forma que en cuanto el pobre presentaba alguna mejoría, debía dejar la cama al siguiente, yéndose a la calle en plena convalecencia, con lo que las recaídas eran frecuentes.

En las universidades no había cátedra de Astronomía, sino de Astrología, disciplina que consideraban indispensable para la medicina, para que se pudiera curar correctamente a los enfermos, según el signo del zodiaco bajo el que hubieran nacido, así como el conocimiento de la posición de los astros.

La herencia de tradiciones musulmanas en el ámbito de la medicina, y la intervención de judíos en actividades que hoy denominamos científicas, fueron factores que singularizaron y diferenciaron el ámbito hispánico en relación con otros países. Las novedades fueron más significativas en el campo de la medicina cultivado con un interés empírico, que no era común entre los escolásticos de otros países, y que minorizaba la diferencia entre físicos o médicos teóricos y cirujanos. Se conocen buen número de tratados obra de judíos o judeoconvertos, como la *Sevillana Medicina* (AVIÑÓN, 1545), de Moisés Samuel de Rocamora [a. Juan de Avignon] (c. 1381-1418), o el *Menor daño de medicina...* (CHIRINO, 1505) de Alonso Chirino.

La Corona de Castilla, desde mediados del siglo XV, puso en marcha una primera iniciativa de control sobre la práctica de la medicina, incluso sobre la licencia para ejecutarla, con la creación de alcaldes mayores y examinadores, que reconocían y extendían las licencias para ejercer el oficio de médicos, cirujanos, boticarios y especieros; así como con capacidad para juzgar los excesos cometidos en el ejercicio profesional.

Desde un punto de vista médico, a lo largo del siglo XV se va abriendo paso la corriente denominada 'humanismo' para terminar predominando en el siglo siguiente, que viene a ser -en esencia- la última y, posiblemente, más esplendorosa etapa del galenismo, pues las corrientes humanistas, de origen italiano, entraron pronto en los reinos españoles. Los conocimientos médicos experimentaron ciertamente un auge en los siglos XVI y XVII. Durante la Edad Media el sistema no era otro que el heredado de la antigüedad clásica y del galenismo. Este florecimiento fue fruto, por un lado, del saber del Renacimiento y, por otro, de la aparición de nuevas enfermedades, así como del descubrimiento de drogas procedentes de América. Lo cierto es que el mundo sanitario fue uno de los más prolíficos y que mayor desarrollo experimentó durante esta época.

A mediados de siglo, en 1543, sale de imprenta la obra de Andreas Vesalius (1514-1564), *De humani corporis fabrica* (VESALIUS, 1543) que revolucionó los conocimientos del hombre sobre la estructura de su propio cuerpo, surgiendo con ello la eclosión de los estudios anatómicos, hasta el punto de que se quiso ver en la

anatomía la base esencial de la medicina, lo que dio pie al auge de la práctica de disecciones de carácter didáctico que las autoridades de algunas ciudades venían tolerando desde hace tiempo.

En España, la medicina que se practicaba en esta centuria era de tipo creencial, mezcla de árabe y galénica. Una buena parte de ella continuaba aferrada al galenismo arabizado o alienista, como se ha dado en llamar por la forma en que estaba asida a la autoridad ciegamente reconocida de los antiguos, en la medida en que se guiaban por la sistematización expuesta en la traducción latina del *Canon...* de Avicena, compendio enciclopédico de lo que entonces se conocía de Medicina, en el que recogió lo que Galeno había escrito, con las añadiduras hechas por el médico de origen persa en base a su propia experiencia y a sus conocimientos de la antigua medicina de su país de origen, de manera que siguió utilizándose como elemento de estudio hasta bien pasada la decimosexta centuria¹⁷⁵. Otros eran partidarios del conocido como galenismo humanista, que pretendía volver al Galeno de los textos griegos. Y aun otros eran seguidores del galenismo hipocrático, pues valoraban los escritos de Hipócrates en primer lugar. Por último, nos encontramos con galenistas integristas, obstinados seguidores de Galeno desprovisto de todo aditamento o innovación, considerado como contaminante.

Parece claro que el paradigma que existía sobre la Medicina en la época de Teresa era básicamente parecido al que se venía dando desde los tiempo de Galeno de Pérgamo (c. 129-c. 201) y que éste había asumido, en gran parte, de Hipócrates de Cos (c. 460 a. C.-c. 370 a. C.): la teoría de que la enfermedad consistía en un desequilibrio relacionado con la mezcla de los cuatro humores cardinales, de cualidades opuestas, que componían el organismo: sangre, bilis amarilla, bilis negra y flema o pituita, que estaba a su vez inspirada en la teoría de los cuatro elementos que constituirían la naturaleza: agua, tierra, fuego y aire. En suma, la salud consistiría en el equilibrio humoral.

Es a partir del Renacimiento cuando comenzaron a enfrentarse las corrientes renovadoras de la Medicina con el persistente galenismo y sólo será en el siglo XIX cuando se constituya una Medicina plenamente moderna, cuyo núcleo científico será la exigencia colectiva de elaborar explicaciones científicas de los diferentes aspectos de la Naturaleza a partir de hechos o datos, y estos podrán ser recogidos de dos formas: la observación y la experimentación.

La universidad, de corte escolástico, sufre un desarrollo diferenciado por lo que respecta a las dos más conocidas en nuestro país en aquella época: la de Salamanca y la de Alcalá de Henares. No obstante, cumplían su función de prestar suficiente servicio con sus teólogos y juristas fundamentalmente. Pero desde el punto de vista sanitario, que es el que venimos considerando con carácter general, el escolasticismo o galenismo arabizado venía representado por la primera de ellas y constituye una de las corrientes que entonces imperaban en la universidad española; junto con la otra corriente denominada humanismo médico representado por la segunda.

¹⁷⁵ *Al-qanun fi al-tibb*, enciclopedia médica de catorce volúmenes escrita por Abu Ali Al-Husayn ben' Abd Allah Ibn Sina [a. Avicena] alrededor de los años 1012-1020. El texto árabe del *Qanun* fue traducido al latín como *Canon medicinae...* por Gerardo de Cremona en el siglo XII y al hebreo en 1279 (SIRIASI, 1987).

El conocimiento médico del siglo XVI era el que era a la hora de hacer un diagnóstico, y contaba con un arsenal terapéutico básicamente constituido por preparaciones hechas a base de plantas, por lo que no es admisible calificar a los galenos de ignorantes, sino que estos aplicaron sus conocimientos, los que tenían y sabían, hasta donde podían llegar. Por eso nos preguntamos, junto con el hispanista Joseph PÉREZ (2000) si es justo el descrédito que nos merecen los médicos de aquel tiempo y si eran tan ignorantes como se ha pretendido.

Para completar la descripción de aquel momento conviene señalar que abundaban las prácticas mágicas, supersticiones y el empleo de remedios empíricos. Aparte de los médicos universitarios autorizados por el Protomedicato, existieron por doquier sanadores, prácticos empíricos, más o menos próximos a la curandería, charlatanes, cirujanos, barberos o algebristas, que hacían la función de traumatólogos, y se encargaban de recomponer las fracturas y dislocaciones o arreglar los desconciertos de las coyunturas. Y aún los estudios médicos en nuestro país fueron severamente criticados por la forma en que se llevaban a cabo (RICO-ABELLÓ, 1974: 26), de manera que la presencia de farsantes, usurpadores, charlatanes y similares era frecuente, y ya venía de antes, no era nueva ni característica del siglo XVI, como tampoco lo son hoy en día, donde persisten y subsisten con otras denominaciones.

Entre los útiles del cirujano destacaban cuchillos y navajas, así como diversos tipos de tijeras, agujas de sutura, lancetas de sangrado, trépanos, espéculos, propulsores, algalias, sondas y embudos. Los sacamuelas se dedicaron tanto a la extracción como al cuidado y limpieza de las piezas dentales, que bien se establecían en villas grandes, o se desplazaban de manera itinerante por el medio rural. Debemos señalar también el papel de parteras, madrinan y comadronas que, siendo igualmente empíricas, transmitían su saber hacer de generación en generación por vía oral. Eran ellas las que se encargaban de la mayor parte del proceso prenatal, natal y perinatal.

Desde que la Península Ibérica fuera asolada por la funesta peste negra, a mediados del siglo XV, la sociedad española se vio expuesta a la visita cíclica de violentas enfermedades epidémicas que diezmaron, de forma dramática y reiterada, su población. Fue ésta una época en la que no faltaron las epidemias, de distinto origen, que se propagaban rápidamente por el hacinamiento entre humanos y animales y por la falta de higiene. Pero hasta mediados del siglo XVI solo puede hablarse propiamente de tres ciclos de peste generalizados. El primero corresponde a los años 1506-1508, el segundo, ya en vida de Teresa, entre 1518-1523, y el tercero entre 1527-1530. A partir de esta fecha los contagios epidémicos generalizados parecieron tomarse un respiro, de manera que hasta mediados de 1550 solo existen noticias de brotes locales, de escasa entidad y asociados fundamentalmente a las precarias condiciones higiénicas de los lugares donde acontecieron.

Entre los variados sistemas de defensa con el que las poblaciones intentaban aislarse de la epidemia sobrevenida figura, como una de las más importantes, el aislamiento de unas zonas frente a aquellas otras que iban siendo afectadas por la pestilencia; lo cual no era nuevo, pues desde la 'peste negra' surgida en el siglo XIV y, sobre todo, desde finales del siglo XV y comienzos del XVI, se recurrió a un sistema de 'guardas de peste' que deberían impedir su penetración en el núcleo urbano, o en su jurisdicción si se trataba de sistemas más perfeccionados, de toda persona o mercancía que procediera de lugares afectados, lo que explica la aparición de los lazaretos para el

personal de las embarcaciones. Para el uso de las autoridades, funcionarios o simples ciudadanos encargados del servicio de dichos métodos de protección, se elaboraban carteles o 'tablas' en los que se anotaban todos aquellos lugares afectados por la epidemia de los que se tenía noticia. Práctica que ha perdurado en el tiempo hasta que se desarrollaron los conocimientos de salud pública que han permitido combatirlas con medidas generales de salubridad, preventivas, diagnósticas y de tratamiento.

Fue en las ciudades donde los efectos de las epidemias encontraron su máxima expresión: alcantarillado inadecuado o inexistente, escasez de control y limpieza de pozos negros, aguas estancadas, acumulación de detritus (muladares), etc.

No fueron éstos los únicos azotes, ya que no eran infrecuentes los denominados 'veranos podridos', años de continua pluviosidad en los que la tierra encharcada apenas producía cosecha, lo que conllevaba una escasez de cereal y harina, sustento fundamental de aquella sociedad, lo que era sinónimo de un debilitamiento general que favorecía la aparición de hambrunas y, como consecuencia, anemias y otras enfermedades carenciales.

Conviene también detenerse en los aspectos higiénicos. La higiene personal era muy limitada en esta época y, como todo, estaba ligado a la posición social. Normalmente, las gentes humildes se lavaban la cara y las manos, bañándose de cuerpo entero en pocas ocasiones. Lo normal era asearse en el corral de la casa con sacudidas de agua, o bajar al río. La nobleza optaba por sumergirse en tinas recubiertas por una sábana o lienzo, dentro de alguna estancia.

El hábito de lavarse las manos antes y después de comer era considerado una norma de urbanidad, aunque no todos los nobles lo hacían, ya que se consideraba perjudicial el lavarse en exceso. En relación con el hecho de lavarse las manos o no, surge una paradoja, pues aparece en la clase alta la utilización de cubiertos y, sin embargo, en el pueblo llano solo utilizaban la cuchara y las manos. Pues bien, en los grupos en los que se utilizaban cubiertos parece que no sería tan necesario lavarse las manos, puesto que éstas no ensuciarían la comida, ni se ensuciarían con ella; en cambio, éste era el grupo que se las lavaba. Para quienes no utilizaban cubiertos, sí sería necesario el lavado de manos antes y después de sentarse a la mesa; en cambio era el grupo en el que no tenía lugar esta práctica o -de tenerla- estaba poco difundida habitualmente, por lo que no puede hablarse de costumbre (RUIZ SOMAVILLA, 2002).

Por lo visto, los consejos de los médicos, asumidos por los moralistas como normas de urbanidad, fueron asimilados como tales y no como normas de carácter higiénico. Se trataba fundamentalmente de elementos que se fueron incorporando a la etiqueta social de la nobleza y de la burguesía adinerada. De ahí que, cuando los grupos económicamente más desfavorecidos pretendían emular a los anteriores, con ocasión de una celebración, por ejemplo una boda, uno de los requisitos a cumplir era el lavado de manos.

En general, las normas higiénicas constituían, para la mayoría de la población, trabas inexplicables en los actos cotidianos. Uno de los personajes literarios que mejor refleja esa situación es Sancho Panza durante su estancia como gobernador en la Ínsula Barataria; una experiencia que se vio echada a perder por el médico que estaba a cargo del cuidado de su salud, el motivo principal fueron precisamente los consejos

higiénicos que le daba sobre lo que debía o no comer, y consiguió amargarle el festín que se prometía cuando se sentó a la mesa (CERVANTES, 1615: capítulo XLVII).

Consideraban los coetáneos de nuestro personaje que los estados de ánimo tenían repercusión en el cuerpo, positiva o negativa según se tratase de alegría, felicidad, temperancia, esperanza o, por el contrario, tristeza, odio, envidia, pesimismo, temor o ira. Las prescripciones dietéticas de los tratados médicos se orientaban a menudo a mitigar los efectos de estas situaciones, restablecer el equilibrio del organismo; pero sin descuidar un patrón de conducta que acercaría al hombre a la virtud y a una misión trascendente.

Según las concepciones médicas de la época que nos ocupa, un buen manejo de los afectos aseguraba una buena salud corporal. Lo corporal todavía se encontraba enmarcado en una visión teocéntrica y religiosa del hombre. La Medicina se interrelacionaba con consideraciones de carácter filosófico, moral o religioso; términos que, con frecuencia, aparecen en el título de los tratados médicos y terapéuticos de la época (ARISMENDI, 2007).

Un claro ejemplo lo constituía el *Memorial de criação y vanquete virtuoso para criar hijos de grandes y otras cosas...* debido a la pluma de Gaspar de Tejeda (fl. 1530-1598) quien, respecto del ocio, expresaba:

“Verna tras aquesto lavar os de grado / de la ociosidad / si alguna viniere por ver que con ella / muy mal se digere cualquiera manjar / questa reposado. Y siempre fue bueno / el estar ocupado. En armas / en libros / en mil ejercicios. De donde se sacan / asaz beneficios. Y siempre se tuvo / por bien alabado” (TEJEDA, 1548: [s.p.]).

En circunstancias adversas la actitud del hombre para allanar el camino hacia la salud debía ser, en primer lugar, aceptar la voluntad divina, por lo que debían ser frecuentes expresiones como: ‘quiero yo querer lo que Dios quiere’, ‘Dios lo dio Dios lo quitó’, ‘Él sea loado’, ‘que Él lo sabe remediar por vías que yo no entiendo’; o del tenor de esta otra: ‘a los suyos envía Dios açotes en este mundo, y no les allega montón de castigo para el otro’.

Oliva Sabuco (1562-c. 1622) mantenía que, para recuperarse de algunas afecciones, estimaba positiva la conversación de un buen amigo o del médico, las palabras consolatorias generadoras de esperanza, el rodearse de aromas agradables, sentir el movimiento de los árboles, el ruido del agua o el sonido de la música. Esta misma autora sostiene que el amor, la amistad y la buena conversación devenían en efectos positivos al individuo porque se proyectaban en el otro al hacer común su felicidad: el amigo es otro yo (RUIZ JARÉN, 2008).

4.2. La terapéutica renacentista

Durante el Renacimiento, un grupo de hombres, boticarios o galenos, empezaron a publicar obras relativas a la elaboración de medicamentos que, después, los boticarios en sus boticas empleaban para perfeccionar su *modus operandi* y, de esta manera, acercar sus preparaciones, con la exactitud y eficacia posibles, a la elaboración recetada por el médico.

Entonces no se le exigía al boticario estudios universitarios, pero si una formación de cuatro años con un boticario establecido, limpieza de sangre, al igual que a los galenos y el suficiente conocimiento del latín, imprescindible para poder leer las prescripciones que le llegaban, pues hasta 1537 no quedó aprobado que los médicos pudiesen recetar en lengua romance; latín también necesario para poder leer los libros de farmacia, normalmente recetarios; estar examinados por el Tribunal del Protomedicato, disponer de una cierta solvencia económica, lo que les permitiría adquirir los utensilios necesarios y proveerse de los simples con los que elaborar las formulaciones; debiendo reunir los locales las condiciones mínimas para la adecuada conservación de los ingredientes y medicamentos (GONZÁLEZ BUENO, 2018).

Boticas que, a menudo, disponían de un huerto o jardín medicinal anexo en el que cultivaban las plantas para la elaboración de los preparados, como ocurría en el hospital de Tavera y en los conventos, cuando en ellos había este espacio.

La dotación en utensilios nos lo podemos imaginar gracias a las múltiples representaciones artísticas que han llegado a nuestros días: morteros, alquitaras, botes, frascos, etc. y del que no hacemos una relación exhaustiva por no resultar enojoso; pero sí procede dedicar unas líneas al tema de las pesas y medidas, imprescindibles para elaborar los medicamentos, diferentes de un territorio a otro pues no estaban unificadas, de manera que cuando un galeno se desplazaba de su lugar de residencia era suficiente para que las fórmulas por el ordenadas fueran totalmente diferentes según se preparasen en una u otra botica, lo que daba lugar a situaciones caóticas.

El arsenal terapéutico de que disponían se fundamentaba en los polifármacos helenistas que exigían complejísimas fórmulas galénicas, si bien ya comenzaba a abrirse a las nuevas drogas procedentes de las Indias Occidentales: guayaco, zarzaparrilla, resinas, etc.

La actividad del boticario estaba regulada, en el tiempo al que nos estamos refiriendo, por distintas ordenanzas, por ejemplo las dadas en Valladolid en 1523 y 1537 por Carlos I, y la de Madrid otorgada por el entonces príncipe don Felipe en 1532.

Era frecuente la falsificación y adulteración de drogas y medicamentos o el uso de drogas agotadas. Contra ello reaccionaron los propios boticarios.

Los hospitales también aparecen en la vida de Teresa, pero no como tales nosocomios, sino como morada durante un tiempo en la fundación de Burgos y, aunque en repetidas ocasiones visitó y trató a los enfermos, solo nos deja noticias de sus sufrimientos que ella intentaba paliar con sus visitas, en ocasiones entregándoles una naranja, pero ninguna noticia sobre sus padecimientos y sobre lo que empleaban en su tratamiento y curas, no da noticias sobre los médicos ni sobre el boticario que pasaban entonces visita juntos.

También fue en esta centuria cuando los Colegios de Boticarios de Barcelona, Zaragoza y Valencia acordaron homogeneizar las formulas magistrales, pues de eso se trataba, de acuerdo con unos códigos por ellos redactados, que eran de obligado cumplimiento y que pueden ser considerados como farmacopeas, aunque de ámbito local. La primera apareció en Barcelona en 1511, poco antes del nacimiento de Teresa, bajo el título de *Concordia Apothecarium Barchinonensis...* con una segunda edición en

1535, veinte años después del nacimiento de nuestra protagonista, como *Concordia Pharmacopolarum Barchinonensis*. Años más tarde, algo más de una década, en 1546 fue en Zaragoza donde se editó la *Concordia Aromatoriorum Civitatis Cesaraugusta*, también con una segunda edición pocos años después, en 1553. Y entre los autores a título individual, cabe citar al bachiller en medicina y boticario en su convento franciscano, fray Bernardino de Laredo (1482-1540), que publicó la primera obra en castellano sobre la manera de resolver los problemas que solían presentarse a la hora de elaborar jarabes, infusiones, zumos, conservas, etc.

Varios son los autores que recogen en sus comentarios los conocimientos de Teresa sobre la melancolía, apuntando incluso que dichos conocimientos podría haberlos adquirido en la lectura del libro *Remedio de cuerpos humanos y silva de experiencias* de Luis Lobera de Ávila (c. 1480-1551). Cronológicamente es posible, pues la obra fue editada en casa de Ioan Brocar en 1542, cuando Teresa, con veintisiete años, estaba de regreso en el Monasterio de la Encarnación tras la grave enfermedad sufrida: infección crónica con afectación meníngea, y empezaba a desentumecerse tras tres largos años de parálisis, que al principio no la permitía desplazarse y que después pudo ir haciendo poco a poco, empezando por caminar a gatas. Pero cabe plantearse varias cuestiones al respecto, pues aun teniendo tiempo, como tuvo, para dedicarse a la lectura ¿llegó la obra de Lobera a penetrar los muros de la Encarnación? Sin ser imposible, no parece probable que así fuera por el contenido del mismo libro, muy ajeno al tipo de lecturas habituales de conventos y monasterios.

Por otro lado ella, que relata en el *Libro de la Vida* cuáles eran sus aficiones, entre otras la lectura, deja constancia de lo que leía: declara que era aficionada a la lectura de libros de caballerías, sin duda afición heredada de su madre, doña Beatriz, pero también, sobre todo a partir de la enfermedad sufrida durante su estancia en el monasterio de las madres agustinas de Santa María de Gracia, de que todas ellas eran de carácter religioso, por lo que sorprende que no hiciera referencia a la obra de su coetáneo, y también abulense, Luis Lobera de Ávila en ninguno de sus escritos o en su correspondencia. Que no lo hiciera al tratar de cómo relacionarse con las monjas inquietas y melancólicas en *Visita de Descalzas* es comprensible, pero no tanto que no lo haya hecho en su *Epistolario* ni en *Fundaciones*, los dos textos donde más ampliamente trató el tema, por lo que nos inclinamos a pensar que es posible -pero no probable- que tuviera conocimiento de la obra del que fuera médico del emperador Carlos I.

Lo mismo cabe decir de *Diálogos de philosophia natural y moral* de Pedro de Mercado, el cual dedica el diálogo sexto a la melancolía; el texto tuvo una primera edición en 1558 y fue reeditado en 1574, en casa de Hugo de Mena, es decir, cuando ella tenía cuarenta y tres y cincuenta y nueve años respectivamente, y andaba en plena vorágine de fundaciones.

Ni tampoco el opúsculo *Sobre la Melancolía: diagnóstico y curación de los efectos melancólicos* de Alonso de Santa Cruz, galenista y avicenista, obra escrita en latín con el título de *Dignotio et cura affectuum melancholicorum*, pues a pesar de haber sido escrito en vida de Teresa, en 1569, no fue publicado por el hijo del autor hasta 1622, cincuenta y tres años después (CONTRERAS MAS, 2003a; 2003b); el texto compendia las teorías de sus predecesores, recogiendo entre los síntomas más característicos el miedo y la tristeza, y las terapias utilizadas no difieren en esencia de

la acción sobre las seis causas naturales: aire, ejercicio y descanso, sueño y vigilia, comida y bebida, excreción y retención y pasiones o perturbaciones del espíritu. Pero si llama la atención que contradice a sus colegas recomendando el consumo de leche de cabra, oveja o vaca adicionadas de eléboro o en otro tipo de elaboraciones; junto con preparaciones para conciliar el sueño, así como remedios minerales -estibio (antimonio), lapislázuli-. El texto incluye un apartado de medicamentos para los ricos, en el que incluye productos americanos como el mechoacán, cuya raíz era reconocida por su acción purgante, por lo que se denominó ruibarbo de Nueva España o ruibarbo de Mechoacán, al que dedica un amplio comentario y llegó a conocer, pues por aquel entonces un padre franciscano la trajo cultivada en un tonel y Nicolás Monardes la vio y estudió en el convento del fraile, donde la tenían sembrada en una tina¹⁷⁶; Francisco Hernández diferencia varias especies y presenta de ella preparaciones en jarabe¹⁷⁷, hace referencia explícita a su uso en caso de melancolía; Alonso de Santa Cruz no olvida los ingredientes propios de la llamada botica de inmundicias; pero encuentra óptimo el bolo arménico que administraba en agua de bulbosa o de regaliz y, a veces, en forma de píldoras¹⁷⁸. Termina esta obra, escrita en forma de diálogo entre dos galenos amigos, compendiando los medicamentos a utilizar en estas ocasiones:

“El polvo aquel primero y fecundo del bol arménico lavado; además el estibio, cuando está a mano y pronto. A los pobres los ayudo antes con la raíz de mechoacan; a los más delicados, con aquella cocción de folículos y hojas de sen o con infusión en leche aguada. A los biliosos se les dará infusión de ruibarbo; a los pituitosos, agárico o mechoacan. Y si quieres eliminar más todavía el humor negro, infunde un poco de epítimo y de polipodio. Y como fundamento ten en cuenta por último, de modo que permanezca fijo en tu pecho, si deseas conseguir el mejor fin en esta materia (...) provocar la evacuación por medio de los medicamentos ya explicados. Al mismo tiempo, elige con tus propios ojos cualquiera de ellos, si es que amas la salud del

¹⁷⁶ Aunque no alude directamente a la melancolía; de ella escribe: “Evacua esta raíz humores colericos guessos permixtos, y humores flegmaticos de cualquier genero que sean, y humores viscosos, y putridos, y entrambas coleras: evacua el agua cetrina de los Hydropicos con facilidad (...) mundifica el cerebro y los nervios, y evacua los humores que estan en la cabeça y partes della” y acaba con una amplia *laudatio*: “Que si el tiempo nos ha quitado la verdadera Myrra, y el verdadero Balsamo, y otras medicinas que los antiguos tuvieron, en nuestros tiempos no hay memoria dellas: las quales con el tiempo se han perdido. El mismo en lugar dellas, nos ha descubierto y dado tantas y tan varias cosas, como avemos dicho, que nuestras Indias Occidentales nos embian, en especial el Mechoacan purga tan excelentísima y tan benigna, que hace su obra con tanta seguridad: blanca en el color, graciosa en el olor, fácil de tomar, sin pesadumbre en el obrar, y sin aquella horribilidad que tienen las purgas, y sin aquellos accidentes, y congoxas que vienen al tiempo de tomarlas, y sin aquel trabajo con que hacen su obra” (MONARDES. 1580: 25r-28r).

¹⁷⁷ “... purga todos los hummores, por abaxo, pero principalmente la flema (...) para hevacuar livianamente la colera y la flema...” (HERNÁNDEZ, 1888: Libro II, capítulo XXXVIII).

¹⁷⁸ Santa Cruz no se arredra ante pacientes rebeldes a la hora de ingerir sus pócimas, so si son furiosos, desobedientes y rechazan un medicamentos por ser amargo, por ejemplo el constituido por polvos de verbena, epítimo, agárico y lapislázuli preparados, escamonea media onza de cada uno; y moler 20 granos de gariofilos, de modo que el grano quede grueso, del que recomienda, cada ocho días, tomar dos dracmas en alguna agua cordial o suero de leche o en algún jugo. A determinados enfermos se les pueden administrar tres dracmas, “según lo permitan su costumbre, su naturaleza, su temple y lo demás; póngasele un embudo en la garganta por el que el medicamento le puede llegar al vientre”.

enfermo, su dignidad y tu propia gloria, y si sobre todo amas a Dios y al prójimo con todo tu corazón” (SANTA CRUZ, 2005: 122).

Para el cuidado de la melancólica, salvo Paracelso, quien proponía como método terapéutico la toma de medicamentos que provocaran la risa -lo que hoy llamaríamos psicofármacos- la mayoría de los médicos del Renacimiento eran respetuosos con la autoridad recibida de los clásicos y, por lo tanto, aplicarían evacuativos para eliminar el humor corrompido, los alterativos, que disuelven, suavizan y humectan los depósitos de bilis negra, pero sin hacer que se desplacen; y los confortativos, cuyas virtudes roborativas fortalecen, y cordiales que proporcionan vigor y alegría; existiendo una amplia cantidad de drogas con las que dar respuesta a los diversos síntomas y estados de la melancolía, desde inofensivas plantas aromáticas hasta el láudano u otros compuestos más complejos (ÁLVAREZ VÉLEZ, 2016: 16). Así, entre los evacuativos nos encontramos con los purgantes, los eméticos y las sangrías con todas sus variedades; con los confortativos restauraban el cuerpo y con los diluyentes procuraban restablecer la homogeneidad de los humores.

En esta misma línea se manifiesta fray Martín de Castañega (1511-1551), quien sugiere en primer lugar la utilización de métodos desarrollados y recomendados por médicos debidamente instruidos como las purgas, el ejercicio físico y la buena dieta, antes que recurrir a otras formas de tratamiento más complejas, sin olvidar la astrología:

“Concurriendo las constelaciones del cielo y los aspectos de los cuerpos celestiales con los humores y complexión de los enfermos de tal pasión son accidentes, que naturalmente se siguen y acontecen en los cuerpos humanos, a tales pasiones sujetos. Y el remedio destos tales por via natural se ha de procurar con medicinas naturales, confortando el cerebro, purgando el humor melancólico, esforzando el corazón, regiéndose en su comer y beber por regimiento de médico, dotor sabio, y de la pasión bien informado” (Castañega, 1946: 139-148)

En todo caso, esta autoridad recibida puede aparecer con ligeros cambios: perfumar el aire con aromas florales y cítricos, colocar vasijas con agua caliente para contrarrestar la sequedad del aire. En cuanto a la alimentación recomendaban el pescado de río, huevos frescos, carnes tiernas y ligeras y frutas que aporten frescura y dulzura. Además, dada la naturaleza del melancólico disfrutar de buenas conversaciones y mejores lecturas, vida social activa, la música, etc.

Pero seguramente quien mejor se ocupa de la melancolía es fray Agustín Farfán (1532-1604), doctor en medicina y religioso agustino, quien dedica a este mal el capítulo sexto de su *Tractado breve de medicina, y de todas las enfermedades...*, donde comienza por indicar que “Cosa es de maravillar, que común sea esta enfermedad en muchos, y como les aflixe y atormenta”, afirmando que la superación de este estado pasa por el “buen regimiento, de lo que hay que comer y beber, y la otra, en desechar la ymaginacion, que tienen à ferrada (...) que si ellos se reprehendiesen con rigor y aspereza, se las quitarían mejor, que con cuantos remedios ay en la medicina. Estas imaginations son las que dan mas guerra en esta enfermedad”. En su opinión, a diferencia de Lobera de Ávila, esta enfermedad se engendra en el hígado, y continúa indicando: “Si los melancólicos pudiesen vivir en tierras templadas, hazer les ya mucho al caso para su mal, anden donde ay aguas, arboledas y prados frescos. Procuren

dormir de noche bien (...) procuren conversación alegre, conque se recreen. Ocupen otras veces el tiempo en cosas, que los divierta de sus imaginaciones. Es muy provechosa la música, huyan las pesadumbres, y alteraciones del anima". Pero para leer esto habría que esperar a finales de siglo, diez años después del fallecimiento de nuestra protagonista (FARFÁN, 1592).

Agustín de Farfán es prolijo en la descripción de diferentes remedios, especialmente jarabes con composiciones polifármacas donde abundan el vinagre y las borrajas, además de citar plantas americanas como el guayacán y el mechoacán, así como una vez la zarzaparrilla, como era de esperar de quien ejerció la medicina en Nueva España.

La madre Teresa coincide con el agustino al tratar de lo extendida que estaba esta alteración: "... luego es todo condenado a demonio u melancolía. Y de ésta está el mundo tan lleno, que no me espanto..." (6ª M. 1.8), pero no nos dejó constancia de qué empleaba en el tratamiento de las monjas melancólicas, aunque aconseja no dar pescado a las melancólicas: "... téngase cuenta que no coman pescado, sino pocas veces" (F. 7.9), lo cual no nos sorprende, dado lo poco amiga que era de su consumo; y coincide con la opinión generalizada de los galenos de su tiempo al afirmar: "... el mayor remedio que tienen es ocuparlas mucho en oficios para que no tengan lugar de estar imaginando, que aquí está todo su mal" (F. 7.9), y siguiendo con la dieta, aconseja tener precaución con los ayunos y que no deben ser tan continuos. También señala que, cuando hay gran turbación en el entendimiento "... tome algunos pasatiempos santos de conversaciones que lo sean, u irse al campo..." (V. 11.16).

En su epistolario se mantiene en la misma línea: en el verano de 1574 había escrito a Teutonio de Braganza:

"La melancolía congójase de parecer se le ha de hacer premio [apremio, necesidad, violencia]. Y procure vuestra señoría algunas veces –cuando se vea apretado- irse a donde vea cielo y andarse paseando..." (Carta 69.4. Segovia, 03/07/1574, a Teutonio de Braganza, en Salamanca).

Del otoño de 1576 data su consejo a Juan de Jesús Roca:

"De la [ida] del padre fray Antonio quizás nos hizo Dios merced, porque entiendo tenía gran melancolía que con nuestras comidas viniera a mucho mal. Dios sea con él, que cierto más me parece falta de salud que de buen alma lo que tiene..." (Carta 130.2. Toledo, [inicios]/10/1576, al padre Juan de Jesús Roca, en La Roda).

Y, por esas mismas fechas, a la madre María Bautista:

"Acabe ya de curarse, por amor de Dios, y procure comer bien y no estar sola ni pensando en nada. Entreténgase lo que pudiere y como pudiere. Yo quisiera estar allá. Que había bien que hablar para entretenerla..." (Carta 143.8. Toledo, 02/11/1576, a la madre María Bautista, en Valladolid)

En este mismo sentido encontramos un buen ramillete de testimonios posteriores:

"Terrible cosa es este humor, que hace mal a sí y a todos..." (Carta 338.8. Toledo, 15/04/1580, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en La Serna, Ávila).

“Harto más valdría no fundar que llevar melancólicas que estraguen la casa...” (Carta 322.4. Malagón, 10-11/01/1580 [¿?], al padre Jerónimo Gracián)

“Crea que una monja descontenta yo la temo más que a muchos demonios...” (Carta 402.9. Soria, 14/07/1581, al padre Jerónimo Gracián, en Valladolid);

“Es una inquietud terrible éstas de estos humores para la quietud de todas, y así temo tanto darlas profesión...” (Carta 410.6. Ávila, 26/10/1581, al padre Jerónimo Gracián, en Salamanca)

Teniendo en cuenta el objetivo de estas fundaciones, es lógico que escribiera: “... de malos humores –en especial si es persona que tiene melancolía- u flaqueza de cabeza, que aunque más lo procura [orar] no puede (...) aunque se afligen y procuran, no pueden ni están en lo que dicen, aunque más hagan; ni asienta en nada el entendimiento, sino que parece tienefrenesí, según anda desbaratado” (CV. 24.4)

Con todo, algunos frailes y monjas del Carmelo estuvieron afectados de melancolía, y de algunos casos nos dejó constancia: “Y hase visto bien después que tenía mucha melancolía [el padre Angel de San Gabriel, en Sevilla]” (F. 23.9), o “En Medina hay muchas melancólicas...” (Carta 380.1. Palencia, 12/03/1581, al padre Jerónimo Gracián, en Alcalá de Henares), incluso entre las postulantes: “La otra tenía mucho humor de melancolía y devíale hacer mal estar encerrada, cuánto más tanta estrechura y penitencia. Acordó tornarse a su casa con una hermana suya” (F. 27.9), o “En lo de las primas de Garcíálvarez, no sé si se le acuerda que me dijeron que la una había estado tan en extremo melancólica, que había perdido el juicio...” (Carta 122.3. Toledo, 09/09/1576, a la madre María de San José, en Sevilla).

No solo Agustín Farfán, otros muchos autores coinciden en afirmar que las personas afectadas por melancolía son muchas; y debieron serlo porque, ya en 1585, se publicó en lengua vernácula *El libro de la melancolía...* del médico andaluz Andrés Velásquez, quien la define, en el capítulo IV, como “uno de los quatro humores, que naturalmente se engendran en el hígado, para nuestra nutrición. Este de su temperamento es frio y seco”; dos capítulos más adelante la señala como: “una enagenacion de entendimiento o razon, sin calentura”. La obra del galeno de Arcos de la Frontera tampoco pudo haberla conocido Teresa, ya que fue publicada tres años después de su muerte y, a diferencia de la del padre agustino, no contiene ninguna prescripción para el tratamiento y cura de la melancolía. El autor es heredero de las teorías galenistas y aprovecha todas las ocasiones para criticar al doctor Huarte de San Juan y su obra *Examen de Ingenios para las Ciencias...* y, además del desequilibrio de los humores, afirma -en el capítulo primero- que se debe a “el mal orden que se guarda en estos tiempos en los manjares y comidas”, aconsejando a los enfermos afligidos de melancolía que procuren ‘estar divertidos’; en el capítulo VII afirma que “Si la tristeza y miedo dura mucho tiempo, y se van prolongando son indicios ciertos de la enfermedad melancolica” para exclamar “... que cosa ay de tanto espanto, ni tan digna de llorar, como es ver las potencias todas de un hombre afligido de esta enfermedad tan estragadas, arruynadas, y perdidas, que mas se puede dezir bestia brava, que hombre racional, tanta es la fuerza de esta estupenda enfermedad”. Con razón Teresa era reacia a admitir a las personas afectadas de melancolía en sus conventos.

Este siglo estaba cargado a saturación de supersticiones, no solo en nuestro país, sino en toda Europa, concediéndose una gran importancia a la posición de los astros y a la influencia que estos podrían ejercer sobre el hombre (PUERTO, 2016). Era opinión generalizada que la luna regía el cerebro y, en su modo de pensar, la Astrología, era una ciencia útil a la humanidad (RICO-AVELLO, 1974: 86)¹⁷⁹. La madre Teresa era de esta opinión y así cree que el cambio de fase de luna era útil para la mejoría de algunas de sus dolencias.

Teresa atribuía cierta influencia de la luna en sus enfermedades, especialmente en el dolor de cabeza, creencia por otro lado generalizada sobre el influjo de los astros en los diferentes aspectos de la vida del ser humano.

“Yo me hallo mejor de la garganta que no me he sentido tan buena días ha, pues como sin tener casi pena en ella y con ser hoy lleno de luna, que lo tengo a mucho” (Carta 458.3. Palencia, 03/08/1582, a la madre Tomasina Bautista, en Burgos).

“... hasta ahora que no lo puedo excusar [el escribir] y es en día de luna llena, que he tenido la noche bien ruin y así lo está la cabeza. Hasta ahora mejor he estado y mañana creo, como pase la luna, se acabará esta indisposición. La garganta está mejor, más no se quita” (Carta 465.2. Valladolid, 01/09/1582, al padre Jerónimo Gracián, en Sevilla).

4.2.1. Práctica profesional

Luis Lobera de Ávila se atreverá a poner en boca de Hipócrates y Galeno estas palabras relativas al intrusismo profesional:

“... pues el día de hoy los que no son letrados ni tienen experiencia son los que son tenidos y favorecidos y llevan los dineros, los letrados experimentados los trabajos (...) que fue en el tiempo de Galieno, que con chocarrerías y alabándose a sí mismo y usando mal de su oficio y sirviendo de otras cosas y comiendo de casa en casa, nunca estudiando, que no lo entendía, y diciendo cosas no verdaderas a todos, y aún dice Galieno [*sic*] que las curas que se pudiesen curar en días alargaba a meses, llevaba los dineros de todos, y era tenido por algo siendo de baxa suerte y formante, según dixe, y estos, dice Galieno, son los que medran, y los letrados y experimentados solamente tienen el trabajo, por donde se ha de notar que el físico para ser bueno ha de ser hombre reposado y letrado y de buena estimativa que lo que hablare lo entienda e sepa poner en obra, porque hay muchos habladores a la apariencia en lo que hablan no lo entienden ni saben apenas ordenar un cristal. Estos son físicos de apariencia, no de obra, que dan a entender al vulgo que saben algo, sin saberlo, y muérenseles cuantos dolientes toman en las manos por falta de no saber curar, salvo aquellos que de suyo se habían de sanar sin física. No toman consejo de otros, de presunción, y quieren antes que se muera el

¹⁷⁹ Aunque la creencia general es que en Caldea se encuentra la cuna de la Astrología, en realidad sus orígenes se pierden en la penumbra de los tiempos. Las prácticas astrológicas pasaron de los caldeos a los egipcios, luego a Grecia y a continuación a Roma, que hizo que la Astrología alcanzase una importancia que nunca había tenido, y de allí, esparciéndose por toda Europa, conservó su preponderancia durante siglos, llegando, a través de judíos y árabes, hasta más allá de la Edad Media.

doliente que no que sepan su ignorancia; huyen de llamar compañía y prometen mucha salud y no dan ninguna; esto viene de tener por conciencia y no ser buenos cristianos y de falta de humildad. Otros hay enamoradizos que en cualquier casa que van a curar se enamoran, teniendo deshonestos pensamientos; estos merecen pena de muerte, o a lo menos ser privados perpetuamente...” (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 169)¹⁸⁰.

Como se ha apuntado anteriormente -y volveremos sobre ello- el ejercicio de las actividades sanitarias ha estado, en no pocas ocasiones, en manos de charlatanes, individuos temerarios que, sin ningún escrúpulo, se lanzaban a un ejercicio profesional para el que no estaban preparados. En vida de nuestra protagonista se tomaron disposiciones para poner freno a este fraude.

Las Cortes de Valladolid de 1523 dan una idea del grado de intrusismo sanitario a través de esta petición de sus procuradores:

“Iten: sepa vuestra Magestat que en estos rreynos ay infinito numero de dottores, maestros e licenciados que se nombran y llaman tales syn tener titulo, o el que tienen es rreprovado contra la leyes e prematicas del rreyno, e son personas que no tienen letras ni dotrinas, engañan los pueblos y los lugares que no saben discernir otras cosa, salvo oyr el nonbre, y es en perjuicio de los estudios generales e de los legítimamente graduados, y mucho seyntitulan de tales nombres y grados diciendo que tienen cedula de vuestra Magestat y de los Reyes catholicos, en las quales se les da facultad espresamente para ello, y otros muchos por cartas y cedula Magestat y de los Reyes catholicos, que le an procurado algunos de sus amigos, por las quales les nonbran dottores y licenciados, no sabiendo vuestra Magestat sylo son o sino los son, ni haziendose las cedula para aquel fi, y sobresto otra vez fueron nonbrados juezes, personas que fuesen por todo el rreyno, los quales ynpusieron penas, y no se ha guardado ni guarda cosa alguna de lo que esta mandado en las dichas leyes y prematicas; por ende a vuestra Magestat piden y suplican mande sobre ello hazer provisyon y remedio que conviene.

A esto vos rrespondemos de aquí adelante se guarden las leyes y prematicas destos rreynos que sobre esto hablan, y mandamos que en lo pasado ninguno se pueda llamar maestro, ni dottor, ni licenciado, ni gozar de los privilegios de que gozan los maestros y dottores y licenciados e otros graduados sino tuvieren titulo expreso para ello de sus grados, sopena de falsarios y de perdimento de la mitad de sus bienes, no embargante qualquier carta y provisyon que tengan en que sean llamados maestros o dottores o licenciados” (MUÑOZ GARRIDO, MUÑIZ FERNÁNDEZ, 1969: 143-144),

La situación continuó y, cuarenta años más tarde, en la Cortes de Madrid de 1563, por boca del doctor Juan Gutiérrez:

“Entro a hablar al reyno el doctor Juan Gutierrez, protomédico de su Magestad, sobre los desórdenes y excesos que hay por el reyno en médicos hediotas, que curan sin tener letras, ni ser examinados, antes algunos an

¹⁸⁰ Algo más tarde, en 1581, Luis de Góngora y Argote (1561-1627), nos dejó estos versos: “Que sea médico mas grave / quien más aforismos sabe, / bien puede ser; / mas que no sea más experto / el que más hubiese muerto, / no puede ser”. *Que pida a un galán Minguilla... Letrilla* (GÓNGORA, 1991)

fingido cartas de licencias del protomédico e an usado dellas siendo falsas, e algunas dellas les an sido tomadas e an sido conuencidos del delito: e questo conuenia remediarse, proueyendo que las cartas de licencias que el protomédico diese, le euase algún sello real u otro conocido, o otra señal publica e autentica, que no se pudiese falsear.

Ansi mismo se quejo que algunos pueblos, especialmente la ciudad de Granada, auian dado licencia a personas para curar, e no solamente en los mismos lugares, pero fuera de ellos, en todo el reyno; y esto es cosa de gran perjuicio e contra la preminencia de su Magestad; e su protomédico pidió que sobre lo uno y lo otro se proueyese como cesasen los inconuenientes que de lo propuesto podían resultar. El reyno le respondio, que trataría de ello lo que mas conueniese al bien del reyno” ([Congreso de los Diputados], 1861: 104).

Las Cortes de Madrid de 1576 nos informan de una de las fuentes de las que proviene parte del intrusismo. Los procuradores se quejan del gran número de personas que tienen autorización del Protomédico para curar determinadas enfermedades. Pero es que ya, en las Cortes de Granada de 1570, se había insistido sobre el asunto en términos muy semejantes. Las respuestas dadas fueron base para que, por ley, quedase establecido el que dichas autorizaciones fueran restringidas, presentadas a las Justicias del lugar en el que han de ejercerse y que dichas Justicias castigaran a quienes, en su ejercicio, traten más enfermedades de aquéllas para las que están autorizados.

En esta época, por disposición legal de 1567, se establece que tan solo los médicos, cirujanos, barberos y boticarios queden sujetos a examen. La situación existente, en cuanto a intrusismo se refiere, continúa siendo motivo de preocupación y, mediante disposición legal de 1579, se ordena a los médicos que han de presentar, ante la Justicia y Ayuntamiento del lugar en el que han de ejercer, testimonio de su grado y de haber practicado dos años (MUÑOZ GARRIDO, MUÑIZ FERNÁNDEZ, 1969).

Algunos autores encuentran la explicación y, a veces, la justificación de la existencia -en este siglo y en el siguiente- de semejantes intrusos en la escasez de facultativos, tanto médicos como farmacéuticos, en relación con la población, hasta el extremo de que, aún un siglo después, alguno de estos oportunistas y farsantes pretendió que el Consejo de Alcaldes de Casa y Corte de la Villa de Madrid le examinara a fin de que se le reconociera que poseía “la gracia que nuestro Señor me ha dado”, según hizo constar en su solicitud (FRANCÉS, 1983) y parece que en la decimoséptima centuria se agudizó este problema, pues individuos de todas clases sociales invadían el campo de la farmacia, elaborando y vendiendo productos diversos para la cura de todos los males (FOLCH JOU, 1972: 30), como fue el caso de Cristóbal Martínez, murciano, natural de Yecla, medio analfabeto, que ejerció en Madrid y fue objeto de un expediente que se conserva en el Archivo General de Simancas (VALVERDE, PÉREZ ROMERO, 1982); y más de lo mismo ha seguido sucediendo a gran escala hasta nuestros días.

Manuel FERNÁNDEZ ÁLVAREZ (1982: 98) ofrece el siguiente cuadro profesional del entorno sanitario en tiempos de Teresa de Cepeda.

	Médicos	Boticarios	Cirujanos	Barberos
Ávila	5	5	9	14
Burgos	7	5	6	13
Segovia	9	2	10	14
Medina del Campo	12	5	9	6
Valladolid	14	3	18	30
Salamanca	3	1	12	26
Toledo	2	3	10	8

La práctica del intrusismo profesional, tanto en el campo de la farmacia como en el de la medicina, ha sido una constante a lo largo de la historia, siendo una lacra difícil de erradicar, a pesar de las constantes disposiciones legales aparecidas a través de los siglos prohibiéndolas, que pueden haber encontrado un terreno abonado en la incultura de la sociedad, especialmente en cuestiones de salud, terreno eternamente propicio para que crezca y se desarrolle todo tipo de aproximaciones, casi siempre sin fundamento científico, en busca de lucro, y cuyos practicantes tenían como único objetivo la obtención de beneficios económicos ejerciendo un arte para el cual no estaban ni académicamente preparados ni legalmente autorizados.

En el tiempo de Teresa podría, de alguna manera, encontrarse una explicación, pues la tradición médica judaica era tan intensa que, todavía a finales del siglo XVI, la Inquisición de Logroño no podía encontrar un médico cristiano viejo, y no tuvo más remedio que echar mano del converso doctor Bólez (LÓPEZ MARTÍNEZ, 1954), pues desde la época de los primeros Trastámaras, la presión antijudaica solicitó que no se diera cargo alguno en la corte a los judíos, ni siquiera en calidad de físicos.

En contra de esta situación se manifiesta el dominico Domingo de Baltanás (1488-1560) que diferencia entre conversos recientes y aquellos que lo son después de varias generaciones:

“Lo que siento de esta materia es que, aunque los que descienden de próximo de padres judíos, y los que son hijos o nietos de condenados, sea cosa tolerable excluirlos de los oficios públicos, pero a los que vienen de esta gente, como de tercera o cuarta generación, no se debía excluirlos de ellos, ni hacer diferencia en nada entre cristianos que descienden de gentiles, y entre los que descienden de judíos” (AMRAN, 2009: 131).

También es de esta opinión Luis de Ortiz, quien en su *Memorial al Rey para que no salgan dineros de España*, fechado en 1558, expone:

“Que el estatuto que hixo el Cardenal de Toledo [Juan Martínez Guijarro, Cardenal Silíceo (1477-1557)] y otro de Alcaraz y otros que hay en el Reino, se moderen con limitación de limpieza de padres y abuelos, sin buscar limpieza de más ascendencia, pues es cosa justa...” (FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, 1999:172)

Sobre los datos que Manuel Fernández Álvarez (1982) ofrece sobre el entorno social de Teresa de Ávila, hemos elaborado la siguiente tabla, lo que nos permite hacernos una idea de conjunto de la situación comentada.

El entorno sanitario en tiempos de Teresa de Cepeda
(*fide* FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, 1982: 98)

	Población ¹⁸¹		Médicos ¹⁸²			Boticarios		
	Vecinos	Habitantes	A	B	C	A	B	C
Ávila	2.781	12.514	5	0,04	2,503	5	0,04	2,503
Burgos	2.591	11.659	7	0,06	2.332	5	0,04	2.332
Segovia	5.496	24.732	9	0,03	13.366	2	0,008	12.366
Medina del Campo	2.718	12.231	12	0,1	2,446	5	0,04	2.446
Valladolid	8.008	36.036	14	0,03	12,012	3	0,008	12.012
Salamanca	4.316	19.422	3	0,01	19.422	1	0,005	19.422
Toledo ¹⁸³	10.739	48.325	2	0,004	16.108	3	0,006	16.108

	Población		Cirujanos			Barberos		
	Vecinos	Habitantes	A	B	C	A	B	C
Ávila	2.781	12.514	9	0,07	1.390	14	0,11	894
Burgos	2.591	11.659	6	0,05	1.943	13	0,11	897
Segovia	5.496	24.732	10	0,04	2.473	14	0,05	1.766
Medina del Campo	2.718	12.231	9	0,07	1.359	6	0,05	2.038
Valladolid	8.008	36.036	18	0,05	2,003	30	1,8	1.201
Salamanca	4.316	19.422	12	0,06	1.618	26	0,13	747
Toledo	10.739	48.325	10	0,02	4.842	8	0,01	6.040

¹⁸¹ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ (1999:191); el factor de corrección empleado es de 4,5.

¹⁸² Las columnas aluden, respectivamente a A: número de profesionales sanitarios establecidos en la localidad; B: porcentaje respectivo de estos profesionales frente al total de la población y C: relación numérica entre estos profesionales y los habitantes de la localidad (número de personas atendidas por cada profesional)

¹⁸³ Llama la atención el escaso número de médicos y boticarios establecidos en Toledo; una explicación posible es el éxodo que se produjo como consecuencia del cambio de capitalidad producido en 1561, cuando Felipe II decidió establecer la Corte en Madrid; muchos de ellos, por ejemplo Francisco Hernández, abandonó Toledo para instalarse en la nueva capital del Reini.

4.2.2. Los personajes

Ya sabemos que la víspera del fallecimiento de Teresa de Jesús fue llamado el cirujano Jerónimo Hernández para que “le echase unas ventosas” como se ha recogido en el capítulo anterior¹⁸⁴.

En Burgos, Teresa de Cepeda conoció a un médico del que nos habla y deja constancia, el licenciado Antonio de Aguiar, nacido en 1545, residente en Burgos desde los quince años, que estudió en Alcalá y fue condiscípulo de Gracián, motivo por el cual las Descalzas le llevaron a ocuparse de ella cuando él tenía ya treinta y siete años de edad; atendió a la Madre de sus dolencias e indisposiciones en casa de Catalina de Tolosa, del que hemos hablado en el capítulo anterior, pero gracias al examen de los procesos de beatificación y canonización conocemos el nombre de otros médicos que la atendieron o testificaron sobre la incorruptibilidad de su cuerpo.

El 4 de abril de 1592 declaraba, en Alba de Tormes, el licenciado Martín Arias. No consta explícitamente que fuese médico, pero de la lectura de su testificación se deduce que debía serlo por sus observaciones acerca del cuerpo de la Santa diez años después de su fallecimiento:

“Y que en el dicho cuerpo lo tentó y vió con mucha consideración si había señal de haber habido alguna corrupción o de presente la había, y halló este testigo que no la había habido ni de presente la había en cuanto pudo colegir, y anduvo mirando, porque todo lo vió entero (...) esta incorrupción no puede ser naturalmente, principalmente siendo mujer y de suyo algo gruesa, porque las mujeres de suyo son muy húmedas y succulentas, con una humedad muy apta *ad corruptionem*, y que en este cuerpo todo esto ha faltado”¹⁸⁵.

En el proceso de Medina del Campo declaraba, el 9 de abril de 1596, el doctor Diego Polanco, el cual conoció y trató mucho con Teresa desde que fundó en Medina su segundo monasterio, corriendo el año de 1567. En su larga testificación relata las “grandes y ordinarias enfermedades” de ella, pero no hay constancia cierta de que la tratara como galeno¹⁸⁶.

El 30 de abril de 1595 declaraba, en Ávila, el licenciado Luis Vázquez, médico, vecino de la ciudad, que conoció y trató a la madre Teresa de Jesús cuando ésta era priora en el Monasterio de San José, donde este testigo entraba a curar a las enfermas; señala que era mujer de gran caridad y que vio como la usaba con las monjas enfermas y de su casa, condoliéndose de ellas y apiadándose. Sin embargo no deja ningún dato que pudiera interesarnos para el objeto de esta tesis, pues se limita en su declaración a

¹⁸⁴ Declaración de Inés de Jesús. Proceso de Alba, 1592 (Efrén, Steggink in TERESA DE JESÚS, 1986: 933).

¹⁸⁵ Declaración del licenciado Martín Arias. Proceso de Alba, 1592 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 144. 1934).

¹⁸⁶ Declaración del doctor Diego de Polanco. Proceso de Medina del Campo, 1596 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 54. 1935).

testificar la incorrupción de su cuerpo, lo cual verificó repetidas veces en compañía de otro médico, el licenciado Ramos¹⁸⁷.

El 27 de febrero de 1610, en el Proceso de Salamanca, declaraba el doctor Juan de Garaña, graduado de Medicina en la Universidad de esa ciudad y catedrático de ella, natural de la villa de Pontevedra, hijo de Hernando de Garaña e Isabel García, que tampoco la trato, pero tuvo la oportunidad de ver su cuerpo después del fallecimiento, coincidiendo su testimonio con el de otros galenos citados¹⁸⁸.

Días después, el 17 de marzo de éste 1610, declaraba el doctor Cristóbal de Medrano, graduado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Salamanca y catedrático en ella, natural de la villa de Cáceres, hijo de Francisco de Medrano y Francisca Jiménez, quien visitó el Monasterio de Alba, trató a algunas religiosas que lo necesitaban y comprobó la incorrupción del cuerpo de Teresa¹⁸⁹.

El 23 de julio de 1610, declaraba, en Ávila, el licenciado Luis Amador, natural de Ávila, hijo de Luis Amador 'el Sallo' y María Álvarez, graduado por la Universidad de Sigüenza el cual, siendo entonces médico del Convento de San José, testifica la curación de la hermana Magdalena de la Madre de Dios de sus múltiples enfermedades "que con remedios naturales ni artificiales hera ynposible sanar de repente", sanación que se debió a la intercesión de la Santa¹⁹⁰.

Ese mismo día, el 23 de julio de 1610, declaró en el proceso de Ávila otro galeno, Juan Baptista del Alcoçer, hijo de Antonio Alcoçer y Petronila de Barma, naturales de la villa de Alcalá de Henares donde este testigo nació; graduado de doctor en Medicina por la Universidad alcalaína, fue médico "del rei don Phelipe nuestro señor, y ansimismo lo es del señor obispo y cabildo de la santa yglesia desta çibdad", que tampoco la trató, pero que testifica haber visto sus libros originales en la biblioteca de El Escorial y documenta la curación de un maltrecho ojo de Gabriel Pacheco, como consecuencia de la impericia o dificultad del caso, provocada por un batidor de cataratas y que también sanó por la intercesión de Teresa¹⁹¹.

El 11 de agosto de éste 1610 declaraba, en Valladolid, Francisco Martínez Polo, natural de la villa de Cuéllar, doctor y catedrático de la Universidad de Valladolid según declara el doctor Paulo de la Vega, de quien nos ocuparemos más adelante. Fue médico de las Descalzas Carmelitas del convento de San José de esta ciudad que fundó

¹⁸⁷ Declaración del licenciado Luis Vázquez. Proceso de Ávila, 1595 (SOBRINO, 1: 112. 2008). Sin embargo, el padre Silverio de Santa Teresa, en la edición por él preparada de los *Procesos de Beatificación y Canonización* mantiene la fecha de la declaración del 30 de abril, pero no el año, pues apunta que fue en 1597 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1934-1935).

¹⁸⁸ Declaración del doctor Juan de Garaña. Proceso de Salamanca, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 3: 25. 1935).

¹⁸⁹ Declaración del doctor Cristobal de Medrano. Proceso de Salamanca, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 3: 47. 1935).

¹⁹⁰ Declaración del licenciado Luis Amador. Proceso de Ávila, 1610 (SOBRINO, 1: 276. 2008).

¹⁹¹ En su declaración cita, en relación con esta intervención de cataratas, al licenciado Luis Vázquez, pero no debe tratarse del mencionado anteriormente, pues señala que es vecino de Alcalá y que, junto con otro medico, de apellido Madrigal, asistieron a aquella intervención que ningún beneficio aportó al paciente (Declaración del doctor Juan Baptista del Alcoçer. Proceso de Ávila, 1610. SOBRINO, 1: 277. 2008).

Teresa de Jesús. Da testimonio de una curación, por intercesión de la Santa, de un paciente al que habiéndosele aplicado los remedios medicinales al uso no encontraba mejoría, perdiendo fuerzas según pasaba el tiempo: “De donde siempre ha juzgado este testigo con lo que ha estudiado y leído en medicina, y con la grande experiencia que tiene de largos años, que no halla milagro más evidente en materia de salud restituida en la manera dicha”¹⁹².

Caso diferente es el del doctor Paulo de la Vega que testificó, en Valladolid, el 31 de agosto de 1610; natural de la villa de Tordehumos de Campos, diócesis de Palencia, “conoció muy bien a la dicha santa madre Teresa de Jesús desde los principios que vino a fundar esta casa de esta dicha ciudad de sus monjas descalzas Carmelitas, que por ser médico este testigo, le llamaron del dicho convento para visitar a la dicha santa Madre estando enferma; y de esta manera la conoció y trató y comunicó en muchos años diversas veces, porque la dicha Madre yba y venía a esta dicha fundación suya”¹⁹³, pero no hace mención de las enfermedades ni de los remedios que pudo haberla prescrito en consecuencia, de manera que solo declara sobre la curación de algunas personas por intercesión de la Santa.

El 4 de abril de 1592 declaraba Francisco Ramírez, que conoció a Teresa en la villa de Alba, en el monasterio de las Descalzas Carmelitas con ocasión de su enfermedad, de cuyo informe anodino sobre su muerte ya se ha hecho mención anteriormente¹⁹⁴.

Un boticario aparece testificando el 15 de septiembre de 1610, Alejo García, vecino de Ávila, hijo de Alejo García y Leonor de Bonilla y que, por la edad que declara, mas de cuarenta y ocho años, bien pudo haber coincidido con Teresa; pero no parece el caso, ya que fue llamado a declarar con el fin de reconocer la firma del licenciado Luis Vázquez, médico, que aparecía en uno de los documento del proceso; “la cual reconoció por haver tratado al dicho licenciado y por haber acudido este repetidas veces a su botica y le ordenava por escrito algunas cosas que hiziese y lo firmaba de su nombre”¹⁹⁵.

Sobre los boticarios también escribe, pero en ningún caso nos ha dejado sus nombres. Durante su estancia en Sevilla, a la que llegó el 26 de mayo 1575 y de la que salió el 4 de junio de 1576, enfermó; a las demás monjas tampoco les fue mejor, de forma que hubo que pagar a un boticario dos ducados y setecientos cincuenta maravedis, de recaudo para unos jarabes, trescientos cuarenta maravedies y unos pollos y otras cosas necesarias para las enfermas, lo cual ascendió a cuatrocientas setenta y seis maravedies (EFRÉN, STEGGINK, 1996: 633).

Nos llegan noticias, a través de sus escritos, que un boticario de entonces percibía como honorarios por la preparación de un ungüento la cifra de cuatro reales:

¹⁹² Declaración del doctor Francisco Martínez Polo. Proceso de Valladolid, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 3: 341. 1935).

¹⁹³ Declaración del doctor Paulo de la Vega. Proceso de Valladolid, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 3: 365. 1935).

¹⁹⁴ Declaración de Francisco Ramírez. Proceso de Alba, 1592 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 139. 1934).

¹⁹⁵ Declaración del boticario Alejo García. Proceso de Ávila, 1610 (SOBRINO, 2: 859. 2008).

“Dice mi hermano [Lorenzo] que si recibió vuestra reverencia unas cartas tuyas, que iban cuatro reales dentro para un boticario que vive ahí junto de casa, de un ungüentillo que le dio; creo era cuando tenía la pierna mala. Si no fuera allá, páguelos vuestra reverencia...” (Carta 125.2. Toledo, 20/09/1576, a la madre María de San José, en Sevilla).

No sabemos qué contenía el ungüento en cuestión, lo que nos permite conocer su acción, ni cómo calcular el precio de la preparación, ni siquiera la identidad del boticario. Por otra parte, los ungüentos fueron unas de las preparaciones más utilizadas en la época, y los había de varios tipos: rubio, blanco, de minio, de plomo, aureo, apostolorum..., algunos con uso como corrosivos: auri pigmenti, chalticidos, alumis roche, acérrimo acetato o polvo de litargirio.

El hecho debió ocurrir entre el 12 de agosto de 1575 y el 4 de junio de 1576, tiempo en el que Lorenzo de Cepeda permaneció en Sevilla ayudando a su hermana en aquella fundación que tantos y tantos quebraderos de cabeza le supuso y que a punto estuvo, también, de costarle un buen disgusto a él a causa del pago de la alcabala¹⁹⁶ siendo, como fue, el fiador de la compra de la casa donde se instaló el Convento. Una vez más pone de manifiesto su preocupación por saldar las deudas.

4.2.3. Los remedios medicinales

La farmacoterapia de este periodo puede abordarse desde dos niveles: el puro o meramente teórico que podríamos denominar análisis de los fundamentos del tratamiento, y el que estrictamente se refiere a la materia médica. Durante esta etapa parece que los médicos se rigieron fundamentalmente por la doctrina galénica del tratamiento que, someramente, podemos resumir en:

- a) La creencia en la fuerza medicatriz de la naturaleza, con ciertos grados y matices, y la consideración del médico como servidor de ella a través de su arte y de sus conocimientos.
- b) El análisis de las cuatro *dynameis* (atractiva, retentiva, alterativa y expulsiva), para conocer la expresión formal de esa fuerza sanadora.
- c) La *endeixis*, indicación terapéutica, o el conocimiento del médico acerca de lo que conviene hacer en cada caso

Este último concepto, que se completará y se mantendrá hasta bien entrado el siglo XIX, se edificó sobre la base de cuatro principios:

- 1. El diagnóstico científico debe ser la guía para establecer el tratamiento para curar al enfermo.
- 2. La indicación varía según la naturaleza del órgano en el que se asienta la enfermedad.
- 3. El tratamiento estará en función de la constitución biológica del enfermo.

¹⁹⁶ Las rentas ordinarias de mayor importancia para el herario público eran las alcabalas y las tercias, a las que se sumaban otras de menor cuantía, como aduanas, salinas, etc. Las alcabalas eran un impuesto de origen medieval que gravaba las compraventas; se agrupaba en tres sectores: bienes raíces, paños y productos alimenticios. Las alcabalas y tercias se cobraban conjuntamente en régimen de arrendamiento a hombres de empresa, tras la correspondiente puja, pues la rudimentaria máquina de la hacienda regia no tenía otro sistema.

4. El tratamiento dependerá, asimismo, de las acciones o agentes exteriores nocivos, es decir, de los agentes procatárticos que, actuando sobre la naturaleza del enfermo, desencadenan el proceso morboso.

La indicación terapéutica debía estar, además, al servicio de unas reglas de actuación: el médico debía favorecer y nunca perjudicar, es decir, cooperar técnicamente con el esfuerzo sanador de las *physis* y saber ser prudente.

La doctrina farmacológica giraba en torno al concepto de medicamento (*pharmakon*) tomado de la medicina hipocrática pero con un sentido estrictamente terapéutico. A los medicamentos se les atribuían facultades difíciles de separar de sus temperamentos, es decir, la causa eficiente de alguna acción. Su esencia residía en su constitución y naturaleza compuesta de las cuatro primeras cualidades: calor, frialdad, humedad y sequedad.

Era considerado medicamento cualquier sustancia capaz de producir alguna alteración en el organismo. Para que estos actúen es necesario que el calor natural los altere, cosa que pueden realizar de dos maneras: bien corrigiendo nuestras enfermedades con alguna calidad manifiesta que posean, o bien alterando con toda su sustancia y temperamento, porque su constitución y naturaleza se considera totalmente contraria a la nuestra, como el caso de los venenos. La cualidad de un medicamento se deducía de la reacción que al administrarlo de una manera empírico-experimental podían comprobarse en el organismo (FRESQUET, 1992; PUERTO, 1997).

En la época que a Teresa de Jesús le tocó vivir, los medicamentos se dividían en simples y en compuestos -estos elaborados con varios simples- o aquellos que se hacían de cosas contrarias. Según la acción se dividían en tres grupos: los que actuaban sobre las cualidades elementales, los que lo hacían sobre más de una cualidad (pudiéndose distinguir una actividad principal y otra secundaria) y los que poseían una acción específica (vomitivos, purgantes, etc.). Se establecieron también todo tipo de especificaciones y de diferenciaciones así como una compleja doctrina sobre los grados de cada sustancia simple. Estos principios servían para distinguir los medicamentos y para interpretar su acción. Con la teoría de los grados trataban de establecer una 'unidad de medida' de la cualidad o cualidades de las sustancias, lo que significó un avance en el terreno de la dosificación.

De forma que, en el primer grado, apenas podían percibirse las acciones medicamentosas a través de los sentidos; en el segundo ya serían perfectamente perceptibles; en el tercero serían algo perjudiciales y en el cuarto sus efectos serían directamente destructivos. Podían establecerse grupos intermedios. Una forma de averiguar los grados de los medicamentos era a través de sus sabores. Así, sustancias de complejión caliente y seca eran utilizadas, según las doctrinas galénicas, para enfermedades de causa fría, como dolores de cabeza, dolores de pecho y de ijada, etc. Gracias a la acción terciaria de los medicamentos, se prescribían sustancias para lograr la digestión y eliminación de la materia pecante o para restablecer las funciones orgánicas deficientes. La elección de remedios evacuantes se hacía en función de la localización de la materia pecante, según la vía preferida por la fuerza curativa de la naturaleza para evacuarla. En los catarros se empleaban los expectorantes; en las dolencias de estómago e intestino, los eméticos y purgantes; en las enfermedades

generales, los diuréticos y los sudoríparos; y así un largo etc. (FRESQUET, 1992; PUERTO, 1997).

Juan Fragoso (c. 1530-1597) incide sobre estos aspectos y lamenta los errores que cometían algunos médicos por no ser consecuentes con lo que Galeno estableció. Así, al referirse al ámbar y su complexión, escribe:

“Para entendimiento de lo qual y de lo de adelante, presuponemos según doctrina de Gale[no]. en el libro. 5. cap. ultimo de las facultades de las medicinas simples, que aquel medicamento se dize templado, que ni calienta ni deseca, ni enfria, ni humedece: pero el que excede el temperamento, toma el nombre de la calidad que predomina: llamándose caliente, frio, húmido, o seco, y para alcanzar y poder medir el exceso, fue necesario constituyr quatro ordenes o grados por manera que se dirá caliente en el primero aquella medicina que nos calentare no evidentemente, sino sacándolo por discurso y demostración racional: y lo mismo es de frias, húmidas y secas. Calientes en segundo se llaman las que manifiestamente nos dan. En el tercero las que obran e imprimen su calidad fuertemente, pero no en sumo grado. Y calientes en quarto aquellas que vienen a hazer costra y quemar. Y por el contrario frias en el mismo, las que enfrían tanto que matan...” (FRAGOSO, 1572: fol. 7r).

Nicolás Monardes (c. 1493-1588) entendió la doctrina galénica de las cualidades y sus grados de acuerdo con la versión propia de la corriente humanista, que había rechazado como bárbaras las teorizaciones arabizadas del galenismo bajomedieval. Como todos los seguidores del galenismo, indicó la complexión, temperatura o temperamento de cada producto curativo, deduciendo a partir de ella sus efectos sobre el organismo. La misma doctrina servía de fundamento para una correcta indicación terapéutica, adecuada a la complexión del enfermo y a la calidad de la enfermedad. El sevillano contrapone explícitamente esta terapéutica racional al uso empírico de los medicamentos, que descalifica por completo, concediendo una importancia creciente a la experiencia, lo que constituyó una de las raíces de la renovación del saber médico.

Además de la teoría de los grados, era frecuente, entre los cirujanos sobre todo, ordenar los medicamentos según las acciones que ejercían cuando se aplicaban para resolver los problemas que ellos trataban, estableciendo, a modo de ejemplo, los siguientes grupos: medicamentos repercusivos, medicamentos atrayentes, medicamentos resolutivos, medicamentos emolientes y ablandantes, medicamentos supurantes, medicamentos encarnantes y cicatrizantes, medicamentos cáusticos, medicamentos nodionos, narcóticos y confortantes.

Sólo al final del Renacimiento empiezan a aceptarse las teorías yatrogénicas. Los medicamentos o remedios se preparaban de acuerdo con formularios, antidotarios, recetarios, etc. surgiendo en esta centuria obras que constituyen el preludio de las posteriores farmacopeas (PUERTO, 1993).

Es imposible hacer referencia a todos los productos que pudieron ser empleados como medicamentos en esta época, procedentes de los tres reinos de la Naturaleza, con predominio de los de origen vegetal, preparados bajo el concepto galénico de actuar sobre los humores, como queda dicho. Con ellos se buscaba una cualidad determinada de sequedad, humedad, calidez o frialdad, a la que generalmente iban

destinadas todas las composiciones, así como las manipulaciones a que se sometían los simples para transformarlos en medicamentos.

Lo que sí se conoce es lo que se podía encontrar en una botica: toda clase de recipientes para obtener decocciones, infusiones, jarabes, etc., de distintos materiales como el vidrio o diversos metales; espátulas, espumaderas, embudos, diferentes tamices, retortas, recipientes para la conservación de los simples y de los remedios, las imprescindibles balanzas y los emblemáticos morteros. Con ellos se elaboraban los diferentes tipos de preparaciones que se conocían, lo que hoy podríamos llamar 'formas galénicas', cuyo significado era el siguiente:

Ceratos.- medicamentos de uso externo, de consistencia blanda, compuestos de aceite y cera de abeja, a los que se añadía esperma de ballena, líquidos aromáticos, polvos, etc.

Conservas.- medicamentos de consistencia blanda formados por una sustancia vegetal y azúcar. De esta forma se reservaba el remedio vegetal y se hacía más fácil su ingestión.

Conditos.- medicamentos sólidos formados por una sustancia vegetal y azúcar para facilitar su conservación y la administración al enfermo o su uso en otra preparación polifármaca. Eran similares a las conservas pero menos blandos.

Eclegmas o locs.- medicamentos procedentes de la tradición islámica; se trata de preparados para uso interno, de consistencia siruposa y opacos, cuyo excipiente era el agua. Generalmente tenían como base alguna sustancia oleosa, suspendida en el agua mediante un mucílago al que se le añadían polvos y extractos de plantas. Por su composición se alteraban con extrema rapidez y debían prepararse para ser consumidos al instante, como si de una preparación extemporánea se tratase.

Electuarios.- medicamentos constituidos por polvos de plantas generalmente, pero también de animales o minerales, interpuestos en jarabe simple o compuesto, hecho con agua y azúcar o miel, más extractos, pulpas, sustancias animales, minerales o principalmente vegetales.

Emplastos.- medicamentos de uso tópico, de consistencia sólida, más o menos dura, que se adhieren a la piel pero sin poderse extender como los ungüentos o los ceratos.

Hieras.- electuarios purgantes.

Jarabes.- líquidos de consistencia viscosa, formados por una solución concentrada de azúcar en agua, vino o vinagre (jarabes simples) o saturados con polvos o sustancias medicamentosas (jarabes compuestos).

Oleos o aceites.- preparaciones en las que el excipiente era el aceite.

Píldoras.- medicamentos dispuestos en pequeñas masas esféricas, destinados a ser deglutidos sin masticarse. Podían prepararse con todas las sustancias que abarcaba la materia médica.

Polvos.- son el resultado de la división mecánica a que puede reducirse un cuerpo sólido. Como en el caso anterior, son muchísimos los simples medicinales que pueden someterse a pulverización y los polvos podían constituir un medicamento por sí mismos, o podían utilizarse en la preparación de formas farmacéuticas complejas.

Trociscos.- en principio eran preparaciones de uso interno con forma cónica, tetraédrica o cúbica, obtenidas por la agregación de materiales pulverizados. Se conseguían tras presionarlos en moldes adecuados. Con el tiempo pasaron a ser agregaciones cónicas de polvos que se guardaban así para evitar su desecación y poder ser utilizados cuando fuera menester.

Ungüentos.- medicamentos de uso externo, compuestos de resinas y cuerpos grasos, a los que se incorporaban sustancias minerales o extractos, gomo-resinas y aceites esenciales. Su excipiente era resinoso, a diferencia de los ceratos y las pomadas, aunque se empleaban como ellos extendiéndolos sobre la piel. Solían ser menos untuosos que las pomadas y los ceratos, pero más que los emplastos.

Dicho esto, justo es reconocer que el paso del tiempo puso de manifiesto que cada vez era más patente el insuficiente conocimiento heredado de los antiguos para intentar explicar y llegar a comprender la realidad inabarcable de la Naturaleza, lo que fue evidente con la expansión europea, particularmente de españoles y portugueses, provocando la mutación del sentido de estos debates, a veces enconados, entre avicenistas y galenistas; pues el conocimiento existente era, a todas luces, insuficiente para abarcar el saber de la abundancia y diversidad de las cosas naturales y productos medicinales de los nuevos mundos descubiertos; por un lado la naturaleza de las Indias Occidentales no se ajustaba a la historia natural de Plinio, ni a ninguna otra fuente de autoridad antigua, como tampoco a los relatos disponibles sobre las Indias Orientales, con las que inicialmente se identificaron (GONZÁLEZ BUENO, 2004); por otro lado, la variedad tan enorme y las propiedades de las drogas y simples medicinales de las Indias Occidentales rebasaban ampliamente los saberes contenidos en el tratado de materia medicinal de Dioscórides, a la vez que revalorizaban la utilidad de sus descripciones, hechas primero por los descubridores, evangelizadores y colonizadores, y después por médicos, boticarios y naturalistas de diferentes procedencias, así como el valor de los testimonios locales de no profesionales. Someramente estas fueron las coordenadas de partida que permiten explicar el salto epistemológico que la historia natural, la materia médica, la medicina y la farmacología experimentaron de modo progresivo en el siglo XVI y siguientes.

En relación con el pensamiento médico y científico de aquel entonces, debe considerarse como Renacimiento el reinado de Felipe II¹⁹⁷, pues la creación científica y la medicina siguieron tales pautas, en un ambiente aperturista y erasmista a lo largo de la centuria, si bien en su segunda mitad se vivió una ralentización del proceso debido al giro provocado por las Pragmáticas de 22 de noviembre de 1559, prohibiendo la salida de escolares españoles a las universidades extranjeras.

Fueron médicos imperiales Luis Lobera de Ávila (c. 1480-1551), Francisco Vallés (1524-1592), Cristóbal de Vega (c. 1510-c. 1573) y Andrés Fernández Velázquez Laguna [Andrés Laguna] (c. 1510-1559) a quien cabe calificarle como galenista. La versión castellana del Dioscórides por él preparada interesó, primeramente a médicos y

¹⁹⁷ Decidido partidario de la alquimia, por lo que contrató a numerosos alquimistas de prestigio y fundó, en El Escorial, un laboratorio de destilación; sin embargo, las Pragmática a las que se hace mención van encaminadas a evitar que, con la salida de estudiantes fuera de nuestro país, estos pudieran contaminarse de las ideas luteranas, calvinistas u otras y, a su regreso, constituirse en focos de diseminación de las mismas (FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, 1999; *IBID.*, 2004).

cirujanos y sobre todo, como no podía ser de otra manera, a los boticarios.

Andrés Laguna es el prototipo de renacentista europeo: médico, científico, humanista, lingüista, viajero, poeta y político, que llegó a ser médico de Carlos I, de Felipe II y del papa Julio III. En su labor investigadora se decantó por la Farmacología y la Botánica, y no por la Anatomía, tan en auge; buscando en la Naturaleza los remedios de origen animal, vegetal o mineral que sirvieran para tratar las enfermedades, de manera que en este campo, el de la terapéutica, llaman la atención sus recomendaciones por su agudeza y actualidad, por ejemplo, cuando se refería a la necesidad de individualizar los tratamientos y adaptarlos a cada paciente “y no como hacen algunos médicos, que administran el medicamento a todos de la misma manera, ni más ni menos que el zapatero, que con una horma sola, suele hacer zapatos para todas diferencias de pies” (SACRISTÁN, GUTIÉRREZ, 2013: 15). El segoviano es muy crítico con los que ejercían la medicina sin el debido conocimiento, arremete contra los que son más de parecer que ser médicos, empeñados, encerrados a cal y canto en su convencimiento del conocimiento libresco de los antiguos contra todas enfermedades, y combate la magia y las supersticiones¹⁹⁸.

Nuestra protagonista, que bien puede definirse como todo un compendio de patologías, tuvo necesidad a lo largo de toda su vida, como hemos reseñado al describir algunos de sus datos biográficos, especialmente los relacionados con padecimientos, de ser tratada de cuantas dolencias sufrió, y nos dejó constancia escrita de ello, aunque de manera somera, así como de lo que otras monjas y allegados necesitaron para recobrar la salud perdida.

Nos vamos a encontrar con una farmacia escolástica, derivada de la teoría y práctica hipocrática y galénica, aunque la madre Teresa recurre también a los nuevos remedios traídos del Nuevo Mundo, si bien no a todos, pues rechaza el uso de la popular y afamada zarzaparrilla. Es decir, parece estar al tanto de las nuevas corrientes terapéuticas de su siglo, que se vieron fuertemente influenciadas por el descubrimiento de las Indias Occidentales, lo cual contrasta con el empleo de remedios caseros y el uso de fórmulas polifármacas, lastre de siglos anteriores que ya criticara con ironía Andrés Laguna cuando escribe: “que en todos los tiempos ha constituido un vicio y un peligro” (SACRISTÁN, GUTIÉRREZ, 2013: 15), aunque él también las empleara. No era, pues, el segoviano amigo de preparaciones complejas, aunque acepta que las medicinas compuestas de uso común eran necesarias, pues venían siendo dispensadas desde mucho tiempo atrás, pero llama la atención sobre los errores capitales que, por culpa de los editores, se hallaban en las composiciones que aparecieron en obras impresas y que, de esta manera, se habían ido extendiendo y solamente podían

¹⁹⁸ Juan Méndez Nieto (m. 1616), portugués de nacimiento, de familia acomodada, y cristiano nuevo, estudió en Salamanca y realizó la práctica con Lorenzo Alderete quien había llegado de Italia a Salamanca para incorporarse al claustro salmantino. Escribió el lusitano unos *Discursos Medicinales...* (MÉNDEZ NIETO, 1989), y en 1577 hospedó en su casa a Andrés Laguna, que con su peculiar forma de ser describe así: “se quedó todo aquel tiempo, relata el cronista, haciendo él el plato y costa, al uso de Borgoña, de suerte y tan copiosamente que agora [recuerda ya anciano] tomara yo otro huésped como él”. Esta estancia se debió a que, a finales de aquel año, Laguna pasó por Salamanca, en cuya Universidad fue invitado a dar alguna clase, acomodándose en casa de Méndez Nieto, poseedor de varios libros necesarios para sus lecciones y le dio algunos consejos, aprendidos de un empírico siciliano, para atajar una epidemia de tabardillo o tifus exantemático (PUERTO, 2013: 109).

ser reconocidos por quienes tuvieran perfecto conocimiento de los simples.

A este respecto procede traer aquí la postura de Luis Lobera el cual, en el capítulo que dedica al estudio de la gota, escribe: “Las enfermedades de humores simples han se de curar con remedios simples: y las enfermedades de humores compuestos: con medicinas compuestas” (LOBERA, 1544a: fol. XXIr).

Al igual que ocurría con el ejercicio de la Medicina, también en el campo de la preparación de los remedios terapéuticos se observa, en esta centuria, el enfrentamiento entre la tradición y la renovación científica.

Se practicaba profusamente la sangría como remedio universal, así a Catalina Godínez y Sandoval, promotora, junto a su hermana María, del convento de carmelitas descalzas de San José del Salvador en Beas del Segura, y luego profesas en éste, que fue el primero que fundó Santa Teresa en Andalucía en 1575¹⁹⁹, fue sangrada en ocho años más de quinientas veces, quedando en su cuerpo las huellas de tan repetida operación:

“... que en estos ocho años la sangraron varias centenas de veces, sin tantas ventosas sajas [escarificadas], que tiene el cuerpo de suerte que lo da a entender” (F. 22.16).

Teresa fue sangrada en numerosas ocasiones, afirmación sostenible por las noticias que nos ha dejado:

“... porque, con el sol del camino, el dolor que tenía cuando vuestra señoría estaba en Malagón me creció de suerte que, cuando llegué a Toledo, me hubieron luego de sangrar dos veces, que no me podía menear en la cama según tenía el dolor de espaldas hasta el cerebro, y otro día purgar; así me he detenido ocho días aquí -que mañana los hará-, que vine viernes y me parto bien desflaquecida (porque me sacaron mucha sangre), mas buena” (Carta 8. Toledo, 28/05/1568, a Luisa de la Cerda, en Antequera).

“Antes de Navidad me dieron unas calenturas y estuve de mal de garganta, sangrada dos veces y purgada” (Carta 39.1. Ávila, 04/02/1572, a su hermana Juana de Ahumada, en Galinduste, Salamanca).

“Con tres sangrías estoy mejor” (Carta 41.1. Ávila, 07/03/1572, a María de Mendoza, en Valladolid).

A veces sus males corporales no la dejaron escribir de su propia mano, como ya sabemos, de manera que se disculpa por ello ante el grupo de los promotores de la fundación de Toledo, y no es de extrañar que se sintiera débil sabiendo las sangrías que la practicaron:

“La mano ajena suplico a vuestra merced perdone, que me tienen las sangrías flaca y no está la cabeza para más...” (Carta 28.2. Toledo, [mediados]/08/1570, a Diego Ortiz, en Toledo).

Es más, en ocasiones muestra inclinación a la práctica de la sangría y recomienda recurrir a ella, así como a la utilización de ungüentos, u otros preparados para remediar

¹⁹⁹ Catalina Godínez tomó el nombre de Catalina de Jesús y profesó el 14 de septiembre de 1576; su hermana María de Sandoval, desde entonces María de Jesús, profesó el mismo día. Eran hijas de Sancho Rodríguez de Sandoval y Catalina Rodríguez.

las calenturas que abrumaban a la priora de Sevilla, fruto todo ello de su empirismo pero, prudente, sugiere que previamente se consulte con el médico:

“Yo le digo que da gran pena esta su calentura. ¿Para qué me dice que está buena, que de eso me enojo? Mas mírese si es de algunas opilaciones²⁰⁰ y hágase algo, no la deje arraigar. Harta sospecha tengo que alguna vez se le quita, que esto me consuela. Digo que, algunas unturas u cosas para templar ese calor, que no lo dejen de decir al médico. Ella se suele sangrar cada año, me parece; quizá le haría provecho, como dice la supriora [María del Espíritu Santo]. Digo que no se esté así, que cuando queramos, no haya remedio” (Carta 148.3. Toledo, 11/11/1576, a la madre María de San José, en Sevilla).

Y este consejo de la reformadora parece que surtió efecto, pues la priora no echó en balde el comentario de la madre Teresa, sino que además la sangría la mejoró, por lo que nuestra protagonista se alegra, como siempre, y declara abiertamente, sin tapujos, que dado que el médico ha sabido entenderla que siga con el mismo y no recurra a otros:

“Harto me he alegrado le haya hecho provecho a vuestra reverencia la sangría. Si este médico la ha entendido, no querría se curase con otro” (Carta 160.3. Toledo, 07/12/1576, a la madre María de San José, en Sevilla)

Y meses más tarde, refiriéndose a sí misma, escribe alabando esta terapéutica:

“... y sangréme ayer y mándanme sangrar hoy (...) Hame dado la vida la sangría, a la cabeza” (Carta 191.1. Toledo, [mediados]/04/1577, al padre Ambrosio Mariano, en Madrid).

“... con sangrías y purgas ha sido Dios servido de dejarme en este piélagos de trabajos” (Carta 342.1. Toledo, 08/05/1580, a María Enríquez, en Alba).

Aunque otras veces no fue así, como las que le practicaron en Becedas, recién incorporada al Monasterio de la Encarnación, cuando era joven, pues debieron ser tan drásticas y frecuentes que la provocaron grandes males que bien pudieron llegar a costarle la vida. Quizás por ello se manifiesta enteramente en contra frente al abuso de este método y así se lo recrimina a la priora de Valladolid:

“Si alguna vez quisiese creer lo que le digo, no vendríamos a tanto mal. ¡Es verdad que poco le rogué el otro día en una carta que no se sangrase más! Yo no sé qué desatino es el suyo, aunque lo diga el médico” (Carta 143.1. Toledo, 02/11/1576, a la madre María Bautista, en Valladolid)²⁰¹.

En cuanto a la práctica de este remedio nos encontramos, por un lado, que para los griegos la sangría era una derivación y había que practicarla en el mismo lado y lo más cerca posible del lugar enfermo; y, por otro lado, los árabes propusieron hacerla en el pie o brazo contrario a donde estaba localizada la dolencia para obtener una revulsión de la zona enferma afectada, es decir, en la zona más alejada de la región dolorida. La técnica árabe, que practicaba las sangrías revulsivas, era la predominante hasta que un médico francés, Pierre Brissot (1478-1522), basado en sus experiencias,

²⁰⁰ Amenorrea, enfermedad ordinaria y particular de doncellas y de gente que hace poco ejercicio (COVARRUBIAS, 1611).

²⁰¹ La carta a la que hace referencia no se conserva. Es esta carta el único texto que conocemos en el que Teresa manifiesta su firmeza en oposición a la opinión del galeno, cuando ella siempre se muestra partidaria de consultar con ellos y seguir sus indicaciones.

propuso la vuelta al método griego, es decir, a la práctica de sangrías derivativas.

Este cambio originó una polémica que duró todo el siglo. Precisamente, como consecuencia de esta discusión, como sucede con cuanto origina controversia, provocó que la sangría alcanzase su apogeo en este período.

También Nicolás Monardes (c. 1508-1588) participó en esta contienda publicando, en 1539, un folleto bajo el título *De secanda vena in pleurito inter Graecos et Arabes concordia...* (MONARDES, 1539), buscando encontrar un equilibrio entre las posturas griega y árabe, para terminar decantándose por la humanista, intentando fundamentar sus argumentos en hechos anatómicos, concretamente en la disposición de las venas torácicas.

Hasta tal punto la discusión llegó a ser viva y acalorada que se celebró en la ciudad de Bolonia una reunión, presidida por el Sumo Pontífice, y a la que asistió Luis Lobera de Ávila, para tratar de resolver la contienda que dividía las opiniones de los médicos sobre el problema de señalar el sitio de la sangría en la pleuritis.

A este respecto conviene traer a colación un curioso y a la vez irónico, cuando no mordaz, comentario que Juan Antonio Paniagua recoge del comendador Fernán Núñez (m. 1479):

“No quiero pasar entre renglones la disputa que entre los médicos nuevos y viejos se trata de que brazo se ha de hacer la sangría en el dolor de costado, porque los unos quieren que sea del contrario y otros que del mismo del dolor. Ved quan averiguadas cosas deben ser las demás cosas en medicina, quistión tan importante a la salud humana. Verdad es por cuestión de paz toman otros médicos un medio de sangrar ambos brazos y de esta manera, a costa de nuestra sangre concuerdan las opiniones” (PANIAGUA, 1977: p. 97).

Esta cuestión es también considerada y comentada por Francisco Vallés en el libro séptimo de sus *Controversiae Medicae et Philosophicae...* (VALLÉS, 1556), optando por la postura humanista defendida por Andrés Vesalio, y en contra de la opinión de Amato Lusitano, de manera que concluye que la flebotomía debe llevarse a cabo en el lado afecto (LÓPEZ PIÑERO, CALERO, 1988: 54, 365).

Contemporáneo de Teresa de Ávila fue Juan Méndez Nieto (m. 1616), con quien seguramente coincidió en Salamanca, aunque no sabemos si llegó a tratarla. Era este hombre conocido como ‘el médico de las cuartanas’²⁰², las cuales combatía con jarabe de palomillas, agua de borrajas, sangrías, purgas de cañafístola y sen, rábanos salados y el complemento del ‘bocado de Alderete’, polvo de eléboro blanco, así como un electuario magistral hecho de limaduras de hierro (RICO-ABELLÓ, 1974: 61).

Fórmula compuesta en la que nos encontramos un buen cúmulo de simples. Así, la palomilla o fumaria es alabada por Andrés Laguna que la considera muy útil por

²⁰² Juan Méndez Nieto trató de cuartanas al Príncipe de Éboli, el portugués Ruy Gómez de Silva (1516-1573), marido de la duquesa de Pastrana, Ana de Mendoza, y perfecto conocedor de la reforma de los Descalzos (MIR, 2: 188, 1912); a quién aplicó el tratamiento del rábano elaborado, acompañado de cinco sardinas, guindas colgadas, lenguados, uvas, melón, vino, pescado, miel con aceite y vinagre, huevos con agraz, ostiones en escabeche y frescos, etc. (RICO-AVELLO, 1974: 71).

sus diferentes y variadas propiedades, resultando ser muy saludable, aunque algunas de las que le atribuye poco tienen que ver con el objetivo que con esta fórmula se pretendía²⁰³; sobre las borrajas señala su carácter tonificante²⁰⁴ y sus contemporáneos la tenían por cordial (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 133). Dos purgantes constan a continuación, primero la cañafistola que Andrés Laguna encarece no confundir con la cassia, por lo que incluye una descripción de la planta para evitar este error²⁰⁵ y a la que Nicolás Monardes encuentra útil para el tratamiento de fiebres, decantándose expresamente por la procedente de las Indias Occidentales y no por la que viene del Levante, por considerar la primera de mejor calidad, de mayor acción, que raya en la panacea, y de más fácil manejo, sin que presente el inconveniente de otros purgantes al uso en aquel entonces, por lo que la considera segura para su uso en estados delicados, al mismo tiempo que nos remite a dos conservas que se hacían con ella, lógicamente con azúcar, de manera que resultaba más fácil de ingerir²⁰⁶, opinión compartida por Francisco Hernández²⁰⁷. El segundo de los purgantes es el sen, al que Andrés Laguna denomina 'sena', por influencia de Pietro Andrea Mattioli (1501-1577), diferenciándola de otras plantas con las que era confundida en la época; tras citar a los griegos clásicos, revisa la postura de Mesué en cuanto a qué parte de la planta es la más adecuada, e indica una acción purgante²⁰⁸. Continúa la fórmula con rábanos salados, a los que Luis Lobera de Ávila, considera útiles en usos tan distintos como antídoto de la mordedura del escorpión o tras la ingestión de setas venenosas, vomitivos si se ingieren antes de las comidas y digestivos si se toman al terminar, a

²⁰³ "La fumaría es aquella planta vulgar, que llamamos Palomilla, y paloma, en Castilla, y en las boticas tiene Fumus terrae por nombre (...) Hallase comunmente entre las cebadas y trigos: y según de su amargor y agudeza podemos conjeturar, es caliente y seca en el grado segundo..." (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: Libro III, capítulo CXI).

²⁰⁴ "La Buglossa, si bien notamos su description, no es otra cosa, sino aquella que llamamos vulgarmente Borraja en Castilla: dado que en las boticas indiferentemente administran otra yerva mas seca, mas aspera, mas espinosa, y en todo mas salvaje, por ella, buscando por los campos con gran fatiga y sudor, lo que tienen dentro de sus jardines..." (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: Libro III, capítulo CXI).

²⁰⁵ "Es la Cañafistola fructo de un árbol grande, que tiene la corteza pardilla: la madera negra, maciça, y de mal olor: las hojas quasi como las del nogal. De los ramos pues deste árbol cuelgan las cañas fistolas luengas, redonda, y medulosas: las quales como se van madurando, de coloradas se tornan negras..." (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: Libro I, capítulo XII).

²⁰⁶ "Viene de las Islas de santo Domingo, y de san Juan de Puerto Rico, mucha cantidad de Cañafistola, y es tanta, que no solamente se provee della toda España: pero toda Europa, y casi todo el mundo, porque a Levante do ella solía venir, van naos cargadas della, que viene hierro de Vizcaya. La que viene de nuestras Indias, es muy mejor sin comparación, que la que trayan de la India o Venecia, y las Galeaças de ay a Genova, y de Genova a España, que quando aca venia, con no ser ella buena, porque era muy delgada, y por madurar, con el tiempo tan largo, venía ya tan corrompida, que aprovechaba poco..." (MONARDES, 1580: 128, 283).

²⁰⁷ "... los cañutos muy conocidos de que suelen hacer conserva con açucar quando están tiernos, con la qual se purga la colera y la flema sin peligro ni pesadumbre ninguna, dandola en peso de tres onças" (HERNÁNDEZ, 1888: Libro I, capítulo LV).

²⁰⁸ "Por no hallarse escripto de aquesta planta [Delphinio] en Galeno, ni en Oribasio, ni en Paulo, no se tiene plena noticia d'ella: dado que algunos piensan que sea la Sena, por razon de aquellas vaynillas que tiene, las quales por ser torcidas y corcobadas, representan las figuras de los Delphines. Empero engañanse torpemente, visto que Dioscorides no atribuye al hollejo del Delphinio la tal señal, sino solamente a las hojas..." (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: Libro III, capítulo LXXIX).

veces diurético, incluso laxante, para terminar con un comentario sobre su uso en la alimentación, siendo frecuente, por su bajo precio, en la dieta de estudiantes²⁰⁹. El eléboro era una planta muy conocida y de uso común, apreciada en distintas situaciones, habitualmente como purgante, pero también en fiebres cuartanas, en ambos casos por ingestión, y usada tópicamente, en forma de emplasto, era emoliente y mundificativa, por lo que era utilizada para el tratamiento de los callos y durezas²¹⁰. En cuanto al llamado ‘bocado de Alderete’, Anastasio Chinchilla (1801-1867) refiere que estaba compuesto de una onza de azúcar rosado, cuatro onzas de jarabe acetoso, una onza de polvos de Juan Vigo²¹¹, otra de canela y una más de eléboro negro, junto a cinco onzas de zumo de cogombrillo amargo (CHINCHILLA, 2: 93. 1845),

Teresa fue purgada y, a tenor de sus comentarios, le vino muy bien para su estado general, veamos algunos ejemplos:

“... me hubieron luego de sangrar dos veces (...) y otro día purgar” (Carta 8.3. Toledo, 27/05/1568, a Luisa de la Cerda, en Antequera).

“Quitáronseme las cuartanas; mas la calentura nunca se quita, y así me purgo mañana” (Carta 41.1. Ávila, 07/03/1572, a María de Mendoza, en Valladolid).

“Ya estuve buena de la flaqueza del otro día, y después, pareciéndome que tenía mucha cólera [bilis], con miedo de estar con ocasión la cuaresma para no ayunar, tomé una purga (...) Aunque este día de esta purga ha sido notable el mal, mas parece que voy mejorando...” Carta 182.1. Toledo, 10/02/1577, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Ávila)

²⁰⁹ “La simiente del rábano aprovecha contra el veneno, y si se pone un poco sobre el escorpión le mata; y esto tiene más propiedad el agua de los rábanos. Y si el día que comiere uno rábano le mordiere algún escorpión, no lo empezará su veneno; y aprovecha a los que tuvieran ahogamiento de haber comido hongos mortíferos; es provocativo de vomito...” (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 131).

²¹⁰ “La grande abundancia de segurísimas medicinas, que tenemos en nuestros tiempos, ha totalmente abalanzado del comun uso, y quitándoles el crédito, al uno, y al otro Veratro, llamado también Eleboro: de los quales hazian muy gran caudal aquellos antiguos profesores del arte medica. Es muy conocido, por todas partes el blanco, mas el negro no se discierne tan fácilmente, à causa que ay muchas otras plantas, que con el tienen semejanza...” (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: Libro III, capítulo CLII).

²¹¹ Giovanni Vigo (1460-1520), cirujano italiano que fue medico del papa Julio II, ideo unos polvos solutivos que, al parecer, se elaboraban a partir de azogue disuelto en agua fuerte, la cual se obtenía por destilación a partir de caparrosa, alumbre y salitre. De todas formas, el secreto que siempre rodeó a este remedio, hizo que muchos los compunsieran de forma inadecuada, perdiendo así eficàcia.

Según su autor debía prepararse de la siguiente manera: “Toma agua fuerte: con la qual se aparta el oro de la plata (...) azogue (...) sea puesto todo en un vaso de vidrio bien cubierto salvo el agujero del alambique: el qual entre otro vaso y sea todo bien atapado que no salga el azayte y despues pon lo al fuego primeramente blando: despúes sucesivamente aumenta el fuego hasta que la agua del todo sea destillada en el otro vaso, despues rompe el vaso en que esta el azogue quemado dicho por los alquimistas precipitado: y muelele bien sobre una piedra de marmol y pon el tal polvo en el vaso con otra tanta agua fuerte y sea hecho del modo primero y despues buelve a romper el otro vaso, y pon el azogue quemado sobre la piedra de marmol y haz polvo el qual pon en una caçuela de cobre al fuego hartto rezio y con un palo meneale bien por una hora y media y de este modo hazele muy bueno, y el señal del perfecto cocimiento quando tiene color de minio ques azarcon y algo mas claro...” (VIGO, 1627: 206). En realidad Giovanni Vigo está produciendo lo que los alquimistas llamaban ‘el rojo’, una variedad de mercurio sublimado obtenida gracias al ácido clohidrico que formaba parte del agua fuerte.

“... con sangrías y purgas ha sido Dios servido dejarme en este piélago de trabajos” (Carta 342.1. Toledo, 08/05/1580, a la duquesa de Alba, María Enríquez, en Alba de Tormes).

En otras ocasiones, fruto de su preocupación por sus monjas, escribe sobre ello a otras carmelitas, como ocurre con la priora de Sevilla, recomendando que se cuide aunque no sea necesario el uso de purgantes, tenidos por útiles para todo:

“... y por amor de Dios que no se descuide a dejar esa calentura sin remedios, aunque no sean de purgas” (Carta 132.1. Toledo, 13/10/1576, a la madre María de San José, en Sevilla).

En otro momento, sin embargo, Teresa se expresa contraria al uso de un purgante, reprochando que lo tomaran en época de tanto calor como pueda ser el verano en Andalucía:

“Pena me ha dado su mal, y ese purgante en tal tiempo no me parece bien. Avíseme de su salud. Désela nuestro Señor como yo deseo...” (Carta 114. Toledo, 11/07/1576, a la madre María de San José, en Sevilla).

Pero no sabemos a cuál se refiere, aunque cabe pensar que sería un purgante drástico y no un laxante al uso, y que por su radical efecto no fuera recomendable su uso en plenos calores del mes de julio en Sevilla.

Se desprende de los escritos de Teresa que -parece ser- era aficionada a la medicación siruposa:

“Ya estoy casi buena, que el jarabe que escribo a nuestro padre [Domingo Báñez, (OP)] me ha quitado aquel tormento de melancolía, y aun creo la calentura del todo” (Carta 63.1. Segovia, 14/05/1574, a la madre María Bautista, en Valladolid).

“Buena estoy, aunque no lo he estado mucho; este jarabe me da la vida” (Carta 105.7. Sevilla, 29/04/1576, a la madre María Bautista, en Valladolid).

“No hay con ella poder acabar que tome ese jarabe del ‘rey de los medos’ cuando haya de tomar purga, que me ha dado la vida y ningún mal la puede hacer” (Carta 143.7. Toledo, 02/11/1576, a la madre María Bautista, en Valladolid).

“Envíeme vuestra reverencia la receta del jarabe que tomaba la hermana Teresa [Teresa de Cepeda, novicia en San José de Ávila], que la pide su padre [Lorenzo de Cepeda], y no se olvide de ninguna manera, el que tomaba entre día continuo” (Carta 195.7. Toledo, 15/05/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

Lamentablemente no conocemos la composición de estos jarabes que tan salutíferos fueron, mas podemos suponer que el llamado ‘jarabe del rey de los medos’ era, dado su nombre, un purgante a base de ruibarbo, planta entonces importada de Persia y, en relación con la última de las cartas citadas, parece ser que Teresita, su sobrina, no debía encontrarse bien, tal vez con la misma indisposición que tuviera durante su estancia en Sevilla, razón por la que solicita de la priora le remita la receta del jarabe que entonces tomaría.

Respecto del ruibarbo, muy común, pronto empezó a llegar de las Indias

Occidentales. En la historia de la materia médica ha habido mucha controversia acerca de la determinación de qué especies del género *Rheum* L. eran empleadas bajo el nombre de ruibarbo. El que era verdaderamente oriental procedía de las montañas de la China y de Siberia; su acción purgante se aprovechó particularmente en aquellos casos en los que solo se deseaba obtener una evacuación amable en enfermos en los que se quería respetar el tracto digestivo, es decir, en anémicos, caquéticos, en las personas mayores y en niños. Nicolás Monardes escribe acerca del 'ruibarbo de Indias' de manera elogiosa, remontándose a Dioscórides y diferenciándolo del traído de oriente²¹².

Juan Fragoso (1530-1597), formado en Medicina en la Universidad de Alcalá de Henares, donde se graduó como bachiller en 1552; ejerció la profesión en Sevilla, allí conoció a Francisco Hernández de Toledo (c. 1517-1587) con quien herborizó aquella zona, hasta que, en 1570, se incorporó como cirujano de la Casa Real. Fragoso también se ocupa del ruibarbo en su *Discurso de las cosas aromáticas, árboles y frutales, y de otras muchas medicinas simples que se traen de la India Occidental, y sirven de uso en medicina*, obra aparecida ocho años antes que la de Nicolás Monardes, con quien también coincidió en la ciudad hispalense²¹³.

Los jarabes han constituido una de las formas farmacéuticas más empleadas en todos los tiempos, pero por lo que concierne al siglo XVI, fácilmente podemos encontrar en los formularios de la época dos epígrafes al respecto, el de los jarabes simples y el de los compuestos (LAREDO, 1527; JUBERA, 1578). Como jarabe simple se entendía no solo la solución acuosa concentrada de azúcar, sino por extensión la mezcla de un zumo o cocimiento u otro género de licor -entendiendo por tal el cuerpo líquido y fluido como el agua, vino, leche, etc.-, en el que su parte activa era de un solo simple y azúcar. El jarabe compuesto era, en consecuencia, el resultado de mezclar los zumos, cocimientos y demás licores obtenidos de varios simples, siempre con azúcar (VALVERDE,

²¹² "Traxeronme de tierra Firme, un pedaço de rayz que llaman alla Ruybarbo, que cierto tiene todas las señales que tienen el Ruybarbo que traen de Levante.

El es redondo, la corteza tira fusco, es en lo interior colorado, quebrado se disgrega con algún bláncor, tiñe como açafrañ, es amargo: quisiera saber que hoja tiene, para ver si lleva la hoja del, que debaxo deste nombre han sembrado muchos en España, que echa unas hojas como Romaza, y assi lo tengo yo por especie Della, porque la segunda especie lleva la rayz colorada: las hojas de este ruybarbo que yo tengo por Romaza, purgan cocidas notablemente, mucho más que la rayz, y assi lo dice Dioscorides, que todas las especies de Romaza ablandan notablemente el vientre.

Es el Ruybarbo estremada medicina, y difna de ser tenida en mucho, y assi sumamente la alabaron por tal todos los que escrivieron, digo del Ruybarbo purgativo que nosotros usamos para purgar, porque otro fue el que conocieron los Griegos.

Es el Ruybarbo medicina tan noble, que se da con toda seguridad, en todo tiempo y en toda edad: purga cólera principalmente, y flegma, conforta el hígado, y es su ánima, deshaze opilaciones, quita ictericia, clarifica la sangre, y haziendo esto corrobora y esfuerza los miembros principales, y assi se da con toda seguridad en pasiones de coraçón: mascadas por las mañanas unas hebras del, sana las enfermedades largas y importunas del hígado, y del baço, y de los miembros inferiores, y cura los Hydropicos, y Chacecicos, y haze buena color de rostro. Es caliente y seco en segundo grado, con algunas partres terrestres que le dan estipticidad, y confortación" (MONARDES, 1580: 82r-82v).

²¹³ "Según Bautista Rhamnussio en la anotación sobre el segundo volumen de Marco Paulo Veneto, es una planta, que tiene la hojas de dos palmos de alto, semejantes a romaza, aunque mas tiessas y redondas y extendidas también por el suelo, las cuales se buelven amarilla con la antigüedad..." (FRAGOSO, 1572: fol. 195v-fol. 198r).

BAUTISTA, 1982).

Cuando Teresa escribe hacía ya años que se habían descubierto las Indias Occidentales y ya se habían publicado numerosas obras sobre tan importante hecho, de la misma manera que muchos de los nuevos productos allí encontrados fueron llegando a la Península e incorporándose poco a poco hasta hacerse conocidos, especialmente aquellos que destacaban por sus propiedades medicinales, por lo que no debe sorprendernos que ella los cite, incluso solicita que se los envíen o recomienda su uso por ser idóneos para el fin que se pretende. Así, junto con productos conocidos desde siempre y utilizados desde tiempo inmemorial, veremos que desfilan, en su epistolario, el nombre de plantas americanas.

En esta centuria se produjo la popularización de las drogas traídas de América, transcurridas ya varias décadas desde su descubrimiento, cuyas primeras descripciones se deben a los descubridores hechas durante sus expediciones, cuyo objetivo, como es obvio, no era precisamente herborizar. La cantidad de plantas exóticas introducidas en Europa fue innumerable; y aunque sus descripciones no siempre fueran acompañadas de sus nombres latinos ni estuvieran taxonómicamente clasificadas, si conocieron suficientemente sus propiedades alimenticias y medicinales como se desprende de la lectura de las obras de los historiadores de Indias, injustamente olvidados, cuando no maltratados, por posturas torticeras que buscan el descrédito de quienes llevaron a cabo esta labor sobre la base de la leyenda negra, y quién sabe cuánto tiempo se hubiera tenido que esperar de no haber sido por el interés mostrado por quienes fueron observadores y nos dejaron testimonio de lo que fueron encontrando (REY PASTOR, 1970: 104). Gracias a ellos, observadores impenitentes y rigurosos, metódicos y detallistas, desprovistos de vanidad pero que, con rigor y exactitud, describieron con detalle lo observado, y no solo las cuestiones de la flora que aquí nos interesa, sino de la fauna, etnografía, clima, geografía, etc., con lo que enriquecieron, indudablemente, de forma considerable los conocimientos botánicos del Viejo Continente y permitieron un avance importante, aunque difícilmente cuantificable, de la agricultura y de la farmacopea.

Los binómenos latinos se los han puesto muchos años después los eruditos especialistas, más cómodamente instalados en sus despachos que los descubridores en sus expediciones. En palabras de Pierre Vilar (1906-2003) los nombres de los descubridores y conquistadores no han sido celebrados por un romanticismo fácil; pero sus expediciones, sus sorpresas, su hercúlea labor, su sed de oro y de evangelización constituyen “la más extraordinaria epopeya de la historia humana”, y se pregunta ¿acaso fue una simple aventura, deshonrada aquí y engrandecida allá?, y se responde que no, porque también formó parte de todo el espíritu creador: científico, jurídico-político y material del siglo XVI (VILAR, 2006: 53). Y justo es hacer constar que estos cronistas, sin haber sido botánicos ni agrónomos, supieron dejarnos obras tan notables sobre la materia, elaboradas, a pesar de ser soldados, con descripciones minuciosas y pormenorizadas hasta el menor detalle.

Las plantas procedentes de las Indias Occidentales que con mayor frecuencia aparecen citadas en los formularios de la época son la zarzaparrilla, la raíz de China y el guayaco. Estas novedades debieron pasar las rejas de los locutorios carmelitas para

llegar a oídos de Teresa de Jesús, sobre todo si pensamos que residió en Sevilla, -puerto de Indias- durante un año. Varios de estos remedios llegaron a su poder y algunos es posible que se los proporcionara su hermano Lorenzo, que permaneció en el Perú por espacio de treinta y cinco años y que, al regresar a España, en agosto de 1575, se reunió con su hermana en Sevilla:

“Fue Dios servido que viniese entonces de las Indias un hermano mío que había más de treinta y cuatro años que estaba allá, llamado Lorencio de Cepeda²¹⁴” (F. 25.3).

También en su epistolario dejó un comentario al respecto: “Vino bien flaco y malo: mejor está” (Carta 93.1. Sevilla, 24/40/1575, a María de Cepeda, en Ávila) frase muy significativa de lo que debieron ser aquellos largos y prolongados viajes a través del océano.

En relación con las resinas medicinales las primeras descripciones, tal vez a excepción hecha de Álvarez Chanca (*fl.* 1491-1515), el primer médico que viajó a las Indias al acompañar a Colón en su segundo viaje, ponen de manifiesto el interés que en un principio iba suscitando la materia médica en los primeros historiadores de Indias, si bien inicialmente abundaron las imprecisiones de las referencias a estas resinas, iban acompañadas de descripciones detalladas de las plantas de donde se extraían.

Las primeras sustancias estudiadas traídas de América y empleadas como drogas medicinales fueron cuatro resinas que, como veremos, su utilización terapéutica consistía, por una parte, en fumigaciones y sahumerios, con el objeto de purificar y corregir el aire del mal olor con el que el galenismo identificaba su contaminación, infección o corrupción, y para combatir, con su cualidad caliente, trastornos de causa fría como dolores de cabeza, catarros y desmayos; por otra, en aplicaciones locales mediante ungüentos y emplastos, contra todo tipo de dolores. Cabe suponer que Teresa recurre a ellas y pide que se las hagan llegar con estos fines. La primera referencia por parte de nuestra protagonista data del año 1577, después de su paso por Sevilla, donde coincidió con Nicolás Monardes, aunque no hay evidencia alguna de que llegaran a conocerse, ni su obra tampoco, aunque cabe suponer que oyó hablar de ellas en su estancia en la ciudad hispalense, durante la fundación del Carmelo Descalzo en esta ciudad, o que incluso las probara entonces.

Francisco Hernández y Juan Fragoso estudian las resinas, pero desde un enfoque diferente; Nicolás Monardes lo hace desde un punto de vista farmacognóstico y terapéutico, de aquí su descripción y usos. Hernández lo hace desde un punto de vista básicamente botánico.

Teresa escribe sobre una ‘catamaca’²¹⁵, metatesis de ‘tacamaca’, producto resinoso del ‘elafirio tomentoso’ de las Indias Occidentales, estudiado por Nicolás

²¹⁴ Desembarcó con sus hijos: Lorenzo, Francisco y Teresa, y su hermano, Pedro de Ahumada, el día 12 de agosto de 1575, en Sanlúcar de Barrameda.

²¹⁵ “Con las especias se olgaron mucho, y con la catamaca” (Carta 188.10. Toledo, 01-02/03/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

Monardes²¹⁶, utilizada como calmante. La tacamahaca que estudió Nicolás Monardes es la misma a la que Francisco Hernández dedicó un capítulo titulado con el vocablo original 'tecomahaca'. Durante los siglos siguientes el término se hizo extensivo a otras resinas semejantes, por ejemplo, la que se obtenía en las Guayanas; de una de ellas se ocupó Monardes en la tercera parte de su obra, denominada 'ambia'. Juan Fragozo también llamó la atención sobre esta resina de origen novo-hispano²¹⁷ y Francisco Hernández se ocupa de ella, a la que tiene por caliente y seca en tercer grado y denomina 'tecomahaca'²¹⁸.

La otra de las resinas americanas a la que alude Teresa de Jesús es la 'caraña', en este caso elemí, sólida, de color gris y algo lustrosa, quebradiza y granujienta, de olor fragante, semejante a la goma amoniaco y de sabor indeleble resinoso:

"Aquí me están acordando la pida un poco de caraña, porque me hace mucho provecho; ha de ser bueno. No se le olvide, por caridad" (Carta 221.3. Ávila, 10/12/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

La caraña es otra palabra de origen amerindio que se ha mantenido hasta la actualidad en la América Central, las Antillas, Colombia y Venezuela. Era utilizada para los mismos fines que la tacamaca, pero actuaba con más presteza, incluso combatía la

²¹⁶ "Así mismo traen de nueva España otro genero de Goma, o Resina, que llaman los Indios Tacamahaca. Y este mismo nombre le dieron nuestros Españoles. Es resina sacada por incisión de un arbol grande como Alamo, que es muy oloroso echa el fruto colorado como simiente de Peonia.

Desta resina o goma, usan mucho los Indios en sus enfermedades, mayormente en hinchazones, en cualquiera parte del cuerpo que se engendren, porque las resuelve, madura, y deshaze maravillosamente. Y assi mismo quita cualquier dolor causado de humores frios, o ventosos, en esto lo usan muy comun y muy familiarmente. Y para estos mismos efectos lo han traydo los Españoles..." (MONARDES, 1580: 96-98).

²¹⁷ "También viene de la nueva España una goma llamada Tacamahaca, del color del Galbano, tiene el olor grave, y el gusto no bueno. Sacase sajando un arbol muy oloroso, del tamaño y grandeza de nuestros alamos. Produce una fruta colorada, como la peonia. Es medicamento muy usado entre los indios, para resolver o madurar las hinchazones, y para mitigar dolor de causa fria, ora sea humor, ora ventosidad. Echada en las brasas y dando humo a narizes, haze bolver ensi a la mujer desmayada por mal de madre: y lo mismo si se pone sobre el ombligo a manera de socrocio. Asese de tal manera, que apenas se puede quitar hasta que ha hecho su obra. Dizese aprovechar grandemente en detener los reumas o corrimientos puesta a modo de bizna. Pero yo lo habemos experimentado y no sucede también como está escrito por algunos. Si se mezcla con ella la tercera parte de Estoraque, y un poco de ambar a forma de emplastro para poner sobre el estómago, le conforta, y da gana de comer, ayudando a la digestión, y resolviendo ventosidades. Quita maravillosamente el dolor de la cadera que llaman Ciatica, mayormente si es de humores frios, añadiendo tercera parte de cera, para que se aplique mejor. Tienese por caliente en el principio del tercer grado, y seca en el segundo" (FRAGOSO, 1572: fol.18v).

²¹⁸ "Sana los dolores nacidos de ventosidades, disipa los humores lentos y viscosos, corrige las destemplanzas frias aplicada en forma de emplastro, es tan amiga de la madre, que hechada en las brasas, y puesta a las narizes, libra luego y sana a las que padecen males de madre, aplicada al ombligo detiene la regla, fortifica la madre, y la haze estar en su lugar, ataja la regla y fluxones aplicada a los dolores de los dientes y puesta en los agujeros que suelen tenir, los libra y ataja la corrupcion, cura y sana las heridas de los nervios, sana la ceatica y la gota quando procedent de causa fria, y quando se aplica en forma de emplastro, conforta el cerebro de los nervios y el estomago, y en suma es remedio importantisimo para todos los males nacidos de causa fria, como lo an espirimentado muchos en Mexico, componense con ella, y otras gomas unos encerados para dolores qualquiera parte del cuerpo, que como sea de causa fria, es un remedio santissimo" (HERNÁNDEZ, 1888: Libro I, capítulo XVI).

gota²¹⁹.

Ambas resinas las recogían los indios por vía de incisión, provocando heridas a los árboles de los cuales manaba el licor (MONARDES, 1539: 98); las dos tenían propiedades expectorantes, carminativas, antiespasmódicas, resolutivas y vesicantes, según fuese su preparación galénica. Las dos formaban parte, entre otros muchos productos, del llamado 'Bálsamo de Fioravanti', elaborado a base de resinas, nuez moscada y almizcle, y del que su autor aseguraba que era un gran antídoto contra todo veneno, y recomendaba a los enfermos que se untasen todo el cuerpo con él.

Otro producto llegado de las Indias fue el 'anime americano'²²⁰, denominado así por similitud del empleado con anterioridad en Europa, procedente de Arabia y Etiopía. Del 'anime' escribe Teresa ensalzándole, entonces preparaban con él unas pastillas hechas con azúcar rosado:

"Del anime también se tomó un poco, que se lo quería yo enviar a pedir, que hacen unas pastillas con ello de azúcar rosado que me hacen muy gran provecho a las reumas" (Carta 180.10. Toledo, 26/01/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

Sin embargo, es difícil diferenciarle de otras resinas, pues con frecuencia utilizaban la misma denominación para referirse al copal, a la tacamaca y a la resina elemí.

El término 'anime' es de origen clásico y se había empleado originariamente para designar materias resinosas que procedían de Arabia y Etiopía, de cuya utilidad también se

²¹⁹ "Traen de Tierra firme, por via de Cartagena, y Nombre de Dios, de la tierra adentro, una resina de color de la Tacamahaca, algo más clara y liquida, y mas densa, que llaman en la lengua de los Indios Caraña, y este mismo vocablo le han dado nuestros Españoles: tiene casi el color dela Tacamahaca, aunque mas grave: es muy oleaginosa, y assi se pega bien y con mucha adherencia, sin derretirse, por la tenacidad que tiene.

Es medicina nueva, venida de diez años a esta parte. Usanla los Indios en sus enfermedades, en hinchazones, y todo género de dolor, agora en nuestras partes es tenuta en mucho por los buenos efetos que haze..." (MONARDES, 1580: 98-99).

"Así mismo se trae de la tierra firme, por la via de Nombre de Dios, otra resina de color de la Tacamahaca, mas clara y tierna (aunque de mayor densidad) que llaman en su lengua los indios, Caraña. Su complexion es caliente y seca en el grado tercero: y en suma vale contra todas las pasiones, a quien diximos aprovechar la Tacamahaca: salvo que obra con mayor potencia" (FRAGOSO, 1572: fol. 19v).

"La cual hace los mismos efectos que la thecomaca, pero con mucha mayor eficácia, aunque no se vea tanta desta como de la otra, con tener mas viva virtud, pues los males que no puede curar la thecomaca, cura la caraña, bevido el polvo de su tronco, ó de la corteza, conforta admirablemente el corazón y el estomago, resuelve las ventosidades corrige qualquiera destemplança fria, y cura los males de madre" (HERNÁNDEZ, 1888: Libro I, capítulo XVII).

²²⁰ "Difiere del Anime nuestro que traen de Levante, en que no es tan blanco, ni tan lucido: traen el nuestro, en grandes pedazos transparentes, tanto que han dicho algunos que es especie de Charabe, o Succino, que llaman Ambar cuajada, de que hazen cuentas, y no lo es, porque el Charabe, es un bitumen que se pesca en el mar Germánico, y se saca en la mar en grandes pedaços con garfios de hierro, que debe salir de algunas fuentes, en la misma mar, a manera de Bitumen, y salido con el aire frio se quaja y condensa, porque se ve en aquellos pedaços, palos y otras superfluydades dela mar pegados enello. Y de esto veran el error de los que dixeron que era goma de Alamo: y otros que era de Pino..." (MONARDES, 1580: 94-95).

El uso de esta resina aparece ya relatado por Hernan Cortés (1485-1547) (Cf. LÓPEZ PIÑERO, FREQUET FEBRER, LÓPEZ TERRADAS, PARDO TOMÁS, 1992: 83).

ocupó Juan Fragoso²²¹. A ellas se refiere Nicolás Monardes cuando alude al “anime nuestro que traen de Levante”, que diferencia del “que traen de Nueva España”. Sin embargo, la expresión ‘anime occidental o de México’ se usó, en ocasiones, como sinónimo de copal o de tacahamaca. A diferencia del anterior, estos dos términos eran de origen náhuatl y designaban productos empleados en la medicina mejicana precolombina.

Seguramente Andrés Laguna, cuando se refiere a él lo haga aludiendo al procedente de Levante, al que supone una goma con efecto emoliente y analgésico para los padecimientos de las articulaciones²²², lo que justificaría la demanda planteada por Teresa en la carta citada.

Estas resinas se han mantenido en la materia médica europea hasta comienzos del siglo XX, pero siempre con muy escasa importancia, como irritantes o vesicantes, aplicadas en forma de ungüentos y otras preparaciones de uso tópico, y más raramente como expectorantes o estimulantes gástricos por vía oral (GONZÁLEZ BUENO, RODRÍGUEZ NOZAL, SÁNCHEZ SÁNCHEZ, 1991). Sin embargo, sí han tenido su importancia en otros campos por su utilidad industrial en la preparación de barnices y lacas, así como en celebraciones litúrgicas como sustitutivos del incienso.

Con todo, Teresa no era amiga de productos aromáticos, salvo del agua de azahar, como más abajo queda señalado, de manera que sus monjas dejaron dicho a Diego de Yepes: “... que no solo no usaba de ellos, pero que los aborrecía, porque le causaban intolerable dolor de cabeza”²²³.

En 1577 Teresa alude en su correspondencia a un bálsamo que, al igual que otros productos que hemos comentado, le llegó desde Sevilla gracias a la prodigalidad de la priora:

“Del bálsamo se tomó acá un poco” (Carta 180.4., Toledo, 26/01/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

Los bálsamos constituían uno de los capítulos clásicos de la materia médica, denominación que ha incluido a lo largo de los siglos sustancias muy diversas. En el XVI, tal como puede apreciarse en la lectura de los textos de Andrés Laguna, el verdadero bálsamo procedía de un árbol, *Commiphora opobalsamum* (L.) Engl., cuyo comercio desapareció durante la Edad Media siendo sustituido por el denominado bálsamo de la Meca o de Judea, un aceite-resina que recibió todo tipo de atribuciones maravillosas, las cuales se seguían manteniendo en algunos textos de terapéutica del siglo XIX. El producto no pasa de ser una trementina muy suave, tónica y astringente.

²²¹ “El Anime, es una goma trayda a Europa, por los navegantes portugueses: la cual viene de guinea, y de otras partes de africa e islas comarcanas. Cogese de unos arboles muy grandes, que tienen las hojas como el arrayan. Hallanse de esta goma tres generos, el primero que amarillea y se asemeja al ambar quajado, es el blanco, y se tiene por el verdadero Cancamo de los antiguos...” (FRAGOSO, 1572: fol. 16r)

²²² “Bebido con vinagre en cantidad de una drama, desshaze el baço, & mitiga el dolor de la juncturas, y de la sciatica” (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: Libro III, capítulo XCII).

²²³ Declaración de fray Diego de Yepes. Proceso de Madrid, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 287. 1934).

Del bálsamo traído de Oriente escribe Andrés Laguna como un producto extraordinario y costoso, tanto por el escaso rendimiento como por tener que traerlo desde tan lejos, por lo que eran frecuentes las adulteraciones con otros productos, muy variados, más comunes y menos caros, describiendo la manera de diferenciar el original del otro que no lo es mediante sencillas pruebas físicas. Interrumpe sus consideraciones para relatar una historia en la que culpabiliza al pueblo hebreo -muy propio de entonces- de haber pretendido extinguir tan útil planta, disertando a continuación sobre el tipo de material con el que deberían hacerse las incisiones, rechaza el hierro, material que sin embargo es el que describe Nicolás Monardes que era el utilizado en las Indias Occidentales. De nuevo interrumpe aquí Andrés Laguna su relato para ocuparse, a punto y seguido, precisamente del bálsamo que entonces se traía de Nueva España, el cual conoció durante su estancia en Roma y que, para distinguirlo del bálsamo de Levante, lo denomina 'bálsamo artificial', considerándolo inferior al procedente de Oriente; pero no describe la planta, porque no debió conocerla²²⁴.

Pedro Arias de Benavides distingue entre el bálsamo americano del que era de uso común en Europa al que llama de Alejandría y, como cirujano, indica que era muy bueno para el cuidado de las heridas frescas²²⁵; lo usaba, según relata, en enfermedades del estómago y "pasiones de las junturas, que proceden de humor flemático". El que Pedro Arias de Benavides empleaba procedía del que compraba a los indígenas; éstos quemaban el árbol y de él goteaba una sustancia como pez, que recogían en vasijas; el mejor momento para usarlo era cuando tomaba color blanquecino. Arias de Benavides no distingue, como hace Nicolás Monardes, los dos bálsamos procedentes de Nueva España: el de Perú (*Myroxylon pereirae* (Royle) Klotzsch) y el de tolú (*Myroxylon balsamum* (L.) Harms), aunque en la composición de ambos bálsamos hay diferencias, su empleo terapéutico fue similar y *a posteriori* se demostró que alguno de los usos atribuidos por los indígenas americanos tenía una constatación científica.

Al bálsamo, como producto que procedente de las Indias Occidentales, dedica Nicolás Monardes un extenso comentario describiéndole primero, como hace con todos los productos traídos del otro lado del Océano, dándole el calificativo de excelente medicina, cuyo precio fue cayendo a medida que mayor era la cantidad que llegaba, de manera que por la fecha de la carta cabe pensar que resultaba asequible a la economía del Convento hispalense, que se consumía por vía oral, usó tópico y tenido como útil en cirugía. A creer la opinión del médico sevillano, los bálsamos americanos rayarían con la panacea²²⁶.

²²⁴ "El Balsamo es un arbol de la grandeza del Alhelys, ò del Lycyo, llamado tambien Pyxacanta: el qual tiene las hojas como la ruda, salvo que son algo mas blanquecinas, y siempre estan verdes. Nace solamente en Iudea, en un cierto valle, y assi mesmo en Egypto. Diffieren los balsamos entre si, según la aspereza, la loncura, y la subtileza que tienen..." (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: Libro I, capítulo XVIII).

²²⁵ "... unos árboles pequeños poco mayores que parras, llevan una frutezica como unas uvicas pequeñas, y en el tronco de estos arbolicos, hacen unas cortaduras por donde gotea y destila aquel licor el que lo han para si los frailes dominicos de aquella provincia sin que haya hombre ninguno que haya de ello una gota" (ARIAS DE BENAVIDES, 1567: fol. 31r).

²²⁶ "Traen de nueva España, aquel licor excelentísimo que por su excelencia y maravillosos efectos llaman Balsamo, a imitación del verdadero Balsamo, que avia en tierra de Egypto: y porque haze

Juan Fragoso ofrece una referencia amplia de los bálsamos al tratar del ámbar²²⁷ y el padre Acosta también se ocupa de ellos, recogiendo el testimonio de Nicolás Monardes²²⁸ y Francisco Hernández que indica que es comparable al de Siria, incluso mejor²²⁹.

Una raíz que gozaba entonces de un gran predicamento fue la zarzaparrilla, hasta el punto de que Nicolás Monardes afirmaba que era la medicina que más se utilizaba en aquellos tiempos, a cuya tisana tenía Teresa de Jesús auténtica fobia, como se desprende de sus opiniones vertidas en su epistolario, al menos en tres ocasiones, en el plazo de dos meses y en misivas dirigidas todas a la priora de Sevilla:

“Guárdense de beber el agua de la zarzaparrilla, aunque más quite el mal de madre” (Carta 120.12. Toledo, 07/09/1576, a la madre María de San José, en Sevilla).

“Vuestra reverencia mire por sí, y guárdese del agua de la zarzaparrilla para nadie” (Carta 132.1. Toledo, 13/10/1576, a la madre María de San José, en Sevilla).

“Tórñola a avisar que no beban el agua de zarzaparrilla” (Carta 139.4. Toledo, 31/10/1576, a la madre María de San José, en Sevilla).

En la primera de las citas reconoce la utilidad de su uso para tratar el mal de madre, pero suponemos que debió tener una mala experiencia con su uso, pues a pesar de ello se opone rotundamente a su utilización.

Juan Fragoso nos ofrece una descripción de la planta europea, su similitud con la americana, nos presenta varias formas de preparación y sus usos e indica cual es la dieta

tan grandes obras, y remedia tantas enfermedades, se le dio tal nombre. Hazese de un arbol mayor que Granado, lleva las hojas al modo de las hortigas, cerradas y delgadas. Lllamanlo los Indios Xilo: y nosotros a lo que sale Balsamo...” (MONARDES, 1580: 104-109).

²²⁷ “No será fuera de este propósito hacer mención del bálsamo de las Indias que nos embian de la nueva España, muy diferente del que se criava en Palestina y cerca de Egypto, de una planta la mas generosa que produjo Dios, para regalar el linaje humano...” (FRAGOSO, 1672: fol. 2r).

²²⁸ “El bálsamo es celebrado con razón por su excelente olor, u mucho más extremado efecto de sanar heridas y otros diversos remedios para enfermedades, que en el se experimentan...” (Acosta, 1590: Libro IV, capítulo XXVIII).

²²⁹ “Es caliente y seco casi en el quarto grado, y de partes sutiles, no sin alguna astriccion y confortacion, es util para curar ynfinitos generos de enfermedades, porque tomando con la lengua, lamido tres ó quatro gotas por la mañana en ayunas, conforta el estomago enflaquecido por causa fria, provoca la orina, y espele de el cuerpo los crementes y superfluidades de los riñones y de la bexiga, abre las opilaciones, y cura la dificultad de la respiración, quita los dolores del estomago y del vientre, pone buen color en el rostro, unas gotas de balsamo batidas con una clara de huebo y puesto en el rostro, quita el paño, y lo limpia singularmente sin riesgo. Y conserva el vigor juvenil y buena dispusición formando calas deste licor para la madre, y aplicándolas dentro de ella, haze baxar las pares y las criaturas muertas dentro del cuerpo abrevia y facilita el parto, y repara la esterilidad quando procede de humores frios, y untando con el las partes exteriores, mitiga qualquiera dolor que sobrevenga, de las mismas caussas en qualquiera parte del cuerpo, resuelve las ventosidades y hinchazones, conforta el cerebro y aplicado sobre el origen de los nervios, cura todas las indisposiciones frias, y la perlesia, es gran remedio para las enfermedades de colico y dolor de hijada, y en estremo util para los males de gota, conglutina y sana las heridas frescas brevisimamente, y haze lo mismo en las antiguas untando con el la cerviz y las espaldas, quita el frio de las calenturas...” (HERNÁNDEZ, 1888: Libro I, capítulo XI).

apropiada a llevar en cada caso para obtener el mejor resultado con su consumo²³⁰, y otro tanto realiza Nicolás Monardes disertando sobre las distintas calidades según su procedencia²³¹.

Francisco Hernández también dedica un capítulo de su obra a la zarzaparrilla, de la que dice “que es fría y seca, aunque no dexa de tener mezcla de partes calientes y sutiles, por causa de las quales provoca sudor, y fortifica el calor del estómago, limpia los riñones, las vías de la orina, quita los dolores de junturas, y cura las enfermedades antiguas” y que se administraba de muchas y diferentes maneras y cita a Monardes como referente al respecto, al cual remite (HERNÁNDEZ, 1888: Libro V, capítulo XXXXI).

Andrés Laguna incluyó en su versión de Dioscórides referencias a productos americanos, aunque a veces lo hace de manera confusa, así ocurre con la zarzaparrilla, que compara con el guayaco, de cuyo cotejo sale mal parada, aunque a su cocimiento atribuye acción vomitoria, por lo que podría ser útil para el tratamiento de la gota²³².

* * *

Nuestra Teresa, siempre respetuosa con los médicos, aconsejaba que se consultase con ellos:

“Mejor estoy, gloria a Dios, y consolada de que vuestra reverencia me dice lo está. Por amor de Dios, que se mire mucho y se guarde de beber, pues sabe el daño que le hace. Infusión de ruibarbo hizo gran provecho a dos hermanas que tenían esas hinchazones, que lo tomaban algunas mañanas; trátelo con el médico, y si viere es a propósito, tómelo (...) No deje de preguntar eso de ruibarbo, que es cosa probada” (Carta 364.2. Valladolid, 28/12/1580, a la madre María de San José, en Sevilla).

Esta carta hay que ponerla en relación con otra anterior en la que escribió:

“No piense que esas hinchazones son siempre hidropesía, que por acá las tienen y han tenido y están ahora buenas y otras se andan así. Con todo no deje de curarse y de guardarse de lo que dice el médico le hace daño [debe referirse a que no ingiriera líquidos], aunque no lo haga sino por darme a mí contento y no

²³⁰ “Esta çarçaparrilla tan usada entre la gente, es un arbusto que produce muchas rayzes largas y hundidas en la profundidad de la tierra. Echa unos ramos leñosos y llenos nudos. Tiene se por cierto, que sea lo que los Griegos antiguos llamaron Smilax aspera (que es una planta algo semejante a las çarças, muy común en los puertos y lugares marítimos de España, a do muchas veces la hemos visto y examinado y también en la tierra adentro) por ser muy semejante en todo con la de nueva España...” (FRAGOSO, 1572: fol. 103r).

²³¹ La zarzaparrilla se consumía de diversas maneras: machacada en el mortero, en cocimiento, en jarabe con palo santo, etc. Era considerada excelente para tratar el mal de bubas, además de tener todos los usos citados para las dos resinas anteriores (catamaca y caraña). Se utilizaba, además, para sanar las perlesías y toda enfermedad de nervios, ictericia, pasiones de mujeres, enfermedades de la madre, melancolía, hidropesia, y por su acción sudorípara, era recomendada para combatir las fiebres (MONARDES, 1580: 233-237).

²³² “La çarçaparrilla no es otra cosa sino la rayz de la Smilace aspera, la qual crece abundantemente por todas partes. Quanto a sus fuerzas y facultades, es dessabrida al gusto, y ansi no muestra tener alguna virtud estraña. Echada en infusión, se deshace toda en bavazas, como las raíces del malvavisco, aunque no tanto la que crece por estas regiones: y su cocimiento dado en grande abundancia, provoca vómito muy valerosamente: por donde suele algunas veces aliviar el dolor de la gota” (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: Libro I, capítulo CIX)

añadir a los trabajos que por acá hay (...) De que me dice que está algo mejor parece que lo llevo todo de buena gana. Plega a el Señor vaya adelante y lo pague a ese médico, que en forma se lo he agradecido” (Carta 357.1. Valladolid, 25/10/1580, a la madre María de San José, en Sevilla)

Sobre los honorarios o retribución económica a percibir por galenos y boticarios hay poca información, excepción hecha de aquellas de carácter oficial y nada nos aclara para poder hacernos una idea de ello, pero las líneas que preceden ponen de manifiesto el talante de Teresa, “pague a ese médico”, talante que en otras ocasiones se pondrá de manifiesto en relación con los boticarios. No era amiga de deudas.

Estas dos cartas muestran cómo, a pesar de dar consejos según lo que por experiencia personal o próxima conoce, recomienda que se consulte con el médico, planteamiento que repite varias veces.

Hace mención del ruibarbo, sin que especifique a cual se refiere, si al que procede de las Indias Orientales o el de las Occidentales. Por la fecha de la carta y el hecho de pedírselo a la priora de Sevilla, nos hace pensar que sea a este último, planta para la cual Nicolás Monardes no tiene más que elogios atribuyéndole, además de la consabida acción purgante, la de corregir la hidropesía (MONARDES, 1580: 82).

Además, según señala en esta misma carta, sabe que las hinchazones no siempre son hidropesía. De nuevo, años después, vuelve a recomendar a la misma destinataria que consulte con el galeno cuando alude al mal de orina o retención:

“Holgádome de su salud y dado pena la poca que vuestra reverencia trae. Por amor de Dios vuestra reverencia se mire mucho. Dicen que es bueno para eso de la orina, cogidos unos escaramujos cuando están maduros y secos y hechos polvos, y tomar cantidad de medio real a las mañanas. Pregúntelo a un médico” (Carta 347.14. Segovia, 04/07/1580, a la madre María de San José, en Sevilla).

Para combatir el mal de orina o retención, recomienda el uso de escaramujos: un remedio conocido y común en el saber popular, muy utilizado bien secos y cocidos en vino para restringir el vientre, o en polvo para el mal de orina, como es en este caso. Acerca del escaramujo de origen americano se refiere Andrés Laguna al tratar de la zarza perruna, a la que compara con su homónima española, también conocida por rosál silvestre o rosa canina²³³.

Se conoce la afición de Teresa de Jesús al agua de azahar; un producto al que Andrés Laguna señala como excelente para esforzar la ‘virtud vital’²³⁴:

²³³ “La çarça perruna es una mata como arbol, mayor harto que la çarça ordinaria: cuyas hojas son muy mas anchas que las de la Murta. Produze entorno de sus ramos, unas espinas fuertes. Su flor es blanca, y el fruto luengo, semejante al cuexco del aceituna: el cual ansi como va madurando, se buelve roxo, y engendra dentro de si cierto flueco. Cocido en vino este fruto seco, y después bevido, restriñe el vientre: empero antes de cozer conviene quitar de los fluecos, porque son dañosos a la caña del pecho...” (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: Libro I, capítulo CIII).

²³⁴ “Produzen unas flores suavísimas, ordinariamente dos veces al año: conviene á saber al entrar del invierno; y después de la primavera: las cuales conficionadas con miel, ó açucar, fortifican el coraçon, y el estomago. Hácese de la flor del Naranjo el agua llamada de Azahar, odoriferisima sobre

“El agua de azahar no me dejaban dar, porque le da la vida a la priora [Brianda de San José, priora del convento de Malagón] y aun a mí me hace provecho, y no lo había. A su madre de la portuguesa [Leonor de Valera, madre de Blanca de Jesús María] pida un poco en mi nombre y nos lo envíe, por caridad” (Carta 188.2. Toledo, 01-02/03/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

“No me envíe cosa sino el agua de azahar, pues se quebró la redoma, y un poco de azahar si se puede hallar de hoja, seco, en azúcar, que yo enviaré lo que costare; si no, sea de los confites; mas más lo querría de hoja, cueste lo que costare, aunque no sea mucha cantidad” (Carta 190.5. Toledo, 09/04/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

“El azahar es muy lindo y mucho, y vino a harto buen tiempo: infinito se lo he agradecido” (Carta 195.1. Toledo, 15/05/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

“Envíeme un poco de agua de azahar y sea de manera que no se quiebre en lo que viniere, que por esto no se lo he pedido antes” (Carta 237.5. Ávila, 28/03/1578, a la madre María de San José, en Sevilla).

Por otro lado, considera al aceite de azahar como muy bueno para el mal de corazón:

“Vino todo muy bueno lo que vuestra reverencia me envió y muy sano, y el agua [de azahar] lo mismo; es excelente (...) Procure desechar penas, y dígame cómo es ese mal que tiene de corazón. El aceite de azahar es muy bueno” (Carta 248.1-13. Ávila, 04/06/1578, a la madre María de San José, en Sevilla).

De aguas sigue escribiendo, ahora como consecuencia del estado de la nueva supriora de Sevilla, Leonor de San Gabriel, cuyas dolencias desconocemos, pero al citar el consumo de azahar por Teresa en esos casos, cabe pensar que debía tratarse de alguna índole cardíaca, y así para su alivio recomienda el consumo de agua rosada:

“Mucho aprovecha por acá (sabido de buenos médicos) beber, cuando así está, cuatro o cinco tragos de rosada. A mi gran provecho me hace...” (Carta 331.4. Malagón. 08-09/02/1580, a la madre María de San José, en Sevilla).

Hemos hecho referencia a que Teresa de Jesús también tomó fórmulas polifármacas; así, para combatir las calenturas, usó de unos sahumeros a base de ervatum o raíz de una hierba conocida como rabo de puerco (*Peucedanum officinalis* L.), culantro (*Coriandrum sativum* L.) y cáscaras de huevo, todo ello adicionado de un poco de aceite, un poco de alhucema (*Lavandula* sp.) y un poquito de romero (*Rosmarinus officinalis* L.). Así lo refiere en una carta, fechada en 1576, en la que ofrece recetas y consejos para su uso:

“Hasta que me escriban que está sin calentura, me tiene con mucho cuidado. Mire no sea ojo [ictericia], que suele acaecer en sangres livianas. Yo con haber tan poca ocasión, he pasado en esto mucho. El remedio eran unos sahumeros con ervatum y culantro y cáscaras de huevo y un poco de aceite y poquito de romero y un poco de alhucema, estando en la cama. Yo le digo que

todas las otras, y excelente para esforzar la virtud vital” (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: Libro I, capítulo CXXXI).

me tornaba en mí. Esto sea para sola ella; mas no me parecería mal que lo probase alguna vez. Casi ocho meses tuve calenturas una vez, y con esto se me quitó” (Carta 163.1. Toledo, 13/12/1576, a la madre María de San José, en Sevilla).

Son todas ellas plantas muy conocidas, obviamente a excepción de la cáscara de huevos y el aceite usados seguramente como excipientes, con diferentes propiedades aceptadas por el uso tradicional; así el ervatun se tenía por diurético, balsámico, expectorante, anticatarral, emenagogo y sudorífico. Andrés Laguna, respecto del culantro, se muestra prudente y cauteloso, llamando la atención sobre su uso, aconsejando el empleo de la semilla con las que se preparaban unos confites²³⁵. Refiriéndose al espliego, el segoviano hace referencia a él al tratar del nardo, que define de naturaleza caliente y seca (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: Libro I, capítulos VI, VII) y, respecto del romero, mantiene que las simientes, preparadas en infusión, son útiles contra la gota coral -enfermedad que parece padeció la Santa, sin que nos halla quedado noticias de qué empleó para su tratamiento-, y contra las antiguas enfermedades del pecho, así como tomadas con vino y pimienta se tenían por efectivas para combatir la ictericia²³⁶, pero todo lo que su contemporáneo dice al referirse a ellas lo hace en su administración por vía oral y no utilizado como sahumero, preparación para ser empleada en braseros y pebeteros, de manera que sus vapores impregnasen la estancia y se inhalaran, que es el remedio que sugiere Teresa de Ávila.

Los galenos de este tiempo usaban de la sal entre sus artes terapéuticas, extendiéndola por el cuerpo con el objeto de extraer la ponzoña en los dolores de costado, y con este fin se la aplicaron a Catalina Godinez, que tuvo uno que le duró más de veinte años (MIR, 2: 296. 1912).

²³⁵ “Repugna Galenno a Dioscórides sobre la complexión del Culantro: porque le haze mas caliente que frío, y a la verdad no sin alguna razón: visto que si dominasse en la frialdad (como quiere domine Dioscorides) no tendría tanta fuerza de resolver los apostemas frios, duros, y melancólicos, quales fueron siempre los lamparones. Empero para reconciliar dos Varones tan excelentes, conviene decir, que el Culantro es compuesto de muy diversas sustancias: de las cuales una es caliente, aguda, ígnea, y subtil, contra la cual abre, relaxa, y penetra a los apostemas rebeldes: otra tiene mucho de natura del agua, y con esta molifica los empedernecidos humores; y finalmente otra es muy fría y terrestre, con la cual exprime los humores mesmos, ya preparados y mas tractables. De suerte que por diversos respectos podemos llamar al Culantro unas veces frio, y otras veces caliente” (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: Libro III, capítulo LXVII).

²³⁶ “Majadas las hojas de cada una d’ellas, y aplicadas en forma de emplastro, restriñen la effusion de las almarronas, mitigan las inflamaciones, y eminentias del siesso, y maduran los lamparones, y cualesquiera otros apostemas rebeldes. Las rayzes secas, mezcladas con miel, mundifican las llagas. Bevidas con vino, son útiles contra los torcijones del vientre, y contra las mordeduras de serpientes: y demás desto, provocan el menstuo, y la orina. Aplicadas en forma de emplastro, resuelven las inchazones antiguas. Ansi el zumo de la rayz con el de las hojas, instilado con miel en los ojos, aguza y clarifica la vista. La simiente bebida [tiene] la misma fuerça, y es útil contra la gota coral, y contra las antiguas enfermedades del pecho. Bevese con vino y pimienta, contra la marillez llamada ictericia” (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: Libro III, capítulo LXXXI).

Otro tanto ocurría con los cauterios, casi siempre con el fin de restañar la sangre y convertir la herida en una escara, que aplicaron a la citada Catalina Godínez, promotora de la fundación en Beas, a causa de un zaratán²³⁷.

En algunas ocasiones Teresa de Jesús alude, de modo muy general, a unas píldoras cuyos ingredientes, lamentablemente, desconocemos:

“A Aranda [Jerónima de Aranda, doméstica de su hermano Lorenzo] me encomiende y que eche un poco de esas pastillas en el aposento de vuestra merced, o cuando esté al brasero, que son muy sanas y puras, de descalzas, que todo lo que tienen no es curioso; aunque más mortificado quiera ser, las puede echar. Para reumas y cabeza son bonísimas” (Carta 177.15. Toledo, 17/01/1577, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Ávila).

Cabe pensar que se trata de unas pastillas elaboradas con algunas de las gomo-resinas de las que se ha hecho mención, para su uso purificador del ambiente por si mismas puestas en perfumadores o echadas en el brasero y que resultarían confortativas; lo que viene a confirmar lo que sobre estas ‘pastillas maravillosas’ decía más adelante, nueve días después, a María de San José en la ya citada carta a la que acabamos de aludir líneas arriba y a las que continúa refiriéndose al mes siguiente, con la diferencia de que ahora han sido ingeridas:

“Harto mejor estoy, que he tomado unas píldoras” (Carta 185.2. Toledo, 27-28/02/1577, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Ávila).

Sigue escribiendo de pastillas de modo elogioso por lo útiles que le han sido para el mal de corazón y por habérselas recetado médicos de valía. Recomendación que va dirigida a la priora sevillana, que le ha referido sus achaques de corazón de los que Teresa tiene larga experiencia. Lamentablemente la mencionada memoria no ha llegado a nosotros:

“Esa memoria que va ahí de píldoras están loadas de muchos médicos y ordenómelas uno muy grande. Entiendo la harán gran provecho usar aunque no sea sino de quince a quince días una, que me han hecho gran provecho, y así ando mejor mucho; aunque buena nunca, y con los vómitos y otros achaques; mas gran provecho me han hecho y son sin pesadumbre. No lo deje de probar” (Carta 412.5. Ávila, 08/11/1581, a la madre María de San José, en Sevilla).

En esta carta, dirigida a la priora de Sevilla, María de San José, antes María de Salazar Torres, a la cual conoció durante su primera estancia en casa de Luisa de la Cerda, en 1561, en Toledo, hace un panegírico de las píldoras, e incluso ofrecer una pauta posológica; lamentablemente no conocemos su composición, pero resulta a todas luces evidente que debía de tratarse de unas pastillas que ayudaron a Teresa a recuperar su esquivada salud, hasta tal punto que cuando habla de ellas lo hace como si de una *laudatio* se tratara, y lo mismo ocurre con el médico que se las prescribió, del que tampoco nos dice su nombre, solo que era un gran médico. Llama la atención la frase “son sin

²³⁷ “Género de enfermedad de cáncer, que da a las mujeres en los pechos, el que los va royendo, y consumiendo de tal suerte la carne, que por lo regular vienen a morir de esta enfermedad” ([Real Academia Española], 1726-1729).

pesadumbre”, pues con todas las patologías que tenía “vómitos y otros achaques” no presentaran algún problema o reacción no deseada.

Casi al final de su caminar por esta tierra, a pocos meses del inevitable final, comenta, de manera poco explícita y parca en detalles, que no estaba para seguir andando por los caminos, aunque como hemos comentado, aventuramos -sin mucho riesgo- que su estragada salud, en 1582, venía acentuada por el cáncer, lo que explica que no estuviera para ponerse de viaje:

“Yo estoy con tan poca salud que ni para allá ni a otro cabo no estaba para caminar, aunque estoy mejor que estos días pasados (...) Yo he tomado unas píldoras, y así no va ésta de mi letra, que no me oso atrever” (Carta 456.3. Burgos, 07/07/1582, a la hermana Leonor de la Misericordia, en Soria).

Píldoras de las que también desconocemos su composición, pero debería tratarse de alguna preparación, simple o compuesta, que la aliviara de su maltrecha salud y que debieron dejarla en tal estado de postración que no pudo escribir de su propia mano.

Con motivo de la enfermedad de la priora de Malagón, la madre Brianda de San José, Teresa de Jesús ofrece datos interesantes basados en su intuición terapéutica, pues no podemos hablar de conocimiento porque no lo tuvo; se plantea si las aguas minero-medicinales tienen el mismo efecto para combatir la tisis si se toman en el manantial o si, por el contrario, se beben lejos del lugar:

“La nuestra priora de Malagón se está así. Harto he pedido a nuestro padre [Jerónimo Gracián, que ha de viajar de Sevilla a Granada] que me escriba si el agua de Loja aprovecha llevado tan lejos, para enviar por ello; acuérdeselo vuestra reverencia” (Carta 175.3. Toledo, 09/01/1577, a la madre María de San José en Sevilla).

En esta carta parece referirse a las conocidas ‘aguas de Loja’, ciudad a ocho leguas de Granada, pues sus aguas eran muy célebres. Una vez más menciona el agua de Loja en carta a la priora de Sevilla con el mismo motivo de la enfermedad de la madre Brianda, que tan preocupada la tuvo: “Ahora en el agua tengo esperanza de Loja” (Carta 180.6. Toledo, 26/01/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

Con anterioridad, en el verano de 1568, ya había tratado en su correspondencia de aguas minero-medicinales, también andaluzas, en la confianza de que “la fuente que esta cabe Antequera”²³⁸ remedie ciertas indisposiciones del padre Gracián, refiriéndose a Fuentepiedra, en este caso²³⁹.

Al poco tiempo de la fundación de Malagón, Luisa de la Cerda tuvo que abandonar el lugar con su hijo, Juan de Tavera, para ir a la Fuente de Antequera a tomar las famosas aguas medicinales de Fuentepiedra y Teresa, preocupada, escribe:

²³⁸ Carta 9.1. Ávila, 09/06/1568, a Luisa de la Cerda, en Antequera.

²³⁹ Los mismos orígenes del lugar obedecen a la existencia, desde tiempos inmemoriales, de un manantial de aguas medicinales, famoso desde la antigüedad, que los romanos denominaron ‘Fons Divinus’. Más tarde recibió el nombre de ‘Fuente de la Piedra’ por las especiales propiedades que tenía para tratar los cálculos renales o mal de piedra. De ello dejó constancia, dos siglos después, Juan de Dios AYUDA (1798).

“Y téngame vuestra señoría ánimo para andar por tierras extrañas; acuérdesse cómo andaba Nuestra Señora cuando fue a Egipto y nuestro padre San José” (Carta 8.3. Toledo, 27/05/1568, a Luisa de la Cerda, en Antequera).

Aprovechó la coyuntura la reformadora para enviar el *Libro de la Vida* al maestro Juan de Ávila, que residía entonces en Montilla, mediante un mensajero de plena confianza, mandatario de la mencionada Luisa de la Cerda, cuando se dirigió a tomar estas aguas de Fuentepiedra, cerca de Antequera. Eran conocidísimos los efectos de este agua; Ambrosio de Morales (1513-1591) se refería a ellas en estos términos:

“La más insigne de todas las fuentes de España parece la de Antequera, por la gran fuerza que tiene con la terrible enfermedad de la piedra. Por esto se lleva por España más de cien leguas y aún a Nápoles. Porque también conforta mucho el estómago (...) Por la frecuencia de las que van por el agua se ha poblado de treinta años a esta parte allí un lugar, y aunque la fuente se llama de Antequera, dos leguas está de aquella ciudad (...) la bondad del agua y sus provechos son, a mi juicio, aún mucho mayores de lo que se publican” (MORALES, 1555: 181).

Para evitar fraudes, los cántaros con agua de Fuentepiedra llevaban tallos de saxífraga, planta autóctona de aquel paraje. Teresa de Jesús elogia también estas aguas y certifica:

“... un pariente mío, que siendo niño tuvo piedra, y con esa agua de esa fuente sanó, que nunca más la tuvo” (Carta 9.1. Ávila, 18/05/1568, a Luisa de la Cerda, en Antequera).

En una ocasión menciona Teresa la escorzonera (*Scorzonera hispánica* L.), planta vivaz propia de zonas agrestes y calizas:

“... y yo me estoy acá hecha una cosa sin provecho. He tenido tres semanas ha un romadizo terrible con hartas indisposiciones. Ya estoy mejor, aunque no quitado (...) Esa carta envíe a la priora de la Madre de Dios [María de León, priora de las dominicas de la Madre de Dios de Valladolid], que le envió una medicina que creo me aprovechó. Harta pena me da su mal, como lo he pasado tanto estos años; es sin piedad ese dolor. ¡Qué obra pasa en enviarme escorzonera!” (Carta 68.3. Segovia, [finales]/06/1574, a la madre María Bautista, en Valladolid).

Pero una vez más, al no disponer de datos sobre aquella medicina que tanto provecho le hizo, no podemos hacer más comentarios, si bien Dioscórides escribe sobre ella al tratar de la ‘condrila’ a la que Laguna define como una especie de endivia salvaje, de mal sabor y que solo la comen los ratones cuando se sienten mordidos por “alguna virulenta serpiente” (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: Libro II, capítulo CXXII); Francisco Franco (*fl.* 1515-1569) se extiende sobre otros usos de la escorzonera que la fundadora pide que le remitan y la identifica con ‘condrila’, a la que además de poder ser utilizada como antídoto en mordeduras de víboras, le atribuye más usos:

“... y se avia hallado en algunas que en Barcelona distilivan el agua desta yerva: de la misma manera que se destila el agua de azahar, y que vio hombres ya propincuos a la muerte, y con accidentes terribles, sanar con tomar un golpe de esta agua, y que después de tomada se sigue grandissimo sudor, y como

sudan se van apaziguando los accidentes: y con esta agua se vio muchos que cobraron salud (...) De manera que comida cocida, y cruda, y en conserva, y destilada: en fin de todas maneras aprovecha: y sospecho que todas las partes son provechosas, raíz, hojas, flor” (FRANCO, 1569: fol. XXII).

La escorzonera fue una planta muy utilizada en la terapéutica de la época, preparada en infusión a la que solían añadir algo de canela; utilizada aquí como expectorante y diaforética o sudorífica, por lo que sería útil para el alivio de romadizos o catarros. A la escorzonera se le han atribuido -y se le atribuyen- otras acciones farmacológicas, como la pectoral y febrífuga, lo que podría cooperar en el tratamiento de ellos; pero al no haber en la citada carta otros pormenores, no sabemos cuál era la situación de la mencionada priora ni de qué padecía. Nos hemos apoyado en la cita de la escritora que habla de romadizos.

También ciertos alimentos sirvieron a la Santa como medicamentos. Así, en 1574, en su correspondencia, comenta que las nueces le hicieron bien a su relajamiento de estómago y, de su natural agradecido, termina diciendo que, además, estaban muy buenas:

“Estos días traigo un relajamiento de estómago, que vinieron bien las nueces, aunque de las que aquí me han enviado aún había; muy buenas están” (Carta 70.3. Segovia, 16/07/1574, a la madre María Bautista, en Valladolid),

Esto a pesar de que voces, como las de Francisco Núñez de Oria consideraba las nueces como frutos secos de poco o escaso valor alimenticio (NÚÑEZ DE ORIA, 1586: libro III, capítulo XII), aunque de fácil digestión en opinión de Luis Lobera de Ávila, quien además recomienda tomarlas con higos (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 119).

En su correspondencia, Teresa de Ávila hace mención a los cocos, que llamaron su atención por ser poco conocidos en Europa y que debieron de enviárselos de las Indias vía Sevilla, donde es posible que estuvieran más acostumbrados a verlos como consecuencia de ser el puerto de entrada del Nuevo Mundo. Teresa, en una misma carta, dejó constancia de ellos en un par de veces:

“Los cocos recibí; es cosa de ver. Yo los enviaré a doña Luisa. El que viene para mí está muy aliñoso. Nuestro padre [Gracián] que le ha de partir mañana (...) Las hermanas se holgaron mucho de ver el coco, y yo también. Bendito sea el que le crió, que cierto es de ver” (Carta 202.4-6. Toledo, 11/06/1577, a la madre María de San José, en Sevilla)²⁴⁰.

²⁴⁰ La planta fue descrita por el relator de la expedición inicialmente comandada por Fernando de Magallanes (c. 1480-1521): “Los cocos son el fruto de la palmera; y así como nosotros tenemos pan, vino, aceite y vinagre estos pueblos sacan cada una de estas cosas de estos árboles. Fabrican el vino de esta manera: primero hacen una incisión en el corazón de la palmera que llaman palmito, de donde sale un licor blanco y dulce aunque un poco agrio, como el mosto. Lo recogen por las noches con cañas tan gruesas como una pierna y aún más, para beberlo por la mañana y lo mismo por la mañana para beberlo por la noche. Esta palmera da un fruto que se llama coco y es grande, como la cabeza de un hombre, más o menos. Su primera corteza es verde y de más de dos dedos de gruesa y tiene unos hilos con los que hacen las cuerdas para amarrar las barcas. Debajo de ésta hay otra corteza dura y mucho más gruesa que queman y hacen un polvo que tienen en gran aprecio. Debajo de ésta hay una médula

Andrés Laguna realiza unos breves comentarios sobre los cocos al ocuparse de las nueces en general, dentro de las cuales los incluye²⁴¹ y, tras hacer una descripción de los mismos, les atribuye dos utilidades terapéuticas que sin duda ignoraría Teresa, basta con conocer su reacción de asombro ante esta fruta que para ella y para sus monjas fue todo un descubrimiento.

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478-1557) nos ofreció, ya en 1526, una descripción de los cocos y, tras relatar sus cualidades nutritivas, se ocupa de las propiedades terapéuticas:

“... los que acostumbran beber en aquellos vasos [el cascarón], y son dolientes de la ijada, dicen que hallan maravilloso y conocido remedio contra tal enfermedad, y rómpeseles la piedra á los que la tienen, y hácela echar por la orina” (FERNÁNDEZ DE OVIEDO, 1526: capítulo LXV).

Francisco Hernández también describe la planta y aborda el uso medicinal de las distintas partes del coco y sus preparados, encontrándoles diversas utilidades, así, por ejemplo, la leche obtenida por expresión de la pulpa es calificada de vermífuga bebida en cantidad de ocho onzas con algo de sal por las mañanas en ayunas, principalmente para los niños y personas de poca edad; del aceite, que señala es “caliente y humida temperatura, tomado en cantidad de seis u ocho onças purga livianamente”, por lo que suele evacuar los humores melancólicos y flemáticos; respecto del agua de su interior señala que quita las calenturas, templar el calor, cura y mundifica los ojos, limpia y mundifica la carne, purga el estómago y las vías de la orina y mitiga el dolor (HERNÁNDEZ, 1888: Libro I, capítulo XL).

blanca, de un dedo de espesor que comen fresca acompañando la carne y el pescado, como nosotros hacemos con el pan, y que tiene un sabor parecido al de las almendras. Secándola hacen pan. En el interior de esta médula hay un líquido claro y dulce y muy tonificante; cuando se deja reposar se coagula y tiene la consistencia de una manzana. Cuando quieren obtener aceite dejan fermentar la médula de coco con agua y luego la hierven y tienen un aceite que parece mantequilla. Si quieren tener vinagre dejan fermentar solo el líquido, luego lo exponen al sol y se convierte en vinagre como el de vino blanco. También se puede obtener leche con la médula del coco, como hicimos nosotros, rallándola y mezclándola con su propio licor y filtrándola en un paño, y dio como resultado una leche como la de cabra. Estas palmeras son como las de los dátiles aunque con los troncos más lisos, sin tanto nudos”. (PIGAFETTA, 1999: 120). La obra de Antonio Pigafetta permaneció inédita hasta que, en 1800, Carlo Amoretti descubriera una copia íntegra del manuscrito en la Biblioteca Ambrosiana de Milán; de aquí publicaría Amoretti, este mismo año de 1800, una edición completa en italiano y, un año, después una en francés; a partir de dicha traducción francesa, el historiador chileno José Toribio Medina realizó la primera traducción al español, publicada en 1888, incluida por él en la *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile* (vol. 2: 417-524). Santiago de Chile: Impr. Ercilla.

²⁴¹ “El Coco, ò nuez de la India, es fructo de un arbol Indico muy semejante a la Palma: el qual antes que se desnuden de su primera corteza, es tan grande como un grueso melon. Debaxo de la primera cascara, la qual es muy cabelluda, y de color castaño, se muestra otra muy dura y fuerte, horadada con tres agujeros que parecen ojos y boca. Esta pues tiene abraçado en si un cierto meollo blanco, duro, dulce, grasso, y grueso como el huevo de un ganso: en medio del qual se halla una concavidad, llena de un licor mantecoso, y sabrosísimo al gusto, siempre que el dicho coco no fuere muy rancio y viejo. La pulpa de aqueste fructo, es caliente en el segundo grado, y humida en el primero, comida engendra buenos humores, aunque con dificultad se digere: acrecienta el esperma, haze engordar admirablemente. Esprimese della un azeite muy singular, para mitigar el dolor de las almarronas” (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: Libro I, capítulo CXLI).

Hay más ocasiones en las que nos deja testimonio de que fue tratada con medicamentos para sus achaques, pero no es más explícita, sino que lo hace de una manera general, tal vez porque ella no lo consideró necesario o porque no conocía su composición o naturaleza, razón esta última que creemos más acertada, pues de saberlo lo hubiera comentado como hizo en otros casos:

“A mí me debía hacer algún daño, que desde Valladolid vine con un mal de garganta (y me lo tengo) harto malo, que aunque me han hecho remedios no se acaba de quitar” (Carta 432.5. Burgos, 6/02/1582, a la madre María de San José, en Sevilla).

5. *Regimen Sanitatis* colectivo en la obra de Teresa de Cepeda

5.1. Salud y enfermedad

Teresa fue una enferma crónica; cuando hace referencia a la salud se refiere a ella de manera directa, desde su propia experiencia, y deja testimonio de cómo la enfermedad puede llegar a dañar el desarrollo de la vida diaria, sobre todo cuando un síntoma, el dolor, es agudo, aunque no sean éstos de larga duración:

“También suele dar el Señor enfermedades grandísimas. Este es muy mayor trabajo, en especial cuando son dolores agudos, que en parte, si ellos son recios, me parece el mayor que hay en la tierra -digo exterior- aunque entren cuantos quisieren; si es de los muy recios dolores, digo; porque descompone lo interior y exterior, de manera que aprieta un alma que no sabe qué hacer de sí, y de muy buena gana tomaría cualquier martirio de presto que estos dolores; aunque en grandísimo extremo no duran tanto (que, en fin, no da Dios más de lo que se puede sufrir, y da su Majestad primero la paciencia), mas de otros grandes en lo ordinario y enfermedades de muchas maneras” (M. 6^a. 1.7.)

Para exclamar en el *Libro de las Fundaciones*: “¡qué cosa es la enfermedad, que con salud todo es fácil de sufrir!” (F. 24.8.), y que gran verdad es, pues ¿cuánto nos cuesta seguir nuestro ritmo habitual cuando un inoportuno dolor nos alcanza?, y en el caso de nuestra protagonista no podemos decir solamente que se tratara de dolores inoportunos, que todos lo son, nunca es buen momento para tenerlos, sino de serias, arduas y severas patologías o de agudización de alguna ya existente a modo de recidiva. Esto nos lleva a pensar sobre lo que muchos autores ya han recogido en sus obras, el gran mérito de Teresa para continuar con su labor día a día a pesar de todo el cúmulo de males, labor que continuó desarrollando hasta el último momento, y que solo por consejo médico, y ante tan abrumadora carga de correspondencia, accedía a no realizar directamente esta tarea y procedió, en ocasiones, a dictar algunas cartas.

Aunque la falta de salud constituye un lastre y un impedimento para el desarrollo cotidiano, provocando desánimo y decaimiento, es por lo que otra vez en el *Libro de las Fundaciones* escribió: “... que hartas veces me quejo al Señor lo mucho que participa la pobre alma de la enfermedad del cuerpo...” (F. 29.2). Luego era consciente del impacto de la enfermedad y la hace frente directamente, pues no se limita a padecerla de forma pasiva, sino que despliega la determinación que tomara estando en el Convento de la Encarnación, y de la que nos dejó constancia en el *Libro de la Vida*, de no hacer caso. Determinación que le da la energía, con la ayuda de Dios en quien todo lo confía, para sobrellevarla con paciencia:

“... que aunque con ocasiones y aun enfermedad algunos ratos impida para muchos ratos de soledad, no deja de haver otros que hay salud para esto, y en la misma enfermedad y ocasiones es la verdadera oración, cuando es alma que ama, en ofrecer aquello y acordarse por quien lo pasa y conformarse con ello y mil cosas que se ofrecen; aquí ejercita el amor...” (V. 7.12).

De manera que el alma en oración queda sublimada en la unión con Dios, y escribe: “... por ninguna cosa de los sucesos de la tierra la afligirá (...) ni enfermedad ni pobreza ni muertes...” (M. 5^a.3.3.), pero esto no puede ni debe interpretarse como una

postura que relega u olvida lo que de humano hay en la vida, de lo cual ella es consciente, por lo que sigue escribiendo:

“No penséis que está la cosa en, si se muere mi padre u hermano, conformarme tanto con la voluntad de Dios que no lo sienta, y si hay trabajos y enfermedades, sufrirlos con contento. Bueno es, y a veces consiste en discreción, porque no podemos más y hacemos de la necesidad virtud” (M. 5^a.3.7).

La paciencia de Teresa de Ahumada para sobrellevar los dolores, que ofrece a Dios, se la atribuye a Dios mismo: “... aunque muy mucho los días que serví a Dios, para poder sufrir las terribles enfermedades que tuve, con tan gran paciencia como Su Majestad me dio...” (V. 4.10.). Más adelante, en el mismo Monasterio de la Encarnación, falleció una monja de una grave y dolorosa enfermedad: unos orificios en el vientre que se le habían hecho de opilaciones, por donde secretaba lo que comía; murió con una gran paciencia, por lo que Teresa le pidió al Señor se la diera y después las enfermedades que vinieran: “También me oyó en esto Su Majestad, que antes de dos años estaba tal que, aunque no el mal de aquella suerte, creo no fue menos penoso y trabajoso el que tres años tuve...” (V. 5.2.), lo que debió suceder a finales de 1536 o principios de 1537, de modo que la ejemplarizante paciencia de Job y las palabras de Cristo en el Evangelio de san Mateo “... y el que no toma su cruz y siga en pos de Mí, no es digno de Mí” (Mateo, 10,38), fueron la fuente de su fuerza e hicieron posible que viviera feliz; admitió que la falta de salud formaba parte de su destino y lo aceptó humildemente, sufriendo los dolores con alegría:

“Todos los pasé con gran conformidad y -si no fue estos principios- con gran alegría; porque todo se me hacía nonada, comparado con los dolores y tormentos del principio; estaba muy conforme con la voluntad de Dios, aunque me dejase así siempre” (V. 6.2.)

Se está refiriendo a cuando se recuperaba en la Encarnación de su grave enfermedad, acaecida entre 1538 y 1539, donde sólo podía entonces andar a gatas.

“Acaecíame algunas veces -y aun ahora me acaece, aunque no tantas- estar con grandísimos trabajos de alma junto con tormentos y dolores de cuerpo, de males tan recios, que no podía valerme. Otras veces tenía males corporales más graves y, como no tenía los del alma, los pasava con mucha alegría” (V. 30.8).

De manera que, cuando otro dolor hacía su aparición, era para ella el alivio del anterior, y no teniendo más que sus dolencias ordinarias, consideraba que tenía suficiente salud: “Estoy mejor; iba a decir buena, porque cuando no tengo más de los males ordinarios, es mucha salud” (Carta 64.4. Segovia, [30]/05/1574, a Antonio Gaytan, en Alba de Tormes).

En cierta ocasión, estando en la larga y trabajosa fundación de Burgos, al escuchar los lamentos de un hombre al que curaban una apostema, señaló: “Hermano, encomendad al Señor y llevad con paciencia vuestro dolor y no deis voces” (MIR. 1912: 2.703). Como ésta era su manera de curarse, así lo aconsejaba a los demás. Gran psicóloga, aconsejaba no quejarse en las enfermedades a fin de no martirizar a los de al lado (MIR, 2: 230. 1912; ÁLVAREZ DE CÁNOVAS, 1961) y, como escribe en una de sus cartas a su hermano Lorenzo, que entonces no había aún regresado de las Indias, es el Señor quien concede la salud:

“Todo es lo que Su Majestad quiere, que creo que ha cuarenta años que no tuve tanta salud (...) Así que, cuando el Señor ve que es menester para nuestro bien, da salud; cuando no, enfermedad” (Carta 24.3-4. Toledo, 17/01/1570, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Quito).

Testimonio de su elección y apuesta por la salud es el capítulo séptimo de sus *Constituciones*. La reformadora sabe que no todas las personas tienen la capacidad y disposición de ánimo para cuidar de las enfermas, por lo que recogió aquí el consejo dirigido a las prioras de que buscasen, para el desempeño de estos cuidados, a aquella monja que tuviera habilidad o ingenio para ello, paciencia y caridad.

Tras lo que llevamos visto, sabemos que Teresa padeció muchas enfermedades pero supo centrarse más en la salud que tanto apreciaba, tal vez porque tuvo poca, siendo significativo que en sus escritos utiliza el término salud casi cuatro veces más que el de enfermedad.

Valora la salud, la procura, la recomienda y la suplica al Señor, tanto la suya: “Quisiera tener mucho lugar y salud para decir algunas cosas que importan...” (Carta 53.1. Ávila, 27/07/1573, al padre Juan Ordóñez, en Medina del Campo), como la de los otros: familiares, monjas, amigos, etc. y parece que la estima mucho más, pero no la concibe como un fin en sí mismo, pues aún siendo plenamente consciente de su auténtica importancia, la supedita a otros valores como el servicio al Señor: “Harta merced me hace nuestro Señor en darle tanta salud. Plega a Su Majestad que sea muchos años, para que la gaste a su servicio” (Carta 128.8. Toledo, 10/10/1577, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Ávila), y así siempre mostró inquietud por la salud de todos y pesadumbre ante la falta de la misma, pero como deja inequívocamente claro en esta carta, sin resquicios, no fue deudora de esta preocupación hasta el punto de convertirla en una ansiedad, angustia o manía.

El desprenderse de lo que pudiera haber sido la tiranía de la salud, como lo es manifiestamente el caso de los hipocondriacos, nos lo escribe ella misma en el *Libro de la Vida* cuando afirma que es mejor perderla con tal de alcanzar la salvación y añade:

“Como soy tan enferma, hasta que me determiné en no hacer caso del cuerpo ni de salud, siempre estuve atada, sin valer nada; y ahora hago bien poco, mas como quiso Dios entendiese este ardid de el demonio, y cómo me ponía delante el perder la salud, decía yo: ‘poco va en que me muera’; si el descanso: ‘no he ya menester descanso, sino cruz’. Ansí otras cosas. Vi claro que en muy muchas, aunque de hecho soy harto enferma, que era tentación del demonio o flojedad mía; que después que no estoy tan mirada y regalada, tengo mucha más salud” (V. 13.7).

Y supo hacer llegar a sus religiosas la necesidad de mantener un justo equilibrio entre este no caer en la tentación de dejarse llevar por los cuidados, atenciones personales y el miramiento de las mismas; advierte de la presencia real de estas dos tendencias tan erradas como opuestas: “Mas algunas monjas no parece que venimos a otra cosa a el monesterio sino a procurar no morirnos; cada una lo procura como puede” (CV. 10.5.) o el caso contrario: “... y ansí tienta aquí de indiscretas penitencias para quitar la salud...” (CV. 19.9.).

Ella opta por la salud y deja a Dios la última palabra, de manera que así lo dice respecto a la salud de la priora de Malagón, Brianda de San José: “... el mal es de

suerte que sólo Dios es el verdadero médico, que la tierra no hace ni deshace para aquel mal” (Carta 139.4. Toledo, 31/10/1576, a la madre María de San José, en Sevilla).

Para ella no hay imperfección en el cuidado lógico de la salud, así escribió: “Mire mucho por sí, que más vale regalarse que estar mala” (Carta 114.6. Toledo, 11/07/1576, a la madre María de San José, en Sevilla), fruto de su preocupación por la precaria salud de la priora del Monasterio de Sevilla, y más adelante vuelve a dirigirse a ella diciendo: “Ahora no la queremos penitente sino que no la dé [penitencia] a todas con sus enfermedades” (Carta 395.3. Soria, 16/06/1581, a la madre María de San José, en Sevilla). Lo mismo hace con la priora de Valladolid: “Es gran bobería andar mirando imperfecciones en cosa de su regalo, pues ve lo que va en salud” (Carta 70.2. Segovia, 16/07/1574, a la madre María Bautista, en Valladolid).

Se trasluce, pues, la cautela con que acogía las penitencias, que aplaude siempre y cuando no afecten o comprometan la salud: “... que en demasiadas penitencias ya sabeis os voy de la mano, porque pueden hacer daño a la salud, si son sin discreción” (CV. 15.13), y añade, en esta misma línea: “... que más quiere Dios su salud que su penitencia” (Carta 185.6. Toledo, 27-28/02/1577, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Ávila).

No se puede cuestionar su apuesta por la salud, pues sin ésta no hay forma de hacer servicio al Señor, por eso, cuando le hizo falta, ella se cuidó todo lo que fue necesario como escribe en carta dirigida al convento hispalense: “Como estoy mejor, no he menester tanto regalo, que algún día he de ser mortificada” (Carta 248.1. Ávila, 04/06/1578, a la madre María de San José, en Sevilla).

Teresa, en su defensa por la salud, pone de manifiesto una firme postura a favor de la higiene y deja evidencia clara de ello. Atiende con especial esmero la alimentación, consciente de su relación con la salud, postura que mantiene y se muestra inamovible en el convencimiento de que los alimentos reconfortan: “... como acá el manjar que se pone en el estómago da fuerza a la cabeza y a todo él” (M. 7^a.4.12).

Por lo que concierne a sus enfermedades, sabemos que las llevaba con aceptación, para lo que le sirvieron ciertas lecturas: “Mucho me aproveché para tenerla haver leído la historia de Job en las Morales de San Gregorio” (V. 5.8.), que ya estaban en romance, y repetía estas palabras: “Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no hemos de sufrir los males?”²⁴².

Sobre su estado de salud nos va desgranando noticias a lo largo de su epistolario:

“Mejor me he hallado hoy que suelo” (Carta 59.1. Alba de Tormes, [¿?]/01/1574, a la madre Ana de la Encarnación, en Salamanca);

“... y yo me estoy acá hecha una cosa sin provecho” (Carta 68.2. Segovia, [finales]/06/1574, a la madre María Bautista, en Valladolid);

“Estoy buena, y con tanto que escribir que no puedo decir más” (Carta 74.2. Segovia, [¿?]/09/1574, a Mateo de las Peñuelas, en Ávila);

²⁴² Job. 2.10. El comentario a Job del papa san Gregorio Magno era conocido como el ‘libro de las Morales’, había sido traducido al castellano por Alonso Álvarez de Toledo, en Sevilla, en 1514.

“Buena estoy, aunque estos días de Pascua he estado algo ruin y cansadísima con negocios demasiado” (Carta 167.4. Toledo, 27/12/1576, a la madre María de San José, en Sevilla);

“¡Oh que hielos hace aquí! Poco falta para ser como los de Ávila. Con todo estoy buena” (Carta 173.1. Toledo, 03/01/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

A veces es muy escueta: “Yo estoy buena” (Carta 178.5. Toledo, 17/01/1577, a la madre María de San José, en Sevilla) y otras es más prolija, por ejemplo al referirse a la mejoría de sus molestias de cabeza:

“Por la indisposición que verá en este papel, no la he escrito más veces hasta estar mejor, por no las dar pena. Aunque lo estoy mucho, no de manera que pueda escribir sino muy poco, que luego siento gran daño; mas para como estaba luego, es mucha la mejoría, gloria a Dios” (Carta 186.1. Toledo, 28/02/1577, a la madre María de San José, en Sevilla)

Asunto sobre el que vuelve a tener al corriente a la misma destinataria en distintas ocasiones:

“Mejor estoy hartos, y, con todo, casi nunca escribo de mi letra, que dicen es menester para sanar del todo” (Carta 188.1. Toledo, 01-02/03/1577, a la madre María de San José, en Sevilla);

“En esta no me hallo tan mal de salud como por otras” (Carta 319.2. Malagón, [finales]/12/1579, a la madre María de San José, en Sevilla);

“... estoy ya buena del mal que he tenido [se refiere al accidente de perlesía y corazón que tuvo el 31/03/1580, día de Jueves Santo]” (Carta 347.6. Segovia, 04/07/1580, a la madre María de San José, en Sevilla);

“Yo ando razonable de salud, con hartos cuidados y trabajos, sino que de todo se me da poco” (Carta 35.8. Medina del Campo, 06/08/1580, a la madre María de San José, en Sevilla);

“A mí no me han faltado de poca salud después que estoy en Valladolid (...) Ya estoy sin calentura días ha” (Carta 357.2. Valladolid, 25/10/1580, a la madre María de José, en Sevilla);

“Yo ando razonable y tan ocupada en visitas que, aunque quisiera que fuera esta de mi letra, no pudiera” (Carta 366.4. Palencia, 06/01/1581, a la madre María de San José en Sevilla).

Para la fundación de Villanueva de la Jara, acaecida en 1580, salió de Malagón el 13 de febrero e hizo buen tiempo, realizó el camino con salud, con alegría y buen ánimo:

“Fue Dios servido de hacer tan buen tiempo y darme tanta salud, que parecía nunca había tenido mal; que yo me espantaba y consideraba lo mucho que importa no mirar nuestra flaca disposición, cuando entendemos se sirve el Señor, por contradicción que se nos ponga delante, pues poderoso de hacer de los flacos fuertes y de los enfermos sanos (...) ¿Para qué es la vida y la salud sino para perderla por tan buen Rey y Señor?” (F. 28.18).

Algo sorprendente, pues había estado muy mal y, leyendo la declaración de Ana de San Agustín, se entiende el entusiasmo que impregna la misiva:

“... que estando la dicha madre Teresa de Jesús en Malagón muy enferma de perlesía y tan enferma, que aunque algunos días se levantaba, era

con mucho trabajo, y que de ordinario se estaba en la cama, y que mas ordinario era no poder menear un brazo (...) y vino buena por el camino y lo estuvo en esta villa de Villanueva dos meses que aquí estuvo”²⁴³.

Llegó a Toledo el 26 de marzo:

“Bien puede creer que me holgara de estar para escribirla muy largo, mas ando estos días con muy poca salud. Parece que pago lo que he estado buena en Malagón y Villanueva y por los caminos, que ha muchos días y aún creo años que no me hallé con tanta salud. Harta merced fue de nuestro Señor, que ahora poco va que no la tenga” (Carta 335.1. Toledo, 03/04/1580, a la madre María de San José, en Sevilla).

La mejoría duró poco, pues a continuación escribe: “... me dio un accidente de los grandes que he tenido en mi vida de perlesía y corazón” (Carta 335.2. Toledo, 03/04/1580, a la madre María de San José, en Sevilla) y continua relatando, cinco días después, que el viaje no le resultó fatigoso y que durante el mismo se encontraba aceptablemente bien, pero al llegar a su destino la situación cambió:

“Yo llegué aquí a Toledo la víspera de Ramos [26/03/1580], y aunque eran 30 leguas de donde vine, no traje cansancio, sino más salud que suelo. Después acá he tenido bien poca; creo no será nada” (Carta 336.1. Toledo, 08/04/1580, a Isabel Osorio, en Madrid).

Ella, que se conoce muy bien, no le da mayor importancia a su estado de debilidad que, sin embargo, debió durar varias semanas, pues un mes más tarde escribió: “... que mi mal no es nada, como a vuestra paternidad he escrito. Solo hay flaqueza...” (Carta 340.3. Toledo, 05/05/1580, al padre Jerónimo Gracián, en Madrid [¿?]), y así va tirando, con leves mejorías que se presentan en el transcurso del tiempo, aunque persistiendo la flojedad y las molestias de cabeza, que apenas la permiten escribir algunas líneas:

“Por haber estado mala muchos días ha, he dejado de hacer esto, aunque tengo harto deseo de saber de la salud de vuestra merced. Yo gloria a Dios, voy de mejoría, aunque estoy flaca y con muy ruin cabeza, y así no va ésta de mi mano” (Carta 341.1. Toledo, 6/05/1580, a Pedro Juan de Casademonte, en Medina del Campo).

Los médicos, como sabemos, la diagnosticaron la formación de una apostema en el hígado y recetaban purgas y sangrías; con fiebre anduvo hasta finales de ese mes: “Decían los médicos se hacía un postema en el hígado; con sangrías y purgas ha sido Dios servido de dejarme en este piélago de trabajos” (Carta 342.1. Toledo, 08/05/1580, a María Enríquez, en Alba de Tormes).

De la red caminera y de las ventas tenemos conciencia tras lo escrito en páginas anteriores, así como sobre la dificultad que suponían los traslados; por ello, para la fundación de Soria, mando el obispo de Osma, Alonso Velázquez (1533-1587), un alguacil para ocuparse de la madre Teresa y las monjas que la acompañaban, de manera que el camino se les hiciera lo menos dificultoso:

²⁴³ Declaración de Ana de San Agustín. Proceso de Villanueva de la Jara, 1596 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1. 510. 1934). Ha de tenerse en cuenta que fue durante su visita las obras de este convento cuando volvió a lastimarse el brazo izquierdo que se había roto anteriormente en el convento de San José en Ávila, del cual no pudo servirse desde entonces.

“Tuvo poco trabajo en este camino; porque el que envió el obispo nos llevaba con harto regalo y ayudó a dar buenas posadas, que, en entrando en el obispado de Osma, quieren tanto al obispo, que en decir que era cosa suya, nos las daban buenas. El tiempo lo hacía. Las jornadas no eran grandes. Ansí poco trabajo se pasó en este camino, sino contento” (F. 30.7).

Llegaron a Burgo de Osma en tiempo en el que la población andaba preocupada por temor a la peste, por lo que estaban cerradas todas las puertas de la muralla menos dos de ellas (EFRÉN, STEGGINK, 1996: 485) y allí se encontró con su antiguo conocido cuando este eclesiástico estuvo en Toledo, que a la sazón padecía de la vista pues la reformadora escribe:

“... no estava bueno, que le había faltado la vista en un ojo; que esta pena tuve allí, que se me hacía gran lástima que vista que tanto aprovechara en el servicio de nuestro Señor, se perdiese” (Carta 402.9. Soria, 14/07/1581, al padre Jerónimo Gracián, en Valladolid).

En Palencia, con sesenta y seis años cumplidos, andaba más cuidadosa con su salud y menos de las penitencias, aunque tenía sus escrúpulos por si representaba la tentación del relajamiento y volverse acomodaticia, temiendo dejarse vencer por la tranquilidad y la molicie; en definitiva, temía se mezclase en ello el egoísmo, pero reconocía satisfacerse más cuando podía hacer mucha penitencia:

“Con que esto es ansí, de lo que toca a su salud y cuerpo me parece se trai más cuidado y menos mortificación en el comer y en hacer penitencia, no los deseos que tenía; más, al parecer, todo va a fin de poder más servir a Dios en otras cosas (...) En esto y el deseo que tiene de su salud, también debe entremeterse harto el amor propio. Mas -a mi parecer- entiendo que me daría mucho más gusto, y me le dava, cuando podía hacer mucha penitencia” (CC. 66^a.2).

Una reseña de sus dolencias quedó en la frase que dejó uno de sus confesores, el padre Diego de Yanguas, durante el proceso de beatificación y canonización: “dudo, Padre, si hay cuerpo humano hoy vivo que tanto mal haya pasado como este mío”²⁴⁴.

A finales del verano de ese mismo año de 1581 comenta algo que ya conocemos; las calamitosas condiciones de los caminos y la precariedad de los medios de transporte en aquel viaje de Soria a Ávila, con parada en Villacastín: “Hartos trabajos y peligros nos han acaecido. Con todo vengo buena, gloria a Dios” (Carta 405.1. Villacastín, 05/09/1581, a la madre María de San José, en Sevilla), y cuando llegó a su destino iba bien fatigada y débil, pero contenta porque -de momento- no tenía previsto viajar de inmediato, de hecho no lo haría hasta primeros del año siguiente:

“Llegué aquí no buena, con una calenturilla que había causado cierta ocasión. Ya estoy buena, y parece que el cuerpo está aliviado de que no ha de caminar presto” (Carta 406.2. Ávila, 09/09/1581, a Jerónimo Reinoso, en Palencia).

Sobre el aspecto de su preocupación por la salud de los demás dejó numerosos testimonios:

²⁴⁴ Declaración del padre Diego de Yanguas. Proceso de Piedrahita, 1595 (SILVERIO DDE SANTA TERESA, 1: 242. 1934).

“Hágame saber cómo está, y todas, y deles mis encomiendas (...) Mejor me he hallado hoy que suelo. Doña Quiteria²⁴⁵ con su calentura; dice las ha echado menos. Sepan que ha llevado de aquí un médico para la señora doña Jerónima²⁴⁶, que se está todavía mala” (Carta 59.1. Alba de Tormes, [¿?]/01/1574, a la madre Ana de la Encarnación, en Salamanca).

Y más adelante: “... y vuestra reverencia mire por su salud, que tanto trabajo y malas noches como ha tenido no querría se viniese a pagar” (Carta 63.5. Segovia, 14/05/1574, a la madre María Bautista, en Valladolid);

“Con pena estuviera con pensar era falta de salud el no escribir tanto ha, si no me hubiera escrito la priora de Medina [Inés de Jesús] que está buena vuestra reverencia. Sea Dios bendito, que en gran manera le deseo la salud” (Carta 68.1. Segovia, [finales]/06/1574, a la madre María Bautista, en Valladolid).

Echaba de menos las cartas de la priora del monasterio vallisoletano, que también andaba delicada de salud, y le sugiere que, con que encuentre un momento para decirle que va mejorando, se conforma²⁴⁷; en un tono similar escribe a Ana Enríquez, en Toro: “Bendito sea el Señor que tiene vuestra merced más salud que suele” (Carta 77.2. Valladolid, 23/12/1574, a Ana Enríquez, en Toro), y refiriéndose al padre Gracián, en varias ocasiones, escribe en este mismo sentido: “Lo que yo suplico a vuestra paternidad es que se me regale; no querría se me descuidase tanto de sí que demos con todo en el suelo” (Carta 108.14. Malagón, 15/06/1576, al padre Jerónimo Gracián, en Sevilla); “Por caridad la pido que me escriba por todas las vías que pudiere para que yo sepa cómo están (...) vanos tanto en su salud [refiriéndose al padre Gracián] que todo es poco lo que podemos hacer” (Carta 109.2. Malagón, 15/06/1576, a la madre María de San José, en Sevilla); y, refiriéndose a María de San José “... pues nos hace Dios tanta merced de darle salud con tantos trabajos” (Carta 151.9. Toledo, 19/11/1576, a la madre María de San José, en Sevilla).

Refiriéndose, una vez más, a la madre María de San José, priora de Sevilla, escribe al padre Gracián: “Mucha pena me da el mal de esa priora, que se hallaría mal otra como ella para ahí. Hágala vuestra paternidad tratar bien y que tomase algunas cosas para esa calentura continua” (Carta 162.12. Toledo, 13/12/1576, al padre Jerónimo Gracián, en Sevilla). María de San José arrastraba calentura de forma continua desde hacía un tiempo, lo que tenía preocupada a la Madre y le indica al Vicario que tome cartas en el asunto a fin de que se adopten medidas para corregir esa situación, indicando que recurra a la botica para proveerse de aquello que necesitase para acabar con esa tesitura. Y reitera: “Hasta que me escriban que está sin calentura, me tiene con mucho cuidado” (Carta 163.1. Toledo, 13/12/1576, a la madre María de San José, en Sevilla) y del resto de las hermanas: “Harto cuidado me da esa calentura de vuestra reverencia y el mal de la supriora (...) y lo peor es la poca salud, que cuando

²⁴⁵ Quiteria Dávila (1526-1607), monja de la Encarnación, de donde fue priora durante cinco trienios, a partir de 1580, que Teresa la llevó consigo a Salamanca.

²⁴⁶ Jerónima de Villarroel y Quiroga, sobrina del cardenal Quiroga, que al año siguiente, en 1575, entrará en el Carmelo de Medina del Campo.

²⁴⁷ “No se canse en procurar me escriba, que, como vuestra reverencia me diga de su salud, muy bien lo llevaré” (Carta 70.6. Segovia, 16/07/1574, a la madre María Bautista, en Valladolid).

la hay todo se pasa. Envíeme a decir con brevedad cómo tiene las calenturas vuestra reverencia, y la supriora también” (Carta 193.3. Toledo, 6/05/1577, a la madre María de San José, en Sevilla). Siguiendo con su preocupación por la salud de la priora hispalense, años más tarde la amonestó sobre su obesidad: “Por caridad fíe poco de esa gordura y mire por sí” (Carta 395.1. Soria, 16/06/1581, a la madre María de San José, en Sevilla).

Al Convento abulense de San José llegó una freila que sería ya siempre su enfermera, Ana de San Bartolomé, a quien Teresa había encontrado, por julio de 1577, tan enferma que no se podía mover, según relata María de San Jerónimo: “la halló de manera que no se podía menear, y el espinazo todo abierto y dos bizmas²⁴⁸ que le habían puesto”. Teresa la llevó a su celda y al día siguiente le propuso “que tome a su cargo el servir, regalar y curar a las enfermas que hay en la casa porque no halló otra más a propósito” y, más tarde, “No solo quiero que sea de aquí en adelante enfermera, sino también priora y supriora de las enfermas que hubiere. Tenga cuidado de ellas, disponga y délas todo lo necesario, sin pedirme licencia” (EFRÉN, STEGGINK, 1996: 770).

Hay autores que afirman que, como fruto de sus achaques, predijo su muerte y lo hacen en base a que Isabel de Jesús declaró, en 1579, que estando en Salamanca, la trataba un médico con ciertos remedios y la reformadora le dijo: “Para tres años que podré vivir, ¿para qué tanto cuidado?”²⁴⁹.

En relación con la promotora de la fundación de Beas, Catalina Godínez, escribió:

“... dándole grandísimas enfermedades y muy penosas, así de estar con calentura continua y con hidropesía y mal de corazón, un zaratán [especie de cáncer de pecho] que le sacaron; en fin, duraron estas enfermedades casi diecisiete años, que pocos días estaba buena (...) y como estaba casi siempre en la cama con tan grandes enfermedades (...) había más de medio año que no se levantaba de la cama y había casi ocho que casi no se podía menear de ella. En este tiempo tenía calentura continua ocho años había, ética y tísica, hidrópica, con un fuego en el hígado que la abrasava (...) Tenía también gota artética y ciática. Una víspera de San Sebastian [19/01/1574], que era sábado, la dio nuestro Señor tan entera salud, que ella no sabía como encubrirlo para que no se entendiese el milagro (...) y mucho más contento le daba la salud, por poder procurar el negocio del monasterio (...) que en esos ocho años la sangraron más de quinientas veces, sin tantas ventosas sajas, que tiene el cuerpo de suerte que lo da a entender. Algunas le echaban sal en ellas, que dijo un médico que era bueno para sacar la ponzoña de un dolor de costado, que éstos tuvo más de veinte veces (...) y ella animaba a los médicos para los cauterios que fueron muchos por el zaratán y otras ocasiones que hubo para dárselos (...) ya la tenían por incurable a causa de que echava sangre por la boca, tan podrida, que decían era ya los pulmones (...) aunque las enfermedades cargaron mucho más

²⁴⁸ Bizma: cierto emplasto que aprieta a la parte del cuerpo o miembro donde se aplica (COVARRUVIAS, 1611: fol. 140r).

²⁴⁹ Declaración de Isabel de Jesús. Proceso de Salamanca, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 3: 121. 1935). En esta extensa declaración hace referencia, también, al gusto de la Madre por la alegría en sus conventos y el contento que la producía oír a esta declarante cantar coplillas.

(...) la olearon dos veces -tan al cabo la una que decía el médico que no había para qué ir por el olio, que antes moriría- (...) Aunque está flaca tiene ya salud para guardar la regla, y buen sujeto; una alegría grande, y en todo -como tengo dicho- una humildad que a todas nos hacía alabar a nuestro Señor” (F. 12.14-18, 24).

A la priora de Sevilla, María de San José, escribió interesándose por la salud del prior de la Cartuja de las Cuevas: “Harta pena me ha dado el mal de mi santo prior [fray Hernando de Pantoja] (...) Hágame saber de él” (Carta 120. 13. Toledo, 07/09/1576, a la madre María de San José, en Sevilla), y la llamó la atención sobre el cuidado de sus fiebres, al mismo tiempo que la reprende por no decirle toda la verdad sobre su estado real, requiriéndola también para que no se abandone y evite que sus males se cronifiquen, de manera que cuando quiera poner remedio sea tarde:

“Yo le digo que me da gran pena esta su calentura. ¿Para qué me dice que está buena?, que de eso me enojo. Mas mírese si es de algunas opilaciones y hágase algo, no la deje arraigar. Harta sospecha tengo que alguna vez se le quita, que esto me consuela. Digo que algunas unturas o cosas para templar ese calor, que no lo dejen de decir al médico. Ella se suele sangrar cada año, me parece, quizá le haría provecho, como dice la supriora [María del Espíritu Santo]. Digo que no se esté así, que cuando queramos, no haya remedio” (Carta 148.3. Toledo, 11/11/1576, a la madre María de San José, en Sevilla).

Al mes mostró de nuevo su desvelo, acentuado además por el deterioro del estado de la citada supriora sevillana: “Plega a Dios no sea nada el mal de la madre supriora [María del Espíritu Santo], que aún por el más trabajo de vuestra reverencia me pesaría” (Carta 160.3. Toledo, 07/12/1576, a la madre María de San José, en Sevilla). Unos días más tarde volvió a llamarle la atención por seguir preocupándola al no tenerla informada sobre la evolución de estas calenturas: “Lo que me pesa es que no me dice nada vuestra reverencia de su salud; Dios se la dé como yo deseo” (Carta 167.2. Toledo, 27/12/1576, a la madre María de San José, en Sevilla). Esta situación continuó igual hasta pasado más de un semestre, pues en el mes de junio del año 1577 dejó escrito: “Mucho me pesa de que tenga tantos trabajos y de sus calenturas de vuestra reverencia (...) y todos estos días he estado con cuidado de saber de su salud y de la madre supriora, que me pesa mucho de su mal” (Carta 198.1-2. Toledo, 28/06/1577, a la madre María de San José, en Sevilla). Es casi seguro que durante el tiempo transcurrido entre los meses de diciembre de 1576 y junio de 1577 se intercambiarían más cartas, sobre todo teniendo en cuenta los sucesos acaecidos en aquellos momentos alrededor de los carmelitas descalzos, pero éstas deben formar parte del gran número que se han extraviado.

Durante este tiempo, también estuvo pendiente de la evolución de Antonio Ruiz, vecino de Malagón, buen amigo de Teresa, gravemente enfermo y de quien dice que no tiene noticias: “... no he sabido más (...) de Antonio Ruiz, que había tornado a recaer; mas creo si fuera muerto, ya lo supiera” (Carta 158.4. Toledo, 16/02/1576, a la madre María de San José, en Sevilla).

Cuando escribió “tengo aquí más salud que por allá” (Carta 93.2. Sevilla, 24/10/1575, a María de Cepeda, en Ávila) a su prima segunda María de Cepeda, monja en la Encarnación de Ávila, lo hace desde Sevilla. Ésta, con sus dos hermanas, Isabel de

San Pablo y Beatriz de Jesús, pasaron a la reforma teresiana, pero María regresó pronto a la Encarnación, por falta de salud.

“Holgádome con la carta que trajo el padre Mariano de saber que está vuestra reverencia buena y todas (...) Mi hermano está ya bueno (...) Estoy buena y muy a su servicio como dicen (...) La madre priora de Malagón me ha escrito está mejor; mas es tal aquel mal, que no alegra poca mejoría (...) Y vuestra reverencia mire por su salud, siquiera por no matarme a mí, que yo le digo que me cuesta harto esta mi priora de Malagón. Dios lo remedie con darla salud” (Carta 129.2-11. Toledo, 05/10/1576, a la madre María de San José, en Sevilla).

Debió ser en aquel momento, durante su estancia en Sevilla, cuando para atender la salud de su hermano Lorenzo recurrieron a los buenos oficios de un boticario, quien preparó un ungüento para el alivio de unos dolores en una pierna (Carta 125.2. Toledo, 20/09/1576, a la madre María de San José, en Sevilla).

Transcurrido el tiempo, de nuevo se dirige a la priora hispalense alegrándose de su mejoría, la encarece que haga efectivos los honorarios del médico que finalmente le quitó las calenturas y la insta a que se cuide para terminar de recuperarse, pues con salud se puede hacer frente a los afanes diarios:

“De que me dice que está algo mejor, parece lo llevo todo de buena gana. Plega al Señor vaya adelante y lo pague a ese médico, que en forma se lo he agradecido (...) Gran cosa ha sido tener hasta ahora vida la supriora. Bien puede el que la hizo, darla salud, la dio ser de nonada. Bien la ejercita en padecer, y a todas (...) Del mal de Garcíálvarez [confesor del monasterio] me ha pesado; no olvide decirme cómo está, y si va adelante la mejoría de vuestra reverencia (...) Dios pague a vuestra reverencia tanto regalo como me hace (débase de soñar alguna reina), y enviar el porte. Por caridad que mire mucho por sí y se regale, que en eso lo recibiré yo (...) Lo peor es haber de trabajar vuestra reverencia con poca salud, que ya lo he probado, que a tenerla, todo se pasa” (Carta 202.1-9. Toledo, 11/07/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

Parece ser que el padre Gracián no era un buen jinete, eran conocidas sus frecuentes y a veces aparatosas caídas de la montura, por lo que Teresa le escribe con la secreta esperanza de prevenir roturas de huesos, lo que ella tiene muy presente por su, entonces, reciente fractura del brazo izquierdo: “Por amor de Dios que mire no caiga en esos caminos, que después que tengo este brazo así, me da esto más cuidado” (Carta 230.1. Ávila, 16/02/1578, al padre Jerónimo Gracián, en Pastrana [¿?]).

En el año 1580 continuaba interesándose por la salud de la comunidad sevillana:

“Sus cartas recibí y la de la madre supriora [Leonor de San Gabriel], y aunque eran harto añejas, me holgué de ver letra suya; mas bien se templó con ver su poca salud. Una que vuestra reverencia escribió al padre Nicolao [Nicolás Doria, prior de Pastrana] -de primero de octubre- me ha consolado, porque dice en ella está mejor” (Carta 357.1. Valladolid, 25/10/1580, a la madre María de San José, en Sevilla).

“Y dígame cómo está esa pobre [Beatriz de la Madre de Dios, una de las responsables de las desazones pasadas en la comunidad hispalense], y el padre

prior de las Cuevas [Hernando de Pantoja], recaudo de mi parte, y al padre Garcíálvarez también” (Carta 360.6. Valladolid, 21/11/1580, a la madre María de San José, en Sevilla).

Teresa escribió a la ciudad del Betis desde Valladolid, cuando preparaba la salida hacia la fundación de Palencia, alegrándose de la mejoría de la priora, pero le advierte que no deje de atender las hinchazones que padece, para lo que le conmina a que no ingiera líquidos y a que consulte con un médico la utilidad de usar las propiedades diuréticas del ruibarbo, por lo que cabe pensar que podría tratarse de una retención:

“Mejor estoy, gloria a Dios, y consolada de que vuestra reverencia me dice lo está. Por amor de Dios que se mire mucho y se guarde de beber, pues sabe el daño que le hace. Infusión de ruibarbo hizo gran provecho a dos hermanas que tenían esas hinchazones, que lo tomaban algunas mañanas; trátelo con el médico, y si viere es a propósito, tómelo (...) A la madre supriora [Lionor de San Gabriel] y hermanas me encomiendo mucho y me huelgo estén ya buenas, y entiendan no han sido de las mal libradas, según lo que por acá ha pasado y cuán largas han sido las enfermedades. Aún yo nunca he acabado de volver en mí del todo” (Carta 364.2,7. Valladolid, 28/12/1580, a la madre María de San José, en Sevilla).

La salud del padre Nicolás Doria también le interesó y dejó muestra de su satisfacción al saber que se había recuperado en una carta escrita cuando regresaba de Soria a Ávila, cansada de andar por lo que tuvo que hacer un alto en el camino:

“El padre Nicolao [Nicolás Doria, que acompañó a Teresa a la fundación de Soria] me está aguardando en Ávila, que va a Roma (que lo siento harto) para más afirmar los negocios, que lo ha querido el rey. Ha estado malo de tabardillo²⁵⁰, ya está bueno. Encomiéndele mucho a Dios, que todo se lo deben” (Carta 405.3. Villacastín, 05/09/1581, a María de San José, en Sevilla).

Camino de Burgos sigue pensando en la fundación de Madrid e insiste en que no conviene que esta aspiración se olvide, por lo que escribe a Toledo interesándose por la salud del cardenal Quiroga, que es quien debe extender la licencia para la proyectada fundación en la Villa y Corte: “... y no deje vuestra merced de hacerme saber de la salud de su ilustrísima señoría y de la de vuestra merced” (Carta 429.4. Medina del Campo, 08/01/1582, a Dionisio Ruiz de la Peña, en Toledo).

Más adelante se dirige a la promotora de la fundación de Soria, pues sabe que se encuentra enferma:

“... y me la guarde y dé salud que yo deseo, que harto me ha pesado no la tenga. Hágame la caridad de regalarse mucho. Y de lo que en esta parte me dice hacen las hermanas con vuestra caridad me huelgo yo mucho, que si así no lo hiciesen lo harían muy mal. Vuestra caridad está tan contenta con los regalos como sin ellos, que la obediencia verá si lo ha menester, pues lo hace. Plega a

²⁵⁰ El tabardillo era un mal peligroso, y lo fue mucho a sus principios, antes que los médicos acertasen su cura; arroja afuera unas pintas leonadas o negras, y las que son coloradas son menos peligrosas y más fáciles de curar, como no se vuelvan a entrar en el cuerpo ([Real Academia Española], 1726-1729). Era el nombre que se le daba a lo que hoy conocemos como tifús, de gran mortandad, razón de más para que la Madre estuviera contenta.

Dios, mi hija, que no vaya adelante el mal. Avíseme, cuando haya con quién, si está mejor, que estaré con cuidado (...) Yo estoy con tan poca salud que ni para allá ni a otro cabo no estaba para caminar, aunque estoy mejor que estos días pasados” (Carta 456.1-2. Burgos, 07/07/1582, a la hermana Leonor de la Misericordia, en Soria).

No volverán a verse, dos meses después escribió a la priora de Soria: “¡Ojalá pudiera ir yo a su profesión!” (Carta 468.3. Valladolid-Medina del Campo, 15-17/09/1582, a la madre Catalina de Cristo, en Soria); pero a tres semanas de su fallecimiento, enferma, con un deterioro físico cada vez más acentuado, con preocupaciones sobre cómo llegar a Ávila para remediar la situación de aquella que fue su primera fundación²⁵¹, dar el hábito a su sobrina Teresa y con el deseo de fundar a continuación en Madrid, es del todo comprensible su imposibilidad de acudir a la profesión de Leonor.

De las enfermas tenía Teresa gran cuidado, sus coetáneos decían que las mostraba cariño y las hacía todos los agasajos que, con la pobreza de casa, se podía; y si no bastaba, se alegraba de que se buscasen fuera los medios para estos fines, especialmente los de botica; y que de ninguna manera les faltase lo necesario.

Se desocupaba cuanto podía para estar con ellas y consolarlas, hacía que las pusiesen colchón en la cama, o colchones, si era necesario, y la mejor ropa y más limpia que hubiera, y hacía que las hermanas las visitasen y diesen algún entretenimiento. Acontecía alguna vez, a los principios de San José de Ávila, no haber para todo el convento más de un huevo o dos, y ella decía que se diese a quien tenía más necesidad. Las monjas juzgaban que ella la tenía, por tener tantas enfermedades; pero jamás lo admitía, diciendo que ella no tenía necesidad, porque quería más que lo comiesen ellas, y los trabajos que podía realizar, los hacía por aliviarlas de ellos.

Estando en la trabajosa fundación de Burgos, donde tantas penalidades pasaron, el grupo de monjas vivió durante un tiempo en el hospital de Bernuy, llamado de la Concepción, encontrándose ella mala y con gran hastío; y dijo una vez que comería unas naranjas dulces, y el mismo día le envió una señora unas pocas muy buenas. Ella, viéndolas, echóselas en la manga y dijo que quería bajar a ver un pobre que se había quejado mucho, y repartió todas las naranjas entre ellos. Sus compañeras le dijeron que cómo se las había dado, respondió con mucha alegría, que se le veía bien a la cara, pues volvía satisfecha al ver que con aquello poco quedaban consolados.

Otra vez la trajeron unas limas, y en cuanto las vio, exclamó: “Bendito sea Dios, que me ha dado que lleve a mis pobrecitos”. Curaban a uno un día de unos apostemas; y se quejaba a voces de manera que atormentaba a los otros enfermos. La Madre, compadeciéndose de él, bajó allá, y viéndole el pobre, calló. Le dijo: “Hijo mío, ¿cómo

²⁵¹ Juan Carrillo, en relación con el tiempo que permaneció en Alba de Tormes antes del trance final, declaró: “... y no trató de negocios ninguno, antes oyó decir á las religiosas que estuvieron presentes, que aunque hicieron priora en aquellos pocos días que allí estuvo, que debieron ser doce o trece, no trató ni habló palabra en la dicha elección, ni en cosas de ella, ni de la Casa, mas que si no estuviera allí, antes hablaba y decía que le daba pena la provisión de pan y cosas necesarias de su casa de Ávila y venía con cuidado de la provisión de ella”. (Declaración de Juan Carrillo, Canónigo tesorero de la Catedral de Ávila, GÓMEZ CENTURIÓN, 1916: 101-102)

dais tales voces, y no lo lleváis por amor de Dios con paciencia?” Respondió él, que le parecía se le arrancaba el alma; pero a un poco que la madre estuvo allí, se le quitaron los dolores, y después, aunque le curaban, nunca le oyeron quejarse. Se hallaban tan bien los pobres con ella, que rogaban a la hospitalera que les llevase muchas veces aquella santa mujer, que les consolaba mucho solo verla. Y cuando se fue del hospital la Madre, los halló la hospitalera llorando. Su sobrina Teresa de Jesús, en su testimonio, que es a quien seguimos en las líneas anteriores, dice textualmente:

“... y mientras se daba la licencia, estaba recogida con sus monjas en lo alto de un hospital que caía al cuarto sobre la enfermería de los pobres. Se compadecía sumamente de oír los enfermos que se quejaban, y entraba a consolarlos y animarlos cuando bajaba a la iglesia, llevándoles todo lo que ella podía y quitándose a sí misma lo necesario, con estar muy mala, por dejárselo a ellos. Y era tanto y tan particular el consuelo que recibían con lo que les decía y animaba, y con la misericordia que con ellos usaba, condoliéndose de sus trabajos y dolores, que cuando se iba, lloraban de perder aquella Santa de su hospital”²⁵².

A pesar de la abstinencia que regulaba la Regla no era partidaria del pescado y conociendo cómo eran la distribución de raciones alimenticias en los hospitales desde antes de la experiencia vivida en Burgos, reprende jocosamente al padre Gracián: “Y comer en hospital y sus negras empanadas de abadejo, que nos ha hecho reir” (Carta 231.3. Ávila, 02/03/1578, al padre Jerónimo Gracián, en Alcalá de Henares).

Por unas u otras razones su familia fue siempre una fuente de preocupaciones; así, en 1582, su hermana Juana estaba pasando por momentos económicamente difíciles, con apuros y estrecheces, y por ello escribe al hijo de su hermano Lorenzo, del mismo nombre, que se encontraba en Quito: “Harto gran limosna será, cuando vuestra merced pueda, enviarles algo, que por poco que sea será mucho” y más adelante, en la misma carta, sigue escribiendo: “Yo digo a vuestra merced que, si no trae que comer, que tenga hartos trabajos, que no habrá quien le dé de comer, y para mí lo será de no lo poder remediar, grande” (Carta 427. 08-10. Ávila, 15/12/1581, a Lorenzo de Cepeda [hijo], en Quito), y el problema no debió quedar resuelto porque cuatro meses después Teresa escribe a Beatriz, hija de Juana: “... y el no haber enviado nada sepa no he podido” (Carta 439. Burgos, [primeros]/04/1582, a Beatriz de Ovalle, en Ávila).

5.2. Alimento y bebida

En la primera década del siglo XIII Alberto de Avogrado (1149-1214), Patriarca latino de Jerusalén, reunió a los ermitaños esparcidos por aquel monte de Palestina y les dio una norma de vida que, posteriormente, las sucesivas aprobaciones pontificias elevaron al rango de una regla de vida religiosa. Este viene a ser el origen más seguro de la antigua familia del Carmelo, la cual, emigrando a Europa por razones socio-políticas, se configuró dentro del grupo de las órdenes mendicantes entonces florecientes, junto a franciscanos y dominicos. Fue esa implantación europea la que aseguró su futuro y difusión, abriéndose a un campo mucho más amplio de influjo en la sociedad y en la Iglesia medieval.

²⁵² Declaración de Teresa de Jesús. Proceso de Ávila, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 194. 1934).

En esa norma de vida o Regla de San Alberto de Jerusalén, de principios del siglo XIII, se establece respecto a la alimentación de los religiosos:

14. “Guardad ayuno todos los días, excepto los domingos, desde la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz [14/09] hasta la solemnidad de la resurrección del Señor [Pascua], a menos que la enfermedad o la debilidad u otro motivo justificante aconsejen su dispensa, pues la necesidad no está sujeta a ley.

15. Observad la abstinencia de carne, a no ser que la comáis como remedio en caso de enfermedad o debilidad. Ahora bien, como tenéis que pedir limosna a menudo, andando de un sitio para otro, fuera de casa podréis comer legumbres condimentadas con carne, para ahorrar molestias a vuestros huéspedes. Queda autorizada la comida de carne en viajes por mar” ([Carmelitas Descalzos, 1592]).

Estos dos apartados de la Regla han condicionado el estilo de alimentación entre los carmelitas: ayuno y abstinencia, sobre todo esa norma de la abstinencia de carne que exigía la selección de alimentos, orientada hacia la pesca, huevos, leche y sus derivados, legumbres, verduras y frutas como ingredientes habituales de sus ágapes. Sin embargo, esta ascesis en el comer no significa que se excluya sistemáticamente todo cuidado y atención en la preparación y aliño de los alimentos. Todo lo contrario. La reducción de la materia prima ha favorecido, a lo largo de su historia, la búsqueda de la diversidad en la condimentación y buenos resultados en el plato.

Durante siglos esta perspectiva era la norma fundamental a respetar siempre, aunque en la Orden -no tardando mucho- conseguiría la mitigación de la norma de consumo de la carne con una interpretación más flexible de la misma, es decir, que existiera también la posibilidad o excepción, además de aquellas previstas en caso de enfermedad, debilidad, flojera o de viajes, de poder comer carne tres días a la semana. Esta mitigación de la Regla en lo relativo a la abstinencia de carne fue concedida por el papa Eugenio IV (1383-[1431-1447]) en 1432, lo cual constituyó una dispensa a aplicar por los superiores, porque el texto regulador original de la Regla no se retocó y seguía vigente en la forma que lo había adoptado y aprobado ya anteriormente el papa Inocencio IV (c. 1185-[1243-1254]) en 1245, que es el texto que se conoce, no así el de san Alberto (regla primitiva), sino aquel adaptado en épocas posteriores por las diversas intervenciones papales (SAN ELÍAS, 1638).

Teresa, cuando quiere volver a los orígenes y dar al Carmelo el antiguo vigor, pretende observar la regla primitiva, la adaptada por Inocencio IV, y uno de los elementos ascéticos que desea expresamente recuperar es el de la abstinencia perpetua de carne. La nueva familia de Descalzos Carmelitas se inscribe dentro de una mentalidad reformista, propia del siglo XVI, de vuelta a los orígenes, donde palabras como ‘descalcez’, ‘recolección’ o ‘reforma’ querían significar una vuelta a lo antiguo, una recuperación del rigor primitivo basado en algunos detalles concretos, pero sobre todo en una profunda renovación.

El talante organizativo de Teresa, que la hizo moverse en los más diversos ambientes y situaciones, en medio de negocios, dineros, viajes, adaptaciones de casas y edificios a conventos, construcciones nuevas, etc., llega también a la dimensión alimenticia que, a pesar del tradicional ascetismo carmelitano, ella guardaba y cuidaba

con especial interés. No le era indiferente este aspecto de la vida, aunque la hagiografía barroca trate de minusvalorar y poner en clave de desprecio todo lo referente a este tema.

La pobreza de sus casas condicionaba mucho los recursos de que se disponía, pero eso no era obstáculo para considerar la alimentación como un capítulo básico en la vida equilibrada del grupo. Nunca le gustaron los extremos y excesos en las privaciones y aboga por la moderación de este sector. Es más, en las alteraciones mentales y psicológicas que presenciaba en el grupo, ella solía poner por delante el remedio de estar ocupadas, el trabajo y la buena comida, como si la falta o escasez de esta última, a la larga, fuera la causa de esos estados anímicos. En este sentido, el epistolario es una buena muestra de esta carga de sentido común que tenía para el asunto de no descuidar la alimentación de sus monjas: “acabe ya de curarse, por amor de Dios, y procure comer bien y no estar sola ni pensando en nada”, escribirá a María Bautista (Carta 143.8. Toledo, 02/11/1576, a la madre María Bautista, en Valladolid), y sobre otra monja con tendencia a la melancolía: “De la San Jerónimo será menester hacerla comer carne algunos días” (Carta 136.9. Toledo, 23/10/1576, al padre Jerónimo Gracián, en Sevilla).

Hubo una ocasión en su vida en la que tuvo que aceptar, por obediencia, el priorato de la Encarnación de Ávila (1571-1574), aquel convento en donde ella había entrado monja. Era un monasterio muy poblado, 130 monjas, excesivo en número, y dos de los problemas más graves que tenía era el económico y el de la manutención; a causa de ello las monjas salían a menudo fuera de él en busca del alimento necesario. Teresa conocía de sobra el problema endémico que tenía aquella casa, de ahí que desde los primeros días se ocupara de que no faltase lo necesario y se pudiera comer en refectorio del común. Busca ayuda entre sus amistades y hasta en su misma hermana Juana: “los pavos vengan, pues tiene tantos...” (Carta 40.2. Ávila, [febrero-marzo]/1572, a Juana de Ahumada, en Galinduste, Salamanca); o a Martín Dávila:

“Por no haber sabido por donde enviar la carta, no había enviado a suplicar a vuestra merced me enviase las aves. Es tanta la necesidad de esta casa [la Encarnación] y las enfermas, que han sido bien menester (...) Por ésta digo que recibí hoy, víspera de nuestra Señora de la Purificación, año 1573, sesenta y dos aves...” (Carta 47.2-3. Ávila, 1/02/1573, a Martín Dávila Maldonado, en Bocalán, Salamanca).

Y no solo ella, sino que el caballero avileño Francisco de Salcedo, comprometido con la reforma teresiana desde sus inicios, trata de paliar situación tan comprometida, de lo que nos dejó testimonio nuestra protagonista:

“Pague nuestro Señor a vuestra señoría la limosna que ha venido a muy buen tiempo, porque ya no teníamos a qué acudir, aunque no me daba mucha pena. A Francisco de Salcedo le había dado más que a nosotras, que siempre confiamos en Dios. Díjome este otro día que quería escribir a vuestra señoría solo decir en la carta: ‘Señor, pan no tenemos’. Yo no le dejé, porque tengo tanto deseo de ver a vuestra señoría sin deudas, que de mejor gana pasaré por que nos falte que no por ser alguna parte para acrecentar costas a vuestra señoría” (Carta 207.3. Ávila, 06/09/1577, a Álvaro de Mendoza, en Olmedo).

El Obispo de la ciudad, Álvaro de Mendoza (m. 1586), solía proveer de pan al Convento, como hará más tarde en Palencia, pero la Madre no lleva bien el abusar de

su prodigalidad y prefiere no tensar tanto la cuerda para evitar que ésta se rompa; pero la situación debió llegar a tal extremo que personas ajenas a él, pero conocedoras de la dramática circunstancia, decidieron tomar cartas en el asunto, si bien en este caso Teresa trabó tales intentos, aunque se lo hizo saber al titular de la sede.

Además del hambre, estaba latente una situación de injusticia y clasismo: había monjas bien aparejadas por su condición social, y había monjas pobres que eran las que -sin recursos- pasaban hambre. Al fin, Teresa logrará solucionar el problema económico de aquel convento.

La situación alimenticia en el Convento de la Encarnación era la siguiente: desde el 14 de septiembre hasta Semana Santa solo comían carne tres veces por semana; los otros días no hacían más que una comida; ayunaban en Cuaresma y en Adviento. En el refectorio se leía la vida de santos, homilías o libros espirituales. La regla del silencio era de rigor en la capilla, en el coro, en el refectorio y en el dormitorio común y las monjas estaban obligadas a realizar labores en las salas generales, presididas por la madre priora o su representante (PÉREZ, 2007: 52-53).

María Bautista, en relación con la llegada de Teresa al priorato de la Encarnación declaró: “lo primero las dio de comer, aunque estaba la casa en tanta necesidad, que por falta de sustento no se seguía refectorio mucho había, y fuela proveyendo Nuestro Señor de manera, que siempre hubo”²⁵³.

Durante el transcurso de sus tres años de priorato (1571-1574) las cosas, aunque habían mejorado algo, no lo habían hecho de manera sustancial como para revertir aquel persistente estado de necesidad, que como podemos comprobar no fue coyuntural, por lo que Teresa, fuera de la ciudad del Adaja, pues había salido a fundar en Segovia, seguía preocupada; por ello agradece a Mateo de las Peñuelas, a la sazón mayordomo de la Encarnación, sus desvelos para paliar la pobreza de aquel, sobre todo en materia de mantenimiento de las monjas:

“En lo demás, días me han venido que de mí no me acuerdo, cuanto más de la comida. Si algún rato hay desembarazado, yo digo a vuestra merced que me da más cuidado que cuando estaba allá. No sé cómo dice ponía yo ánimo, que vuestra merced era el que nos le daba a todas, y así le suplico lo haga ahora. Harta pena me da se comience a comer del pan; no tenía yo otra cosa de las finanzas de lo que se vendía, que he miedo que no se pierda por una parte lo que se gana por otra²⁵⁴. Ya envío a decir que se compre pan (...) Yo traigo por acá mirando si puedo coger algo para de que vaya” (Carta 74.1. Segovia, [septiembre]/1574, a Mateo de las Peñuelas, en Ávila).

Días después escribía a la priora en Valladolid: “... si tiene por allá quien me preste algunos reales (...) porque no llevo blanca²⁵⁵, y para ir a la Encarnación no se

²⁵³ Declaración de la madre María Bautista. Proceso de Valladolid, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 42. 1935).

²⁵⁴ Cuando alude al pan se está refiriendo a la cosecha de trigo de aquel verano, recogido en los predios del monasterio y que ella tenía destinado para cubrir deudas atrasadas.

²⁵⁵ La blanca era una moneda menuda, de poco valor, que en su origen fue un vellón de la castellana; surgió durante el Medievo y fue utilizada durante todo el Antiguo Régimen. En principio valía medio maravedí, però se fue devaluando hasta alcanzar su valor más bajo durante el reinado de Felipe II, a partir de ese momento no se volvió a acuñar.

sufre (...); poco o mucho me lo procure” (Carta 71.5. Segovia, 11/09/1574, a la madre María Bautista, en Valladolid).

Tras la fundación segoviana regresó a Ávila, donde el 6 de octubre de 1575 expiraba su cargo de priora, pero continuó siendo sensible a la pobreza del monasterio.

El monasterio avileño de San José siempre estuvo asociado a la pobreza, incluso cuando la gente creyó que eran ricas a causa del testamento de Lorenzo de Cepeda, tanto que de nuevo su enfermera y secretaria deja constancia de ello: “Estaba la casa tan pobre, que se pasaban hartos días sin tener que comer; aun pan faltaba muchas veces, que lo que a mí me acudían pienso lo quitaban de su sustento” (URKIZA, 1998: 493).

En este Convento, pobre aunque considerado rico cuando realmente sus monjas no tenían crédito y estaban cargadas de deudas, apenas recibían limosna y padecían el principal problema de la época: el hambre: “... lo que nos traen al torno comemos” (Carta 24.18. Toledo, 17/01/1570, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Quito). Por eso, cuando en 1581, al final de su etapa terrenal, la nombraron priora, lo hicieron, como ella misma dice a la de Sevilla, no sin ironía: “... porque por acá hay hartas, en especial en esta casa de San José de Ávila, donde me han hecho ahora priora por pura hambre; ¡mire para mis años cómo se ha de poder llevar!” (Carta 412.2. Ávila, 08/11/1581, a la madre María de San José, en Sevilla), en la espera confiada de sus moradoras en la madre Teresa para encontrar la solución a las apreturas económicas de la comunidad, a pesar de que ella misma ya no se encontraba con las fuerzas de siempre para afrontar un nuevo priorato: “Mas a no ser mucha la necesidad, harto consuelo me dará no quedar por priora, que ya no estoy para ello y es hacer más de lo que pueden las fuerzas y andar con escrúpulo” (Carta 402.6. Soria, 14/07/1581, al padre Jerónimo Gracián, en Valladolid), pero no se cumplió su deseo, pues era tanta la necesidad del Convento que tuvo que aceptar el cargo apenas llegó al mismo, el 10 de septiembre.

La pobreza teresiana no solo era una teoría. En San José se pasaba verdadera hambre y no poca necesidad de ropa. María Bautista declaró: “Un día del Santísimo Sacramento faltó al convento la comida, que no tuvo sino pan, que otra cosa no se acuerda esta testigo que la hubiese”²⁵⁶, e Isabel Bautista manifestó: “y que en un cierto día faltó en el refectorio de este convento la comida, y siendo ya más de la una y que sus hijas ni ella no tenían que comer”²⁵⁷, por lo que es fácil pensar que serían habituales las ocasiones en que cayeran enfermas a consecuencia de estas carencias, y no debía ser de otra manera pues Isabel Bautista dijo más:

“... muchos días no había qué dar de comer a las religiosas más de un poco de pan y queso o unas migas y algún poco de fruta; y cuando más había, un huevo y una sardina (...) y vio que en su comida fue la Santa muy pobre,

²⁵⁶ Declaración de María Bautista. Proceso de Valladolid, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 48. 1935).

²⁵⁷ Declaración de Isabel Bautista. Proceso de Ávila, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 529. 1935).

porque ordinariamente comía un huevo o algún poquito de pescado o alguna fruta”²⁵⁸.

Pero quizás el aspecto más humano e interesante es el de Teresa cocinera, puesta a aconsejar alimentos y recetas, sirviéndose incluso de algunos platos y postres para hacer regalos y agradecer detalles. Son abundantes las referencias a frutas, postres, dulces y otros alimentos que cita en su epistolario (MARTÍN DEL CASTILLO, 1983; *IBID.*, 2015).

No era cuestión baladí la de ocuparse de la cocina cuando la correspondía, por el contrario, siempre concedió Teresa una gran importancia al hecho de preparar la comida para las hermanas, lo cual testimonia con estas palabras:

“Santa era santa Marta, aunque no dicen era contemplativa; pues ¿qué más queréis que poder llegar a ser como esta bienaventurada, que mereció tener a Cristo nuestro Señor tantas veces en su casa y darle de comer y servirle y comer a su mesa? Si se estuviera como la Magdalena, embevidas, no hubiera quien diera de comer a este divino huésped. Pues pensad que es esta congregación la casa de santa Marta, y que ha de haver de todo. Y las que fuesen llevadas por la vida activa, no murmuren a las que mucho se embevieran en contemplación, pues saben ha de tomar el Señor de ella, aunque callen, que, por la mayor parte, hace descuidar de sí y de todo.

Acuérdense que es menester quien les guise la comida, y ténganse por dichosas en andar sirviendo con Marta. Miren que la verdadera humildad está mucho en estar muy prontos en contentarse con lo que el Señor quisiere hacer de ellos y siempre hallarse indignos de llamarse sus siervos. Pues si contemplar y tener oración mental y vocal, y curar enfermos y servir en las cosas de casa, y trabajar sea en lo más bajo, todo es servir a el huésped que se viene con nosotras a estar y a comer y recrear, ¿qué más se nos da en lo uno que en lo otro?...” (CV. 17.5-6.)

Ana de Jesús en el proceso de Salamanca declaró: “... y cuando íbamos camino y había comodidad en la posada de poder estar a solas, ella quería guisar lo que todas habíamos de comer, y así lo hacía. Y en los conventos nos servía muchas veces en el refectorio y enfermería”²⁵⁹.

La etapa de la vida en que más le tocó atender al oficio de la cocina fue la de los comienzos de San José de Ávila (1562-1567), hasta que inició la cascada de fundaciones y los continuos viajes ya no la permitieron ejercitar esta tarea. Pero al comienzo fue algo que marcó la nueva propuesta de vida religiosa que ella planteaba, la de una comunidad sin privilegios -en los inicios no preveía hermanas de velo blanco o legas- en la que todas las monjas pasaran por todos los oficios, incluso aquellos más humildes, como era el de la cocina, así lo señala Ana de la Encarnación: “... y que siendo fundadora de todos estos monasterios, no quería usar de mayor en las casas donde estaba, sino que servía en el refectorio y en la cocina, guisaba de comer y hacía

²⁵⁸ Declaración de Isabel Bautista. Proceso de Ávila, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 528. 1935).

²⁵⁹ Declaración de Ana de Jesús. Proceso de Salamanca, 1591-1592 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 466. 1934).

algunas mortificaciones en el refectorio”²⁶⁰, o Isabel de la Cruz: “... y esta testigo también la vio guisar de comer”²⁶¹, y de nuevo Isabel Bautista: “... que hacía la dicha Santa el oficio de cocinera y enfermera”²⁶². Y el testimonio de una monja de San José de Ávila, que llegó a conocer aquellos primeros años:

“En aquellos principios no se tenían freilas, y andábamos a semanas en la cocina, y con todas sus ocupaciones, que eran muchas, cumplía la semana que le venía como las demás hermanas, y no nos daba poco contento verla en la cocina, porque lo hacía con gran alegría y cuidado de regalar a todas, y así parece que le tenía Su Majestad de enviar aquella semana más limosna que otras; y así decía que condescendía nuestro Señor con su deseo, que como le tenía de darnos bien de comer, le enviaba con qué lo hiciese. Acaecía algunas veces haber un huevo o dos, o cosa semejante, para dar a todo el convento, a quien tenía más necesidad, pareciéndonos que ella era quien más la tenía, por ser mujer de muchas enfermedades, con todo nunca admitía que se lo diesen, diciendo que ella no tenía necesidad para ello, porque sus hijas lo comiesen, que en quitarles a ella el trabajo y tomarle para sí tenía extremo”²⁶³.

Así también lo atestigua el primer capellán del convento, Julián de Ávila: “A los principios no tenían freilas que hiciesen la cocina: las monjas turnaban de dos en dos a semanas el ejercicio de la cocina, por ejercicio de la humildad (...) Y yo vi que la primera que entraba en semana de la cocina era la santa Madre” (ÁVILA, 1881: 206); y, más adelante:

“... con ser priora y fundadora, así tomaba su semana y servía a las hermanas y las guisaba la comida, y muy bien, porque muy bien lo sabía hacer y se alegraba de hacerlo. Relatan que alguna vez llegaban a posadas tan desiertas de gente y adonde había tan poco aliño de comida, que ella y las compañeras que con ella iban aderezaban lo que habían de comer la gente que llevaba. Y en lo que yo la vi aventajarse muy mucho era en el fin tan puro por Dios, de suerte que cualquier cosa, por pequeña que fuese, levantaba el fin de hacerla tan alto que -creo- ganaba tanto acerca de Dios en las obras pequeñas como en las grandes, por causa de mirar a Dios más a la voluntad con que se hace la obra que no a la obra. Y así acontece de grandes obras, por faltarlas el fin necesario para que tengan valor, aprovechan menos a algunos que las obras pequeñas de otros, porque el valor de las obras -según buena teología- del fin la toman, y si el fin es grande, aunque la obra sea pequeña, es de gran valor acerca de Dios: y si es pequeño, es de poco valor, aunque la obra sea grande” (ÁVILA. 1881: 340).

Varios son los testimonios dejados a lo largo de los procesos de beatificación y canonización que atestiguan que también ella se ocupaba de llevar a cabo los mismos trabajos que los demás, por muy humildes que fuesen. Así cumplía la semana que le

²⁶⁰ Declaración de Ana de la Encarnación. Proceso de Salamanca, 1592 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 21. 1934).

²⁶¹ Declaración de Isabel de la Cruz. Proceso de Salamanca, 1592 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 28. 1934).

²⁶² Declaración de Isabel Bautista. Proceso de Ávila, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 530. 1935).

²⁶³ “Virtudes de nuestra madre Santa Teresa según una relación de su prima la venerable madre María de San Jerónimo” (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 291-302. 1915; cf. p. 291).

correspondía, como las demás hermanas, y ella misma dice, confiada como siempre en quien todo lo puede: “... no os negará su misericordia si tenéis confianza en Él (...) No hayáis miedo que os falte nada” (F. 27.12).

Queda dicho que todas las hermanas se turnaban por semanas en este oficio, comenzando por la que fue su fundadora y primera priora que, como se desprende de lo dicho, debió tener buena maña y mucha imaginación para alegrar a las monjas también en el refectorio, y lo hacía con los guisos que su austeridad le permitía. Su primer biógrafo cuenta el detalle de que ya por la noche andaba la madre Teresa pensando “cómo guisaría los huevos o el pescado, o cómo haría el caldo que fuese diferente de lo ordinario, para dar algún regalo a aquellas siervas de Dios” (RIBERA, 1590: 547).

A este episodio se refiere la madre Isabel de Santo Domingo de manera parecida, ella vivió el hecho mientras que el biógrafo lo cuenta de oído; relato que explica, en parte, el cuadro que Francisco de Rizi (1614-1685) que adorna hoy la cocina, representándola en éxtasis con la sartén en la mano:

“... la semana que la santa madre servía en la cocina la solía llevar por compañera [a la citada madre Isabel] y así era testigo de muy buenos sucesos que allí pasaban. Una vez, entre muchas, se le quedó arrobada con el rostro de un ángel, y le sucedió friendo unos huevos, sin soltar la sartén de la mano, que la tenía sobre el fuego, y queriéndosela quitar, por temor a que volcara la sartén y se desperdiciara la magra pitanza, no pudo porque la tuvo tan apretada, que fue forzoso dejársela por no lastimarla, y aún ayudársela a sostener, por miedo además de que no se vertiese el aceite, siendo en ocasión que estaba en la sartén todo el que había en el monasterio. Así se detuvieron ambas por hartos espacio hasta que Santa Teresa volvió del rapto. Y decía la madre Isabel con muy buena gracia cuando lo refería a las religiosas: y la compañera entre tanto no hacía muchas hazañas, porque al punto se sentaba junto a ella y aunque no añadía otra cosa podemos fácilmente inferir que pasaría por su alma otro tanto” (BATISTA DE LANUZA, 1638: 33).

Huevos fritos que, por exigencias de la pobreza y de la caridad, hábilmente multiplicaba por dos, partiendo la yema de cada uno de ellos. Esta habilidad para dar de comer a dos o más hermanas la recoge María de San José:

“... o aquellos huevos que nos dan en refectorio con mucho pan rallado, que nos hace entender la hermana provisor que es uno, y yo apostaré que no debe de salir a un cuarto a cada una” (MARÍA DE SAN JOSÉ, 1919: recreación I).

Siempre fue maestra en el combinar esta situación de pobreza con la necesidad del alimento cotidiano, por lo que tenían que arreglárselas con su ingenio para dar aquello poco que había a disposición en casa. Era el ideal de ser pobres no por necesidad, sino por propia elección, aunque eso no quería decir que aquello se identificara con el matar de hambre a las monjas, cosa que ninguna de ellas atestigua sucediese.



Francisco Rizi (1608–1685). Santa Teresa en la cocina. Ávila, convento de San José (c. 1670-1680)

Isabel Bautista declaró lo siguiente: “Y supo y vio esta declarante que este convento le había fundado sin renta. Y que había tanta pobreza en él que muchos días no había qué dar de comer a las religiosas más de un poco de pan y queso, o unas migas y algún poco de fruta; y cuando más había, un huevo y una sardina”²⁶⁴.

A este propósito es sintomático el capítulo II.1 de las *Constituciones* sobre lo que significa vivir del propio trabajo y confiadas en la Providencia divina: “Como no quieran más y se sustenten sin regalo, no les faltará para poder sustentar la vida. Si con todas sus fuerzas procuraren contentar al Señor, Su Majestad terná cuidado de que no les falte” (Cst. 2.1.)

El segundo biógrafo de Teresa, Diego de Yepes (1529-1613), logró sintetizar muy bien las ideas reseñadas:

“Al principio de la fundación de su Orden, le pareció a la santa Madre que no hubiese entre las monjas freilas, sino que todas sirviesen a semanas, aunque después, viendo que el demasiado trabajo de los oficios ahogaba el espíritu, y que, siendo tan pocas, no había monjas para que se repartiesen entre los oficios de la casa y del coro, mudó prudentemente de parecer; pero el tiempo que duró servía su semana como las demás, con mucha alegría y contento; y de noche estaba pensando como guisaría mejor la comida para regalarlas más (según su estado de pobreza y penitencia) a aquellas siervas de Dios, en quien ella miraba como en espejo a Cristo. Pero con los oficios, entre la cocina, entre las ollas y sartenes no se descuidaba de andar siempre con Dios, ni perdía un punto de vista aquella santa compañía y presencia de su Majestad,

²⁶⁴ Declaración de Isabel Bautista. Proceso de Ávila, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 528. 1935).

porque ella le alentaba y daba espíritu para estas cosas y otras mayores de la cocina...” (YEPES, 1606: 57-58)²⁶⁵.

Pero no debía estar tan arrobada cuando en las cartas, sobre todo a sus monjas, habla de tantas recetas, soluciones de cocina monjil, novedades alimenticias que le llegan o postres especiales. Además de hacerse valedera de patatas y naranjas que no debían circular mucho por aquella Castilla. Como mujer práctica también se hace eco de nuevas soluciones, como la de aquella cocina u hornillo que había inventado la priora de Sevilla, pues María de San José, aclimatada a la ciudad del Betis, debió contagiarse del ingenio de los sevillanos y construyó en el convento un horno para la cocina diseñado por ella misma. Aquella invención sorprendió a Teresa, y se le antojó, hasta el punto de que pensó construir un horno para la cocina de su convento de San José en Ávila, donde residía por aquellas fechas en que tenemos noticias del hornito de la priora hispalense, abril de 1578. Y si el invento funcionaba, sería bueno utilizarlo en los demás conventos. Como su hermano Lorenzo iba a viajar a Sevilla, le pide permiso al padre Gracián para que le permita entrar en la clausura y tomar nota del ingenio:

“Mi hermano Lorenzo lleva esta carta, que va a la Corte y desde allí creo a Sevilla. Tenga vuestra paternidad por bien que entre en el monasterio a ver un hornico que ha hecho la priora para guisar de comer -que dicen de él maravillas-, y si no es viéndole no se podrá hacer acá; y si es tal como dice, para frailes y monjas todas valdrá un tesoro. Yo escribo a la priora le deje para esto entrar. Si a vuestra paternidad no le parece es causa, avísemelo, que en Madrid ha de estar algunos días. Mas si viese lo que escriben de él, que no se espantaría de que acá lo deseasen; dicen que es mejor que el machuelo de Soto²⁶⁶, que no le pueden más encarecer. La priora [María de Cristo, entonces priora de San José de Ávila] creo escribe, y así no más de que Dios me guarde a vuestra paternidad” (Carta 238.9. Ávila, 15/04/1578, al padre Jerónimo Gracián, en Alcalá de Henares).

Lorenzo regresó a Ávila con el hornito bien dibujado, después de haber oído de viva voz de la inventora cómo se construía, y las monjas abulenses se aplicaron a la obra:

“El hornito vino tan bien dado a entender que no creo se podrá errar. Ya se está haciendo. Todas se han espantado de su ingenio y se lo agradecen

²⁶⁵ Un relato claramente inspirado en el testimonio del padre Ribera: “Estando ya en san José de Ávila, pareciola al principio que no hubiese freilas, sino que las monjas sirviesen a semanas; después mudó el parecer en lo de las freilas, porque decía que era aquello demasiado trabajo y que ahogaba el espíritu. Pero mientras duró, servía su semana con mucha alegría, y aquella semana era la casa bien proveída. Decía ella que condescendía el Señor con su deseo, que como la tenía de darlas bien de comer, la enviaba con que lo hiciese, así que no era poca ganancia andar ella en la cocina, aún para lo corporal. Pero no se descuidaba ella, con el oficio, de andar siempre con Dios, ni su Majestad se olvidaba de consolarla en Él, porque allí la acontecían hartas cosas, y particularmente una vez, entrando en la cocina la hallaron con la sartén en la mano puesta sobre el fuego, y toda elevada y fuera de sí con un rostro muy hermoso, y la sartén tan fuertemente apretada que no se la podían sacar de la mano” (RIBERA. 1590: 547).

²⁶⁶ Con su socarronería habitual, Teresa compara en virtudes el hornillo de la priora sevillana cono el brioso animal que Hernando de Soto (c. 1500-1542) montó durante la conquista del Perú, en el que iba cuando, por orden de Pizarro, visitó a Atahualpa.

mucho y muy mucho, y yo lo mismo, que bien se le parece el amor que me tiene, según me da contento en todo. Yo lo hago bien creído, y yo le digo que aun me debe más, que yo me espanto de lo que la quiero. No tiene que pensar la hace ninguna en esto ventaja, porque no son todas para mi condición. El mal es que le puedo aprovechar en poco, por ser tan ruin, que harto cuidado tengo en encomendarla a Dios". (Carta 248.3. Ávila, 04/06/1578, a la madre María de San José, en Sevilla).

Pero algo debió fallar en su ejecución, o el modelo no estaba bien tomado o las monjas avileñas fueron menos hábiles o el oficial que lo hizo no entendió bien el intrínquilis; lo cierto es que aquello fue un rotundo fracaso, como le comunicaba Teresa, ahora más secamente: "Del hornillo hacemos saber que gastamos casi cien reales, y no fue nada, porque le deshicimos; porque gastaba más leña que lo que nos aprovechaba" (Carta 335.11. Toledo, 03/04/1580, a la madre María de San José, en Sevilla).

Desde el punto de vista legislativo, en las *Constituciones* que redacta para regular la vida de sus conventos, se muestra más estricta en las distintas ocasiones que trata del tema, pero por razones de organización; ante exageraciones de formas penitenciales, Teresa prefiere una gran moderación y hasta apostilla que cuanto se da en el refectorio, aun siendo pobre, esté bien cocinado y compuesto. Esta prescripción no deja de revelar una gran cabeza que, luego, en el terreno práctico, se demostraba todavía más humana.

En tanto que nos estamos ocupando de una fundadora de nuevos conventos reformados de una orden religiosa, los Carmelitas, y que nos estamos desenvolviendo en un siglo con un marcado carácter sacralizado, cabe preguntarse sobre la influencia de las prescripciones religiosas en el régimen alimenticio de la sociedad, a lo que hay que responder que tuvieron una especial incidencia en el tiempo de la Cuaresma, pero acabada ésta, apenas si se perciben modificaciones en los tipos y niveles del consumo de productos alimenticios.

El establecimiento de las raciones es incierto; podríamos llegar a veces a saber qué es lo que se compraba, pero en la casa conventual podían aparecer productos procedentes, por ejemplo, de las tierras y huertos, de los censos, de la despensa y de algún obsequio.

Hay que tener en cuenta que a comienzos de la Edad Moderna se tenía por cierto que los alimentos eran beneficiosos si cumplían tres requisitos: 1º tomarlos en cantidad moderada, 2º adaptar su ingesta a la costumbre individual y 3º acomodar su consumo al trabajo físico que se realizase, de manera que si se respetaba esta regla la salud estaba garantizada y aquellos que siguieran esta pauta se encontraban dentro del modelo ideal de aquella colectividad y, por tanto, consideradas personas prudentes y virtuosas, que no comían por placer, no se excedían en los alimentos que ingerían, no buscaban la satisfacción de los sentidos, sino que el acto de alimentarse tendría una única razón de ser que no era otra que dar al cuerpo lo que necesitaba para mantenerse sano.

En cuanto a la infraestructura vial, ya someramente analizada, a pesar de su estado no parece que llegara a constituir un aislamiento, éste ni se produjo ni podía darse totalmente puesto que, cualquier ciudad castellana del siglo XVI, al no contar

con los medios necesarios como para declararse autosuficiente en ningún sentido y mucho menos en el del aprovisionamiento, contaba con una red viaria suficiente como para ser regularmente abastecida. Las rutas alimentaban a las ciudades. En definitiva, las vías de comunicación, fluviales o terrestres, eran de una importancia capital para la circulación de bienes y mercancías. Una buena red viaria suponía el paso de una economía local y doméstica a una de ámbito regional y nacional, de manera que las distancias y las dificultades de transporte no impedían que el pescado del Cantábrico llegara al corazón de Castilla: atunes, doradas, sardinas, pescado seco, etc. Además, se consumía mucho más pescado de río que hoy, por ejemplo, las truchas y barbos.

Esto explica que Bartolomé Bennassar al ocuparse de la producción de los artículos de primera necesidad, de los rendimientos de la producción, de las raciones alimenticias y de lo que hoy llamamos la cesta de la compra, mantenga que: “hasta finales del siglo XVI España no manifestaba ninguna inferioridad en relación con sus vecinos europeos. Pero hay más, en las ciudades y pequeñas localidades, la organización del aprovisionamiento, con frecuencia muy elaborada, garantiza a las poblaciones la seguridad alimenticia, salvo en año de escasez” (BENNASSAR, 2006: 127).

No obstante, las endeble estructuras urbanas, tanto a nivel económico como de cualquier otro tipo, y la fragilidad del equilibrio biológico humano convertía a cualquier ciudad de este siglo en un elemento dependiente -en mayor o menor grado, según su tipología económica y su situación espacial- de toda una serie de factores de carácter interno, por una parte, y externo por otra, ajenos éstos a la capacidad de influencia y decisión de los gobiernos locales o de otras fuerzas vivas urbanas (BENNASSAR, 1961).

De manera que las monjas se aprovisionaban en los mercados, donde encontraban los productos de consumo corrientes: grano o pan cocido, legumbres verdes o secas, fruta, miel, cera, aceite de oliva y otras grasas, huevos y aves, quesos, etc., sabían que la reventa que hacía subir los precios solo era autorizada a partir de una hora determinada, al mediodía, y por lo tanto les interesaba acudir temprano a la plaza. También sabían que encontrarían carne y pescado, y en ocasiones también velas, charcutería, chacinas, cecina, etc., en los mostradores de los ‘obligados’ particulares o compañías que habían firmado un contrato con la municipalidad según el cual, a cambio del monopolio del abastecimiento, se comprometían a vender ciertos tipos de carne o pescado a precios fijos. También sabían que aquellos mercados, sobre todo los mostradores de carne y pescado, estaban vigilados por funcionarios municipales, los ‘fieles’, empleados del ‘fielato’, donde se ejercía un cierto control sanitario de los alimentos, que debían impedir que las mejores piezas ser reservasen para clientes privilegiados o que se vendiesen productos deteriorados y que controlaban el respeto de los precios.

En las ciudades más alejadas del mar: Valladolid, Segovia, Madrid, Toledo, etc., tenían asegurado el abastecimiento regular de pescado por importantes caravanas de muleros que partían de la cornisa cantábrica y de la costa gaditana, gran proveedora de atún, pescado seco (bacalao y sardinas en salmuera), y en barril (sardina, atún) abundantemente salado y que se remojaba antes de consumir (congrío, pescadilla, rape). Así, los toledanos, que vivían a cuatrocientos kilómetros del mar Mediterráneo y a casi quinientos del océano Atlántico, podían encontrar regularmente en el mostrador del ‘obligado’ de la pescadería, entre 1584 y 1604, congrios, lenguados, doradas, atún,

salmón salado, sardinas de Galicia y Portugal, o pulpos y, de un modo más esporádico, merluza, anguilas y lampreas. También es cierto que los toledanos, como los madrileños o los vallisoletanos, formaban una clientela muy considerable, con categorías de alto poder adquisitivo, merecedores de atenciones, lo que no era el caso de los conventos teresianos. Por esta lógica se entiende que los murcianos, mucho más cercanos al mar, pero menos ricos, tenían un mercado de pescados menos abastecido y menos diversificado que los habitantes de la ciudad imperial: sardina, bacalao, atún y salmón, por este orden (BENNASSAR, 1961). A todos estos pescados hay que añadir los procedentes de aguas fluviales.

Esto que describe Bartolomé Bennassar, como indican las fechas, se refiere a los pocos años tras la muerte de nuestra protagonista, porque antes, precisamente ella se lamentaba, como veremos, de lo difícil que resultaba abastecerse de pescado en la ciudad de Toledo; problema que también sufrió la Corte cuando se trasladó desde Valladolid, pues al parecer carecía de infraestructura para suministrar agua y alimentos a la nueva población que había llegado con ella.

Los factores que intervienen en el abastecimiento de una ciudad sirven para explicar el grado de dificultad de los problemas y las posibilidades de solución. No olvidemos que nos enfrentamos a una de las más fuertes necesidades primarias, la alimentación, y que ante la falta de medios se adoptaban todas las medidas de que era capaz la sociedad del momento.

Al contrario que hoy en día, el pan era el alimento principal, hoy solo es un complemento. Los adinerados comían pan de trigo de manera escasa, pues lo empleaban como acompañamiento, en tanto que los depauperados comían pan integral con salvado, de deficiente molienda, y de mezcla de cereales, generalmente con centeno. Era el pan negro, aunque su alto contenido en harina y bajo en levadura permitía que se conservara durante muchos días metidos en tinajas que ralentizaban su endurecimiento.

El pan era el alimento fundamental, por lo que se puede afirmar, sin temor a errar en cuanto a los hábitos alimenticios, que los cereales eran la base de la alimentación, especialmente el trigo. No obstante, en la periferia de la Península otros cereales constituían un complemento de la alimentación, por ejemplo: arroz en Levante y centeno y mijo en Galicia. El maíz no hará su aparición, en terreno vasco, hasta el siglo siguiente.

El pan lo elaboraban en el mismo Convento de la Encarnación y constituía uno de los principales sustentos, cuando no el único: “Algunos reales habré menester, que no como del convento sino solo pan; procuren enviármelos” (Carta 39.4. Ávila, 04/02/1572, a su hermana Juana de Ahumada, en Galinduste, Salamanca), y así era considerado en el siglo XVI, como el alimento por excelencia, que dada la pobreza de los Descalzos, a veces les servía de plato (MIR, 2: 314. 1912).

Cuadro endémico pues, años más tarde, le escribe al General de la Orden y en relación con este monasterio pone en su conocimiento que “Harta pena me ha dado el desconsuelo de aquellas monjas, que no les dan sino pan” (Carta 102.17. Sevilla, [enero-febrero]/1576, al padre Juan Bautista Rubeo, en Cremona, Italia); y también el grupo de beatas de Villanueva de la Jara, núcleo de la fundación carmelita “Tenían su horno en que cocían el pan” (F. 28.42).

Pero no solo de plato, sino que con mucha mayor frecuencia el pan les servía de cuchara, símil que emplea irónicamente en su correspondencia con el padre Gracián durante la etapa en que el nuncio le retiró la misión de visitador de la orden: “... veo que esto de estas visitas no dura más que cuchara de pan” (Carta 268,2. Ávila, [octubre]/1578, al padre Jerónimo Gracián, en Alcalá de Henares).

Con frecuencia ocurría que a sus pobladoras solo se les proporcionaba pan, situación que se encontró nuestra protagonista cuando se hizo cargo del priorato del monasterio avileño de la Encarnación: “... porque, como ha cinco años que no comen sino pan de convento, están alcanzadas y doña Inés [monja en el convento, hija de Cristóbal Chacón, amigo del padre de Teresa] casi siempre enferma” (Carta 45.3. Ávila, 27/09/1572, a su hermana Juana de Ahumada, en Alba de Tormes). El resto del sustento y demás necesidades tenían que procurárselo de otra parte, como pudiesen.

Luis Lobera de Ávila, al que hay que volver a citar, dedica al pan un capítulo de su libro *Vanqvete de nobles caballero...* en el cual, tras mencionar a Galeno y Avicena, viene a colegir que es mejor el integral que el desprovisto de salvado, siempre y cuando esté bien cocido con la debida cantidad de sal por ser “mas suave a la digestión que otro”, mejor si es del día anterior o de la mañana para la noche (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 71).

A este propósito, el Obispo de Sevilla, Cristóbal de Rojas y Sandoval (1502-1580), tras entrevistarse con Teresa de Cepeda durante la fundación del convento de descalzas hispalense, la enviaba todos los meses limosna de pan. Leonor de San Gabriel testificó: “... no tan solamente le dio la licencia para fundar, pero limosna todos los meses de pan y dineros y otras cosas en favor de la dicha Madre”²⁶⁷. Tanto fue así que, hasta su muerte, el nombre del Obispo aparece todos los meses en el libro de recibo: “Del arzobispo treinta y seis ducados en doce meses, tres ducados cada mes, que son 13.500 maravedís, y otro tanto en fanegas de trigo” (EFRÉN, STEGGINK, 1996: 630). También en esta ciudad fueron socorridas por el prior de la Cartuja, Hernando de Pantoja, abulense de origen, con dineros y, más frecuentemente, con productos alimenticios. El que fuera Obispo de Ávila, Álvaro de Mendoza, atendía al Convento de las Descalzas: “... y por no le admitir la Orden se sujetó al Ordinario que era entonces el Ilmo. Sr. D. Álvaro de Mendoza; y cuando estuvo en Ávila la favoreció mucho, y daba siempre pan y botica y otras muchas limosnas” (GÓMEZ CENTURIÓN, 1916: 238).

Ciertamente, no se puede pensar que los conventos garantizaban el sustento cotidiano y las necesidades de sus monjas. Algún documento parece preciso y rotundo en este sentido; corresponde a la visita de Padre general, fray Juan Bautista Rubeo Ravena al Convento de carmelitas calzadas de Antequera, en 1556. La priora se excusa: “no se guarda la vida común como se debe” y lo explica por la precaria situación económica del Convento. Se apuntaba así una relación clara entre pobreza e inobservancia de la vida en comunidad, y añade la subpriora que algunas religiosas no acuden al coro de buena gana: “se disculpan porque no reciben nada del convento para el sustento cotidiano”, por lo que ruega “se provea en eso al menos tres días por semana” (STEGGINK, 1993: 137).

²⁶⁷ Declaración de la madre Leonor de San Gabriel. Proceso de Sanlúcar la Mayor, 1596 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 181. 1935).

Esta es una constante que aparece durante la visita del padre general Rubeo, la penuria económica de la comunidad de Antequera; la priora, Francisca de Briceño, revelará: “Ni tienen trigo para comer; por tal necesidad la casa está endeudada; a más de mil ducados asciende el débito (...) [se vive] con muchas necesidades y enfermedades” (STEGGINK, 1993: 201-217).

Más de veinticinco mojas se quejaron ante el padre general Rubeo de sus enfermedades; por falta absoluta de medios, dentro de la clausura, no recibían cura adecuada: “Que se dé una comida a las enfermas cada día [ruega Inés del Peso], con la ración de un cuarterón de carne”²⁶⁸. Sin embargo, resulta que ni para las que gozan de buena salud puede darles el convento mucho en común refectorio: “Por necesidad, todo no puede ser en comunidad”, aclara Leonor de Salcedo.

No debe extrañar que en esta comunidad, con un número excesivo de monjas, su penuria y gran cantidad de enfermas, se produjeran ausencias en los actos en la vida en común. Con ocasión de la visita canónica del padre Rubeo varias religiosas presentan peticiones para eximirse de tales actos o de otras obligaciones de la observancia regular. Algunas pidieron la dispensa total de los actos de la vida común; otras, de ir al refectorio y, varias, la exención de los ayunos. Donde más deficiencias aparecen es en la asistencia al canto y rezo en el coro. Unas cuarenta religiosas pidieron dispensa en esta materia: unas sin más, otras para quedarse en la celda, o para rezar en privado, acompañadas por otras, y algunas para suplir el Oficio Divino por el rezo de cuentas, o mentalmente, o de otra manera. Principalmente pidieron las exenciones de las horas de la mañana, de prima, y de las de media noche, de maitines, algunas la piden de ambos oficios (STEGGINK, 1993: 201-217).

El procurador del monasterio hispalense, en su informe dirigido al Ayuntamiento en 1565 solicitando ayuda, recoge que las deudas ascienden a más de dos mil ducados porque “deven al boticario más que novecientos, a los bastecedores de las carnicerías desta ciudad más de cien mil maravedís...” (STEGGINK, 1993: 201-217).

Pero esta situación no era exclusiva de las monjas, también los frailes pasaban por idénticas necesidades; así, en el Convento de descalzos de Pastrana, siendo novicio el padre Gracián: “La comida escaseaba alarmantemente. Se pasaban meses –y especialmente ocurrió en el tiempo de Cuaresma- que no alcanzaban otra comida que nabos y sopas” (MARTINEZ-BLAT, 2014: 43) o, a los inicios de instalarse los descalzos en Los Remedio (Sevilla): “... la comida consistía únicamente en sardinas, que eran baratas, sobre rebanadas de pan en lugar de platos, puesto que no tenían ninguna clase de ajuar. Por suerte, el arzobispo que conocía su situación (...) se esmeró en darles trigo y la comida de los enfermos” (MARTINEZ-BLAT, 2014: 59). Incluso en 1584, en

²⁶⁸ Un cuarterón equivale a la cuarta parte de una libra, es decir, 115 g. Inés del Peso es una de las tres hijas que tiene, en el Monasterio de la Encarnación, Cristóbal Chacón, buen amigo de Alonso de Cepeda. “Está casi siempre enferma”, escribió de ella la madre Teresa, explicitando que “... como ha cinco años que no comen sinó pan de convento, están alcanzadas” (Carta 45.3. Ávila. 27/09/1572, a su hermana Juana de Ahumada, en Alba de Tormes).

Cuando menciona el ‘pan de convento’ se está refiriendo a que no era pan principalmente hecho de trigo, sino que –dadas las penurias a las que estamos haciendo referencia- solían mezclar su harina con la procedente de otros cereales (centeno, cebada, mijo, panizo) o de leguminosas (garbanzo), e incluso con castañas; todo ello en detrimento de la presencia del trigo.

la fundación de Carmelitas Descalzos en Málaga, hubo días cuyo único alimento lo constituyó una tortuga de la mar que les dieron los pescadores (MARTINEZ-BLAT, 2014: 159).

El pan, numerosas veces mencionado en la relación de los muchos viajes emprendidos por la madre Teresa, lo que le habría de valer el sobre nombre de ‘andariega’, lo pidió ella misma durante la inundación que sufrió el entonces recién inaugurado Convento de Burgos y que nos refiere Ana de San Bartolomé; ella se sentía muy débil y, para la época, el pan era considerado alimento de complexión caliente y seca templadamente, como dijera Galeno; hasta el punto de que la cuidadora de Teresa, cuando estuvo enferma a su llegada al Convento de San José de Ávila, escribe:

“Quedé con grande flaqueza, y aunque me acudían con todo lo que podían, las flaquezas eran tan grandes, que me daba vergüenza decirlas todas. Y pedí licencia que pudiese comer un poco de pan algunas veces. Traíalo en la faltriquera, algunas veces de quince días, duro como una piedra, que se podía moler. Y cuando despertaba de noche con desmayo, roía de aquel pan como un ratón y parecía que era como si comiera sustancia que me sosegaba” (URKIZA. 1998: 492).

Valga también que en Burgos, donde tantas contrariedades encontraron, el canónigo Pedro Manso, posteriormente obispo de Calahorra, enviaba a la fundadora y sus monjas un cuarto de carne y otras limosnas²⁶⁹.

En los conventos daban la ‘sopa boba’, un plato caliente al día que se repartía gratuitamente a soldados, mendigos, sobranceros y gentes de clase baja que hacían cola en la puerta de estos lugares caritativos.

Las aves: pollos, gallinas, gansos, capones y otras constituían las carnes más apreciadas, a menudo reservadas para el consumo de los pudientes. La de cordero, de cerdo y, ocasionalmente, la de vaca eran de consumo popular.

A finales de febrero de 1577 Teresa de Cepeda convalecía en Toledo tras la crisis debida al exceso de trabajo y los rigores con que llevaba su vocación, que la dejaron tan agotada que los galenos le prohibieron que escribiera de su mano. Parece que había mejorado algo, estaba contenta y había sido agasajada por todos, estaba agradecida y se prepara para vivir la Cuaresma sin penitencias, tal vez ‘escarmentada’ por sus anteriores excesos. Asegura que le sentaba mejor la carne de ave que la de carnero:

“No tenga vuestra merced pena, que poco a poco iré tomando fuerza en la cabeza. Yo me regalo todo lo que veo es menester, que no es poco, y aun algo más que aquí usan. No podré tener oración. Tengo gran deseo de estar buena. Ello es a costa de vuestra merced; por eso téngolo por bien, que es tal mi condición que para no traer pesadumbre es menester así; y como tan mal carnero, que siempre he menester ave a comer, porque todo el negocio de él es flaqueza, como he ayunado desde la Cruz de septiembre y con el trabajo y edad (casi sesenta y dos años) y, en fin ser yo para tan poco, que es enojo, que

²⁶⁹ Declaración de Pedro Manso. Proceso de Madrid, 1609 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 3: 272. 1935).

siempre este cuerpo me ha hecho mal y estorbado el bien” (Carta 185.2-3. Toledo, 27-28/02/1577, a Lorenzo de Cepeda, en Ávila).

No es la primera noticia al respecto. Ya en su primera juventud, camino de Becedas para vérselas con la curandera de infausto recuerdo, al parar en Piedrahita, en el convento de las carmelitas, donde se hospedaron ella y su amiga Juana Suarez, a la enferma la regalaron con una gallina como consta en los libros de gastos y entradas: “... se compró una gallina para D^a Teresa de Ahumada, que venía de camino harto enferma” (EFREN, STEGGINK, 1996; 113)

Cabe pensar que esta predilección por la carne de ave sobre la del carnero debió ser consecuencia de sus trastornos digestivos, úlcera duodenal como hemos comentado anteriormente, pues la carne de ave es más fácil de digerir y así lo afirmaba, entre otros, Francisco Núñez de Oria, quien pensaba que la carne de pollo y de gallina era la más loable (NUÑEZ DE ORIA, 1586: libro II, capítulo XXV), aunque la carne de ave sea de menor valor nutritivo que la de ganado vacuno, lanar o de cerda, sin embargo, Luis Lobera de Ávila sostiene que la mejor carne es la de carnero, ternera o cabrito, más si son pequeños, por ser de más fácil digestión (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 73).

En este mismo sentido nos encontramos con que, en todas las recetas de cocina que Ruperto de Nola propone para los enfermos y dolientes a base de caldos, aparecen entre sus ingredientes la gallina, el carnero o capones, polla o pollo [NOLA, 1538: fol XXXIIr]. Preparaciones culinarias indicadas cuando el enfermo no tiene ganas de comer y está inapetente, a fin de ser sustento conveniente mientras recuperaba el individuo el apetito y no ser dañino.

Una recomendación para la conservación de la salud en viajeros, tanto por tierra como por mar, era la de utilizar en su alimentación, por ser manjares de mucho mantenimiento: perdices, pollos, yemas de huevo, gallinas, cabrito, carnero, ternera y aves del campo (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 158-163).

El pescado no se consumía con la misma frecuencia que hoy en día por varias razones y no solo por la cuestión del transporte, pues entonces la pesca fluvial era de gran importancia y su consumo más elevado correspondía a los días de ayuno. En general, el consumo de pescado era mucho mayor en las zonas costeras que en el interior, de manera que incluso diez años después del fallecimiento de Teresa, en 1592, cuando el padre Gracián se trasladaba de Madrid a Alicante solo él comió un poco de pescado y sus acompañantes unos huevos duros, debido a que en toda la Mancha no se encontraba pescado por ninguna parte (MARTINEZ-BLAT, 2014: 427).

En su correspondencia advierte a Bartolomé de Jesús, a través del padre Gracián: “Por amor de Dios que no se dé tanta prisa a sermones esta cuaresma ni coma pescados muy dañosos; porque aunque no le echa de ver, luego le hace mal y vienen las tentaciones” (Carta 105.3. Palencia, 17/02/1581, al padre Jerónimo Gracián, en Alcalá de Henares), y en otra ocasión, refiriéndose a las monjas afectadas de melancolía, comenta a las prioras: “Téngase en cuenta con que no coman pescado, sino pocas veces, y también en los ayunos es menester no ser tan continos como los demás” (F. 7.9.), lo que no es de extrañar, pues en la época se consideraba como un

alimento de poco valor nutritivo²⁷⁰ que, además, parece ser que no lo preparaban bien y tan solo alguna vez, pocas, hace elogio de ellos. Nos hemos limitado en este caso al pescado, pero ejemplos hay muchos más referentes a las nueces, los membrillos, las patatas, la manteca, etc. (MARTÍN DEL CASTILLO, 1983; *IBID.*, 2015).

Las verduras habituales eran las cebollas, espárragos, berenjenas y las frutas: peras, manzanas, uvas pasas, cerezas, naranjas, higos, limones, etc. También nos consta que comían cogombro (F. 1.3), del que Luis Lobera de Ávila comenta: “Dice Avicenna e Isaac, que los pepinos y cogombros engendran sangre a cosa, y por eso no se deben usar si no fuere en tiempo estivo” (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 137).

Hay que contar con los huevos, cuya producción parece que fue importante a juzgar por las compras que de los mismos se hacían en los hospitales. Las aves de corral resultaban caras porque su destino no era otro que el de la producción de huevos. Así, María de San José relata que encontrar un huevo era excepcional en el camino a Sevilla: “... y hubo días que no comimos otra cosa sino habas, pan y cerezas, ó cosas así; y para cuando para nuestra Madre hallábamos un huevo, era gran cosa” (MIR, 2: 333. 1912; MARÍA DE SAN JOSÉ, 1919: recreación IX).

Las dificultades para encontrar huevos parece ser que no se circunscribían a la ciudad de Toledo, ni al camino hacia Sevilla, sino que al final de su vida, según el testimonio de Ana de San Bartolomé, secretaria y enfermera de la fundadora, ni con dinero se encontraron huevos para la madre Teresa que bien necesitada estaba de alimento en aquella ocasión, pues la noche anterior no había cenado a causa de un disgusto que tuvo en el Convento de Medina del Campo (MIR, 2: 794. 1912).

Andrés Laguna, refiriéndose a los huevos, escribe:

“Quando simplemente hablamos del huevo, siempre se entiende el nacido de gallina, por ser el mas saludable, y mas sabroso de todos. Los huevos si fueren frescos, digersen fácilmente, dan al cuerpo mucho mantenimiento y muy presto, restauran las fuerzas perdidas (...) Los huevos que están medio crudos, y cuasi nada cuajados, suelen rebolver el estomago, y por ello no se digeren bien, y dan poco mantenimiento, aunque se sorven muy fácilmente, y adelgaza la boz. Los que están de tal suerte cuajados, que no es posible sorberlos, aunque se puede mojar en ellos pan, son mas sustanciales que aquellos, mas no tanto como los duros, los cuales dan mucho mantenimiento, aunque restriñen el vientre: y esto es lo que dice Dioscorides. Guisanse los huevos de diversas maneras, de las cuales es la mejor, pasados por agua, hasta que sin endurecerse se cuajen. Los que queremos asar, ò cozer con su cascara enteros, conviene primero con la punta de un cuchillo romperlos, para que el maligno vapor tenga por do respire: porque ansi no serán dañosos. Los fritos con azeyte, ò manteca, se digeren con harta dificultad, dan pesadumbre al estomago, y corrompense en el fácilmente: lo cual se ve por los muchos

²⁷⁰ “Los pescados muy blandos y viscosos no son buenos, así como congrios, atunes, peces grandes, anguilas y otros tales, lucios o buxetes, que es pece bien conocido, el cual se mantiene de peces de ajena nación y suya, por cuya causa los escritores le llaman rex tiranus aquarum. Este es pescado duro, no es tan dañoso como otros. Rubias, truchas pequeñas, lenguados, acedías, buxetes, así mismo éstos no son tan dañosos como otros, y aún en algunas tierras, los dan a los enfermos por pescados muy sanos” (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 85).

regüeldos: y muy humosos, que engendran. Los huevos que produce de si la gallina, digo sin comercio del gallo, son totalmente esteriles, y no dan tanto mantenimiento, ni tan bueno como los otros. Nacen de los huevos luengos, y agudos (los cuales son mas sabrosos) ordinariamente los machos, y de los redondos las hembras, si creemos a Columela, y a Plinio: aunque Aristoteles parece de contraria opinión. Empero el testimonio de dos tan claros varones, y tan ejercitados en la rústica disciplina, lleva hacia si la balanza” (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: libro II, capítulo XLIII).

Por otro lado, no hay que olvidar el queso, si bien Luis Lobera de Ávila, al referirse a los productos lácteos y describir este último, señala que: “... no son buenos manjares, salvo muy poco queso y pocas veces, antes de las comidas y mejor si van con azúcar o con miel” (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 149), mostrándose a favor de que el queso que se consuma, siempre en pequeña cantidad, sea añejo, y que tomado después de comer un poco “corroborar la boca del estómago y hácele mejor digestión” (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 149).

En cuanto al consumo de lípidos o grasas, la que más se utilizaba en la preparación de los alimentos era la manteca; el aceite de oliva apenas es citado, siendo su consumo desigual en función del área geográfica, más frecuente en la zona meridional. Procede comentar que la manteca era también un indicador étnico, e incluso religioso, pues no era consumida por judíos y musulmanes, quienes utilizaban aceite.

En tiempos de Cuaresma se comían por postres muelas o camuesas, peros agrios y aceitunas cordobesas, queso, nueces e higos. En verano cerezas, peras, melocotones, albrichigos, albaricoques y cermeños; pero, sin ninguna duda, el postre tradicional era el arroz con leche.

Entre las preocupaciones de Teresa, como queda dicho, estaba el abastecimiento de sus conventos, existiendo sensibles diferencias según su ubicación geográfica, pues era en las ciudades más populosas donde se podía disponer de todos los alimentos corrientes, variados y más baratos que en el campo (cereales, huevos, verduras, carnes...) y de los que había que traer de otros sitios (pescado, aceite, especias...), lo que puede explicar su preferencia para fundar en este tipo de concentraciones urbanas.

En Beas, en ocasiones, carecían hasta de trigo, aunque el convento tuviera renta, pues no era fácil proveerse; en su Convento de San José, en Ávila, donde tantas penurias pasó, no tenían qué comer porque nadie daba limosna suficiente, de manera que su primera fundación siempre estuvo asociada y estrechamente ligada con la pobreza, la austeridad y la carencia de comodidades; y respecto a Toledo señala lo mal abastecida que estaba la ciudad de pescado, carnes, huevos y muchos otros productos, comparada con Sevilla, tanto que dejó constancia en una carta escrita en el año 1577, problema más acentuado cuando para ellas lo habitual era no comer carne:

“... la esterilidad de este pueblo en cosas de pescado, que es, lástima a estas hermanas; así me he holgado con estos besugos. Creo pudieran venir sin pan, según hace el tiempo. Si acertare haberlos cuando venga Serna [criado de su hermano Lorenzo], algunas sardinas frescas, dé vuestra merced a la supriora con que nos las envíe, que lo ha enviado muy bien. Terrible lugar es éste para

no comer carne, que aún un huevo fresco jamás hay” (Carta 172.21. Toledo, [Navidades]/1576, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Ávila).

Más adelante dejará nuevos testimonios en su correspondencia, redactada también desde Toledo: “Unos sábalos vinieron ahora de Sevilla en pan, que se pudieron bien comer, que me he holgado, porque es mucha la esterilidad de este pueblo” (Carta 185.15. Toledo, 27-28/02/1577, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Ávila), y un mes más tarde refleja de nuevo estas carencias: “Mas es cosa extraña la esterilidad de este lugar, si no es de membrillos en su tiempo, y harto mejores los hay allá. Con las especias se holgaron mucho” (Carta 188.10. Toledo, 01-02/03/1577, a María de San José, en Sevilla), para terminar haciendo, de nuevo, una comparación con la ciudad de Sevilla: “Y en mi vida he visto cosa más seca que esta tierra en cosa que sea de gusto. Como venía de ésa, ha sido hacérseme aún más estéril” (Carta 195.2. Toledo, 15/05/1577, a María de San José, en Sevilla).

La inflación se había ido acentuando desde mediados de siglo y se hizo más alta en el último cuarto, un 30% más, lo que permite explicar los problemas económicos de este periodo, de manera que las prioras señalan que los ingresos resultaban insuficientes y los precios agrícolas estaban en un claro aumento desde la década de los cincuenta, lo que colocaba las precarias economías de los conventos en clara situación deficitaria (TORRAS, 1986; ALVAR EZQUERRA, 1991).

La situación económica a lo largo del siglo se deteriora; así, en 1571, en el Convento de Medina del Campo, las monjas solo ganaban con sus labores once reales²⁷¹ a la semana, mientras que los gastos de pan, aceite, huevos, pescado, miel, arroz, legumbres y un poco de cordero ascendía a setenta y nueve reales (PÉREZ, 2007: 129), lo que pone en evidencia un déficit semanal de treinta y ocho reales o mil doscientos noventa y dos maravedíes.

La fundadora, recoge en sus *Constituciones* los siguientes aspectos:

“Hase de ayunar desde la Exaltación de la Cruz, que es en Septiembre, desde el mismo día, hasta Pascua de Resurrección, excepto los domingos. No se ha de comer carne perpetuamente si no fuere con necesidad, como y cuando lo mande la regla” (Cs. 3.1.)

Y más adelante, cuando se ocupa de la vida en común, escribe:

“Ninguna hermana hable en si se da mucho o poco de comer, bien u mal guisado. Tenga la priora y la provisora cuidado de que se dé, conforme a lo que huviere dado el Señor, bien aderezado, de manera que puedan pasar con aquello que allí se les da, pues no poseen otra cosa.

Sean obligadas las hermanas a decir a la madre priora la necesidad que tuvieren, y las novicias a su maestra, ansí en cosas de vestir como de comer; y si han menester más de lo ordinario, aunque no sea muy grande la necesidad, encomendándolo a nuestro Señor, primero, porque muchas veces nuestro natural pide más de lo que ha menester, y a las veces el demonio ayuda para causar temor en la penitencia y ayuno.

²⁷¹ El real era una moneda de plata, equivalía a 34 maravedíes.

En la hora de comer no puede haber concierto, que es conforme a como lo da el Señor. Cuando lo huviere, el invierno a las once y media, cuando fuere ayuno de Iglesia; cuando fuere de la Orden, a las once; en verano a las diez se tañerá a comer. Antes que se sienten a comer, si el Señor diere espíritu a alguna hermana para hacer alguna mortificación, pida licencia, y no se pierda esta buena devoción, que se sacan algunos provechos; sea con brevedad, porque no impida la lición. Fuera de comer y cenar ninguna hermana coma ni beva sin licencia” (Cs. 6.2-4).

No olvida que pueden presentarse situaciones que requieran atender necesidades específicas, que han de ser las primeras a tenerse en cuenta a la hora de tomar decisiones para solucionarlas. Y en *Los Avisos* reitera: “No comer ni beber si no a las horas acostumbradas, y entonces dar gracias a Dios” (Av. 20), y más adelante recomienda a las hermanas que no den importancia a si los manjares están mejor o peor preparados, cuestión meramente circunstancial: “De la comida, si está bien o mal guisada, no se queje, acordándose de la hiel y el vinagre de Jesucristo” (Av. 39).

También escribe en las *Constituciones*:

“Salidas de comer, podrá la madre priora dispensar que todas juntas hablen en lo que más a gusto les diere (...) Acabada esta hora de estar juntas, en verano duerman una hora, y quien no quisiere dormir tenga silencio.

Después de completas y de colación, como está dicho arriba, en invierno y en verano pueda dispensar la madre que hablen juntas las hermanas, teniendo sus labores, como queda dicho, y el tiempo sea como le pareciere a la madre priora” (Cs. 6.5-8).

Regula estas cuestiones y el de la recreación, tiempo este último al que la reformadora dio siempre una gran importancia, el cual debería servir como momento de asueto y fraternal camaradería en el que imperase la alegría y el buen humor. De manera parecida queda codificado este aspecto para los religiosos, aunque con algún matiz, en el capítulo titulado “de los oficios humildes”; así, en relación con las necesidades de cada hermano, escribe:

“Los hermanos digan al padre prior las necesidades que tuvieren, y los novicios a su maestro, así en las cosas de vestir como de comer, y si han menester más de lo ordinario, y si les faltare, alaben a Dios por ello, que a eso vinieron, a hacer penitencia” (Cs. 6.3.).

En cuanto a lo que la propia madre comía, los testimonios mantienen que siempre fue observante: ayunaba los siete meses que manda la Regla, además de la abstinencia perpetua de carne. Ana de Jesús da testimonio en los procesos de canonización: “La comida era cuaresmal, como lo manda la Regla, y porque a sus muchas enfermedades hacía daño el pescado, comía de ordinario algunas hierbas o poleadas”²⁷². La madre Isabel de Santo Domingo añade: “... que en su comida era tan

²⁷² Declaración de Ana de Jesús. Proceso de Salamanca, 1591-1592 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 468. 1934). La poleada era una especie de gacha hecha con harina, sal y agua, aderezada con leche, miel o alguna otra cosa, muy usada entre gente pobre; según Sebastián de COVARRUBIAS (1611: 598r), eran las puches que se hacen de harina, etimológicamente proviene de la palabra latin polenta.

parca y moderada que no comía sino un huevo o algunos pececillos, pocos”²⁷³. Ya sabemos que no era amiga del pescado.

El padre Ribera, en su biografía de Teresa, viene a confirmar lo declarado por Ana de Jesús, añadiendo a la dieta nueces y huevos:

“... cuando no le apretaban las enfermedades, era la comida de unas poleadas de harina y un huevo con algunas pocas azenorias [por zanahorias] u otra cosilla de legumbre, y con esto ayunaba de ordinario. Nueces también solía comer, y pasas, algún huevo o algún poco de pescado. Mandaban los médicos que comiese carne, pero no lo hacía sino con muy grande necesidad” (RIBERA, 1590: 566).

La madre Isabel Bautista declara sobre este aspecto:

“Y sabe por haberlo visto, que no comía carne la Santa, si no es apretada de sus enfermedades, y aun entonces lo hacía por importunación de sus hijas, que se dolían de sus muchos achaques, aun algunas veces se contentaba con comer solamente la escudilla de caldo de carne. Y sabe por haberlo dicho su compañera Ana de San Bartolomé, que algunas veces por los caminos no comía sino unas migas con aceite”²⁷⁴.

También hay constancia de que, estando ya en víspera de su muerte, en el Convento de Alba de Tormes, le sirvieron pisto, aunque a juzgar por la lacónica descripción que nos ha llegado, debió tratarse de una magra cantidad: “que hasta las salserillas donde le habían dado un poco de pisto”²⁷⁵.

Era tan moderada en el comer y en el dormir que parece a todas luces imposible tan sorprendente actividad en cuerpo tan maltratado y desnutrido: “Dormía muy poco, porque esta testigo [María de San Francisco] la vio de ordinario, cuando la trató, acostarse a las dos y a las tres y cuando más temprano a la una; y a la mañana la tenía encargada a esta testigo la llamase de mañana”, de manera que antes de las cinco se levantaba con todas para ir al coro. Y en relación con su alimentación declaró: “su comida ordinaria era un huevo y un poquito de pescado o una sardina o una talvina de harina o legumbres (...) la colación muy poca y de cosas pobres; y cuando sentía necesidad, hacía que le friesen un poco de pan en aceite”²⁷⁶. Y en el proceso de Sanlúcar consta: “... ayunaba y comía pescado y no bebía gota de vino”²⁷⁷. En el proceso de Madrid, Gabriela Hurtado declara: “... comía muy templadamente y cenaba no más de un poco de fruta, y dentro de dos horas lo vomitaba, porque no lo sufría su

²⁷³ Declaración de Isabel de Santo Domingo. Proceso de Ávila, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 489. 1935).

²⁷⁴ Declaración de Isabel Bautista. Proceso de Ávila, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 529. 1935).

²⁷⁵ Declaración de Ana de San Bartolomé. Proceso de Ávila, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 170. 1934).

²⁷⁶ Declaración de María de San Francisco. Proceso de Alba, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 3: 217. 1935).

²⁷⁷ Declaración de Isabel de San Francisco. Proceso de Sanlúcar la Mayor, 1596 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 184. 1935).

estómago”²⁷⁸. En el de Valladolid es Francisca de Jesús quien declara que: “su comer ordinario era una escudilla de lentejas y un huevo; nunca bebía vino”²⁷⁹.

Se observa, pues, que su alimentación era frugal y en ella aparecen con frecuencia el consumo de huevos. Ahora bien, cuando le hizo falta se regalaba; aunque representaba un esfuerzo que comenta jocosamente: “¡Oh, qué bien me va con el confesor!, que para que haga alguna penitencia hace que coma cada día más de lo que suelo y me regale” (Carta 162.12. Toledo, 13/12/1576, al padre Jerónimo Gracián, en Sevilla).

En su entorno, su huidiza salud era tan conocida como las penurias que -con frecuencia- pasaban sus monasterios reformados, por lo que su hermano le enviaba obsequios y golosinas, razón por la que le reprende, sin querer molestar y mucho menos ofender, pues le comenta que las ha comido y seguirá comiéndolas, al mismo tiempo que le indica que no vuelva a hacerlo sino quiere causarle enojo, pues ella no puede corresponder a las atenciones que recibe:

“Harto me regalo cuanto puedo y heme enojado de lo que me envió, que más quiero que lo coma vuestra merced, que cosas dulces no son para mí, aunque he comido de esto y lo comeré; más no lo haga otra vez, que me enojaré mucho: ¿no basta que no le regalo nada?” (Carta 182.3. Toledo, 10/02/1577, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Ávila).

El planteamiento que se hacía su hermano respecto a la situación de ella y sus ‘palomarcitos’ se lo plantearon, también, otras prioras de su reforma, como las de Salamanca, Beas o Caravaca, que conocían bien la penuria que trataban de paliar a su manera, y en particular la de Sevilla, poniendo en evidencia la solidaridad interconventual y la preocupación por el estado de la fundadora. Teresa, agradecida al convento hispalense, escribió: “Vino para poderse comer...” (Carta 186.4. Toledo, 28/02/1577, a la madre María de san José, en Sevilla), acusando recibo de haber recibido lo enviado en buenas condiciones, lo cual tenía su mérito y no siempre sucedía así: “Ya la escribí cómo había recibido lo que traía el recuero, aunque no venía bueno; no es ya tiempo, con la calor” (Carta 190.5. Toledo, 09/04/1577, a la madre María de San José, en Sevilla), lo que evidencia lo ya comentado sobre la falta de medios para la conservación de comestibles ¡y solo era abril! Fue sin duda el “palomarcico” sevillano el que más se significó en el ejercicio de la solidaridad interconventual y no solo con la fundadora:

“En mucho le tengo lo que regala a las de Paterna, que me lo escriben. Crea fue providencia de Dios quedar ahí quien tenga caridad y condición de vuestra reverencia para que nos haga bien a todos” (Carta 190.6. Toledo, 09/04/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

Así, a finales de 1577, además de agradecerle a la priora hispalense sus atenciones, le ruega que tenga en cuenta los gastos de envío que provocan en Teresa escrúpulos de conciencia: “La suya recibí, y con ella las patatas y el pipote y siete limones. Todo vino muy bueno; mas cuesta tanto el traer, que no hay para qué me

²⁷⁸ Declaración de Gabriela Hurtado. Proceso de Madrid, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 1: 411. 1934).

²⁷⁹ Declaración de Francisca de Jesús. Proceso de Valladolid, 1595 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 33. 1935).

envíe vuestra reverencia más cosa ninguna, que es conciencia” (Carta 222.1. Ávila, 19/12/1577, a María de San José, en Sevilla), y años más tarde, a la priora de Salamanca: “Sea por todo alabado, y páguele Su Majestad las limas, que yo había estado el día antes tan ruin, que me holgué con ellas (...) Con todo, me haga caridad de hasta que yo se lo pida no enviarme nada; más quiero que lo gaste en su regalo” (Carta 368.2. Palencia, [¿?]/01/1581, a Ana de la Encarnación, en Salamanca).

En sus fundaciones pasaban auténticas necesidades, de manera que cuando una de ellas disponía de un excedente en algún momento, lo enviaba como viático a otros conventos para paliar esa escasez, como por ejemplo: “El atún enviaron la semana pasada de Malagón, crudo, y estaba harto bueno; bien nos ha sabido” (Carta 137.3. Toledo, [octubre]/1576, a María de San José, en Sevilla) y así lo recomendaba a sus mojas, que se cuidasen siempre que fuera conveniente para la salud, lo cual hace repetidas veces a lo largo de sus cartas; así, a la priora de Valladolid: “... acabe ya de curarse, por amor de Dios, y procure comer bien” (Carta 143.8. Toledo. 02/11/1576, a María Bautista, en Valladolid), o cuando escribió al padre Gracián: “De la san Jerónimo [Isabel de San Jerónimo, carmelita en Sevilla], será menester hacerla comer carne algunos días (...) Y de Beatriz [Beatriz de la Madre de Dios, en el mismo convento] me parece lo mismo (...) también ha menester ayunar poco” (Carta 136.9-10. Toledo, 23/10/1576, al padre Jerónimo Gracián, en Sevilla); pero ella cumplía los ayunos si no lo impedían causas de fuerza mayor: “También ayuno yo, que en esta tierra es poco el frío, así no me hace el mal que por otras” (Carta 138.2. Toledo, 31/10/1576, al padre Jerónimo Gracián, en Sevilla), o lo que pudiera ser un regalo lo remite a un tercero para que disfrute, así: “Esa trucha me envió hoy la duquesa [María Enríquez, duquesa de Alba]; paréceme tan buena, que he hecho este mensajero para enviarla a mi padre el maestro fray Bartolomé de Medina [dominico, profesor de Teología en la Universidad de Salamanca] (...) vuestra reverencia no me deje de escribir cómo está, y no deje de comer carne estos días. Digan al doctor su flaqueza” (Carta 59.2-3. Alba de Tormes, [enero]/1574, a Ana de la Encarnación, en Salamanca)²⁸⁰ y para mayor abundamiento: “A la priora [Ana de la Encarnación] no consienta vuestra merced dejar de comer carne, y que mire su salud” (Carta 25.6. Ávila, 28/07/1578, al padre Domingo Báñez, en Salamanca). Ya anteriormente, y refiriéndose al padre Gracián, escribe en carta dirigida a la priora de Sevilla: “Dígame muy por menudo cómo va todo y por qué no hace comer carne a nuestro padre algunos días” (Carta 139.5. Toledo, 31/10/1576, a la madre María de San José, en Sevilla).

Tal era la pesadumbre que le causaban las penurias que atribulaban sus conventos, que su sobrina nos dice que, estando en Burgos, al final de sus días, seguía preocupada por el de San José de Ávila: ¿de dónde comprarían el pan que faltaba para Ávila? situación que venía arrastrándose desde hace tiempo: “... pídanme todas a Dios con qué he de dar de comer a estas monjas, que no sé que haga” (Carta 412.21. Ávila, 08/11/1581, a la madre María de San José, en Sevilla), e insiste sobre ello un mes después:

²⁸⁰ Este episodio también lo recoge José de LAMANO Y BENEITEZ (1914: 193), resaltando el deseo de agasajar al padre dominico, en contra de la opinión del padre Miguel MIR (1912) que opina que no fue más que una forma de Teresa de granjearse el beneplácito del profesor.

“No fuera menester enviar vuestra merced nada para esto, si no es porque esta casa está ahora en gran necesidad, porque murió Francisco de Salcedo²⁸¹ (que haya gloria) y dejó aquí una manda, que es poco para tener de comer -que aun para cenar no hay-” (Carta 427.6. Ávila, 15/12/1581, a su sobrino Lorenzo de Cepeda, en Quito),

Para abundar en ello más adelante, en esta misma carta, al referirse al regreso de su hermano Agustín que, como el resto de los varones, había partido hacia el Perú:

“Cuando ésta llegue, según me escribe, estará mi hermano Agustín de Ahumada en el camino²⁸². Plega a Dios le traiga con bien. Si no fuere venido, vuestra merced le envíe ésta, porque no tengo hoy la cabeza para escribir mucho. Yo le digo a vuestra merced que, si no trae que comer, que tenga harto trabajo, que no habrá quien le dé de comer, y para mí lo será de no lo poder remediar, grande” (Carta 427.10. Ávila, 15/12/1581, a su sobrino Lorenzo de Cepeda, en Quito).

Textos que recogen una situación generalizada en toda Castilla, esquilada y empobrecida por una desastrosa gestión económica, sangrada a base de impuestos y nuevos arbitrios cada vez más frecuentes para poder mantener la maquinaria de aquel reino, para lo cual era insuficiente la llegada, a menudo irregular, de los galeones de Indias.

Su último itinerario empezó mal. Salieron de Ávila el 2 de enero, el viaje nos lo podemos suponer con agua y nieve. Isabel Bautista declara:

“Y vio que en su comida fue la Santa muy pobre, porque ordinariamente comía un huevo o algún poquito de pescado o alguna fruta; y que pasando por este convento [Valladolid] para la fundación de Burgos muy fatigada y enferma y con una llaga en la garganta. Comía solamente un poco de carnero guisado con sal y agua, que la aderezó esta declarante”²⁸³.

Era causa de amarga preocupación para ella la manutención de las hermanas, por lo que les indica que, en caso necesario, buscaran dinero prestado para ello con tal de que no pasaran hambre: “Busquen dineros prestados para comer, que después lo pagarán. No anden hambrientas, que me da mucha pena, que así también lo buscamos acá y Dios lo provee después” (Carta 198.9. Toledo, 28/06/1577, a María de San José, en Sevilla). No le parece mal que sus monjas se vean privadas de comodidades, pero no en la alimentación: “... que donde hay salud y no les falta de comer, que estén un poco apretadas no es tanta muerte” (Carta 451.5. Burgos, 30/05/1582, a Ana de Jesús, en Granada).

Insiste y pone énfasis una y otra vez sobre ello, señal evidente de que es una cuestión que le inquieta por la vital importancia que en sus planes tiene; refiriéndose tanto a las fundaciones con renta como sin ella, y sin olvidar nunca a las enfermas, dejó escrito en *Visita de Descalzas*:

²⁸¹ El ‘caballero santo’, amigo de la Santa y decidido defensor de la reforma carmelita desde sus comienzos.

²⁸² Agustín de Ahumada no llegó a realizar el viaje de vuelta a sus lares.

²⁸³ Declaración de Isabel Bautista. Proceso de Ávila, 1610 (SILVERIO DE SANTA TERESA, 2: 528. 1935).

“En los de pobreza, mirar y avisar mucho no hagan deudas; porque si hay fe y sirven a Dios, no les ha de faltar, como no gasten demasiado. Saber en los unos y en los otros muy particularmente la ración que se da a las monjas, y cómo se tratan, y las enfermas, y mirar que se dé bastantemente lo necesario; que nunca para esto deja el Señor de darlo, como haya ánimo en la perlada y diligencia; ya se ve por experiencia” (VD. 11).

María de San José, fundadora del primer Carmelo descalzo en Portugal, era de la misma opinión, de manera que dejó escrito: “Lo primero que ha de hacer el que trata de reformar conventos de religiosas es averiguar si tienen bastante renta o limosna de qué vivir (...) si no se les da de comer no se hará nada” (PASCUAL ELÍAS, 2014: 70).

De manera que Teresa, a sus monjas, les pide que den ejemplo conforme a su estado, y tan mal ejemplo es endeudarse para tener casas grandes como faltarles de comer, pero el más grave es este último, pues es el único caso en que acepta endeudamientos y porfía: “... que aprovechen de dar más de comer a esos padres que suelen. Yo digo a vuestra paternidad que, si no se pone remedio en esto en todas partes, que verán en lo que para...” (Carta 375.1. Palencia, [¿?]/02/1581, al padre Jerónimo Gracián, en Alcalá de Henares).

Siempre fue consciente del problema que la carestía de alimentos representaba para la vida en comunidad: “... porque terrible cosa es estar siempre en peligro (...) y sin comer” (D. 4), y ante las exigencias de la Regla fue ante todo humana y procedía a mitigarla cuando la naturaleza de la situación así lo exigía, como en este caso, al conocer que una de las hermanas del monasterio soriano estaba enferma, al mismo tiempo que alaba el comportamiento de las demás hermanas al respecto: “Hágame caridad de regalarse mucho. Y de lo que en esta parte me dicen hacen las hermanas con vuestra caridad me huelgo yo mucho, que si así no lo hiciesen lo harían muy mal” (Carta 456.1. Burgos. 7/07/1582, a la hermana Leonor de la Misericordia, en Soria).

En *Visita de Descalzas* mantiene la misma opinión: “No consentir demasía en ser grandes casas, y que por labrar u añadir a ellas -si no fuere gran necesidad- no se adeuden (...) porque es mejor que se pase trabajo de no muy buena casa. Que no de andar desasosegadas y dar mala edificación con deudas y faltarles de comer” (VD. 14).

La abulense no era partidaria de pedir limosna para comer, opinaba que había que ganarse el sustento y que solo deberían procurarse de tener buen ‘aparejo’ para recibir al Señor, y así escribió:

“De otro pan no tengáis cuidado las que muy de veras os habéis dejado en la voluntad de Dios (digo en estos tiempos de oración que tratáis cosas más importantes, que tiempos hay otros para que trabajéis y ganéis de comer); mas con el cuidado, no curéis gastar en eso el pensamiento en ningún tiempo, sino travaje el cuerpo -que es bien procuréis sustentaros- y descansen el alma” (CV. 34.4).

Sin tener que depender de la misericordia ajena mientras se pudiera. Por eso, siempre que emprendía una nueva fundación tenía en cuenta si la ubicación de la misma se hacía en zonas fértiles y prósperas, tratando así de evitar la escasez de mantenimientos.

Consecuentemente con lo dicho, recriminaba el hecho de que las personas débiles y enfermas practicasen ayunos: "... porque no sería bien si una persona flaca y enferma se pusiese en muchos ayunos y penitencias ásperas..." (V. 13.4), máxima que no se aplicaba a sí misma, aconsejando a las prioras:

"Si entiende que es flaqueza, quitar los ayunos y disciplinas (digo los que no son forzosos, y a tiempo puede venir que se puedan todos quitar con buena conciencia), darles oficios para que se destraya (...) sino flaqueza, que la quitase los ayunos y disciplinas y la hiciese divertir" (F. 6.5-14).

Y en el capítulo siguiente, en el que se ocupa de la melancolía, continuando con el tema de la debilidad, da unos consejos a las prioras que ponen de manifiesto el conocimiento de lo humano de nuestra protagonista a la hora de indicarles cómo llevar a las monjas, por lo que vuelve a escribir: "Téngase en cuenta con que no coman pescado, sino pocas veces, y también en los ayunos es menester no ser tan continos como los demás" (F. 7.9) o recomienda, refiriéndose a una carmelita de Sevilla, Beatriz de la Madre Dios, por su estado delicado, que: "... también ha menester ayunar poco" (Carta 136.10. Toledo. 23/10/1576, al padre Jerónimo Gracián, en Sevilla), problema que, junto con otra hermana del mismo convento, volverá a abordar tiempo después, pues se trataba de un asunto que la tenía intranquila y le provocaba pesadumbre, porque siempre mostró interés por afrontar directamente la situación, a fin de evitar a todo trance que pudieran darse ocasiones equívocas causadas por la flaqueza: "Holgádome de que mande nuestro padre que coman carne las dos de mucha oración [Isabel de San Jerónimo y Beatriz de la Madre de Dios]" (Carta 248.9. Ávila, 04/06/1578, a María de San José, en Sevilla)²⁸⁴, e incide sobre el mismo tema: "Y a San Francisco [Isabel de San Francisco, priora de Paterna] haga que dé carne a ésa saliendo cuaresma, y no la deje ayunar" (Carta 188.5. Toledo, 01-02/03/1577, a María de San José, en Sevilla).

Posiblemente, el fragmento de carta que más claramente recoge su postura, firme y contundente, a la hora de hacer frente a las necesidades es la que escribió desde Ávila cinco días antes de partir hacia la fundación de Burgos, la última, pues ya no regresó a su 'conventico' abulense, a pesar de ser ese su deseo:

"De que la madre supriora [Beatriz de Jesús, Soria] esté mejor me he holgado mucho. Si hubiere menester siempre carne, poco importa que la coma aunque sea en cuaresma, que no se va contra la regla cuando hay necesidad, ni en eso se aprieten. Virtudes pido a nuestro Señor me las dé, en especial humildad y amor unas con otras, que es lo que hace al caso" (Carta 428.5. Ávila, 28/12/1581, a la madre Priora y Carmelitas descalzas de Soria).

Aunque, como sabemos, ella mal había de encontrarse para abandonar los suyos: "Yo no he quebrado día de ayuno después de la Cruz; mire si estoy buena" (Carta 137.3. Toledo, [octubre]/1576, a María de San José, en Sevilla); los ayunos los practicaba constantemente, aunque reconocía que no siempre estaba en condiciones de realizarlos conforme dispone la Regla: "Creo me hizo daño comenzar a ayunar la cuaresma, que no era solo la cabeza, que me daba en el corazón" (Carta 185.2. Toledo,

²⁸⁴ Este problema venía desde tiempo atrás, por lo que es recurrente en su correspondencia; por ejemplo, en la carta 185.5, dirigida a la misma destinataria en 1577, o en otras destinadas al padre Gracián durante la estancia de éste en Sevilla.

27-28/02/1577, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Ávila); “Estando una vez pensando la pena que me dava comer carne y no hacer penitencia, entendía que algunas veces era más amor propio que deseo della” (CC. 57); donde reconoce que, a menudo, se dejaba llevar por una especie de prurito y mostraba reticencias antes que reconocer la necesidad de ingerir carne. Al final se impuso la tozuda realidad.

La falta de apetito en Teresa era frecuente: “... que tengo harta mala gana de comer” (Carta 180.4. Toledo, 26/01/1577, a la madre María de San José, en Sevilla) y, en algún momento, incluso de inapetencia total: “Es grandísima pena para mí muchas veces, y ahora más excesiva, el haver de comer” (CC. 3.6), de manera que nunca fue partidaria de comer mucho y hace constar en sus *Constituciones*, al referirse a las necesidades de las monjas, que si bien han de ser atendidas, estos cuidados no han de ser más que los estrictamente necesarios, sin dejarse llevar por el afán o deseo de tener más de lo que se necesita: “porque muchas veces nuestro natural pide más de lo que ha menester” (Cs. 6.3).

A Teresa le llama la atención el caso de Toledo, precisamente por no cumplirse lo que ella esperaba, pues sus expectativas se vieron defraudadas, señalando lo mal abastecida que estaba de pescado, carnes, huevos y muchas otras cosas frente a otras ciudades menos importantes o comparada con Sevilla, dejando constancia en su correspondencia con su hermano Lorenzo:

“La esterilidad de este pueblo en cosas de pescado, que es lastima a estas hermanas; y así me he holgado con estos besugos. Creo pudieran venir sin pan, según hace el tiempo. Si acertare haberlos cuando venga Serna [criado de Lorenzo], o algunas sardinas frescas, dé vuestra merced a la supriora con que nos las envíe, que lo ha enviado muy bien. Terrible lugar es éste para no comer carne, que aun un huevo fresco jamás ay” (Carta 172.21. Toledo, 02/01/1577, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Avila)

“Unos sábalos vinieron ahora de Sevilla en pan, que se pudieron bien comer, que me he holgado, porque es mucha la esterilidad de este pueblo” (Carta 185.15. Toledo, 27-28/02/1577, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Avila).

Tanto es así, que en carta dirigida a su sobrino Diego, hijo de su hermana mayor María de Cepeda y de Martín Guzmán y Barrientos, le dice: “Ahí van dos melones que hallé, no tan buenos como yo quisiera” (Carta 156.4. Toledo, [finales]/11/1576, a Diego de Guzmán y Cepeda, en Ávila).

Otro ejemplo más, pero que nos lleva de la mano para conocer que esta fruta también era consumida en sus ‘palomarcitos’, pues poco después escribió:

“Dábale de un melón [Isabel Gracián, hermana del padre Jerónimo Gracián]; dice que está muy frio, que le atruena la garganta” (Carta 162.13. Toledo, 13/12/1576, al padre Jerónimo Gracián, en Sevilla).

Hoy diríamos que Teresa fue crítica con Toledo, cuando lo que hace es describir la situación de la ciudad en el momento de la fundación de su convento, en 1569, y en posteriores estancias, donde la más rancia nobleza no solo no ayudó en esta fundación, sino que le hizo llegar el consejo de “... que no diese el enterramiento en él a quien no fuese caballero” (CC 5ª), con lo que volvemos a encontrarnos con las

cuestiones ya conocidas de las honras y los linajes, limpieza de sangre y señorío, cuestiones, al parecer, más importantes que encontrar solución a un problema básico como era la falta de abastecimiento. No siempre debió ser así en la ciudad del Tajo, pues años antes había agradecido a una dama toledana las vituallas recibidas, si bien no fueron pescados, ni carne, ni huevos:

“... y le pague el cuidado que tiene de regalarme. La manteca era muy linda, como de mano de vuestra merced, que en todo me la hace, y así la recibiré en que, cuando la tuviere que sea buena, se acuerde de mí, que me hace mucho provecho. También eran muy lindos los membrillos; no parece que tiene otro cuidado sino regalarme” (Carta 29.1. Ávila, 31/10/1570, a Catalina Hurtado, en Toledo).

El consumo de fruta no era recomendado por los galenos de aquel tiempo, así Luis Lobera de Ávila lo prohíbe expresamente²⁸⁵, aunque para el caso concreto de los membrillos hace una excepción y les dedica un capítulo en su obra:

“... los membrillos difieren en cantidad, olor y sabor; porque unos son gruesos, odoríferos y son los mejores; y otros son pequeños y carecen de bondad. Unos son dulces, que participan más del calor y no son muy confortativos. Otros son agrios, que toman más de acuosidad. Ansí lo quiere Galieno en el segundo *De los cibos* capítulo propio; empero quiere Avicenna que unos y otros, según más o menos sean de complixión fría en el primer grado y algo más seca y estílicos. Confortan el estómago; despiertan el apetito. Sobre comer provocan cámara. Antes de comer restriñen el vientre. Causan alegría, mayormente si los usan asados. Sobre todo manjar aprovechan para que las fumosidades del vino no suban al cerebro, comiendo algo dellos xugando su çumo después de haber bebido. Los que son agrios y odoríferos, son más aptos a confortar; y los ásperos a restriñir. Debeis de usar dellos, a los enfermos, cocidos, porque así son más convenibles que no crudos. Tienen alguna propiedad a provocar pasiones de tripas, como cólica o semejantes; y aún siendo comidos así crudos y sobre comer en alguna cantidad podrían ser causa de hacer pasar el cibo del estómago antes de su digestión, que sería harto dañoso a los sanos, cuanto más a los enfermos. Así lo quiere Avicenna” (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 115).

No sabemos cómo consumían los membrillos en los carmelos, quizás como fruta de boca o quizás elaborados de alguna manera: cocidos, asados, confitados, etc.; tampoco si lo hacían con fines nutricionales o para aprovechar algunas de las virtudes que el saber popular les atribuía. Andrés Laguna distingue tres variedades²⁸⁶, con

²⁸⁵ “Las frutas todas son dañosas. Según Avicenna en la primera del cuarto, y Galieno en muchos lugares, salvo las acedas como guindas y membrillos, granadas, andrinas, ciruelas y sus semejantes que son buenas (...) Los membrillos difieren en cantidad, olor y sabor; porque unos son gruesos, odoríferos y son los mejores; y otros son pequeños y carecen de bondad. Unos son dulces, que participan más del calor y no son muy confortativos. Otros son agrios, que toman más de acuosidad...” (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 91, 115).

²⁸⁶ “Debaxo del nombre de Mançana (...) comprendió Dioscorides muchas y muy varias frutas, como son los que ordinariamente llamamos en Castilla Mançanas, los Membrillo, los Duraznos, y albarcoques, y en summa, todo genero de Cidras, y de Limones...” (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: Libro I, capítulo CXXXI).

diferentes propiedades según cuándo y cómo se consuman, pues dependiendo de ello cabía esperar efectos diferentes:

“Son muy útiles los membrillos así en salud, como en uso de Medicina. Porque se haze dellos azeyte, vino, xarave, almivar, gelea, mermelada, y muchas otras cosas cordiales, y confortativas d’estomago. Los membrillos de su natura son fríos y estípticos. Comidos antes de las otras viandas, restriñen el vientre: empero si se comen después, relaxanle, comprimiendo. Cozidos con vino roxo, y aplicados sobre el vientre y estomago en forma d’emplastro, con polvo de coral y de rosas, restriñen la dysenteria, y el fluxo que procede de flaqueza d’estomago. Son provocativos de orina, y esto accidentalmente, como lo son todas las medicinas que impiden cámara. Porque así como cada día vemos, que si cierran los albañares, toda la suziedad que solia por ellos vaziar, revienta por otra parte: ni más ni menos, si se restriñe el vientre, aquellos humores subtiles, que solian purgarse por el, se comprimen à la vexiga, y acrecientan notablemente la orina. También por la misma razón, si se atapa la vexiga, ò el caño, gran parte de los humores aquosos, que solian por aquella vía evacuarse, hazen muy poca orina: y por el consiguiente, los que mean mucho, son de cámara estípticos. Porque una evacuación impide ordinariamente la otra” (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: libro I, capítulo CXXXI).

En los conventos de la reformadora los membrillos debieron consumirse con cierta frecuencia, pues no fue ésta la única vez que hace referencia a ellos, a fines del verano de 1576 agradece a las Descalzas sevillanas que se los hagan llegar:

“Algunos membrillos vinieron buenos, pocos” (Carta 122.12. Toledo, 09/09/1576, a la madre María de San José, en Sevilla).

Aunque no sabemos si es que enviaron pocos, cosa que cabe dudar por la frase anterior de la misiva, o que algunos se estropearon durante el camino. Teresa se queja de las dificultades que tenía en Toledo para abastecerse de lo más necesario, entre otras cosas de alimentos, escribe:

“Mas es cosa extraña la esterilidad de este lugar, si no es de membrillos en su tiempo, y harto mejores los hay allá” (Carta 188.10. Toledo, 01-02/03/1577, a la madre María de San José, en Sevilla).

Aparecen más citas sobre esta fruta en su correspondencia, así:

“Unos membrillos le envío, para que la su ama se los haga en conserva y coma después de comer, y una caja de mermelada, y otra para la superiora de San José, que me dice trae grandes flaquezas. Dígle vuestra merced que la coma, y a vuestra merced suplico yo que no dé nada a nadie de esa, sino que la coma por amor a mí; y en acabándose me lo haga saber, que vale aquí barato...” (Carta 115.8. Toledo, 24/07/1576, a su hermano Lorenzo de Cepeda, en Ávila).

Parece que tampoco era entusiasta de las conservas, pero cuando no había otra cosa y la necesidad apretaba, las admitía:

“No piense que como tantas conservas; a la verdad, no soy amiga de ellas; mas esto de dar no se me perderá en vida. Como nunca faltan negocios y la caridad no está tan hirviendo en hacernos bien como mi padre el prior de las Cuevas [Hernando de Pantoja, prior de la Cartuja. Sevilla] y en el padre Garcíálvarez [confesor de la comunidad de Carmelitas Descalzas de la ciudad],

todo es menester” (Carta 248.2. Ávila, 04/06/1578, a la madre María de San José, en Sevilla).

Hay que tener en cuenta que, el concepto de ‘conserva’ incluía a cualquier fruta que se aderezase con azúcar o con miel, muy en boga por entonces²⁸⁷.

La misma reformadora reconoce al comienzo de su primera fundación: “... y alguna vez no había para todas el mantenimiento, diciendo yo fuese para las más necesitadas, cada una le parecía no ser ella, y así quedaba hasta que Dios enviava para todas” (F. 1.2) y aún así estaban muy contentas y les parecía no faltarles nada.

Refiriéndose a las monjas de Paterna, en el año 1576, le preocupa no solo qué comen, sino cuándo lo hacen, pues pasaban hambre: “Allí, con tan pocas, creo no han de pasar mucho si no fuere de hambre, que me dicen que no tienen que comer” (Carta 152.2. Toledo, 26/11/1576, a la madre María de San José, en Sevilla).

Es la misma María de San José quien más adelante, fallecida Teresa, pero siguiendo sus pasos escribió: “Por eso me atrevo a decirlo con esta resolución: que si no se les da de comer, no se hará nada” (RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, 2018: 109).

Fue agradecida con las atenciones que recibió, en numerosas ocasiones de alimentos, tanto por ella misma, que andaba sin apetito, como por las enfermas que se alegraban al recibirlos, como escribe en una de sus cartas a María de San José, aunque parece que en este reconocimiento los alimentos citados no debieron llegar todos juntos:

“... y tres brinquillos [dulces] (...) Dios se lo pague, mi hija, amén, amén, amén; y las patatas, que vinieron a un tiempo, que tengo harta mala gana de comer, y muy buenas llegaron; y las naranjas, que regocijaron a algunas enfermas (...) y los confites lo vinieron y son muchos” (Carta 180.2. Toledo. 26/01/1577. María de San José. Sevilla).

Como sabemos, no fue ésta la única vez que reconoce agradecida el ser objeto de atenciones, pues al llegar al Convento de San José, en Segovia, camino de Ávila, tras terminar la fundación de Soria, las monjas le agasajaron y descansó allí varios días:

²⁸⁷ Luis Lobera de Ávila escribe respecto del azúcar: “El açúcar tabarcet, que es açúcar refinado, esto declina a frialdad, según dice Avicenna secundo Canon. Y dice que la complixión del açúcar es ser caliente y húmido templadamente. Es manjar y medicina, porque da mucha sustancia y enfría algún poco, y es conveniente a fiebres y no es en opilaciones tan bueno. Es mundificativo y digire y prepara los humores para evacuación, por lo cual es común a todos los xarabes. Assí en los digestivos como en los otros; y no es dañoso al estómago como lo son otras cosas dulces, mayormente donde abundan los humores coléricos, los cuales con cosas dulces reciben aumento, como dice Galeno en el III del Regimiento de las agudas, y de aquí es que la miel es más aparejada a engendrar cólera que otra cosa alguna, por ser más dulce. Y dice Galeno *in II. De ingenio sanitatis*, que en las fiebres agudas no es bueno acostumar mucho açúcar, por tener algo de calor, si no fuese tabarcet o refinado, que participa mas de frialdad; y por eso como se dixo en el capítulo de las almendras, universalmente el açúcar que se usa participa de calor. Dice Galieno *Metig cap. XIII*, y Avicenna *cap. De eo quod comeditur et bibitur*: que toda cosa dulce al que mucho y en cantidad usare dello, causará opilaciones y añadirá apostemas del hígado” (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 125).

También se ocupa del azúcar Francisco NÚÑEZ DE ORIA (1586: libro IV, capítulo VIII) y el padre José Acosta quien, refiriéndose a la gran producción de ella en las Indias Occidentales escribe: “Es esta del azúcar la principal granjería de aquellas islas tanto se han dado los hombres al apetito de lo dulce” (ACOSTA. 1590: 127).

“Llegamos San Josef de Segovia víspera de San Bartolomé [23/08], adonde estaban nuestras monjas penadas por lo que tardaba, que como el camino era tal, fue mucho. Allí nos regalaron, que nunca Dios me da trabajo que no lo pague luego, y descanse ocho o más días” (F. 30.14).

Durante estos viajes comprobó que las posadas o ventas eran un desastre, sin paliativos, que no tenían nada de alimentos y, cuando los había, lo guisaban mal. En cuanto a la cuestión de las ventas y mesones que por los caminos había, no cabe más que citar el episodio que a Guzmán de Alfarache le sucedió en una de ellas al comienzo de sus aventuras:

“... donde llegó hambriento hacía el mediodía y pidió de comer, diciéndole que sólo huevos había y la bellaca de la ventera le sirvió unos que ya estaban empollados y engañole al verle muchacho y simple, por lo tanto fácil de engañar, parecióle buenazo y flojo, de manera que le sirvió pan por media hogaza más negra que los manteles y una tortilla de huevos que más propiamente pudiera llamarse emplasto y atacó todo con voracidad que no impidió que distinguiera los ciernecitos huesos de los sin ventura pollos” (ALEMÁN, 1599: 73).

Lo cual se cita como descriptivo de una realidad a todas luces indiscutible pensando que la mencionada novela fue publicada, su primera parte, en 1599, diecisiete años después de la muerte de Teresa, y la situación no había cambiado mucho durante el primer cuarto de siglo siguiente como demuestra *El Buscón* de Francisco de Quevedo.

Durante la fundación de Segovia menciona las ciruelas, de las que había varias clases y que tenían por digestivas (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 101) pero como adversarias al estómago y solutivas del vientre (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: libro I, capítulo CXXXVII). Habas y cerezas en el camino hacia Sevilla. Respecto a las primeras Laguna se pronuncia desfavorablemente por considerarlas de poco mantenimiento y de difícil digestión (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: libro II, capítulo XCVI) y en relación con las segundas, Luis Lobera las consideraba provechosas y confortantes (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 103) y que relajan o estriñen el vientre según se consumieran frescas o secas, apunta Andrés Laguna (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: libro I, capítulo CXXIX), así como lechugas y rábanos, las primeras también consideradas provechosas y engendradoras de buena sangre y más sanas si eran consumidas cocidas y nunca después de tallecer (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 129) coincidiendo así con lo dicho por Dioscórides, pero Laguna difiere en que son de “poco mantenimiento aunque engendra sangre fresca, refrena el furor de la cólera, quita la sed y restituye la gana de comer, siendo fría y húmeda en el exceso tercero” (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: libro II, capítulo CXXV); y en lo relativo a los rábanos los autores no se ponen de acuerdo en cuanto a sus cualidades como alimento, aunque sí parecen convenir todos en sus propiedades medicinales y en particular los aconsejan comer con setas para contrarrestar los posibles riesgos que del consumo de éstas pudieran derivarse (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 151); así, mientras que para unos son dañinos para el estómago, para otros, comidos con moderación y acompañando a la vianda son digestivos, siendo preferible el consumo de las hojas al de las raíces o tubérculos, y nunca tomar con leche por ser ‘dañoso’: “es manjar acostumbrado, máxime para estudiantes, con queso hacen buena cena; y lo mismo se aprovecha la gente de palacio. Cuesta poco, harta a muchos” (LOBERA DE ÁVILA, 1530:

161). Laguna tacha de falsa opinión y error capital el considerar que ayudan a la digestión “no habiendo cosa que mas destruya y estrague”, siendo “calientes en el orden tercero, y secos en el segundo” y añade:

“Los Ravanos tienen gran virtud de resolver y de adelgazar los humores; y en especial su simiente: después de la qual, se atribuye mayor potencia a la cascara. Las hojas cocidas con la carne, y comidas con el caldo, tienen admirable virtud contra toda dificultad de orina y contra las opilaciones del hígado y bazo. El Ravano cortado en ruedas menudas, y remojado en vinagre toda la noche, si se come à la mañana en ayunas, preserva del ayre pestífero, y tiene fuerza contra veneno (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: libro II, capítulo CIII).

Teresa de Ahumada también menciona las manzanas, ensaladas y, alguna vez, guisados, pero respecto de estos últimos no especifica más. No estaba bien considerado dietéticamente el consumo de manzanas crudas, no así en conserva de buen azúcar, o asadas con azúcar o anís, siendo costumbre en Vizcaya el abrirlas y ponerlas pimienta antes de asarlas, pues así corregían alguno de los inconvenientes de su consumo (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 111), y Andrés Laguna incluso llega a sentenciar que pueden ofender al estómago:

“Hablando pues de las que vulgarmente solemos llamar Mançanas: todas las especies de aquesta fruta, son por la mayor parte estípticas, frias, y terrestres. Empero particularmente las agrias dan de si un subtil y frio mantenimiento. Las dulces son demasiadamente húmidas, empero entre calor y frio templadas. Las dessabridas, excesivamente son frias y húmidas, y ofenden mucho al estómago. Las acerbadas, y las austeras, resfrían mas que las dulces, y son mas desecativas que todas: por donde restriñen el vientre. Entre todas las especies de las mançanas, es la mas excelente aquella que llamamos Camuesa en España. Porque allende de ser aromática es muy grata y sabrosa al gusto” (DIOSCÓRIDES [LAGUNA], 1566: libro I, capítulo CXXXI).

Patatas²⁸⁸, naranjas y otras frutas son citadas como consumidas en Malagón (MIR, 1912)

La dualidad alimento-medicamento también es considerada repetidas veces por Teresa de Cepeda: “La mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño a la

²⁸⁸ Pedro Cieza de León (1520-1554) dio a las patatas el nombre de ‘criadillas’ y ‘turnas de tierra’, tubérculo cultivado entonces exclusivamente en las zonas frías de la región andina, lo que explica que no aparezca en otros textos anteriores al de este historiador de Indias. Eran consideradas uno de los mejores mantenimientos que describe así: “el cual después de cocido queda tan tierno por dentro como castaña cocida, no tiene cáscara ni cuesco más que lo que tienen las turnas de tierra; porque también nace debajo de la tierra como ella; produce esta fruta una yerba ni más ni menos que la amapola” (LÓPEZ PIÑERO *et als.*, 1992: 37, 59).

Posteriormente, el padre José de Acosta escribirá: “Otro extremo contrario es el que en otras partes de Indias quita el pan de trigo y de maíz, como es lo alto de la sierra del Perú y las provincias que llaman del Callao, que es la mayor parte de aquel reino; donde el temperamento es tan frío y tan seco, que no da lugar a criarse trigo, ni maíz, en cuyo lugar usan los indios otro género de raíces, que llaman papas, que son a modo de turmas de tierra y echan arriba una poquilla hoja. Estas papas cogen y déjanlas secar bien al sol y, quebrantándolas, hacen lo que llaman chuño, que se conserva así muchos días y les sirve de pan, y es en aquel reino la de este chuño para las minas de Potosí. Cómense también las papas así frescas cocidas o asadas, y de un género de las más apacible, que se da también en lugares calientes, hacen cierto guisado o cazuela, que llaman locro” (ACOSTA, 1590: 111).

salud” (V. 4.4). La consideración de esta doble faceta era entonces creencia generalizada (RICO-AVELLO, 1974: 46, 86).

Exhorta Teresa a comer a sus horas, tal y como dejó recogido en el capítulo sexto de las *Constituciones*, dedicado a la ‘Vida en común’, aspecto que volvió a considerar en sus *Avisos*: “No comer ni beber sino a las horas acostumbradas, y entonces dar muchas gracias a Dios” (Av. 20), recomendación que, por otras razones, en este caso de índole higiénico-sanitario, también recoge Luis Lobera de Ávila que además hace diferencia de horarios según la estación del año (LOBERA DE ÁVILA, 1530: 43) y Francisco Vallés (1524-1592) incluso se pronuncia sobre cuál de las dos comidas ha de ser más abundante, controversia que en materia de higiene existía entonces, cuestionándose cuál de ellas, el almuerzo o la cena, había de ser más copiosa, lo que resuelve a favor de esta última; conclusión a la que llega a condición de que nunca se tome más de lo que se pueda digerir, aunque señala también que lo mejor es que cada uno haga lo que tenga por costumbre, ya que cada cual sabe lo que mejor le conviene (LÓPEZ PIÑERO, CALERO, 1998: 352).

En cuanto a la conservación de los alimentos, Teresa de Cepeda nos dejó constancia de que no existían entonces medios idóneos; así, durante su viaje por Andalucía, camino de Sevilla, se les descompuso la comida que sacaron de Beas (MIR. 1912, 2: 333) y Julián de Ávila, cuando describe la fundación hispalense, sostiene que en el camino, que seguramente fue el más complicado de todos²⁸⁹, se echaron a perder las magras viandas que llevaban consigo: “El calor con la que fuimos con ser luego Pascua Florida, era excesiva, de suerte que la comida que sacamos de Beas, que había de durar algunos días, a otro día no se pudo comer” (ÁVILA. 1881: 273). En consecuencia, después del 25 de mayo de 1575, camino de la ciudad del Betis, no tenían nada que comer, solo sardinas, pero muy saladas, y casi nada que beber, por lo que las monjas prefirieron no tomar nada.

En Écija la situación parece que mejoró algo, pero pone de manifiesto las dificultades para encontrar bastimentos, pues hicieron parada y Teresa mandó “...que se fuese la gente a la posada y que se buscara algo que comiésemos; estuvimos así hasta las dos sin que nadie volviese; y cuando vinieron a esta hora, trajeronnos lechugas, rábanos y pan, con que comimos con mucho contento” (MARÍA DE SAN JOSÉ, 1919: recreación IX).

Al día siguiente, al entrar en Sevilla, no tenían que llevarse a la boca, ni encontraron comida al llegar (PÉREZ, 2007: 111), ni siquiera las proveyeron de un jarro de agua, tan solo pan (MARÍA DE SAN JOSÉ, 1919: recreación IX).

No mejoraron las cosas tan pronto como hubiera sido deseable, pues aquel primer verano lo pasaron como pudieron entre los calores y la falta de alimentos, aunque para hacer mas llevadera la situación, se las ingeniaban para preparar de

²⁸⁹ Cuando decimos que pudo ser el peor de los viajes que realizó en su vida, no nos estamos refiriendo únicamente a las condiciones climatológicas, pues el último de ellos, cuando desde Ávila salió en pleno invierno hacia Burgos, con fríos, aguas y nieves, debió ser incomodísimo. Nos referimos a que, en esta ocasión, además del calor, equivocaron el camino y se extraviaron, al vadear un río arriesgaron incluso sus vidas al ser arrastrado el carro que llevaban, la pérdida por descomposición de las vituallas que portaban, la falta de otros conventos donde detenerse, lo que las obligó a frecuentar lugares como ventas y similares, donde también pasaron por diversas peripecias.

diferentes maneras lo poco que tenían: "... la comida era muchos días solas manzanas y pan, a veces guisadas y a veces en ensalada, y un día hubo que no hubo pan sino uno solo..." (MARÍA DE SAN JOSÉ, 1919: recreación IX)

En definitiva, apreciamos fácilmente que, intransigente por fiel cumplidora con las normas que ella pone de nuevo en marcha con su reforma, consecuencia de la vuelta a la regla primitiva, sabe dispensar del rigor de las mismas a quienes, por condiciones coyunturales, no les sería de provecho seguirlas, ya que siempre sostuvo que sin salud nada puede hacerse, y una adecuada alimentación colabora -sin duda- a su mantenimiento y ayuda a recobrarla cuando se ha perdido.

Teresa de Cepeda afirma, en el libro de la *Vida*, al tiempo de ingresar en la Encarnación, que "La mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño a la salud (...) Comenzáronme a crecer los desmayos, y diome un mal de corazón tan grandísimo que ponía espanto en quien lo veía, y otros muchos males juntos, y ansí pasé el primer año con harta mala salud" (V. 4.4), con ello nos está dando a entender algo que no es nuevo, pues ya lo había narrado anteriormente, cuando estuvo como pupila en el Monasterio de Gracia: "Havianme dado, junto con una calentura, unos grandes desmayos, que siempre tenía bien poca salud" (V. 3.7). La situación viene de antes, por lo que cabe preguntarse si este cambio de régimen de vida: dormir poco, comer también poco: huevos o pescado, quizás una sardina, verduras o lentejas, y por la noche fruta; junto con los vómitos y el riguroso clima de la meseta en sus largos y fríos inviernos y veranos cortos y calientes, nueve meses de invierno y tres de infierno, condicionaron su salud hasta el punto de quedar ésta tan comprometida. La respuesta no puede ser más negativa, pues los síntomas que describe no pueden ser causa exclusivamente de una alimentación deficiente y un modo de vida de recogimiento y oración tras los muros de un convento, sino por otras causas, como hemos ido viendo.

Por último, citamos los estatutos que el padre Rubeo dejó como resultado de su visita apostólica realizada entre 1570-1571, cuya directriz IX se ocupa de los ayunos:

"En todos los viernes del año, fuera de entre los de Pascua y Pascua, y en todos los días de ayuno de la Iglesia, no se sirvan en común en el refectorio huevos ni cosa de leche y queso, pues es observancia general de la Iglesia en muchas partes olvidada, y no es razón que los que tienen particular obligación de perfección y ceremonias sanctas en común deseen caer la observancia desta por ningún privilegio. En los tales ayunos de la Iglesia la colación en la comunidad sea siempre con alguna fruta y no con pan" (EFREN, STEGGINK, 1996: 693).

Cuando, años más tarde, se elaboraron las *Constituciones*, Teresa pidió que el capítulo de frailes tuviera en cuenta algunas consideraciones respecto de las descalzas y así escribe:

"Y si le pareciere cosa, quitar la acta del padre fray Pedro Fernández donde dicen que no coman huevos ni hagan colación con pan (...) que andan con escrúpulo y les hace daño, porque no cree que tienen necesidad algunas

que la tienen” (Carta 376.5. Palencia, 21/02/1581, al padre Jerónimo Gracián, en Alcalá de Henares)²⁹⁰.

El Capítulo no accedió a su propuesta, como puede comprobarse en las *Constituciones* de 1581.

Hemos tratado del pan, de las carnes, de los pescados y de las frutas y verduras como productos alimenticios y, en páginas anteriores, lo hemos hecho sobre las pestilencias. Francisco Franco dedica varios capítulos de su *Libro de enfermedades contagiosas y de la preservación dellas...*, a qué tipo de pan, de carne o pescado conviene ingerir en tiempo de peste; así, al referirse al pan, siguiendo a Galeno, propone que se escoja el “mas blanco, y no se haga sino de trigo escogido, y en ninguna manera se use aquel tipo de trigo que aya venido por mar, porque todo es hidiondo: y la causa desto es, porque como entre el trigo y el agua, ay tanta familiaridad: el trigo atrae asi el agua hidionda, y corrompese el trigo”, aconsejando, además, que el pan este bien fermentado y cocido, pues los mantenimientos secos eran tenidos por menos dañinos en las pestilencias (FRANCO, 1569: fol. XLVIIv).

Respecto a las carnes mantiene que es conveniente su consumo, aunque sea en poca cantidad, desgrasadas, pues

“... quedan los hombres satisfechos, mas si fuere cocida, según parecer de Nicolao Florentino, cuezase primero una vez, porque la gordura que se dice pinguedo, muy facilmente se derrite, y vierten aquel caldo, en el cual está todo la gordura, y después cuezase otra vez con mucho vinagre, ò agraz, ò çumo de limón, y siendo carnes se pueden comer assadas, será mejor comerlas asi: por quanto aquella gordura se consume y gasta, señaladamente quando la carne fuere bien assada”, desaconsejando por causa de humedad la de oveja y de cerdo (FRANCO, 1569: fol. XLIIIIr).

Por el contrario, no recomienda el uso de pescado por su mucha húmedad, en su caso nunca de río, y del de las marismas recomienda usar con mucha moderación “y quando uviere falta de carne”, confiando en las acedias, besugos, morrajas, róbalo, salmonetes y, en particular, el pescado cecial (FRANCO, 1569: fol. XLIIr).

Esta postura siguió manteniéndose durante mucho tiempo, pues las autoridades tenían la obligación de procurar el consumo de buenos alimentos, y en general existía el acuerdo de que éstos no debían ser excesivos si no moderados y fáciles de digerir. Entre las carnes se prefería la alimentación basada en capones, gallinas, pollas, perdices, cordero o cabrito y se desaconsejaba el consumo de buey, cabra y oveja; si bien los pobres debían contentarse con los alimentos habituales: huevos, oveja y cabrito. En cuanto al pescado hay quien recomendaba evitarlo totalmente y el pan debía de ser de trigo y bien cocido (BELTRÁN MOYA, 2006: 202).

²⁹⁰ En el acta o constitución del visitador fray Pedro Fernández (OP) se prescribía: “En los ayunos de la Iglesia y en los viernes del año, fuera de entre Pascua y Pascua, el manjar ordinario del refectorio no sea huevos ni cosas de leche, pero podrá la priora, con las enfermas y necesitadas a quien hace mal el pescado, dispensar en lo que toca a este mandamiento. Las colaciones de los ayunos de la Iglesia, lo ordeno que sean sin pan; pero podrá la priora, conforme a la necesidad de las flacas, dispensar para que coman un poco de pan” (MHCT, I: 115-116).



Sepulcro de Teresa de Jesús. La urna sepulcral se encuentra en la parte superior del altar mayor del Monasterio de la Anunciación de Nuestra Señora, de Carmelitas Descalzas, en Alba de Tormes (Salamanca), octava de sus fundaciones.

6. Corolario

Los santos, a diferencia de los ángeles, son corpóreos, es decir, se trata de seres humanos, y su existencia descansa en el soporte material de su cuerpo, sobre la parte somática, sometida a las contingencias propias de su naturaleza; por un lado, el alimento resulta indispensable para la existencia de los seres vivos; por otro lado, la enfermedad es uno de los riesgos que se presenta y que actúa como elemento agresor, de manera que el individuo se ve compelido a buscar la forma de deshacerse de ella, es decir, de recuperar la salud perdida.

La salud de Teresa, que desde bien pronto, ya en la adolescencia, se mostró frágil y quebradiza, unido a su preocupación por la de cuantos la rodeaban y los remedios a utilizar para recuperarla, constituyen el *corpus* de estas líneas; con esto pretendemos aclarar que, en este texto, se esquivaran otros aspectos de su personalidad. Nos ocupamos de los padecimientos y achaques que llevó con paciencia, aceptación y serenidad.

En primer lugar nos ocupamos de la salud esquivada de la madre Teresa a lo largo de sus 67 años de existencia terrena; no solo de la gran crisis de salud que sufriera en 1538, estando en el sobrepoblado convento de la Encarnación -extramuros de la ciudad de Ávila- y de sus prolegómenos como pupila en el Monasterio de Gracia de las madres agustinas, sino también de todos aquellos padecimientos de los que tenemos noticias: fiebres, vómitos, esquinancia, dolor de costado, paludismo, cefaleas, dolor de muelas, reuma, fracturas óseas, gota coral, perlesía, romadizos, mal de corazón, trastornos hepáticos, ginecológicos, etc. Así como de los padecimientos de las personas que la rodeaban, especialmente de sus monjas, y por aquí desfilan la melancolía, el zaratán, la obesidad, la hidropesía, las inchazones, el tabardillo, el catarro, la peste y otras.

A su preocupación por la salud de los demás hacemos también referencia, así como a su postura ante la enfermedad, que no fue de resignación -y mucho menos de fatalismo- sino de aceptación y de aprender a vivir con ella, llamando poderosamente la atención que con tan poca salud llevara una vida tan activa como la que llevó y una capacidad intelectual que nunca se vio afectada y que conservó hasta el momento de su muerte.

En segundo lugar realizamos un repaso a los remedios que utilizó personalmente o se usaron en su entorno directo e inmediato, dentro del arsenal terapéutico del que se disponía en aquella centuria, entre los que destacan las purgas y sangrías -con otras variantes como las ventosas sajas y escarificantes- consideradas terapias siempre útiles, se tratase del mal que fuera.

Por último nos ocuparemos de la alimentación en los conventos carmelitas del siglo XVI y de las informaciones disponibles sobre la propia comida de la reformadora, Teresa de Cepeda y Ahumada, y de quienes la acompañaban en sus viajes fundacionales, por una red caminera no muy diferente de la que nos dejaron los romanos, y en unos medios de transporte variados, pues algunas de las vías no permitían el tráfico rodado, sino que eran caminos de pezuña; vaya por delante que -siempre que fue posible- el carro entoldado se convirtió en el medio preferido para sus desplazamientos: no solo por prolongar la vida de recogimiento de las descalzas

debajo del toldo, sino por la protección que este ofrecía del sol, de la lluvia, de la nieve, de los vientos, del frío, del calor y de las miradas de curiosos e indiscretos.

Aunque hoy pueda parecer inconcebible, a la vista de las dificultades, de sus múltiples quehaceres y de su escasa salud, nunca renunció a tan ardua labor como era atender la correspondencia, para fortuna de las generaciones posteriores que tenemos en sus epístolas una fuente histórica aún no considerada en su justo valor, con honrosas excepciones. Cuando escribe lo hace con el habla de los castellanos en el siglo XVI, con su marcado carácter castizo, con su llaneza y con su peculiar gracejo.

En sus obras destaca su feminidad en una sociedad misógina, una sociedad singularizada por la marginación de la mujer en un mundo dominado por los varones; pero dado su temperamento resuelto y su decisión, no se amilanó y dejó constancia de los acontecimientos que se encontró y que tuvo que afrontar. A veces, de manera indirecta, deja caer algunas alusiones reveladoras que aclaran determinados aspectos de aquella sociedad, tal y como la sintió una observadora humanamente desapasionada, como lo fue ella.

De todo esto nos va desgranando noticias a lo largo de sus escritos, especialmente de los de marcado interés histórico: el *Libro de la Vida*, el *Libro de las Fundaciones* y su *Epistolario*; pues el fundamento de estas páginas no es otro que los escritos mismos de nuestra protagonista, completados con los testimonios vertidos a lo largo de los procesos de beatificación y canonización. Pero son sus escritos, con ese escribir llano de la gente de Castilla que ella utilizó para ir contando lo que sucede, nuestra principal fuente de información.

Nos relata sus trabajos y penalidades, pero en sus obras no encontramos palabras de lamento por ello. Puede dejar constancia de calamidades en sus desplazamientos en los que, en alguna ocasión, se dieron situaciones críticas, de sed o de hambre por no tener nada que llevarse a la boca; pero siempre son datos lo que nos ofrece, nunca lágrimas. Cuando habla de sí misma lo hace como si se mirara desde fuera, como si ella fuese un dato, un personaje más que forma parte del relato.

En lo concerniente a la salud de Teresa de Ahumada -mejor dicho, de su falta-, la propia Madre describe sus síntomas orgánicos, gracias a lo cual podemos deducir algunos datos sobre el estado de los conocimientos médicos y farmacéuticos de la decimosexta centuria, época sobre la que existe bastante literatura al respecto, pero en obras escritas por médicos, boticarios o -en general- personas relacionadas con estas actividades sanitarias, sin dejar en el olvido a los llamados 'historiadores de Indias' que, al describir los territorios que van conociendo en el Nuevo Mundo, también nos fueron dejando noticias valiosas sobre estas cuestiones.

Tratamos ahora de analizar esa misma parcela de la vida humana a través de las obras de una persona que nada tuvo que ver con estas actividades, aunque siempre estuvo preocupada por la salud de sus monjas y la de las personas con las que trató en su vida, y cuyos conocimientos al respecto constituyen una fuente indirecta de información que nos puede orientar sobre ciertos aspectos humanos acerca de lo que su experiencia la enseñó; de manera que podemos pensar en un empirismo personal

fundamentado en la percepción de lo concreto probado, de forma que nos dejó noticias al respecto al dejar traslucir, en sus escritos, detalles de los padecimientos que sufrió a lo largo de su vida, mientras que sobre los remedios utilizados para el alivio o - en su caso- curación, no es tanta la información que nos legó.

Lo primero que cabe deducir de la lectura de sus escritos es que Teresa apostó siempre por la salud, y de ello dejó constancia inequívoca en las *Constituciones...* al ocuparse de la vida en común y de las enfermas, para las que dejó instituido el que se las diera bien de comer, incluso carne -aunque esto vaya en contra de la Regla-, y se las cuide de manera que se restablezcan pronto, sin reparar en medios para ello, debiendo estar bien atendidas.

En este afán recomienda insistentemente que se consulte con el galeno, y “si con ese le va bien, no cambie, basta con uno que la entienda”, recomendará a la priora de su convento sevillano. Lamentablemente no conocemos el nombre de quien trató a esta carmelina, las referencias a médicos, en los escritos de Teresa no son parcas, pero solo nos han llegado el nombre de dos de ellos: Paulo de la Vega en Valladolid y Antonio Aguiar, que la atendió en Burgos, durante su última fundación, camino ya del desenlace final. También las hay sobre boticarios en más de una ocasión, pero desconocemos su identidad.

Sorprende, a veces, los conocimientos de nuestra protagonista sobre esta materia, así como los consejos que da a otros para recuperarse, conocimientos del todo innatos. Sobre la base de este empirismo personal y, en alguna ocasión, de algún allegado, normalmente sus monjas, va describiendo cómo hacer frente a la enfermedad, qué utilizar y cuando.

Hacer una anamnesis quinientos años después sobre la base de las descripciones que la propia interesada hace de sus enfermedades, completada de alguna manera por los testimonios que dejaron los que con ella convivieron, no es tarea fácil, por lo que solo puede tratarse de una aproximación, tanto más cercana a lo que pudo ser si se tienen en cuenta todos los factores.

En 1532, a los 17 años, nos ofrece la primera noticia sobre su salud, que se resintió estando de pupila en el monasterio de las madres agustinas de Santa María de Gracia, por lo que tuvo que regresar a casa de su padre y fue a reponerse a Castellanos de la Cañada, a casa de su hermana María, casada con Martín de Guzmán y Barrientos. Describe debilidad, calentura, flojera y astenia, aspectos sintomáticos de la enfermedad que se le supone.

Posteriormente ingresa en el Monasterio de la Encarnación donde profesó; allí se recrudeció la enfermedad con desmayos y mal de corazón. En 1538, salió del convento a casa de su padre de nuevo, allí la visitaron médicos que la examinarían con los escritos de Galeno en una mano y el imprescindible bacín en la otra, sin que dieran con el diagnóstico, pero que trataron con purgas y sangrías.

De acuerdo con los métodos prevalecientes de diagnóstico le tomarían el pulso y examinarían la orina con docta pedantería, pues los cambios en el ritmo del primero y el aspecto en la segunda eran tenidos como signos de enfermedad y constituían dos elementos básicos y fundamentales del diagnóstico, y sobre ambos existían –también- sus contradicciones entre los autores y escuelas de la época, hasta el punto de que el

reputado médico Francisco Vallés dedica una parte importante de su obra al estudio de ambos.

El caso es que ninguno de aquellos médicos supo darle remedio. Es evidente que se trataba de un caso no previsto en los tratados de Medicina al uso, por lo que las recomendaciones que el examen silogístico de los galenos aconsejaba no supusieron ninguna mejoría para la paciente que, cada día que pasaba, mostraba un mayor decaimiento.

Teresa hace mención expresa a la ‘mudanza de los manjares’ como causa de su mal; lo que nos hace pensar que, tanto en casa de su hermana María como en el convento de la Encarnación, se consumía leche y queso procedente de ovinos, que sería la causa de una brucelosis, endémica en Castilla y particularmente en la provincia de Ávila, por lo que parece sensato pensar que en aquel tiempo -que no se conocía la brucelosis- existiera incluso con mucha mayor incidencia que en actualidad, dado que entonces nadie consideraba necesario hervir la leche y –obviamente- no se conocían pruebas diagnósticas para su detección. Cabe diagnosticar un proceso febril, prolongado en el tiempo, que puede dar lugar a esas situaciones de mareos y dolor precordial, sobre todo si -como parece muy probable- tuvo una pericarditis. Esta última posibilidad está avalada por la cicatriz que se observa en la superficie de su corazón, posible secuela de haber pasado dicha enfermedad.

Ante esta situación febril, que los médicos abulenses que la trataron fueron incapaces de entender, ni siquiera de aliviarla; su padre buscó como último remedio acudir a una curandera, de quien se decía tenía habilidad para aliviar estos problemas febriles y que contaba con cierto renombre en la comarca.

El tratamiento constituyó un auténtico calvario que terminó de minar su ya endeble salud, de modo que no tardaron en aparecer síntomas verdaderamente preocupantes, de manera que su padre decidió llevarla de vuelta a Ávila y acudir allí a otros médicos. Era pleno verano, a mediados de julio, sin que se hubiera producido ninguna evolución favorable, por lo que todos se temieron lo peor.

No es de sorprender que se quejara de que a base de medicinas habían acabado con ella, pues se sintió agotada. Debió sentirse fatigada, al borde de la extenuación, que es lo que cabía esperar tras ser tratada con una purga diaria y sin comer, ingiriendo solamente bebidas. El tratamiento fue más prolongado de lo previsto, fuerte, severo. El diagnóstico estuvo equivocado desde el principio al fin, pues la trataron de mal de corazón. La curandera, cuyo nombre se desconoce, debió ensayar sin escrúpulos las recetas que tuvo a bien y los efectos fueron terribles.

Esta cura, que solo sirvió para empeorar la situación y poner en riesgo no solo su salud sino hasta su propia existencia, no le aportó ninguna mejora. A ella lo que la preocupaba era el dolor de nervios, por la polineuritis o la polirradiculitis porque ‘eran en un ser’, desde los pies hasta la cabeza, es decir, continuos, ininterrumpidos y en todo su cuerpo e insoportables.

Era verano de 1538 cuando, hecha una verdadera ruina humana, regresaba de nuevo al hogar paterno, a la que había sido su casa; el 15 de agosto cayó en coma profundo, hasta el punto de que la dieron por muerta, por lo que pusieron cera en sus párpados, como era costumbre, la amortajaron y la velaron, mientras que en el

Monasterio, donde la esperaban, ya tenía abierta la sepultura. Sin embargo, inesperadamente despertó, pero quedó inmóvil, hecha un ovillo y con hipersensibilidad dolorosa por contacto: una hiperestesia.

Había perdido el conocimiento. Se trataba de un estado comatoso con pérdida no solo de la consciencia, sino de la motilidad y de los reflejos. Es un hecho tan objetivo que no despertó ni con la cera derretida que la vertieron sobre los párpados, ni tampoco con el humo y el calor que se formó en su habitación cuando se declaró en la misma un incendio provocado por los cirios que ardían en la estancia mientras la velaban, y estos dos hechos excluyen totalmente el diagnóstico de ataque histérico. El estado de coma prolongado se debió al mismo proceso infeccioso causante de la fiebre y que terminó por afectar al cerebro: neurobrucelosis o meningotuberculosis, que suele aparecer de un modo tardío en personas con defensas inmunológicas deplecionadas, en este caso, por el prolongado y drástico tratamiento con purgantes a la que la sometió la curandera de Becedas.

Evidentemente, un tumor cerebral, un traumatismo craneal o una intoxicación pueden provocar un estado comatoso y lo mismo un accidente vasculo-cerebral; pero no tenemos una sola razón para pensar en ellos en este caso. El signo clínico que nos describe con las palabras ‘encogida como un ovillo’ es una prueba convincente de que la causa del coma fue una meningoencefalitis infecciosa; ya que es un típico síntoma de este tipo de afectaciones.

Por lo que se refiere a la parálisis total y los dolores generalizados, merece un comentario especial la persistencia de la invalidez por un periodo de tres años, lo cual se explica por la recuperación natural de la enfermedad, por la falta de tratamientos específicos y sintomáticos y por la gravedad y extensión de las lesiones. Fue el resultado de la caquexia originada por el contundente y prolongado tratamiento con purgantes al que la sometieron, por lo que no es de extrañar que se sintiera descoyuntada; ella escribe “toda encogida, hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días”, la posición en ovillo con flexión del tronco y de las rodillas sobre el abdomen es característica de la meningitis aguda.

Cuando comenta que se encontraba “sin poderme menear, ni brazo, ni pie, ni mano; ni cabeza, mas que si estuviera muerta, sino me meneaban, solo un dedo me parece podía menear de la mano derecha”, nos está dando a entender que sufrió una parálisis por afectación de los nervios motores periféricos, pudiéndose tratar, como ya se ha apuntado, de una polineuritis o una polirradiculitis generalizada. Nos relata, además, los fuertes dolores que tenía, probablemente debidos a esa neuritis, que se le desencadenaban con solo tocar su cuerpo. Esta enfermedad le dejó secuelas que la acompañaron toda la vida, que fueron de lo más variadas: frecuentes cefaleas, ruidos y flaqueza en la cabeza (debilidad, falta de vigor o tono, extenuación), seguramente por la anemia hipocrómica que le ocasionaban las sangrías frecuentes a las que le sometieron y por una desnutrición provocada por los purgantes; dolores articulares y polineuríticos de diversa localización; perlesía de forma habitual; molestias o dolor en la zona cardíaca y de manera muy genérica o inespecífica ‘mal de corazón’; fiebre o calenturas; esquinancia o anginas; dolores dentales, etc. El 28 de marzo de 1540, día de su vigésimo quinto cumpleaños, aparecía una leve mejoría; pero tres años más tarde no podía aún andar, desplazándose a gatas.

En mayo de 1568 sufrió una pulmonía, quejándose de dolor de espalda, la cual trataron con sangrías y purgas; el 18 de este mes salió a lomos de mula de Malagón, con dirección a Toledo y el fuerte sol meseteño la dañó.

Las cefaleas serán un síntoma muy continuo, especialmente en los últimos años de su vida. Las primeras noticias sobre este padecimiento corresponden a este año de 1568; entonces comenzó a dar información sobre sus dolores de cabeza que le acompañarán toda la vida y que, a menudo, fueron consecuencia de impedirle llevar a cabo sus ocupaciones, incluso la de escribir.

Este mismo año de 1568 estuvo enferma de cuartanas, fiebres que repetían el ciclo febricitante cada cuatro días, como su nombre indica. Para los conocimientos médicos de aquel momento, de los siete tipos de fiebre que llegaban a diferenciar los galenos de acuerdo con las enseñanzas de Hipócrates, las cuartanas no eran ni las más fuertes ni las más agudas, pero sí las más molestas y desagradables, pues causaban en el paciente un temperamento morbífico, en el sentido de que lleva consigo el germen de la enfermedad, debilidad, decaimiento, inapetencia, fastidio y desazón para todo. Eran las cuartanas una discrasia o intemperie de la sangre, melancólica, serosa, fría o tibia, y poco espiritosa.

Durante su priorato en el Convento de la Encarnación, entre 1571 y 1574, padeció de garganta, encontrándonos de nuevo con la omnipresencia de los remedios universales en terapéutica: sangrar y purgar. Es en 1573 cuando nos ofrece la primera noticia sobre su estragado estómago, pues padeció de vómitos que sufrió diariamente por espacio de veinte años; vómitos que, a menudo, se los provocaba ella misma, lo que parece significativo de una retención gástrica, posiblemente debida a una úlcera duodenal con la consiguiente periduodenitis, situación que tardó en desaparecer; aunque no debió padecer de hiperclorhidria, pues las nueces le sentaban bien.

También en este año de 1573 aparece en su correspondencia la primera referencia a los romadizos, catarros que cursan con irritación de la mucosa pituitaria, hoy diríamos que se trataba de un catarro nasal, con abundante producción de mucosidad, que bien pudiera deberse a algún tipo de alergia, cuestión ésta que *a priori* no procede descartar.

En los comienzos del año 1574, en Salamanca, vuelve a contraer cuartanas que afronta con optimismo y buen humor. En la primavera de éste 1574, en Segovia, enfermó con graves achaques de ojos y cabeza; y melancolía [bilis], pero se recuperó, al parecer gracias a un jarabe del que -como siempre- desconocemos sus ingredientes; pero de cuya utilidad da cuenta al recomerderselo al padre Domingo Báñez para vencer el mismo mal.

El día de Nochebuena de 1576 cayó por las escaleras del Convento de San José y se rompió el brazo izquierdo. A principio de 1577 señala que, con los fríos del invierno, teme que le afecte a los riñones, comentario que nos lleva a pensar que debió tener padecimientos renales y no se le había olvidado lo dolorosos que pueden llegar a ser.

A los cincuenta y cinco años de edad, en 1577, nos deja la primera referencia a unos dolores dentales que debieron ser importantes, pues no la permitían escribir, los

cuales debió de sufrir repetidamente, sin duda acrecentados por el frío del invierno toledano.

El 18 de marzo de 1580 se lastimó de nuevo el brazo ya dañado mientras se ocupaba de las obras del nuevo edificio para albergar a sus monjas en Malagón, el único que se construyó para ello; pues en los demás casos se aprovecharon casas ya existentes que se fueron adecuando como se pudo, por eso nos atrevemos a afirmar que San José no fue, en este sentido, un convento cualquiera, sino que fue construido de cero, con la participación directa de Teresa en su diseño. El resultado es tan austero y funcional como el espíritu de la reforma.

El 20 de marzo de 1580 regresaba a Toledo procedente de Malagón, enfermando de gravedad el 31 de ese mes de perlesía y corazón. Debió de ser muy serio: anduvo con calenturas un mes, diagnosticando los galenos que se hacía una apostema en el hígado, lo cual revela que dicho órgano –o la vesícula biliar– estaba inflamado, origen de la fiebre y los dolores; cuadro que permite diagnosticar una colecistitis, dada la evolución favorable, ya que de haberse tratado de un absceso hepático la cuestión se hubiese desarrollado de otra manera muy diferente. Llama la atención, una vez más, que no guardara Teresa cama durante el tiempo que duró el padecimiento.

Esta perlesía que ella nos refiere corresponde a lo que se ha dado en denominar parálisis agitante o parkinsonismo postencefálico; pero hay que admitir que a su edad, sesenta y cinco años, podría tratarse también de un proceso idiopático o enfermedad de Parkinson. Manifestación convulsivante conocida como mioclonia, especialmente el que padeció en un brazo, que le hacía dar golpes con él estando en el coro.

Sabemos que, en los meses centrales de 1580, preparando en Valladolid la fundación de Palencia, se vio atormentada por un ‘catarro universal’, pero para el otoño se encontraba mejor y había recobrado el apetito, por lo que fue recuperando fuerza y desapareciendo la debilidad, lo que le permite ver las cosas de otra manera, a su más puro estilo, pues con salud sus obligaciones se le hacen más llevaderas.

En el mes de abril de 1580 escribió una epístola, dirigida a María de San José, priora de las carmelitas sevillanas, muy ilustrativa sobre el devenir de su salud y esclarecedora sobre la causa que terminaría, más adelante, con su vida. En los inicios de 1582, vuelve a ofrecer noticias de sus padecimientos ginecológicos: una enfermedad ante la que hay que preguntarse si se trató de un dolor por inflamación o una hemorragia. La evolución posterior de su salud hace que nos inclinemos por aceptar esta última presunción, lo que nos lleva de la mano a suponer que padecía un tumor. Carecemos de detalles subjetivos sobre la enfermedad y ello es lógico si tenemos en cuenta que el síntoma principal son las hemorragias. El innato recato de la reformadora le impedía contar estas intimidades.

En Burgos, en el verano de 1582, conoció a un médico del que nos deja constancia, el licenciado Antonio de Aguiar, amigo del padre Gracián desde su época de estudiantes, que atendió a la Madre de sus dolencias e indisposiciones en casa de Catalina de Tolosa, promotora de la fundación burgalesa. Pronosticó que aquellos achaques tenían hondas raíces e historial muy largo.

Teresa le hizo una relación de sus males recientes, sin remontarse muy atrás, seguramente a petición del médico para mejor comprender la situación clínica de ella, llegando inmediatamente a la conclusión de que acarreaba consigo varias patologías, algunas tenidas por incurables que la tenían ‘desencuadrada’ [*sic*], poniendo el acento sobre sus huesos (desencajados y juntas dañadas), cuyo estado puede explicarse por su edad, el climaterio, fractura (brazo izquierdo), reumas, artritis, etc. pero a nueve meses del final de su terrenal peregrinación, con un cáncer de etiología ginecológica, hay que sumar la aparición más que probable de metástasis, que surgirían en las zonas sacra y lumbar. Menciona su mal de corazón (pericarditis) y las convulsiones (perlesía), los vahídos (desmayos) y las ‘destilaciones’ (catarros) que con frecuencia serían causa de su malestar de cabeza, de garganta y de pecho; así, cuando llegó a Burgos iba con uno de éstos que le afectó amplia y seriamente la garganta, hasta el punto de provocarle una hinchazón de la lengua. También le llamaron la atención sus males de estómago y su consecuencia inmediata, los vómitos.

En septiembre de 1582, en Alba de Tormes, fue desahuciada nuevamente por los médicos, según nos ha contado su enfermera. El mal fue un flujo de sangre, lo cual dio pie a que -de alguna manera- se generalizara la opinión de que la efusión de sangre se debió al traqueteo y cansancio del viaje acelerado de Burgos a Medina y a Alba de Tormes, lo que hay que rechazar, pues el flujo de sangre fue la consecuencia del padecimiento ginecológico que sufría y no fruto de un viaje, por muy penoso que éste fuera, que sí justificaría el quebrantamiento de sus huesos, de manera que a los dolores debidos a seguras metástasis habría que añadir el traqueteo del camino. Examinando cuidadosamente el significado de las declaraciones formuladas en los procesos de canonización y beatificación, puede deducirse que se trató de un derrame visceral, al cual todos atribuyen su muerte.

Teresa de Jesús, cuando llegó a Alba, lo hizo muy cansada y agotada por la enfermedad que traía, de manera que la priora, que era entonces la madre Juana del Espíritu Santo, y las monjas, insistieron en que se acostase. A la mañana siguiente se levantó y así continuó hasta el día de san Miguel, 29 de septiembre, en el que tras oír misa y comulgar, se echó en la cama pues ‘no valía para otra cosa’. El día 3 de octubre confesó y recibió los últimos sacramentos, falleciendo al día siguiente, cuatro de octubre de 1582, entre las nueve y las diez de la noche.

Resulta curioso que Teresa de Cepeda no cita el síntoma del dolor en los últimos tiempos de su vida, cuando ella siempre había hecho descripciones de todos los que había padecido; pero que los tuvo en la fase final de su existencia es indudable, a juzgar por las declaraciones de cuantos intervinieron en los procesos de beatificación y canonización, incoado el primero a los nueve años de su muerte, cuando vivían aún la mayoría de los que la acompañaron en su última enfermedad. Dolores diferentes de los suyos de siempre, provocados por seguras metástasis del tumor genital que se le supone en las vértebras de la región lumbar y sacra especialmente, por ello se queja de que le dolían los huesos; Ana de San Bartolomé deja dicho que parecía no tener un hueso sano y Antonio de Aguiar que los tenía desencajados.

Teresa falleció de un cáncer de útero, neoplasia frecuente en mujeres mayores castas; el adenocarcinoma de endometrio es, por tanto, el ‘cáncer de las monjas’, más frecuente en las mujeres vírgenes, generalmente algo obesas y Teresa era ambas cosas; lo que le provocó grandes hemorragias, viéndose seguramente agravado su

estado general por las sangrías que se les practicaban a los enfermos en aquella época, lo que le produciría una intensa anemia y fuertes dolores, como sucede en todos los procesos cancerosos terminales, con fiebre y un cuadro similar a un proceso gripal, como manifestaron algunos testigos. Sin embargo, ella no describe que se la hubiesen practicado sangrías desde su llegada a Alba y, por lo tanto, durante el desenlace fatal, pero, sin embargo, el día antes del óbito, el 3 de octubre, por la mañana, fue llamado el cirujano Jerónimo Hernández, quien manifestó:

“En la enfermedad que tuvo fue llamado este testigo para que la sangrase y echase unas ventosas, como lo hizo por mandado y orden de los médicos que la curavan, y este testigo cuando fue a hacer la dicha sangría y echar las dichas ventosas vio a la Santa muy mala y fatigada de la enfermedad que murió”.

En 1581 y 1582 hubo pestilencias en Sevilla, pero hay que decir que era frecuente, cuando se aludía a ‘peste’ o ‘pestilencia’, referirse a una concomitancia de enfermedades: catarro maligno, viruela, tifus exantemático y carbunco anginoso, produciéndose numerosos casos con sintomatología diftérica. Que se tratase de un ataque de peste u otro tipo de mal el que se difundía, era un asunto en discusión entre los galenos; posiblemente este de Sevilla se inició con un importante brote tífico o, lo que es lo mismo, de tabardillo, como se conocía entonces, seguido de una afectación de tipo diftérico que conocían como ‘garrotillo’; de hecho Teresa, ese año de 1581, se refiere específicamente al tabardillo, al mencionar la enfermedad que afectó al padre Nicolás Doria durante su estancia en Salamanca, y el vicario provincial, Diego de la Trinidad, falleció por esta causa; sin embargo, la epidemia no afectó a las descalzas debido, seguramente, al hecho de ser un convento de clausura y no tener demasiado contacto con el exterior y a los correctos hábitos higiénicos de sus moradoras.

Una de las preocupaciones constantes de la Reformadora, fueron las enfermas de melancolía, enfermedad hoy clasificada entre las maniaco-depresiones, por lo que de perturbación conllevaba para la convivencia en sus ‘palomarcitos’. Muestra indudable de su preocupación es que le dedica un capítulo completo del libro de *Las Fundaciones*, el capítulo VII. Debemos tener en cuenta que el concepto que se tenía entonces de la melancolía era muy difuso, ya que su etiología radicaría en un aumento de la ‘bilis negra’ que predominaría sobre los otros humores, siguiendo así la teoría de tradición hipocrática sobre el temperamento y las enfermedades, basada en una discrasia o desequilibrio patológico de los humores del cuerpo: se incluirían en este concepto no sólo la depresión endógena sino también otros trastornos mentales como las obsesiones, los de la personalidad e incluso algunas formas de esquizofrenia.

Teresa de Cepeda siempre ponía mucha atención en no aceptar el ingreso de postulantes con este mal, no por su enfermedad, sino por las graves alteraciones y alboroto que podían ocasionar, convencida de que una hermana con ‘humor melancólico’ bastaba para traer de cabeza a todo un monasterio; pero aun así se dieron varios casos en los que recomienda terapia ocupacional y laborterapia, de manera que estuvieran distraídas; y distinguía entre las beatas melancólicas y la melancolía-enfermedad, indicando la necesidad de tratar de forma individualizada cada caso, siempre que fuera posible. Tanta es su preocupación por esta cuestión de

las 'monjas melancólicas' que también dedica a ellas el apartado 17 de *Visita de Descalzas*.

Los hospitales también aparecen en la vida de Teresa, pero no como tales nosocomios, sino como morada durante un tiempo en la fundación de Burgos y, aunque en repetidas ocasiones visitó y trató a los enfermos, solo nos deja noticias de los sufrimientos que ella intentaba paliar con sus visitas, en ocasiones entregándoles una naranja, pero ninguna noticia sobre las enfermedades de los hospitalizados y sobre lo que empleaban en su tratamiento y cura, ni da noticias sobre los médicos ni sobre el boticario, que pasaban entonces visita juntos.

Sobre remedios curativos nos ha dejado menos información, pero atrayente. En este apartado desfilan ungüentos, píldoras, pastillas, socrocios, sahumerios, jarabes, agua de azahar y aguas minero-medicinales, sin que nos dejara memoria explícita de qué estaban hechos, y sobre todo los jarabes, medicación a la que parece fue muy aficionada, aunque en alguna ocasión, pocas, deja un dato sobre el que construir una teoría sobre el uso de aquel. Nos vamos a encontrar con una farmacia de corte escolástico, derivada de la teoría y práctica hipocrática y galénica, aunque Teresa recurre a los nuevos remedios traídos de las Indias Occidentales, si bien no a todos.

Es decir, parece estar al tanto de las nuevas corrientes terapéuticas de su siglo, que se vieron fuertemente influenciadas por el descubrimiento del Nuevo Mundo, lo que contrasta con el empleo de remedios caseros y de fórmulas polifármacas, lastre de siglos anteriores que ya criticara con ironía Andrés Laguna; y cree nuestra protagonista que los astros regían la salud, no en valde existían en las universidades cátedras de Astrología.

Era la época de Monardes, de Fragoso, de Hernández, entre otros, en tanto que estudiosos y divulgadores de los conocimientos sobre materia médica, en cuyas obras dedican un extenso espacio a comentar las novedades terapéuticas procedentes del otro lado del Atlántico, aunque nunca contactaron con la fundadora y reformadora carmelita, ni se conocieron, pues en otro caso, ella nos hubiera dejado constancia. Además, eran noticias que debían traspasar la reja del locutorio.

Las primeras sustancias estudiadas traídas de América y empleadas como drogas medicinales fueron resinas, entre la que Teresa cita: tacamaca, caraña, ánimo y bálsamo; su utilización terapéutica consistía, por una parte, en fumigaciones y sahumerios, con el objeto de purificar y corregir el aire del mal olor con el que el galenismo identificaba su contaminación, infección o corrupción, y para combatir, con su cualidad caliente, trastornos de causa fría como dolores de cabeza, catarros y desmayos; por otra, en aplicaciones locales mediante ungüentos y emplastos, contra todo tipo de dolores. Cabe suponer que Teresa recurre a ellas y pide que se las hagan llegar con estos fines.

La primera referencia por parte de nuestra protagonista, sobre estas resinas americanas data del año 1577, después de su paso por Sevilla, donde coincidió con Nicolás Monardes, aunque no hay evidencia alguna de que llegaran a conocerse, ni su obra tampoco; aunque cabe suponer que oyó hablar de ellas en su estancia en la ciudad hispalense durante la fundación del Carmelo Descalzo, o que incluso las probara entonces.

Sin embargo, se muestra contraria al uso de uno de los medicamentos más utilizado y entonces de moda, la zarzaparrilla, e insiste en su correspondencia: no beban agua de zarzaparrilla. Cabe pensar que las saponinas no debían sentar bien a la abulense.

Cuando se fracturó el brazo la pusieron un socrocio a modo de arnés; un emplasto del que entraba a formar parte el azafrán, utilizado a modo de sujeción o inmovilización del brazo con el fin de facilitar la soldadura de los huesos. Lo que la llevó, por segunda vez, a ponerse en manos de otra curandera.

En cuatro ocasiones solicita al convento hispalense que le remita azahar, con el que preparaba agua, confites o aceite.

Los galenos de este tiempo usaban de la sal entre sus artes terapéuticas, extendiéndola por el cuerpo con el objeto de extraer la ponzoña en los dolores de costado, y con este fin se la aplicaron a Catalina Godínez, que tuvo uno que le duró más de veinte años. Lo mismo ocurría con los cauterios, casi siempre con el fin de restañar la sangre y convertir la herida en una escara, que aplicaron a la citada Catalina Godínez, promotora de la fundación de Beas, a causa de un zaratán.

En algunas ocasiones Teresa de Jesús alude, de modo muy general, a unas píldoras cuyos ingredientes, lamentablemente, desconocemos; cabe pensar que se trata de unas pastillas elaboradas con algunas de las gomo-resinas de las que se ha hecho mención, para su uso purificador del ambiente por sí mismas puestas en perfumadores o echadas en el brasero y que resultarían confortativas para los reumas y las molestias de cabeza.

Tras hacer un panegírico de las píldoras, e incluso ofrecer una pauta posológica, señala que adjunto le envía la memoria de las mismas; no conocemos su composición, pero resulta a todas luces evidente que debía de tratarse de unas pastillas que ayudaron a Teresa a recuperar su esquivada salud, hasta tal punto que cuando habla de ellas lo hace como si de una *laudatio* se tratara, y lo mismo ocurre con el médico que se las prescribió, del que tampoco nos dice su nombre. Llama la atención la frase “son sin pesadumbre”, pues con todas las patologías que tenía, que no fueran incompatibles con ninguna otra cosa que estuviera tomando, ni empeorara su situación respecto a otras dolencias, ni presentaran reacciones no deseadas, era todo un síntoma de satisfacción.

Con motivo de la enfermedad de la priora de Malagón, la madre Brianda de San José, Teresa de Jesús ofrece, en los inicios de 1577, datos interesantes basados en su intuición terapéutica; se plantea si las aguas mineromedicinales tienen el mismo efecto para combatir la tisis si se toman en el manantial o si, por el contrario, se beben lejos del lugar; en una carta parece referirse a las conocidas ‘aguas de Loja’. Con anterioridad, en el verano de 1568, ya había tratado en su correspondencia de aguas minero-medicinales, también andaluzas, en la confianza de que remediaran ciertas indisposiciones de Jerónimo Gracián, refiriéndose a Fuentepiedra, en este caso.

En una ocasión menciona Teresa la escorzonera (*Scorzonera hispánica* L.), planta vivaz propia de zonas agrestes y calizas; escribe desde Segovia, en el verano de 1574, a la madre María Bautista; pero una vez más, al no disponer de datos sobre aquella medicina que tanto provecho le hizo, no podemos hacer más comentarios, era

una planta muy utilizada en la terapéutica de la época, preparada en infusión a la que solían añadir algo de canela; utilizada aquí como expectorante y diaforética o sudorífica, por lo que sería útil para el alivio de romadizos o catarros.

Para combatir las calenturas, usó de unos sahumerios a base de ervatum o raíz de una hierba conocida como rabo de puerco (*Peucedanum officinalis*. L.), culantro (*Coriandrum sativum*. L.) y cáscara de huevos, todo ello adicionado de un poco de aceite, un poco de alhucema (*Lavandula* sp.) y un poquito de romero (*Rosmarinus officinalis*. L.) y guardando reposo.

Sin embargo, si nos dice cuánto debieron abonar las monjas del Carmelo sevillano a un boticario por la preparación de unos remedios según consta en el libro de gastos del convento, dinero que se gastó en alivios y farmacia: “Diose al boticario dos ducados -750 maravedies-. De recaudo para unos jarabes 340 maravedies, y por unos pollos y otras cosas para las enfermas 746 maravedies”; pues siempre fue firme partidaria de no dejar deudas, particularmente a médicos y boticarios.

Nos llegan noticias, a través de sus escritos, que un boticario de entonces percibía como honorarios por la preparación de un ungüento la cifra de cuatro reales:

“Dice mi hermano [Lorenzo] que si recibió vuestra reverencia unas cartas suyas, que iban cuatro reales dentro para un boticario que vive ahí junto de casa, de un ungüentillo que le dio; creo era cuando tenía la pierna mala. Si no fuera allá, páguelos vuestra reverencia...” (Carta 125.2. Toledo, 20/09/1576, a la madre María de San José, en Sevilla).

Sobre alimentación y salud nos ha dejado numerosos datos que se han analizado a lo largo de estas páginas, habitualmente las dificultades para el sustento de aquellos ‘palomarcitos’ que iba fundando con trece monjas, a imagen del colegio apostólico y una priora hasta dejar 17 erigidos y fundados en régimen de pobreza, como era su deseo, aunque -con el paso del tiempo- tuvo que plantearse la fundación con renta, para garantizar de esta manera la subsistencia de sus monjas, pues las limosnas y el trabajo de las moradoras de estos conventos no eran suficientes para su mantenimiento.

El producto alimenticio por excelencia era el pan, pero el conocido como pan de convento poco se parecía al de trigo por la pequeña proporción que de harina de éste contenía, acompañada frecuentemente de la procedente de otros cereales o leguminosas, incluso de castaña, y por sus escritos pasan frutas, verduras, conservas, huevos, carnes y pescados; incluso productos americanos como la patata y los cocos. El consumo de carne era escaso, pues los reformados se abstendían de él y, además, ayunaban desde la Exaltación de la Cruz -mes de septiembre- hasta Pascua; y de los pescados no era amiga.

7. Conclusiones

1ª. Los ‘palomarcitos’ fundados por Teresa de Ávila contaban con un huerto que servía, fundamentalmente, como lugar de esparcimiento y contacto de sus moradoras con la naturaleza; en él cultivaban frutales y hortalizas como magro apoyo a su, de por sí, escaso sustento. No fueron empleados para el cultivo de plantas aromáticas y medicinales, razón por la cual, cuando tuvieron necesidad de usar remedios para el tratamiento de sus males y dolencias, tenían que recurrir a las boticas establecidas, pues no existían, como en otras órdenes monásticas, boticas conventuales ni boticarios, ya que el objetivo de estas pequeñas comunidades era el de la oración y la contemplación.

2ª. En las obras de Teresa de Cepeda aparecen citados varios galenos, algunos de ellos porque la trataron, tal es el caso de Paulo de Vega en Palencia, Francisco Ramírez en Alba y, sobre todo, Antonio de Aguiar en Burgos. El resto de los que tenemos conocimiento aparecen como testigos en los procesos de beatificación y canonización: Martín Arias, Pablo de Laguna, Diego Polanco, Luis Vázquez, Juan de Garaña, Cristóbal de Medrano, Luis Amador, Juan Baptista de Alcoçer y Francisco Martínez Polo.

3ª. Mucho más escueta es la relación de boticarios, pues tan solo consta uno con nombre y apellidos en los procesos de beatificación y canonización, Alejo García, abulense, y no porque en su botica se preparara alguna fórmula para la Madre. Ella se refiere a estos profesionales en repetidas ocasiones en sus escritos, pero no da el nombre de ninguno.

4ª. Teresa de Cepeda no menciona a los cirujanos en sus escritos, aunque debieron ser muchos los que a lo largo de su vida la sangraron; si sabemos que las vísperas de su fallecimiento fue llamado el cirujano Jerónimo Hernández para que ‘le echase unas ventosas’.

5ª. Como mínimo fue tratada por dos curanderas cuyos nombres se desconocen. En su primera juventud por la curandera de Becedas que la sometió a tal régimen de brebajes, fundamentalmente purgantes, que pudieron acabar con su vida; mas adelante, treinta y nueve años después, cuando ya tenía cumplidos los sesenta y tres, apareció, con retraso, la curandera de Medina que llevaba por todo personal de

apoyo para el desarrollo de sus funciones una robusta labradora de la zona que debió de ser muy útil en el momento de romper las callosidades formadas a lo largo de los meses transcurridos desde la caída hasta la intervención de estos personajes.

Lamentablemente, tanto en un caso como en el otro, desconocemos en qué consistían los remedios que le aplicaron, si bien en el último caso, como alivio del brazo dañado al caer por las escaleras del Convento avileño de San José en las Navidades de 1576, se le aplicó un socrocio del que formaba parte el azafrán.

6ª. En sus escritos, Teresa de Jesús apuesta decididamente por la salud, y se centra en ella más que en la enfermedad. Teresa la padece, la ofrece, la trasciende, y no hace reflexiones teóricas sobre las enfermedades, sino que se refiere a ellas de forma directa, desde su propia experiencia de enferma crónica, encarándola directamente; pero valora la salud, la procura, la recomienda y la suplica al Señor, aunque no la considera un fin en si misma, pues reconoce otros valores superiores a los que supeditarla; anima a sus monjas a mantener el justo equilibrio entre el desapego a la salud y el cuidado de la misma.

La falta de salud le parece una rémora que frena el brío en la acción; por eso, repetidas veces, insiste en llamar la atención sobre las 'indiscretas penitencias', ensalza la salud como un valor auténtico, enfatiza su importancia, razón por la que pone particular atención en la alimentación, en la higiene y el descanso.

7ª. A la melancolía dio gran importancia, tanto que la dedicó un capítulo del *Libro de las Fundaciones*, en su epistolario se ocupa de ella en varios lugares y en *Visita de Descalzas*.

8ª. Aconseja a los demás, cuando estos pasan por los mismos padecimientos que ella, remedios que a ella le han ido bien o que sabe lo fueron para alguien de su entorno más próximo, todo ello fruto de su preocupación por la salud de los demás, pero siempre añade la coletilla de 'consulte con el médico'. Repetidas veces hace énfasis, en sus escritos, en que se abonen los honorarios correspondientes a galenos y boticarios.

9ª. Tan solo en una ocasión informa de los ingredientes de uno de estos remedios para las calenturas, pero no las cantidades ni su *modus operandi*. El remedio eran unos sahumerios con erbatum y culantro y cáscaras de huevo y un poco de aceite, romero y alhucema.

10ª. Fue aficionada a la medicación siruposa y utilizó, con notable frecuencia, el agua de azahar.

11ª. Era conocedora de los productos traídos de las Indias Occidentales, bien por el año de su estancia en Sevilla como por las noticias que le transmitiera su hermano Lorenzo a su regreso del Perú en 1575, donde residió varias décadas. Cita la tacamaca, la caraña, el bálsamo y el ánime, incluso escribe sobre los cocos; llamando la atención la 'fobia' que dispenso a la zarzaparrilla, por ella denostada hasta el extremo.

12ª. Las pestilencias, -el tifus exantemático al que llamaba tabardillo- que azotaron Sevilla durante los años 1581 y 1582 no afectaron a las moradoras del convento de descalzas de la ciudad hispalense, sin duda por su escaso contacto con el exterior al tratarse de un convento de clausura y por los correctos hábitos higiénicos de las monjas que le habitaban.

8. Abreviaturas y bibliografía

8.1. Abreviaturas empleadas

A. *Apuntaciones...* [Teresa de Cepeda].
a. alias.
Av. *Avisos...* [Teresa de Cepeda].
BNE: Biblioteca Nacional de España (Madrid).
CC. *Cuentas de conciencia...* [Teresa de Cepeda].
CE. *Camino de perfección...* [códice de El Escorial] [Teresa de Cepeda].
CT. *Camino de perfección...* [códice de Toledo] [Teresa de Cepeda].
CV. *Camino de perfección...* [códice de Valladolid] [Teresa de Cepeda].
Cst. *Constituciones...* [Teresa de Cepeda].
Carta *Carta...* [Teresa de Cepeda].
D. *Desafío espiritual...* [Teresa de Cepeda].
E. *Exclamaciones...* [Teresa de Cepeda].
F. *Fundaciones...* [Teresa de Cepeda].
fol.: folio/folios.
M. *Moradas del Castillo Interior...* [Teresa de Cepeda].
MC. *Meditaciones sobre los Cantares...* [Teresa de Cepeda].
Me. *Memoriales...* [Teresa de Cepeda].
MHCT. *Monumenta Historica Carmeli Teresiani*. [Institutum Historicum Teresianum].
Mss: manuscrito.
OC: Orden de los Carmelitas.
OCD: Orden de los Carmelitas Descalzos.
OP Orden de Predicadores.
OSH: *Ordo Sancti Hieronymi*.
P. *Poesías...* [Teresa de Cepeda].
SJ *Societas Jesu*.
V. *Vida...* [Teresa de Cepeda].
Vd. *Visita de Descalzas...* [Teresa de Cepeda].
Vej. *Vejamen...* [Teresa de Cepeda].

8.2. Bibliografía

- ACOSTA, José de. 1590. *Historia natural y moral de la Indias, en que se tratan las cosas notables del cielo, y elementos, metales, plantas y animales dellas...* Sevilla: Juan de León.
- ALCAZAR MOLINA, Cayetano. 1928. "Felipe II y el Correo". En: *Reivindicación històrica del siglo XVI*: 407-420. Madrid: Imp. de G. Hernández y Galo Sáez.
- ALEMÁN, Mateo. 1599. *Primera parte de la vida del picaro Guzman de Alfarache...* Impresa en Barcelona en la Empronta de Gabriel Graells, y Giraldo Dotil a costa de Hieronymo Genoues [Re-editada en Barcelona: Bruguera, 1982].
- ALVAR EZQUERRA, Alfredo. 1991. *La economía europea en el siglo XVI*. Madrid: Síntesis
- ÁLVAREZ DE CÁNOVAS, Josefina. 1961. *Psicopedagogía de Santa Teresa*. Madrid: Studium.
- ÁLVAREZ VÁZQUEZ, José Antonio. 2000. *Trabajos, dinero y negocios. Teresa de Jesús y la economía del siglo XVI (1562-1582)*. Madrid: Trotta.
- ÁLVAREZ VÉLEZ, Bety. 2016. *Santa Teresa de Jesús y la melancolía: un estudio sobre la enfermedad melancólica en los escritos teresianos* [Memoria presentada en la Facultad de Artes y Ciencias. Universidad de Montreal]. Université de Montréal: Papyrus.
- AMALRIC, Jean-Pierre. 2001. "La visión del espacio peninsular por los viajeros extranjeros (siglos XVI-XVIII)". En: Ángel Vaca Lorenzo (ed.) *La formación del espacio histórico: transportes y comunicaciones*: 149-168. Salamanca. Ediciones Universidad de Salamanca.
- AMRAN, Rica. 2009. *Judíos y conversos en el reino de Castilla. Propaganda y mensajes políticos, sociales y religiosos (siglos XIV-XVI)*. Valladolid: Consejería de Cultura y Turismo. Junta de Castilla y León.
- ANTONIO DE LA ENCARNACIÓN [Gerardo de San Juan de la Cruz, ed.]. 1914. *Vida i Milagros de la Esclarecida y Seráfica Virgen Santa Teresa, Efectora de la nueva Reforma de Carmelitas Descalços. En Salamanca Año 1614*. Toledo: Viuda e hijos de J. Peláez.
- ARES, Nacho. 2005. *Éboli. Secretos de la vida de Ana de Mendoza*. Madrid: Algaba Ediciones.
- ARIAS DE BENAVIDES, Pedro. 1567. *Secretos de chirurgia, especial de las enfermedades de morbo galico y lamparones y mirrarchia, y assi mismo la manera como se curam los Indios de llagas y heridas y otras passiones en las Indias, muy util y provechoso para en España, y otros muchos secretos de chirurgia hasta agora no escriptos...* Valladolid: Francisco Fernández de Córdoba.
- ARISMENDI, Andrea. 2007. "Los estados de ánimo en la medicina española de los siglos XVI y XVII". *Revista de Historia & Humanidades Médicas*, 3(2): [1-16] http://www.fmv-uba.org.ar/histomedicina_old/index1024x768.htm [consulta: 01/10/2015]
- ARRILLAGA TORRÉNS, Rafael. 1982. *Introducción a los problemas de la historia*. Madrid: Alianza Editorial.

- AVIÑÓN, Juan de [Nicolás Monardes, ed.] 1545. *Sevillana medicina. Que trata el modo conservativo y curativo de los que habitan... en Sevilla, la cual sirve y aprovecha para cualquier otro lugar de estos Reinos...* Sevilla: Andrés de Burgos
- ÁVILA, Julián de [Vicente de la Fuente, ed.] 1881. *Vida de Santa Teresa de Jesús* [Obra inédita, anotada y adicionada por Vicente de la Fuente]. Madrid: Imprenta de Antonio Pérez Dubrull.
- AYUDA, Juan de Dios. 1793-1798. *Examen de las aguas medicinales de más nombre que hay en las Andalucías: en que se da noticia de la situación, contenidos, virtudes y método con que deben usarse*. Baza / Madrid. [Tomo I. Baza: Agustín de Doblas, 1793; Tomo II. Madrid: Imprenta Real, 1798].
- BACIERO, Antonio. 1982. *El órgano de Cámara del convento de La Encarnación de Ávila*. Madrid: Consejo General de Castilla y León.
- BATISTA DE LANUZA, Miguel. 1638. *Vida de la Bendita Madre Isabel de Santo Domingo*. Madrid: Imprenta del Reino.
- BELRÁN MOYA, José Luis. 2006. *Historia de las epidemias en España y sus colonias (1348-1919)*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- BENNASSAR, Bartolomé. 1961. "L'alimentation d'une ville espagnole au XVI^e siècle. Quelques données sur l'approvisionnement et la consommation de Valladolid". *Annales Économiques, Sociétés, Civilisations*, 16(4): 728-740.
- BENNASSAR, Bartolomé. 2006. *La España del Siglo de Oro*. Barcelona: Crítica / RBA
- BENNASSAR, Bartolomé. 2010. *La España de los Austrias (1516-1700)* [traducción de Bernat Hervàs]. Barcelona: Crítica.
- Burton, Robert. 1621. *The Anatomy of Melancholy, What it is: With all the Kinds, Causes, Symptomes, Prognostickes, and Several Cures of it. In Three Maine Partitions with their several Sections, Members, and Subsections. Philosophically, Medicinally, Historically, Opened and Cut Up*. London: Printed & to be sold by Hen. Crips & Lodo Lloyd at their shop in Popes-head Alley. [Edición castellana, realizada por Raquel Álvarez Peláez, en Madrid: Asociación Española de Neuropsiquiatría, 1958].
- CAMPOS DÍEZ, María Soledad. 1999. *El Real Tribunal del Protomedicato castellano (siglos XIV-XIX)*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- [Carmelitas Descalzos]. 1592. *Regla primitiva y constituciones de los Carmelitas Descalços, confirmadas por nuestro muy santo Padre Clemente VIII*. Madrid: Por Pedro Madrigal.
- CARMONA GARCÍA, Juan Ignacio. 2004. *La peste en Sevilla*. Sevilla: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla / Ayuntamiento de Sevilla.
- CASTAÑEGA, Martín de [Agustín G. de Amezua, ed.] 1946. *Tratado de las supersticiones y hechicerías*. Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles.
- CASTRO, Américo. 1990. *Teresa la Santa y otros ensayos*. Madrid: Alianza Editorial.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel. 1605. *El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha...* Madrid: Juan de la Cuesta.

- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel. 1615. *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha...* [segunda parte]. Madrid: Juan de la Cuesta.
- CHINCHILLA, Anastasio. 1841-1846. *Anales históricos de la medicina en general, y biográfico-bibliográfico de la española en particular...* Valencia: Imprenta de López y Compañía, 4 vols.
- CHIRINO, Alfonso. 1505. *Menor daño de medicina*. Toledo: [Sucesor de Pedro Hagenbach].
- COMÍN, Francisco; HERNÁNDEZ BENÍTEZ, Mario; LLOPIS AGELÁN, Enrique (eds.) 2018. *Historia Económica de España, siglos X-XX*. Barcelona: Crítica.
- [Congreso de los Diputados]. 1861. *Actas de las Cortes de Castilla. T. I, Contiene las de Madrid, celebradas el año 1563*. Madrid: Imprenta Nacional.
- CONTRERAS MAS, Antonio. 2003b. "Libro de la Melancholía by Andrés Velázquez (1585). *History of Psychiatry*, 14/2: 179-193.
- CONTRERAS MAS, Antonio. 2003a. "Libro de la Melancholía by Andrés Velázquez (1585). Part 1. The intelectual origins of the book". *History of Psychiatry*, 14/1: 25-40.
- COVARRUBIAS OROZCO, Sebastián de. 1611. *Tesoro de la lengua castellana, o española*. Madrid: Luis Sanchez
- DIOSCÓRIDES ANAZARBE, Pedacio [Andrés Laguna, ed.]. 1566. *Acerca de la Materia Médica Medicinal y de los Venenos Mortíferos*. Salamanca: Mathias Gast. [Edición facsimilar, Madrid: Fundación de Ciencias de la Salud / Doce Calles, 1999].
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio. 1973. *El Antiguo Régimen. Los Reyes Católicos y los Austrias* [Historia de España dirigida por Miguel Artola, 3]. Madrid: Alianza-Alfaguara.
- EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS; STEGGINK, Otger. 1996. *Tiempo y vida de Santa Teresa*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- ELLIOT, John H. 2011. *El Viejo y el Nuevo Mundo, 1492-1650*. Madrid: Alianza Editorial.
- FARFÁN, Agustín. 1592. *Tratado breve de medicina y de todas las enfermedades que a cada passo se ofrecen...* Mexico: Pedro Ochoorta.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel. 1982. "El entorno social de Santa Teresa". En: *Actas del Congreso Internacional Teresiano [Salamanca]*, 1: 91-101. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel. 1999. *Felipe II y su tiempo*. Madrid: Ed. Espasa.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel. 2004. *Sombras y luces en la España imperial*. Madrid: Espasa-Forum
- FERNÁNDEZ BURGOS, Raquel. 2017. "Textos autógrafos de Santa Teresa en la Real Biblioteca de el Monasterio de El Escorial" En: *La huella de Santa Teresa de Jesús en Madrid* [Biblioteca de Estudios Madrileños, XLIII]: 117-135. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños.

- FERNÁNDEZ DE MESA Y MORENO, Tomás Manuel. 1755-1756. *Tratado legal, y politico de caminos publicos, y possadas dividido en dos partes. La una en que se habla de los caminos, y la otra de las possadas...* En Valencia: por Joseph Thomas Lucas.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, Gonzalo. 1526. *Sumario de la natural historia de las Indias*. Toledo: Remo de Petras.
- FITA, Fidel. 1915. "Nuevos datos biográficos de Santa Teresa". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 66: 20-24.
- FOLCH JOU, Guillermo. 1972. *Historia de la Farmacia* [3ª edición]. Madrid: Gráficas Alonso.
- FRANCES CAUSAPÉ, María del Carmen. 1983. "Dos intrusos en las artes de curar en el siglo XVII". En: *Homenaje al Profesor Guillermo Folch Jou*: 59-60. Madrid: Sociedad Española de Historia de la Farmacia.
- FRANCO, Francisco. 1569. *Libro de enfermedades contagiosas y de la preservación dellas*. En Sevilla: Impreso por Alfonso de la Barrera.
- FRAGOSO, Juan. 1572. *Discursos de las cosas aromaticas, arboles y frutales, y de otras muchas medicinas simples que se traen de la India Oriental, y sirven al uso de medicina*. Madrid: Francisco Sánchez.
- FRESQUET FEBRER, José Luis. 1992. "Los inicios de la asimilación de la materia médica americana por la terapéutica europea". En: José María López Piñero (coord.) *Viejo y Nuevo Continente: La medicina en el encuentro de dos mundos*: 281-307, Madrid: Saned.
- FUENTE, Vicente de. 1862. *Avisos de Santa Teresa de Jesús a sus monjas*. Madrid: M. Rivadeneyra.
- FULOP-MULLER, René. 1974. *Teresa de Ávila* [3ª edición]. Madrid: Ed. Espasa-Calpe. 3ª dic. Madrid. 1974.
- GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor. 1978. *El arte literario de Santa Teresa*. Barcelona: Ariel.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando; GONZÁLEZ VESGA, José Manuel. 2014. Breve historia de España. Madrid: Alianza.
- GARCÍA HERRANZ, Rafael. 2017- "Las lecturas del emperador en Yuste". *Revista Cultural de la Real Asociación y Fundación Caballeros de Yuste*, 34: 23-27.
- GARCÍA MERCADAL, José. 1959. *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Madrid: Aguilar.
- GIL DE SOTO, Manuel. 2009. *Médicos y boticarios. Sátiras, cuentos, narraciones y burlas*. Sevilla: Extramuros Edición.
- GÓMEZ BLÁZQUEZ, Jesús. 2015. "La Santa en Becedas: Teresa de ávila y Fray Jordán de Becedas, dos vidas paralelas". En: Carmelo Luis López *et als*. *La Institución Gran Duque de Alba a Santa Teresa de Jesús en el V centenario de su nacimiento*: 129-139. Ávila: Diputación de Ávila.
- GÓMEZ CENTURIÓN, José. 1916. *Relaciones biográficas inéditas de Santa Teresa de Jesús, con autógrafos de autenticidad en documentación indubitada*. Madrid: Fortanet.

- GÓNGORA Y ARGOTE, Luis de [Robert Jammes, ed.]. 1991. *Letrillas*. Madrid: Castalia.
- GONZÁLEZ BUENO, Antonio. 2004. "La Flora del Paraíso. Recepción de las plantas americanas en la literatura científica europea del Renacimiento" En: Luis Alfredo Baratas Díaz (coord.) *El Libro de la Naturaleza [Memorias de la Real Sociedad Española de Historia Natural, 3]*: 5-33. Madrid: RSEHN.
- GONZÁLEZ BUENO, Antonio. 2007. "El descubrimiento de la Naturaleza del Nuevo Mundo: las plantas americanas en la Europa del siglo XVI". *Circumscribere*, 2: 10-25.
- GONZÁLEZ BUENO, Antonio. 2018. "En torno a las boticas y boticarios renacentistas: literatura profesional, farmacopeas y materia médica en la Europa del Humanismo". *Cuadernos del Marqués de San Adrián [La medicina en el Renacimiento]* 10: 61-87.
- GONZÁLEZ BUENO, Antonio; RODRÍGUEZ NOZAL, Raúl; SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Pilar. 1991. "Una visión del arsenal terapéutico vegetal americano desde las Farmacopeas españolas (1739-1954)". *Anales de la Real Academia de Farmacia*, 57(2): 351-364.
- GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Nicolás. 1995. *Historia del Monasterio de la Encarnación de Ávila*. Madrid: Ed. Espiritualidad.
- GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Nicolás. 2011. *La ciudad de las carmelitas en tiempos de doña Teresa de Ahumada*. Ávila: Diputación Provincial de Ávila / Institución Gran Duque de Alba.
- HERNÁNDEZ, Francisco [Francisco Ximénez, ed.] 1888. *Cuatro libros de la naturaleza y virtudes medicinales de las plantas y animales de la Nueva España. Extracto de las obras del Dr. Francisco Hernandez. Anotados, traducidos y publicados en Mexico el año de 1615 por Francisco Ximenez... Ahora por primera vez reimpresso mediante la proteccion del C. Lic. Agustin Canseco...; bajo la dirección del Dr. Nicolás León...* Morelia: Imp. y Lit. en la Escuela de Artes, á cargo de José Rosario Bravo.
- HERNÁNDEZ MOREJON, Antonio. 1842-1852. *Historia Bibliográfica de la Medicina Española*. Madrid: Imprenta de la viuda de Jordan e Hijos. 7 vols.
- IGLESIAS RODRIGUEZ, Juan José. 2012. "Pulsiones y conflictos. Rupturas y formas de lo cotidiano". En: Manuel Peña (ed). *La vida cotidiana en el mundo hispánico (siglos XVI-XVIII)*: 217-237. Madrid: Abada Editores.
- IZQUIERDO HERNÁNDEZ, Manuel. 1963. *Santa Teresa de Jesús, enfermedades y muerte*. Madrid: Editoriales Iberoamericanas.
- JUBERA, Alfonso de. 1578. *Dechado y reformation de todas las medicinas compuestas usuales, con declaracion de todas las dudas en ellas co[n]tenidas, assi de los simples que en ellos entra[n] y succedaneos que por los dudosos se haya[n] de poner, como en el modo de las hazer...* Valladolid: Diego Fernández de Córdoba.
- KAMEN, Henry. 1995. *Una sociedad conflictiva: España, 1479-1714*. Madrid: Ed. Alianza.
- LAGUNA, Andrés de. 1542. *Compendium Curationis, Praecavtionisque Morbi passim populariterq[ue] grassantis, hoc est, uera & exquisita ratio noscendae,*

praecauendae atq[ue] propulsandae febris Pestilentialis. Argentorati: per Vuendelinum Rihelium.

LAGUNA, Andrés de. 1556. *Discurso breve sobre la cura y preservacion de la pestilencia...* [Amberes]: en casa de Christoval Plantin.

LAGUNA, Andrés de. 1566. *Discurso breve sobre la cura y preservación de la pestilencia...* En Salamanca: por Mathias Gast.

LAMANO Y BENEITE, José de. 1914. *Santa Teresa de Jesús en Alba de Tormes*. Salamanca: Establecimiento tipográfico de Calatrava [Reeditado en Madrid: Ed. Espiritualidad, 2011].

LAREDO, Bernardino de. 1527. *Modus faciendi cum ordine medicandi...* Sevilla: Jacobo Cromberger. [Edición facsimilar, con estudio introductorio, transcripción y glosarios a cargo de Milagro Laín y Doris Ruiz Otín. Madrid: Fundación Ciencias de la Salud. 2001.

LEÓN TELLO, Pilar. 1963. "La Judería de Ávila durante el reinado de los Reyes Católicos". SEFARAD, 23(1): 36-53.

LOBERA DE ÁVILA, Luis. 1530. *Vanqvete de nobles cavalleros e modo de bivar desde que se levantan hasta q[ue] se acuestan: y habla de Cada manjar que complexion y propiedad tiene e que daños y provechos haze, e trata del regimiento curativo e preseruativo de las fiebres Pestilenciales e de la Pestilencia e otras cosas utilissimas*. In inelyta Vindelicorum Urbe Augusta: per industrium virū Henricum Stainerū chalcotypū. [Edición facsimilar, San Sebastián: R&B Edic, 1996].

LOBERA DE ÁVILA, Luis. 1542. *Remedio de cuerpos humanos y silva de experiencias y otras cosas utilissimas remedios de cuerpos humanos y silva de experiències*. Alcalá de Henares: Joan de Brocar [Edición facsimilar, Madrid: Ministerio de Sanidad, 2001].

LOBERA DE ÁVILA, Luis. 1544a. *Libro de las quatro enfermedades cortesanas q[ue] son catarro, gota arthetica sciatica, mal de piedra y d[e] riñones & hijada, e mal de buas y otras cosas vtilissimas...* Impresso en Toledo: en casa de Iuan de Ayala. [Edición facsimilar, Madrid: Fundación de Ciencias de la Salud, 1992].

LOBERA DE ÁVILA, Luis. 1544b. *Libro de experie[n]cias de medicina y muy aprovado por sus effectos: ansi en esta nuestra España como fuera della...* Impresso en Toledo: en casa de Iuan de Ayala. [Edición facsimilar, Madrid: Fundación de Ciencias de la Salud, 1992].

LÓPEZ DE GOMARA, Francisco [Juan Dantín Cereceda (ed.)]. 1922. *Historia General de las Indias*. Madrid: Espasa Calpe.

LÓPEZ IBOR, Juan José. 1963. "Ideas de Santa Teresa sobre la melancolá". *Revista de Espiritualidad*, 22: 432-443.

LÓPEZ MARTÍNEZ, Nicolás. 1954. *Los judaizantes castellanos y la Inquisición en tiempo de Isabel la Católica*. Burgos: Publicaciones del Seminario Metropolitano de Burgos.

LÓPEZ PIÑERO, José María; CALERO, Francisco. 1988. *Los temas polémicos de la Medicina renacentista: Las controversias (1556) de Francisco Valles*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

- LÓPEZ PIÑERO, José María; FRESQUET FEBRER, José Luis; LÓPEZ TERRADA, María Luz; PARDO TOMÁS, José. 1992. *Medicinas, drogas y alimentos vegetales del Nuevo Mundo*. Madrid: Ministerio de Sanidad y Consumo.
- LYNCH, John. 2005. *Los Austrias (1516-1700)* [traducción castellana de Juan Faci]. Barcelona: RBA / Crítica.
- MARÍA DE SAN JOSÉ [Silverio de Santa Teresa, ed.]. 1913. *Libro de recreaciones. Ramillete de mirra, avisos, máximas y poesías...* Burgos: Tipografía del Monte Carmelo.
- MARTÍN DEL CASTILLO, José María. 1983. "Juan Méndez Nieto. Sus remedios purgantes". En: *Homenaje al Profesor Guillermo Folch Jou*: 45-48. Madrid. Sociedad Española de Historia de la Farmacia.
- MARTÍN DEL CASTILLO, José María. 1983. *Noticias sobre alimentación, medicina y farmacia a través de las obras de Santa Teresa de Ávila*. Ávila: E.C.A.
- MARTÍN DEL CASTILLO, José María. 2015. *La dimensión humana de Teresa de Ávila: antropología médica, farmacéutica y bromatológica en las obras de Santa Teresa de Ávila*. Madrid: Intempore Comunicación Integral.
- MARTÍN DEL CASTILLO, José María. 2017. "La huella de Santa Teresa de Jesús en Madrid". En: *La huella de Santa Teresa de Jesús en Madrid* [Biblioteca de Estudios Madrileños, XLIII]: 13-36. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños.
- MARTINEZ-BLAT, Vicente. 2014. *El maestro Gracián, su singular, azarosa y fascinante vida*. Burgos: El Monte Carmelo.
- MÉNDEZ NIETO, Juan [Gregorio del Ser Quijano, Luis E. Rodríguez-San Pedro, eds.] 1989. *Discursos Medicinales...* [Introducción Luis S. Granjel; descripción bibliográfica Teresa Santander; transcripción Gregorio del Ser Quijano, Luis E. Rodríguez-San Pedro]. Salamanca: Universidad de Salamanca / Junta de Castilla y León.
- MERCADO, Pedro de. 1574. *Dialogos de Philosophia natural y moral...* Granada: Hugo de Mena.
- MIR, Miguel. 1912. *Santa Teresa, su vida, su espíritu, sus fundaciones*. Madrid: Establecimiento tipográfico de Jaime Rates. 2 vols.
- MOLS, Roger. 1981. "La población europea, 1500-1700". En: Carlo M. Cipolla (ed.) *Historia económica de Europa. Siglos XVI y XVII*: 13-67. Barcelona: Ariel.
- MONARDES, Nicolás. 1539. *De secanda vena in pleuriti inter Graecos et Arabes concordia...* Antuerpiae: Martinii Nutii Viduam.
- MONARDES, Nicolás. 1580. *Primera y segunda y tercera partes de la Historia medicinal, de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales, que sirven en Medicina; Tratado de la Piedra Bezaar y de la yerva escuerçonera; Dialogo de las grandezas del hierro y de sus virtudes medicinales; Tratado de la nieve y del beber frio...* Sevilla: Fernando Diez. [Edición facsimilar, Madrid: Ministerio de Sanidad y Consumo, 1989].
- MORALES, Ambrosio de. 1555 [1577]. *La Coronica general de España, Tomo 3. Las antigüedades de las ciudades de España, que van nombradas en la Coronica, con la averiguacion de sus sitios y nombres antiguos...* Alcalá de Henares: Juan Íñiguez de Lequerica.

- MORIONES DE LA VISITACIÓN, Ildefonso 1965. "El Cerro". Obra inédita del padre Gracián (1545-1614)". *Ephemerides Carmeliticae*, 16(2): 412-425.
- MUÑOZ GARRIDO, Rafael; Carmen MUÑOZ FERNÁNDEZ. 1969. *Fuentes legales de la medicina española (siglos XIII-XIX)*. [Cuadernos de Historia de la Medicina Española, Monografías 11]. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- MURO, Gaspar. 1877. *La princesa de Éboli*. Madrid: Librería de Mariano Murillo [Edición facsimilar, Valladolid: Maxtor, 2010].
- NOLA, Ruberto de. 1538. *Libro d[e] cozina, c[om]puesto por maestre Ruberto de Nola*. Sevilla Jacobo Cromberger, 1538 [Edición facsimilar, Valencia: Vicent García, 2004].
- NÚÑEZ DE ORIA, Francisco. 1586. *Regimiento y aviso de sanidad, que trata de todos los generos de alimentos y del regimiento della...* Medina del Campo: Francisco del Canto, Pedro Landroy, Ambrosio du Pert.
- PANIAGUA ARELLANO, Juan Antonio. 1977. *El doctor Chanca y su obra médica: Vida y escritos del primer médico del Nuevo Mundo*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.
- PASCUAL ELÍAS, Rafael. 2014. *María de San José (Salazar) Heredera y transmisora del carisma teresiano*. Burgos: Ed. Monte Carmelo.
- PÉREZ, Joseph. 2000. *La España de Felipe II*. Barcelona: Crítica, 2000.
- PÉREZ, Joseph. 2007. *Teresa de Ávila y la España de su tiempo*. Madrid. Algaba Ediciones.
- PÉREZ, Joseph. 2009. *Historia de una tragedia*. Barcelona: Crítica.
- PÉREZ DE HERRERA, Cristóbal. 1598. *Discursos del amparo de los legitimos pobres, y reduccion de los fingidos; y de la fundacion y principio de los albergues destos reynos y amparo de la milicia dellos*. Madrid: Luis Sanchez.
- PÉREZ SAMPER, María de los Ángeles. 2012. "Con pan y vino se anda el camino". En: Manuel Peña Díaz (ed.) *La vida cotidiana en el mundo hispánico (siglos XVI-XVIII)*: 279-311. Madrid: Abada ed.
- PIGAFETTA, Antonio [Isabel Rique, ed.]. 1999. *Primer viaje alrededor del mundo*. Barcelona: Ediciones B.
- PIQUER, Andrés. 1761. *Hipócrates. Las epidemias. Con observaciones prácticas de los antiguos y modernos*. Madrid: En la Oficina de Joachin Ibarra [Edición facsimilar y estudio introductorio de José María López Piñero. Madrid: Ministerio de Sanidad y Consumo, 1987].
- PUERTO SARMIENTO, Francisco Javier. 1993. "La Farmacia renacentista española y la Botica de El Escorial". En: Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla (coord.) *La Ciencia en el Monasterio del Escorial*, 1: 73-132. San Lorenzo de El Escorial: Ediciones Escorialenses.
- PUERTO SARMIENTO, Francisco Javier. 1997. *El Mito de Panacea: compendio de historia de la terapéutica y de la farmacia*. Madrid: Doce Calles.

- PUERTO SARMIENTO, Francisco Javier. 1999. "Felipe II y la sanidad". En: Pedacio Dioscórides Anazarbeo [Andrés Laguna, ed.] *Acerca de la Materia Médica Medicinal y de los Venenos Mortíferos*: XLV-LXXV Madrid: Doce Calles.
- PUERTO SARMIENTO, Francisco Javier. 2013. "Andrés Laguna (Segovia, c. 1510-1511, Guadalajara 28 de diciembre de 1559). Humanista". En: José Antonio Sacristán del Castillo, José Antonio Gutiérrez Fuentes (coords.) *Andrés Laguna, un científico español del siglo XVI*: 95-126. Alcobendas: Fundación Lilly / Madrid: Unión Editorial.
- PUERTO SARMIENTO, Francisco Javier. 2016. *Medicamentos legendarios: mito y ciencia en la terapéutica clásica*. Madrid: Real Academia Nacional de Farmacia / COFARES.
- [Real Academia Española]. 1726-1739. *Diccionario de la lengua castellana en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o rephranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua...* Madrid: en la imprenta de Francisco del Hierro. 6 vols.
- [Real Academia de la Historia]. 2018-2019. *Diccionario Biográfico electrónico* [DB-e]. [www.rah.es]
- REY PASTOR, Julio. 1970. *La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América* [cuarta edición]. Madrid: Espasa Calpe.
- RICO-AVELLÓ, Carlos. 1974. *Vida y milagros de un pícaro médico del siglo XVI: biografía del Bachiller Juan Mendez Nieto*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.
- RIBERA, Francisco de. 1590. *La vida de la madre Teresa de Jesus, fundadora de las Descalças, y Descalços Carmelitas...* Salamanca: en casa de Pedro Lasso.
- RODRÍGUEZ, Carmen. 1984. "Infraestructura del epistolario de Santa Teresa. Los correos del siglo XVI". En: *Congreso Internacional Teresiano*, 1: 65-90. Salamanca. Universidad de Salamanca.
- RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, José Vicente. 2018. *María de San José (Salazar)*. Madrid: San Pablo. Madrid.
- ROSSI, Rosa. 1984. *Teresa de Ávila: biografía de una escritora*. Barcelona: Icaria.
- RUIZ, Teófilo. 2002. *Historia Social de España, 1400-1600*. Barcelona: Crítica.
- RUIZ JARÉN, Eduardo. 2008. *Oliva Sabuco: filosofía y salud*. Madrid: Editorial Manuscritos.
- RUIZ SOMAVILLA, María José. 2002. "Las normas de higiene y los consejos de carácter moral en la práctica médica de los siglos XVI y XVII". *Dynamis*, 22: 235-250.
- SAAVEDRA, Eduardo; FIDEL FITA; MANUEL PÉREZ VILLAMIL. 1912. "Premio del Excmo Sr. Duque de Alba en 1911". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 40(1): 191-196.
- SACRISTÁN DEL CASTILLO, José Antonio; GUTIÉRREZ FUENTES, José Antonio. 2013. "El porqué de este libro. La lección magistral Andrés Laguna". En: José Antonio Sacristán del Castillo, José Antonio Gutiérrez Fuentes (coords.) *Andrés Laguna, un científico español del siglo XVI*: 1-16. Alcobendas: Fundación Lilly / Madrid: Unión Editorial

- SAN ELÍAS, Francisco de. 1638. *Commentarios y doctrina sobre la regla primitiva de la Orden de Nuestra Señora del Carmen, dispuesto en orden a platicas espirituales y sermones...* En Segovia: por Diego Diaz de la Carrera.
- SAN JOSÉ, María de. [1600-1603]. *Libro de recreaciones* [Manuscrito]. 131 h.; 20 x 15 cm [BNE: Mss. 3508].
- SÁNCHEZ-CARO, Jesús. 2017. *La enferma Teresa de Ávila*. Burgos: Monte Carmelo.
- SANTA CRUZ, Alfonso. 2005. *Sobre la melancolía. Diagnóstico y curación de los afectos melancólicos (ca. 1569)*. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra.
- SENRA VARELA, Avelino. 1995. *Las enfermedades de Santa Teresa de Jesús*. Madrid: Ed. Díaz de Santos.
- SILVERIO DE SANTA TERESA. 1915-1924. *Obras de Teresa de Jesús. Biblioteca Mística Carmelitana*. Burgos: El Monte Carmelo. 9 vols.
- SILVERIO DE SANTA TERESA. 1934-1935. *Procesos de beatificación y canonización*. Burgos: Monte Carmelo. 3 vols.
- SIRAISI, Nancy G. 1987. *Avicenna in Renaissance Italy. The Canon and Medical Teaching in Italian Universities after 1500*. Princenton [N.J.]: Princenton University Press.
- SOBRINO CHOMÓN, Tomás. 2008. *Procesos para la beatificación de la madre Teresa de Jesús. Edición crítica*. Ávila: Diputación Provincial de Ávila / Institución Gran Duque de Alba.
- STEGGINK, Otger. 1993. *La reforma del Carmelo español*. Ávila: Diputación Provincial de Ávila / Institución Gran Duque de Alba.
- SUÁREZ, Luis. 2005. *Los Reyes Católicos*. Barcelona: RBA.
- TEJEDA, Gaspar de. 1548. *Memorial de crià[n]ça y và[n]quete virtuoso para criar hijos de grandes y otras cosas. Cò[m]puesto por un cortesano*. Zaragoza: George Cocí.
- TERESA DE JESÚS. 1759. *Conceptos del Amor de Dios: [Poesías]*. [Del manuscrito que tiene por título *Vergel del Monte Carmelo del Convento de Carmelitas Descalzas de la villa de Cuerva. Traslado que autoriza, en Cuerva, 3 marzo 1759, el notario apostólico Diego García Balmaseda*]. [Manuscrito]. BNE: Mss. 1400, fol. 168.
- TERESA DE JESÚS [Luis de León, ed.] 1588. *Los libros de la madre Teresa de Iesus fundadora de los monasterios de monjas y frayles Carmelitas desçalcos de la primera regla*. Salamanca: Guillermo Foquel.
- TERESA DE JESÚS [Silverio de Santa Teresa, ed.]. 1939. *Obras de Santa Teresa de Jesús*. Burgos: Monte Carmelo.
- TERESA DE JESÚS [Efrén de la Madre de Dios, Otger Steggink, eds.] 1986. *Obras completas. Santa Teresa de Jesús. Transcripción, introducciones y notas de Efrén de la Madre de Dios, O.C.D. y Otger Steggink (O. Carm.). Octava edición [Biblioteca de Autores Cristianos, 212]*. Madrid: Editorial Católica.
- TERESA DE JESÚS [Tomás Álvarez, ed.] 1997. *Teresa de Jesús, Cartas [cuarta edición]*. Burgos: Monte Carmelo.

- TERESA DE JESÚS [Tomás Álvarez, ed.] 2011. *Obras completas* [16ª ed.] Burgos: Monte Carmelo.
- TERESA DE JESÚS [Luis Rodríguez Martínez, Teófanos Egido López, ed.] 2016. *Santa Teresa de Jesús. Epistolario*. Madrid: Ed. Espiritualidad.
- TORRAS ELIAS, Jaume. 1986. "La economía castellana en el siglo XVI: un esquema". En: *Jerónimo Zurita: su época y su escuela: 73-82*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- URKIZA, Julen. 1998. *Ana de San Bartolomé, discípula y heredera de S. Teresa. Obras completas*. Burgos: Monte Carmelo.
- VALLÉS, Francisco de. 1556. *Controversiarum medicarum et philosophicarum libri decem*, Compluti: Ex officina Ioannis Brocarii.
- VALVERDE, José Luis; BAUTISTA MÉNDEZ, Teresa. 1982. "Los jarabes en los textos farmacéuticos más representativos de los siglos XVI-XVII y su pervivencia en la Farmacopea Española IX". En: Guillermo Folch Jou, Francisco Javier Puerto Sarmiento (coord.) *Medicamento, Historia y Sociedad. Estudios en memoria del profesor D. Rafael Folch Andreu*: 305-328. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- VALVERDE, José Luis; PÉREZ ROMERO, José Antonio. 1982. "El intrusismo profesional médico-farmacéutico en España (siglo XVIII), el curandero Cristóbal Martínez". En: Guillermo Folch Jou, Francisco Javier Puerto Sarmiento (coord.) *Medicamento, Historia y Sociedad. Estudios en memoria del profesor D. Rafael Folch Andreu*: 621-632. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- VELÁSQUEZ, Andres. 1585. *Libro de la Melancholia, en el qual se trata de dela naturaleza desta enfermedad, assi llamada melancholia, y de sus causas y síntomas...* Sevilla: Por Hernando Diaz Impresor de Libros.
- VERNET GINÉS, Juan. 1976, *Historia de la ciencia española*. Madrid: Instituto de España / Cátedra Alfonso X 'el sabio'.
- Vesalius, Andreas. 1543. *De humani corporis fabrica, libri septem...* Basilea: [ex officina Ioannis Oporini].
- VIGO, Giovanni 1627. *Teorica y practica en cirugía del... doctor Juan de Vigo... hecha de latina castellana por el doctor Miguel Juan Pascual...* Perpiñan: Luis Roure.
- VILAR, Piere. 2006. *Historia de España* [traducción de Manuel Tuñón de Lara y Jesús Suso Soria]. Barcelona: Crítica / RBA Editores.
- YEPES, Diego de, 1606. *Vida, virtudes y milagros de la bienaventurada Virgen Teresa de Iesus, madre y fundadora de la nueva reformation de la Orden de los descalços y descalças de Nuestra Señora del Carmen*. Zaragoza: Angelo Tavanno.